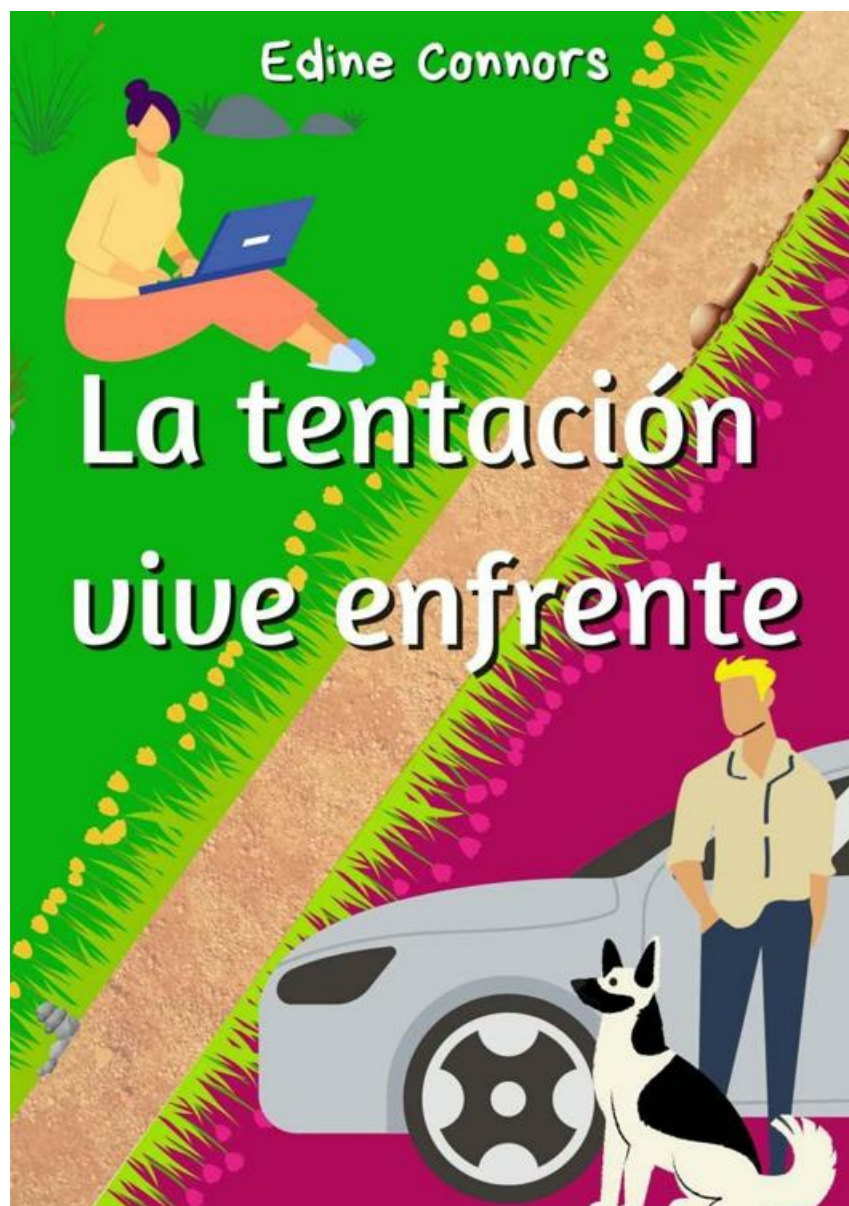


Edine Connors



La tentación vive enfrente





Título: La tentación vive enfrente

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Edine Connors

Depósito legal: CA 362-23

Primera edición octubre 2023

Diseño de cubierta: RachelRP

Corrección: Noni García

Maquetación: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)»

Aquí tienes un relato GRATIS



Para mi madre, Charo y Mari Paz. Mis tres mosqueteras.

En estas páginas, hay un homenaje a vosotras. Por acompañarme en la aventura de escribir desde el principio. Por vuestra paciencia cuando me retrasaba con un capítulo. Por vuestros ánimos.



1

Sobreviviré,

buscaré un hogar,

entre los escombros de mi soledad.

Mónica Naranjo. *Sobreviviré*

Detuve el coche en la dirección que me indicaba el GPS y suspiré. «Al menos, por fuera, es igual a la de las fotos», me dije con alivio. «No cantes victoria. A ver lo que te encuentras dentro», me recordó mi parte negativa, esa que había crecido considerablemente en los últimos tiempos.

Me bajé para estirar las piernas mientras esperaba la llegada de mi futura casera. Me costó más de lo que imaginaba salir del vehículo y ponerme derecha después de tantas horas de viaje. Y es que desde que a primera hora de la mañana abandonara la notaría, donde con una firma mi exmarido y yo vendimos la que había sido nuestra vivienda familiar durante más de veinte años, y tras un rápido paso por el banco para ingresar mi cheque, apenas había salido del coche más que las dos veces que paré a echar gasolina e ir al baño.

Quise poner la mayor distancia posible cuanto antes por si terminaba derrumbándome. Había tenido la poca vergüenza de aparecer con aquella niñata, con la que llevaba ni sé cuánto tiempo liado y había dejado embarazada, colgada de su brazo. Así que ni siquiera me despedí. Salí tan rápido como pude y dejé atrás la ciudad que siempre había sido mi hogar.

Te confieso que los primeros cincuenta kilómetros los hice llorando, con una insoportable sensación de fracaso instalada en mi pecho. Entonces, como si de una premonición se tratara, sonó en la radio la versión de *Resistiré* que hicieron muchos famosos por el maldito confinamiento, y terminé cantándola a pleno pulmón. Aquel desahogo vocal hizo que me fuera relajando.

Paré en una gasolinera a llenar el tanque y busqué en Spotify una lista de canciones en español para cantar en el coche. Con las notas del *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo, emprendí de nuevo el resto del viaje dándolo todo al son de la música. Hasta que según me acercaba al final del trayecto, empecé a sentir ansiedad por lo que pudiera encontrarme.

Y es que, a pesar de que había defendido a capa y espada mi brillante plan, que incluía mudarme allí, empezaba a pensar que mis amigas tenían razón cuando lo tildaron de absurdo arrebatado adolescente. Aunque, por mi edad, más bien podría calificarlo de premenopáusico. O

menopáusico sin más. O, quizá, simplemente fuera producto de la crisis de los cincuenta. Esa que se vio enturbiada por los efectos de sufrir el confinamiento y que ahora reclamaba su derecho a manifestarse haciéndome cometer una gran estupidez.

Allí de pie, frente aquella casa de un pueblo perdido de lo que podría considerarse la España vaciada, al que había llegado gracias a un reportaje en televisión que me llevó a indagar por internet, tenía la sensación de que había cometido la mayor estupidez de mi vida.

Mi yo racional, ese al que había enterrado bajo decenas de motivos por los que debía llevar a cabo aquel descabellado plan, hizo un último esfuerzo para que recobrara el buen juicio que solía tener. O que yo siempre había creído tener, pero que no vio venir que mi vida se iba al traste.

La idea de montarme en el coche y volver a mi ciudad se fue abriendo paso en mi cabeza como la única opción posible. Aquello era una locura. Tuve un mal presentimiento. ¿Cómo había podido pensar que dejar todo atrás para dedicarme a mi incipiente carrera de escritora en aquel pueblo perdido de la geografía andaluza era una buena idea? Me faltaba poco para hiperventilar. Estaba abriendo la puerta para huir de mi locura cuando una cantarina voz pronunciando mi nombre me lo impidió.

Cerré los ojos unos segundos, pidiéndole a todos los santos que, al volver a abrirlos, descubriera que todo había sido una pesadilla. Pero no. Continuaba allí. Había perdido la oportunidad de huir. En la ventanilla pude ver reflejados unos ojos rodeados de muchas arrugas que me observaban curiosos.

—¿Llevas mucho esperando? Creí que llegaba bien de hora —preguntó cuando me volví hacia ella.

—No se preocupe. He llegado antes de tiempo. Usted debe ser doña Flora —intuí, tendiéndole una mano que ella rechazó con un gesto, y se acercó a darme dos besos.

—Llámame Flora, por favor. Doña Flora era mi madre, que en paz descanse —dijo antes de santiguarse, coger la medalla que colgaba de una cadena de oro que rodeaba su cuello y llevársela a los labios—. Y tú eres Sara, ¿verdad?

—La misma. Sara Guillén.

—Ay, qué nombre más lindo. Yo quería habérselo puesto a mi hija, pero el cabezota de mi marido se empeñó en ponerle el de su madre. Menos mal que la mujer también tenía uno bonito —me contó.

En aquel momento, supe que estaba perdida. Aunque aquella encantadora mujer abriera la puerta de un tugurio cochambroso, no sería capaz de anular el alquiler.

Así era yo. Incapaz de protestar, negociar o, llegado el caso, largarme sin más. Por eso no solía frecuentar los mercadillos. No sabía regatear. Me creaba ansiedad ese mercadeo del que tanto disfruta la mayoría de la gente. Siempre tenía la impresión de que hiciera lo que hiciera lo había hecho mal. Con lo fácil que es que si te interesa el precio de algo, lo compres, y si no, a otra cosa.

Seguí a la mujer hasta la puerta y entré detrás de ella sin poder evitar que se me notara en la cara el agobio que tenía. Cuando Flora se hizo a un lado, no me esperaba lo que encontré: un amplio salón, limpio y completamente equipado con muebles que en su mayoría parecían nuevos. Mi casera se dirigió a la puerta que había al fondo.

—Mira. Esta es la cocina. Desde aquí sales a un patio trasero.

La cocina también se veía recién reformada. Tenía una gran ventana que daba a la sierra, desde la que se veía a pocos metros, después de un camino de tierra, la parte trasera de la casa vecina.

—Bonito, ¿verdad? —dijo orgullosa al verme mirar embobada el paisaje—. Por las tardes puedes disfrutar desde ahí de la puesta de sol —indicó, señalando una coqueta mesa con dos

butacas colocadas bajo un toldo.

Recorrimos la casa. En la planta baja también había un cuarto de aseo y una despensa, y en la superior un dormitorio principal, otro con dos camas y un amplio baño.

—Y, bien, ¿qué te parece la casa? —me preguntó expectante.

—Es... perfecta —respondí, sonriendo por primera vez ese día, esa semana... En realidad, no sabía desde cuándo.

—Me alegro.

—¿Le importa si muevo alguno de los muebles? —le pedí—. Necesito sitio en esa pared para colgar un par de pizarras.

—Cambia lo que te haga falta para estar cómoda aquí, cariño. Si necesitas algo más, solo tienes que decírmelo. Tienes mi número de teléfono.

—Ahora que lo dice. ¿Hay algún sitio en el pueblo para contratar wifi?

—Eso es lo del *internet* ese, ¿no? —dijo, arrancándome una nueva sonrisa—. Eso te lo soluciona mi Pablo en un pispas. Es el que se ha encargado de conectar a todo el pueblo a eso de la *güé*, o como se diga. Aunque yo no termino de acostumbrarme a estas *modernuras*. Si quieres, le pido que te llame y le dices a qué hora puede pasarse mañana para ver qué necesitas.

—Puede hacerlo por la mañana cuando quiera. Tiene que venir la furgoneta de la mudanza con el resto de mis cosas.

—Perfecto. ¿Quieres dar una vuelta por el pueblo y te lo enseño? —me ofreció.

—Se lo agradezco mucho, pero tengo que descargar el coche, que lo traigo hasta arriba de maletas y bolsas. Si le parece bien, mañana por la tarde, cuando haya terminado de instalarme, la llamo.

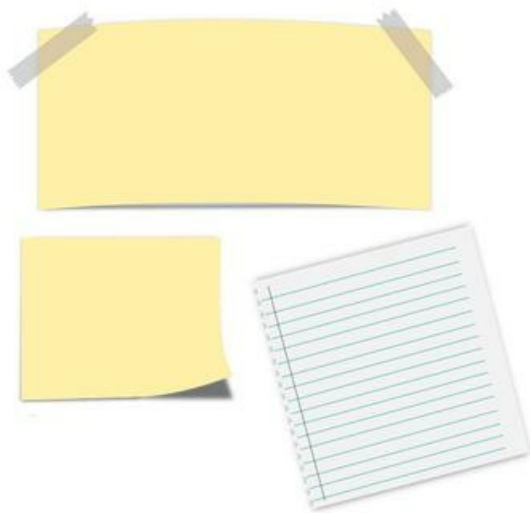
—Cuando quieras, cariño. Te dejo para que puedas empezar tranquila. Cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo —volvió a ofrecerme—. ¡Ah! Si quieres que te sea más fácil descargar, puedes entrar con el coche por este camino de tierra hasta el patio sin problema. Solo da acceso a la parte trasera de la casa de uno de mis sobrinos, donde tiene su garaje, pero aún no ha vuelto de las vacaciones. Así no tienes que dar tantas vueltas. Luego vuelves a aparcarlo donde está ahora.

—Me vendrá genial. Muchas gracias, Flora.

Con un beso, se despidió de mí hasta el día siguiente. Como me aconsejó, llevé el coche hasta la parte trasera y empecé a descargar. Necesité el resto de la tarde para acarrear todo dentro de la casa y repartirlo por las habitaciones.

Hice un descanso y me senté a dar cuenta de la comida precocinada que compré en la última estación de servicio donde paré. Miré alrededor feliz. No daba crédito a la suerte que había tenido. Toda la casa parecía a estrenar, el lugar era precioso, mi casera encantadora... Todo parecía perfecto.

Decidí mirar un rato el móvil. Lo había puesto en silencio y tenía un montón de notificaciones que no me apetecía nada leer. Me limité a mandar un audio al grupo de las chicas diciendo que todo había ido bien y al día siguiente hablaría con ellas cuando terminara de instalarme. Sin darme cuenta, comencé a acurrucarme en aquel mullido sofá. Agotada por aquel extenuante día, me fui quedando dormida sin poder evitar pensar que aquello era demasiado bueno para ocurrirme a mí. En alguna parte debía estar el truco. Y no tardé mucho tiempo en descubrir cuál era.



2

Luchar con otros cara a cara

para conseguir ventajas

es lo más arduo del mundo.

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

El camino de regreso se me estaba haciendo más largo de lo normal. Apenas un par de horas me había durado el efecto de las vacaciones. El adelanto en la reunión en la Consejería de Educación provocó que, tal como aterricé en el aeropuerto de mi corta escapada vacacional, me viera obligado a pasar el día escuchando estupideces de los politicuchos de turno.

Volvía a casa indignado y de una mala hostia increíble. A duras penas había conseguido

sacarles una prórroga de un curso más para que no volvieran a quitarnos otra línea de clases en el instituto. Si nos quedábamos con una sola, no tardaría en llegar el temido cierre y recolocación de alumnos y docentes en otros centros de la provincia. Ya suponía un esfuerzo para los chicos desplazarse hasta donde estaba el instituto desde los pueblos de alrededor. ¿Cómo iban a hacerlo más lejos aún? ¿Cómo pretendían que nos esforzáramos para evitar el abandono de los estudios de los jóvenes de la comarca si cada vez les ponían más complicado asistir a clase? ¿Qué aliciente iban a tener una vez acabada la enseñanza obligatoria para continuar estudiando?

Todos los años igual. Y cada vez me costaba más sobrellevar la sensación de estar estrellándome contra un muro cuando trataba con la administración. Me dolía la cabeza de tanto escuchar excusas. Para ellos, todo se reducía a fríos números: presupuesto, gasto, ratios por clase, resultados académicos... Pero yo trabajaba con personas. Lo mío era formar a jóvenes para que pudieran tener el mejor futuro posible. Y eso es lo que quería para los chavales de mi pueblo y los de los alrededores. Por eso me resistía a pedir el traslado a alguno de los institutos de la capital, a pesar de saber que no tendría problemas para elegir el que quisiera. Bueno, por eso y porque hubo un momento en mi vida en el que sentí que necesitaba una vuelta a mis orígenes tras el turbulento final de mi última relación seria de pareja.

Después de aquello, me replegué y volví al pueblo a lamer mis heridas. Decidí que el tres era un suficiente número de fracasos como para seguir aumentando la cuenta. Así que me planté y, aunque para algunos me había vuelto un tanto ermitaño, me encontraba muy a gusto con mi vida. No necesitaba compartirla con nadie.

Aún estaba dándole vueltas a las palabras del consejero repitiéndome que contaba con un año más antes de eliminar definitivamente una línea del instituto cuando sonó el móvil.

—Martín, ¿dónde te has metido cuando ha terminado la reunión? Creía que nos tomaríamos unas cervezas para poder poner verde a esos jodidos políticos —escuché a través del manos libres del coche—. Te hemos estado esperando una hora, tío.

—Lo siento, Jesús. Salí de allí escopeteado —me disculpé con mi compañero de facultad—. Solo pensaba en estar en casa cuanto antes. Te juro que cada vez aguanto menos a esa gente.

—Te estás haciendo viejo, colega —se burló.

—Vete a la mierda, capullo —contesté, haciendo que se riera—. Con el adelanto de la jodida reunión, he llegado a la Consejería directamente desde el aeropuerto. Todavía llevo el equipaje en el maletero. Estoy deseando llegar, darme una ducha y dormir todo lo que pueda antes de que pasado mañana empecemos la locura del nuevo curso.

—Vaya faena. Venga, ponme los dientes largos. ¿Dónde has estado de vacaciones? —quiso saber.

—No sufras. Apenas han sido un par de días en la playa. He pasado la mayor parte del tiempo con la familia en casa de mi hermana —le conté—. Desde Navidad, no veía a mi madre. No he podido negarme a pasar todo el tiempo posible con ella.

—¿Cómo está? ¿Sigue bien?

—Sí. Está estupenda. Cualquiera diría que le dio un ictus del que creíamos que quedaría medio vegetal. Hasta la doctora comentó que fue una recuperación milagrosa.

—¿Sigue llevando mal haberse tenido que ir a vivir tan lejos?

—Puf. Imagínate. Renegando cada dos por tres —resoplé—. Pero no podía quedarse en el pueblo. Yo me paso más de la mitad del tiempo en el instituto. Y aunque mi tía se ofreció a estar pendiente de ella mientras yo trabajaba, Carmen se negó en rotundo. Le dijo que o se iba a su casa voluntariamente, o se la llevaba a rastras —le conté, arrancándole una carcajada.

—Tu hermana era capaz de hacerlo. Me la estoy imaginando, echándose a tu madre al hombro

y metiéndola en el coche.

—Ya te digo. Ni mi madre fue capaz de rechistar cuando la amenazó —confirmé mientras visualizaba esa imagen en mi cabeza.

—¿Ha estado también tu chaval con vosotros?

—Ese ya vuela solo. Estuvo un fin de semana para ver a la abuela y porque la madre lo obligó. Ya sabes que desde el divorcio no ha sido fácil la relación con él —reconocí con pesar—. Desde que cumplió la mayoría de edad y hace lo que le da la gana, solo soy el extraño que le llama por teléfono de vez en cuando y del que se acuerda cuando necesita financiación.

—Venga, tío, ánimo. Verás como cuando siente la cabeza, recapacitará y será él quien se querrá acercar a ti —trató de animarme—. Cambiando de tema. ¿Para cuándo una de nuestras salidas de fiesta? ¿El sábado? —me propuso—. Este año tengo unas cuantas compañeras nuevas en el instituto y me he ofrecido gentilmente para hacerles una ruta por los mejores sitios de copas de la ciudad.

—Mejor el próximo. Déjame recuperarme del viaje y de la reunión —rehusé.

En ese momento, lo que menos me apetecía era una noche de fiesta de las nuestras, que incluían muchas copas y un posible ligue. Aunque debo reconocer que no venía mal de vez en cuando una noche de sexo sin compromiso. Que me gustaba estar solo, pero también tenía mis necesidades. Me despedí de Jesús con la promesa de vernos en unos días para salir juntos.

Según me acercaba al pueblo, iba encontrándome más cansado. Como si mi cuerpo sintiera la cercanía de mi cama y ya se viera acostado después de un día demasiado largo.

Estaba casi en la esquina cuando recordé que no le había pedido a Nora que dejara la luz de atrás encendida. Menos mal que conocía el camino de memoria. Cogí la curva deseando recorrer los últimos metros que me separaban del hogar. De pronto, me encontré con un coche que no debía estar ahí. No sé cómo tuve reflejos de pisar el freno a fondo antes de estamparme contra él. Algo que no ocurrió de milagro porque derrapé sobre la tierra para detenerme apenas a unos centímetros de aquel maldito Citroën aparcado donde no debía.

«¿De dónde cojones ha salido este coche?», pensé cabreado por momentos. Entonces recordé que mi tía había vuelto a alquilar la casa. La última vez fue a una pareja de pijos urbanitas a los que les molestaba todo lo que implicaba vivir en un pueblo; que si las campanas de la iglesia tocaban muy fuerte, que si el gallo cantaba muy temprano, que si no había ningún centro comercial ni un gastrobar... Y así, una sarta de protestas a cuál más estúpida.

Por supuesto que no había ese tipo de establecimiento, que el campanario estaba en uso y teníamos los gallos de despertador. También de vez en cuando algún rebaño cruzaba el pueblo. Y alguna vez, afortunadamente no muy a menudo, según soplara el viento, llegaba olor a boñiga de vaca de la vaquería de Cristóbal. Sí, has leído bien, boñiga de vaca. Esto es un pue-blo. Pueblo.

«Joder, joder. Como sea otra vez ese tipo de gente, me va a dar algo», pensé mientras me dirigía a la puerta trasera de mis nuevos vecinos para aporrearla sin compasión.

Después de un rato sin que nadie abriera y sin ver ninguna luz a través de la ventana de la cocina, me dispuse a marcharme con un cabreo de mil demonios al pensar que iba a tener que irme a casa a oscuras cargando con las maletas.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz somnolienta a mi espalda cuando ya me había vuelto.

—Habéis dejado vuestro jodido coche en medio del camino —ladré mientras me giraba hacia la puerta para encontrarme con una mujer con el pelo alborotado que se frotaba los ojos.

—¿Qué? —dijo, mirándome confundida.

—¡El coche, joder! —seguí gritando—. No puedo entrar en mi casa.

—¡Oh! —exclamó, abriendo por fin sus adormilados ojos marrones—. Lo siento. Yo... me

quedé dormida.

—Pues quítalo de una vez —solté enfadado mientras la miraba de arriba abajo para comprobar que tenía razón. Parecía acabada de despertar y su ropa no era un pijama.

Ella entró en la casa a por las llaves mientras yo me fui hacia mi coche. Al cabo de un momento, volvió a aparecer y abrió el suyo.

—Da marcha atrás para que pueda salir del camino.

—De eso nada. No voy a ponerme a maniobrar marcha atrás en la oscuridad para que vaya alguien caminando y me lo cargue —me negué—. Pega el tuyo a la valla.

Ella miró en la dirección que le indicaba mi mano y frunció el ceño.

—Pero eso está lleno de matorrales —protestó.

—Pues haber quitado el coche antes —le solté—. Y aligerando, guapa, que es tarde.

—Gilipollas —bufó antes de entrar en su coche y cerrar con un portazo.

Pegó el coche a la esquina formada por su casa y el pequeño muro del vecino que ponía fin al camino, se bajó y esperó junto a su C3 azul a que yo pasara. Algo que hizo con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Por el retrovisor, observé que dejaba allí el coche y volvía a su casa. Supuse que tampoco estaba por la labor de maniobrar marcha atrás de noche. No me importó que se quedara allí el vehículo hasta el día siguiente. Con que no volviera a dejarlo en medio del camino, me conformaba.

Descargué el maletero, renegando porque la casa de Flora volviera a tener inquilinos. Dejé la mayoría del equipaje en el salón. Ya lo desharía y sacaría la ropa sucia cuando hubiera descansado. Después de un efusivo recibimiento tras tantos días fuera, subí a mi dormitorio y empecé a desnudarme. Sentí su mirada clavada en mi nuca. Me giré hacia la puerta para encontrarme con unos ojos acusadores.

—¿Qué? —pregunté mientras veía cómo la cabeza sin acercarse—. Que sí, que me he pasado tres pueblos con la vecina. He tenido un mal día, ¿vale?

No siguió escuchando mis excusas. Se volvió y me dejó solo. Me metí bajo la ducha y traté de dejar la mente en blanco durante un rato. Cuando me acosté, recordé la escena que le había montado a la vecina al llegar. Había pagado con ella el cabreo que traía de la Consejería y me había portado como un auténtico capullo. Al día siguiente tendría que ir a pedirle disculpas.



3

Y ahora respira, mira hacia arriba,

queda camino por andar.

Borra tus huellas, toma las riendas,

solo es cuestión de caminar.

Amaia Montero. Caminando

Desde que aquel energúmeno hiciera que me despertara sobresaltada aporreando mi puerta, no volví a dormir en condiciones el resto de la noche. La verdad es que, si lo pienso, ni siquiera debería de haber abierto. Pero me cogió dormida y no pensé en nada.

Si en vez de ser mi vecino, muy cabreado porque me olvidé quitar el coche, hubiera sido un ladrón o algo peor, no sé qué habría sido de mí. Igual no podría estar ahora contándote mi historia. Aunque, ahora que lo pienso, si ese hubiera sido el caso, no creo que hubieran formado tanto jaleo para que abriera.

Me di cuenta de mi error cuando tuve delante de mí gritando a aquel individuo, que en aquel momento me pareció enorme. ¿Cuánto medía aquel tipo? Por lo menos, uno noventa, porque yo no soy bajita, mido casi uno setenta, y por un momento me sentí intimidada por él. Pero cuando me dijo «guapa», le hubiera dado una hostia con la mano abierta. ¿Qué se había creído aquel pueblerino de mierda?

En fin. Después de aquel desagradable encuentro, subí al cuarto de baño para darme una ducha. Entonces me di cuenta de que me había hecho más de un arañazo en las piernas por culpa de los matorrales que había donde tuve que dejar el coche. Un regalito de bienvenida de mi querido vecino.

Dormí fatal esa noche porque aquel imbécil se me apareció en sueños, gritándome de nuevo, y me desperté sobresaltada. Por la mañana, le oí arrancar el coche. Me asomé con disimulo a la ventana del dormitorio pequeño y le vi marcharse. Esperaba tener suerte y que no volviera a aparecer hasta la noche, porque no tenía ganas de cruzármelo de nuevo.

Improvise un desayuno con lo poco que me quedaba de provisiones. Mientras comía, hice una lista con todo lo que necesitaría comprar para empezar mi vida en aquel lugar. Por un momento, me quedé mirando por la ventana de la cocina hacia la casa del vecino. Me había imaginado escribiendo en el patio trasero, y ahora lo que menos me apetecía era verlo pasar cada día cuando

llegara con su coche. Estaba segura de que me cortaría toda la inspiración. Sacudí la cabeza. No iba a permitir que otro capullo me amargara. Así que me dirigí decidida al salón para empezar a organizar el primer día de mi nueva vida.

Antes de continuar repartiendo bolsas y maletas, cogí el teléfono para llamar a mi madre, no fuera a darle por alertar a la Guardia Civil por llevar veinticuatro horas sin llamarla.

—Hola, nena —contestó una voz que siempre me reconfortaba, incluso cuando me reñía—. Estaba preocupada por ti. ¿Por qué has tardado tanto en llamar? Ya pensaba que te había pasado algo por la carretera.

—Hola, mamá. Me quedé dormida en el sofá cuando terminé de sacar el equipaje del coche.

—Ay, Sarita. No sé por qué has tenido que irte tan lejos. ¿Qué se te ha perdido a ti en ese pueblo dejado de la mano de Dios?

—Por favor, mamá, no exageres. Ni que me hubiera venido al fin del mundo.

—No, pero casi. No sé qué esperas encontrar ahí.

—A mí, mamá. Espero encontrarme a mí misma.

—Pues búscate aquí con nosotros —insistió en su idea de que me mudara con ella—. Sabes que hay sitio de sobra para ti.

—Lo sé. Pero necesito estar sola para decidir qué quiero hacer con mi vida. Me pasé cerca de treinta años bailando al son de Alfredo. No he hecho otra cosa que ser esposa y madre —traté de explicarle.

—Bueno, yo he hecho eso toda mi vida. Aún lo hago. No es tan malo.

—Tú has tenido mucha suerte con papá. A mí me salió rana.

—Pero ¿y la niña? ¿Ella está de acuerdo en irse a vivir ahí? —quiso saber.

—Laura está muy distraída en la universidad privada y la residencia de lujo que le pagan el papá y la puñetera madre que lo parió —escupí sin tratar de ocultar la rabia que sentía por la forma en la que los dos se la ganaban siempre a golpe de talonario—. Sigue enfadada conmigo por negarme a sufragar sus estudios, a pesar de que esos gastos le corresponden a su padre según el convenio. Haga lo que haga, para ella siempre soy la mala de la película.

—Bueno, verás cómo termina dándose cuenta de que una madre vale más que todo lo que se puede comprar con el dinero —trató de animarme.

—Sí. Algún día reaccionará —dije sin creérmelo.

En ese momento, sonó el timbre. «Salvada por la campana», pensé.

—Te dejo, mamá. Están llamando a la puerta. Deben ser los de la mudanza.

Abrí, y me quedé sorprendida al ver a un chaval moreno de poco más de veinte años con una mochila al hombro y una camiseta negra con un dibujo de Mazinger Z. Me pregunté de dónde la había sacado. ¿Volvían a estar de moda aquellos dibujos japoneses que tanto me gustaban de pequeña? La noche antes me hubiera venido bien poder decir aquello de «Puños fuera» y mandar a mi vecino bien lejos. Joder. Otra vez acordándome de aquel capullo.

—Hola. Soy Pablo —se presentó, ajustándose las gafas mientras yo divagaba—. Mi abuela me ha dicho que querías conectarte —comentó a la vez que me tendía la mano.

—¿Tu abuela? Ah, Flora. Sí, sí. Perdona. Es que creía que eran los de la furgoneta de la mudanza y me he quedado descolocada —me disculpé y estreché su mano—. Así que eres el experto que has conectado la comarca entera a internet.

—Bueno, exageraciones de abuela —dijo, rascándose la nuca mientras se ruborizaba ligeramente—. Yo solo... Se me dá bien. Empecé a hacerlo para pagarme los estudios y he terminado por montar mi propio negocio. Pero si no empieza a regresar la gente al pueblo, será complicado continuar. Esta es la compañía con la que suelo trabajar porque es la que mejor

funciona en esta zona —comentó a la vez que me tendía un folleto que sacó de la mochila—. Si crees que se adapta a tus necesidades podemos contratarlo ahora y esta tarde te lo dejo todo funcionando. Pero si no te convence podemos mirar otras opciones —me ofreció.

—Tú eres el que entiende de esto. Haré lo que me aconsejes.

Enseguida tuve claro que iba a seguir sus recomendaciones al pie de la letra. La verdad es que, aunque él se mostrara modesto con sus habilidades, aquel chico sabía lo que tenía entre manos. Daba gusto ver que la juventud tenía las ideas claras. Mierda. Estaba empezando a hablar como mi madre. O peor aún, como mi abuela.

Mientras Pablo terminaba los trámites para contratar la línea, oí un ruido que provenía del patio trasero. Apenas abrí la puerta para averiguar qué era, una exhalación peluda de cuatro patas se coló dentro.

—Argos, sal de ahí. Perro malo —gritó una niña que venía corriendo por el camino—. Lo siento, cuando ha visto la puerta abierta, no he podido pararlo —se disculpó, jadeando, la pobre chiquilla.

Entramos las dos al salón, y allí estaba el intruso; un precioso *border collie* blanco y negro que olisqueaba con descaro todas mis cajas.

—Hola, moco —saludó Pablo a la recién llegada.

—Hola, pedo —le respondió ella tan tranquila.

—Es mi hermana pequeña —me aclaró el chaval al verme mirarlos perpleja ante aquel saludo—. ¿Qué haces por aquí, Nora?

—Trabajando —respondió, señalando al perro que después de pasar revista a mi equipaje se acercó a olerme a mí también.

—Eso no es un trabajo, es juego —negó Pablo.

—De eso nada. Tengo un trato con el primo. Yo saco a Argos cuando él no puede, y a cambio me ayuda con los deberes todo el curso. Este año tengo el sobresaliente garantizado —se jactó—. Le gustas —aseguró cuando poco después el perro buscó con su cabeza mi mano para que lo acariciara mientras movía la cola.

—Vaya. Tú también me gustas, Argos —dije, acariciándolo.

—¿Eres poli? —me preguntó la niña.

—¡¿Cómo?! —exclamé la vez que Pablo me miraba sorprendido.

—Tienes una pizarra de sospechosos. ¿Estás investigando a alguien del pueblo? —quiso saber con el entusiasmo dibujado en la cara mientras señalaba a la pared.

—No. No soy policía —reí al darme cuenta de adonde apuntaba su dedo—. Soy escritora. Uso esas pizarras para poner fotos de los personajes, lugares que me sirven de inspiración...

—Entonces, ¿escribes novelas de misterio y asesinatos?

—Tampoco. Escribo novela romántica. Aunque a veces también puede haber misterios y asesinatos en la trama —le expliqué.

—¡Puaj! Escribes historias de besos. ¡Qué asco!

—¡Nora! —la reprendió su hermano—. Un poquito de respeto con el trabajo de la señora.

—Como alguno de vosotros vuelva a llamarme señora, sí que va a venir la policía a investigar un asesinato —les advertí.

Se quedaron mirándome serios hasta que los tres rompimos a reír. Qué mal me seguía sentando que me recordaran que tenía unos cuantos añitos. No me acostumbraría nunca.

—¿Qué edad tienes, Nora? —le pregunté.

—Once.

—Ya veremos si a los quince sigues pensando lo mismo.

—Me seguirá dando asco —afirmó muy segura.

—Eso espero. Que no me entere yo que andas por ahí besuqueándote con nadie —dijo su hermano, fingiendo un gesto amenazante sin poder ocultar las ganas de reírse.

Poco después, la niña se marchó para seguir paseando a Argos. Al rato se despedía Pablo, que tras acordar que volvería a primera hora de la tarde, me dejó su tarjeta por si necesitaba algo más.

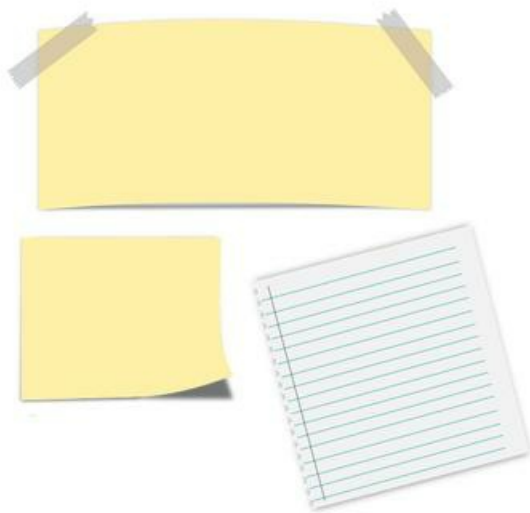
El resto de la mañana, continué colocando cosas mientras miraba el reloj cada cinco minutos, desesperada porque no llegara la furgoneta. Cuando terminé, era casi mediodía, y yo seguía esperando a los de la mudanza. Me habían llamado para informarme que un accidente en la carretera estaba provocando un atasco considerable.

Aproveché para responder los mensajes de mis amigas. Tuve que ponerme a hacerles un video enseñándoles la casa, porque si no lo hacía, no iban a dejarme tranquila en todo el día.

Me disponía a hacerles unas fotos a la fachada principal cuando, al abrir la puerta, me di de bruces con alguien que en ese preciso momento llamaba al timbre. Los dos nos quedamos mirándonos unos segundos sin decir nada. Había algo en él que me resultaba familiar, pero estaba convencida de que no le conocía.

—Vengo a disculparme por lo de anoche. No debí comportarme así —dijo, haciendo que lo identificara con el energúmeno que horas antes viniera a gritarme—. Soy...

Ni siquiera escuché su nombre porque mi reacción fue cerrarle la puerta en la cara al capullo de mi vecino.



4

Puede que tengas

que luchar una batalla

más de una vez para ganarla.

Margaret Thatcher

Respiré hondo y reprimí el impulso de darme la vuelta y marcharme a casa. Me merecía aquel portazo por lo mucho que me había pasado la noche anterior. Así que me armé de paciencia y decidí volver a intentar disculparme.

Antes de que llamara de nuevo, una furgoneta con el logo de una empresa de mudanza aparcó justo delante de la casa y un joven se bajó del asiento del copiloto con un papel en la mano.

—¿Es este el 15 de la calle Cañada Vieja? —me preguntó.

Asentí y me hice a un lado para que pudiera tocar el timbre. Enseguida, mi vecina volvió a abrir con la misma expresión de enfado en el rostro. Apostaría que estaba esperando junto a la puerta a que yo volviera a llamar para contestarme como me merecía. Su expresión se suavizó cuando vio al chico de la mudanza.

—¿Sara Guillén?

—Sí, soy yo.

—En un momento descargamos todas sus cosas. Disculpe el retraso —le dijo antes de darse la vuelta para reunirse con su compañero, que ya estaba abriendo la puerta trasera.

Entonces sus ojos se posaron sobre mí y su rostro volvió a lucir enfadado.

—¿Qué haces aún aquí? —me preguntó a bocajarro—. ¿El portazo no te ha dejado claro que no quiero hablar contigo?

—He venido a disculparme. Y no voy a irme hasta que lo haga —hablé al cabo de un momento—. Mira, anoche, yo...

—Vale, vale. Ya te has disculpado. Ahora aparta, que estás estorbando y tengo mucho que hacer —me despachó en un momento sin dejarme hablar mientras yo debía mirarla con cara de tonto.

Con un gesto de la mano, hizo que me hiciera a un lado para dejar paso a los chicos de la furgoneta.

—Eso va al fondo. Siento que tengan que utilizar el camino más largo, pero mi vecino es un poco... insoportable. Se molesta si se aparca en la parte trasera —la oí decir de una manera que no tenía nada de lo inocente que trataba de aparentar.

Me mordí la lengua para no contestarle. Vale. Aquella había sido su venganza. Mejor dejarlo pasar. Así que me di la vuelta y me marché antes de que terminara soltándole algún disparate de los que se me pasaba por la cabeza en aquel momento y provocara que nuestra relación vecinal terminara en un conflicto importante, y el dichoso camino convertido en el Muro de Berlín.

Bajé por la calle dando un paseo hacia el centro del pueblo, donde debía reunirme para almorzar con el alcalde para informarle de la reunión del día anterior en la Consejería.

Ramón no se alegró de saber que solo contábamos con los meses que duraba el curso que estaba a punto de comenzar antes de que se acordara eliminar una línea del instituto comarcal, firmando con eso la condena a muerte del centro. La conclusión a la que llegamos fue clara: había que atraer gente al pueblo. O bien turismo que a su vez generara puestos de trabajo, o bien buscar algún atractivo para que resultara interesante mudarse aquí. Decidió crear una comisión vecinal que presentara propuestas al respecto. Comisión que me tocaría presidir sí o sí, según sus propias palabras. Aquello era algo que no me apetecía nada. Últimamente, tenía la sensación de que todos mis esfuerzos en esa dirección no nos alejaban lo más mínimo del inevitable fracaso. Aquella prórroga solo retrasaba unos meses la desaparición del instituto y la escuela a la que estábamos abocados, haciéndola más agónica.

Tras elaborar durante la sobremesa una lista de las personas a convocar para la primera reunión mientras nos tomábamos un café, me despedí del alcalde y me marché a casa. Necesitaba descansar un rato antes de echarle un vistazo a los documentos que me había traído del instituto. Quería repasar las nuevas incorporaciones al claustro y adelantar un poco la organización del inicio de curso. A partir del día siguiente, tendríamos mucho jaleo hasta que todo empezara a ir rodado.

Me puse cómodo, cogí el mando de la tele y me senté en el sofá dispuesto a dar una cabezada con la primera película que me sugiriera Netflix. Al momento, ya tenía compañía a mi lado para

compartir la siesta.

—Estabas deseando que me sentara, ¿eh? —dije mientras apoyaba su cabeza en mi muslo.

Empezaba a quedarme dormido cuando sonaron unos golpes en la puerta de atrás que me sobresaltaron e hicieron que se me cayera el mando de la mano.

—Espero que estés contento. Mira lo que has conseguido por hacerme meter el coche entre los matorrales —me espetó mi vecina, señalando hacia su vehículo apenas abrí, y antes de que me diera tiempo de decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

La seguí sin comprender a que se refería, hasta que unos metros antes de llegar hasta su Citroën, vi que una de las ruedas estaba pinchada.

—¿Qué haces? —le pregunté al verla abrir el maletero.

—¿A ti qué te parece? —respondió con cara de pocos amigos.

—¿Sabes cambiarla? ¿Lo has hecho alguna vez?

—No tengo más remedio que hacerlo. Tampoco creo que haga falta tener un máster en Ingeniería —me soltó mientras trasteaba en busca del gato.

—Deja eso. Yo me encargo —le dije mientras sacaba el móvil del bolsillo y buscaba un número.

—No necesito tu ayuda para... —empezó a decir, y apretó los labios al verme hacerle un gesto para que se callara.

—Hola, Marcial, ¿estás muy liado? Necesito un favor urgente —le comenté a mi amigo en cuanto contestó, ante la inquisitiva mirada de mi vecina.

—¡Cómo te atreves a mandarme callar! —me recriminó apenas colgué.

«Joder con esta mujer», pensé mientras me recordaba que me había propuesto firmar la paz con ella.

—No podía hablar por teléfono si estabas gritándome —me defendí.

—No tenías que llamar a nadie. Puedo arreglármelas yo sola.

—Lo dudo —respondí, tratando de no reírme al verla mirar el gato como quien ve un artefacto misterioso.

—¿También vas a burlarte de mí? Venga, sigue añadiendo agravios a tu cuenta, que vas a batir un récord mundial de meteduras de pata en menos de veinticuatro horas —me reprochó—. Me has gritado como un energúmeno, me hiciste meter el coche ahí, con lo que conseguí unos cuantos arañazos en las piernas, has conseguido que se pinche una rueda y ahora te ríes de mí —soltó como si fuera una metralleta mientras yo bajaba la vista a sus piernas, que por cierto eran preciosas, para comprobar que la noche antes se había hecho algunas heridas.

—Ya te dije esta mañana que lo sentía. ¿Cuántas veces tengo que disculparme?

Continuamos discutiendo como dos niños de colegio hasta que apareció Marcial con su taller móvil.

—¿Qué tenemos por aquí? —preguntó, acercándose al Citroën—. Vaya, señora, no debió aparcar ahí —le recriminó, haciendo que el rostro de Sara se encendiera.

—Fue culpa mía, Marcial —intervine antes de que mi vecina volviera a explotar—. Por no salir marcha atrás anoche para que ella sacara su coche después de descargar su equipaje, la obligué a aparcar ahí. ¿Puedes arreglarlo ahora?

—Claro que sí. En media hora tendrá su coche listo —aseguró.

—¿Me dices luego por WhatsApp cuánto es y te hago un *bizum*? —le pedí al mecánico.

—De eso nada. No necesito que nadie pague mis facturas —saltó Sara.

—Yo soy el culpable del pinchazo, yo pago el arreglo —dije tajante—. Marcial, ni se te ocurra cobrarle, o te haré sudar tinta con los deberes —le advertí, guiñándole un ojo antes de darme la

vuelta y dejar a los dos junto al coche.

Entré en casa y me preparé un café. Ya había perdido el poco tiempo que tenía para la siesta. Así que me senté junto a la ventana de la cocina con la taza sin quitar ojo a mi vecina.



5

*No quiero más dramas en mi vida,
solo comedias entretenidas.
Así que no me vengas con historias de celos,
llantos y tragedias, no.*

Fangoria. Dramas y comedias

Cuando salí por la cocina para sacar mi coche del camino y lo encontré pinchado, me puse de muy mala leche. No me lo pensé y me fui directa a casa de mi vecino dispuesta a cantarle las cuarenta.

No sé por qué lo hice. Yo nunca había sido así. No busco enfrentamientos porque sí. Más bien lo contrario. Soy de las que trata de evitar las polémicas por todos los medios posibles. Incluso cuando eso implica ir guardándose todo dentro. Algo que a la larga es peor porque te autodestruyes.

Lo había aprendido por las malas en los últimos dos años, con el fin de mi matrimonio, porque mi exmarido había conocido a una jovencita con la que superar su crisis de los cincuenta, y con los problemas de relación con mi hija. Pero, sobre todo, con el jodido confinamiento. Pasármelo encerrada en casa con los dos había puesto a prueba mi resistencia hasta el extremo de estar a punto de sufrir una crisis. Algo que evité retomando una vieja afición, que había ido dejando abandonada, y en la que me refugié: la escritura.

Ese viejo *hobby*, que ahora trataba de convertir en mi profesión, era lo que me había llevado hasta aquel pueblo. A aquella preciosa casa donde esperaba vivir en paz, pero que tenía un gran defecto: mi vecino.

Ahí estaba yo, delante de su puerta trasera, haciendo justamente lo que él hizo horas antes con la mía: golpearla sin piedad. En realidad, no buscaba su ayuda. Solo quería gritarle y descargar sobre él todo el agobio que sentía ante el reto de empezar una nueva vida, sola y en un lugar desconocido. Y él solito se había puesto delante para servirme de diana con la que desahogarme.

Por eso me comporté como una niña pequeña cuando vino a disculparse horas antes y yo le ignoré. Y eso es lo que seguí haciendo sin poder evitarlo, cuando salió detrás de mí hacia el coche. Para colmo, el muy capullo parecía disfrutar de la situación y le hacía gracia. Algo que me enfadó mucho más.

Cuando se marchó, traté de centrarme en el mecánico que arreglaba el pinchazo.

—Usted hace poco que ha llegado al pueblo. No recuerdo haberla visto antes —me dijo sin levantar la vista de la rueda.

—Llegué ayer. Aún no me ha dado tiempo de ir a ninguna parte —le expliqué—. Por favor, no me hable de usted. Soy Sara.

—Yo, Marcial. No te doy la mano, que mira cómo voy —añadió, enseñándome las palmas sucias—. La llamada de Martín me ha pillado arreglando el tractor de Jacinto.

—Ah, sí, Martín —comenté despreocupada, y miré de reojo la casa, dándome cuenta en ese momento de que ni siquiera sabía el nombre de mi «querido» vecino—. ¿A qué se refería con esa amenaza de los deberes?

—Verá, mi hijo no estaba por la labor de seguir estudiando después de la secundaria. Quería trabajar conmigo en el taller y, el día de mañana, quedarse con el negocio. Como yo hice con mi padre —empezó a contarme sin dejar de trabajar—. La verdad es que el chico sirve para esto. De él fue la idea del taller móvil para poder acudir a cualquier sitio y hacer reparaciones en otros pueblos. Pero hoy día todo es más complicado. Cada vez hay menos habitantes. Si no conseguimos atraer gente aquí, el negocio tiene los días contados —dijo con pesar—. Yo quería que hiciera el ciclo formativo en Electromecánica, y que pudiera servirle para buscar trabajo en otro taller si fuera necesario. Él decía que era difícil, que trabajando no tenía tiempo... Se me ocurrió soltarle que hasta yo podría sacarlo. Así que me retó a demostrárselo —levantó la vista hacia mí y continuó tras un suspiro—. Estamos en segundo, y ahora nos picamos para ver quien saca mejores notas. Pero la verdad es que no me resulta nada fácil. Yo había conseguido sacar la EGB y por los pelos. Martín me está ayudando a que el *joío* niño no se pase el día pavoneándose de que es mejor. Uno tiene su orgullo. Todos los sábados me da clases particulares. Pero no vayas a descubrirnos —me pidió, bajando la voz—. Se supone que nos reunimos para tomar una cerveza y ver el fútbol. Rueda lista.

Con la charla, ni me había dado cuenta de que la había colocado en su sitio. Me despedí de Marcial, que me dejó su tarjeta por si le necesitaba en cualquier otro momento. Quitó el coche de allí y lo aparqué frente a la puerta principal, donde lo había hecho al llegar el día anterior, mientras pensaba que, a excepción de Martín, los demás vecinos que había conocido en aquellas primeras veinticuatro horas eran gente muy agradable.

Como había acordado con Flora, la llamé para que me enseñara el pueblo. Necesitaba con urgencia comprar algunas provisiones o esa noche iba a verme haciendo ayuno forzoso. Y la verdad, a mí, comer me gusta bastante.

Tras una ducha rápida, me encaminé hacia donde había quedado con mi casera. Me crucé con un par de vecinos que me saludaron con mucha amabilidad. Me gustaba aquel sitio. Hacía que me sintiera muy cómoda.

—Hola, cariño —me recibió Flora antes de darme dos besos—. ¿Cómo te ha ido el primer día? ¿Te has instalado ya?

—Sí. Muy bien, gracias —respondí. Tampoco era plan de contarle los encontronazos con el vecino—. Ahora lo que necesito es llenar la despensa o no podré cenar esta noche.

—Uy. Eso lo solucionamos en la tienda de la Juani. ¿Te apetece antes un cafelito?

—Por supuesto, Flora. Me vendrá muy bien.

Durante un rato, estuvimos charlando en el bar de la plaza del pueblo, donde me presentó a varios vecinos, que se mostraron encantados con el hecho de que me hubiera mudado allí.

Mientras íbamos a la tienda, me contó los esfuerzos que estaba realizando el Ayuntamiento para intentar atraer más habitantes.

—Mi pobre sobrino lleva varios años peleando con la gente de Educación. Es el director del

instituto comarcal —me explicó—. Ha convertido en algo personal que no quiten una línea de ninguno de los centros de la zona. Y trabaja mano a mano con el alcalde para tratar de convertir el pueblo en un lugar atractivo para establecerse en él.

—Espero que tenga éxito. Parece un sitio estupendo para vivir —dije de corazón—. No me apetece tener que pensar en mudarme otra vez.

—Ay, pues a lo mejor tú podrías tener alguna idea nueva —sugirió—. Ya sabes, nos ves con los ojos del de fuera. Puedes tener algo nuevo que ofrecer. A ver si luego, al pasar por su casa, ha llegado y te lo presento. Seguro que hacéis buenas migas. Debéis tener más o menos la misma edad. Os llevareis muy bien.

Sonreí ante el descarado intento de Flora de hacer de casamentera. No estaba para jaleos sentimentales en aquellos momentos. No quería un lío con un tío ni por equivocación. Me quedé con lo bueno. Si intentaba que entrara en su familia era porque le había caído bien.

Con ese pensamiento llegamos al establecimiento de Juani. Un local que, además de almacén, hacía de oficina de Correos. Para ser una tienda de pueblo, estaba muy bien surtida. Además, la mujer me aseguró que cualquier cosa que necesitara no dudara en pedírsela. Su hijo iba todos los días a la ciudad y recogía encargos de los vecinos.

—Tenemos que luchar con la competencia del *amazón* ese como se llame, de todas las maneras posibles —me explicó la mujer—. Si me haces una lista de cosas que crees que vas a necesitar con frecuencia, me encargaré de tener siempre.

—No quiero ser una molestia —rehusé, apurada por el ofrecimiento.

—Ay, mujer, ojalá tuviera un montón de molestias de esas —respondió a la vez que hacía un gesto con la mano para quitarle importancia—. Señal de que el pueblo volvía a florecer.

—Dios te oiga, Juani —rogó Flora—. Este año saldré de penitencia detrás del paso de la patrona cuando las fiestas, para pedirle que se acuerde de nosotros. ¿Verdad que tú nos vas a ayudar, virgencita? —dijo a la vez que se santiguaba y besaba su medalla.

—Yo iré contigo. Así hacemos más presión —rio Juani mientras me cobraba la compra.

—Mira. Ahí está mi sobrino. Ven. Voy a presentártelo —me ofreció mi casera, me cogió del brazo y me arrastró hacia la puerta sin darme opción a negarme—. Hola, cariño, ¿cómo han ido las vacaciones? —oí que le decía a alguien que entraba en ese momento—. Sara, este es Martín. Ella es tu nueva vecina.

—¡Tú! —solté cuando volví a encontrarme frente a frente con mi pesadilla particular.



6

Olvidemos lo que ya sucedió,

pues puede lamentarse,

pero no rehacerse.

Tito Livio

Lo que menos me esperaba cuando fui a la tienda de Juani a recoger el pedido que le había hecho era encontrarme allí con Sara y que mi tía quisiera presentarnos con tanto entusiasmo. Aunque no debería sorprenderme su interés, pues no era la primera vez que ponía en práctica sus dotes de casamentera conmigo.

Lo que no tuvo precio fue la cara de mi vecina cuando se encontró con que el sobrino, del cual estaba seguro de que Flora se había encargado de hacer buena propaganda, era yo.

—¿Ya os conocéis? —preguntó mi tía sorprendida—. No me has comentado nada. ¿Qué ha pasado?

—Anoche tuvimos un pequeño incidente, pero ya está todo arreglado, ¿verdad? —dije, tendiéndole la mano con la esperanza de que dejáramos zanjado el tema. Al menos, de cara a la galería.

Fue divertido observar su expresión al tener a Flora a su lado, mirándola. Crucé los dedos. La había puesto en un compromiso delante de mi tía y no tenía ni idea de por dónde iba a salir. Igual me montaba el numerito allí mismo y nos convertíamos en tema de conversación en el pueblo los siguientes días.

—Sí, un pequeño contratiempo. Nada digno de mencionar, Flora. No se preocupe —respondió al fin, forzando la sonrisa, y me dio un breve apretón de manos en respuesta—. Si me disculpan, me marcho a casa. Aún tengo cosas que colocar.

Acto seguido, se dirigió al mostrador, cogió las bolsas con la compra y salió de allí tras despedirse con un simple adiós.

—Sara, cariño, pesan demasiado —le dijo mi tía, a lo que ella respondió que no necesitaba ayuda sin ni siquiera volver la cara—. Martincito, hijo, ¿qué has hecho? —me reprendió.

—Nada, tía. Una tontería. Deja de llamarme así, que tengo ya muchos años para que sigas haciéndolo —me quejé—. Luego vuelvo a por lo mío —avisé a Juani, y salí de la tienda siguiendo el camino que había cogido Sara.

Tardé un par de calles en alcanzarla. Cuando lo hice, iba resollando por el esfuerzo de cargar la compra.

—Deja que te ayude —le ofrecí, y cogí una de las bolsas.

—No necesito tu ayuda —se negó, volviéndose hacia mí enfadada.

—Yo creo que sí —respondí, viendo como las gotas de sudor le caían por las sienes—. No seas cabezota —insistí al ver que ella no soltaba la bolsa.

—Soy lo que me da la gana.

—Mira, sé que ayer metí mucho la pata. Te aseguro que no soy tan cabrón como debí parecerme. Tuve un mal día —le expliqué sin que su rostro relajara la expresión de querer asesinarme—. Me he disculpado unas cuantas veces hoy. No voy a seguir haciéndolo. Si no quieres perdonarme, no lo hagas. Pero, al menos, empecemos a comportarnos como personas civilizadas.

Después de unos tensos y silenciosos segundos, con su mirada clavada en mí, al fin soltó la bolsa. Aún no sé si la convenció mi discurso, o que realmente pesaba bastante. En cualquier caso, fue un avance.

Sin dirigirme la palabra, se volvió y emprendió la marcha hasta su casa. Caminé detrás de ella observando cómo los rayos del sol arrancaban destellos violetas a su pelo. De vez en cuando, se lo colocaba inútilmente detrás de las orejas, ya que volvía a caerle sobre la cara unos pasos después. Debía admitir que aquel corte por debajo de la barbilla le daba un aire juvenil que le sentaba de maravilla.

Hicimos sin hablar el resto del trayecto hasta su casa. Una vez en su puerta delantera, se volvió hacia mí para recuperar su bolsa. Cuando la cogió, yo no solté el agarre.

—¿Sellamos la paz? —le dije, ofreciéndole mi mano.

—Siempre que te mantengas en tu lado del camino y yo en el mío.

—Trataré de recordarlo —respondí.

Después de mirarme unos segundos en silencio, soltó una bolsa en el suelo y aceptó sellar aquel acuerdo de paz.

Una vez que entró en su casa, deshizo el camino a la tienda de Juani a por mis propias bolsas. Como temía, mi tía estaba allí esperándome para saber qué me había pasado con Sara para que hubiera reaccionado así. Me echó una bronca de cuidado, y eso que le aseguré que ya había hecho las paces con ella.

Que si para una nueva vecina que había en el pueblo iba a espantarla. Que esa no era manera de dar la bienvenida a nadie...

Lo que más me jodió fue que me dijera que no le extrañaba que estuviera solo si me comportaba de aquella manera con una mujer. No sé por qué no podían aceptar que fuera yo quien había decidido estar solo. No era que no pudiera encontrar quien quisiera estar conmigo, era que a mí no me daba la gana de volver a tener una relación con nadie. Pero ni ella ni mi madre eran capaces de asumir mi soltería voluntaria.

Como no podía ser de otro modo, apenas solté las bolsas en la mesa de la cocina, sonó el teléfono.

—Martín, hijo, ¿cómo estás? —escuché su voz con el altavoz mientras empezaba a colocar la compra con Argos a mi lado esperando que rellenara su cuenco de pienso.

—Hola, mamá —contesté resignado a lo que me esperaba.

—¿Cómo va el comienzo de curso? —se interesó.

—No ha comenzado. Recuerda que mañana es 1 de septiembre. Y quedan unos días para que empiecen las clases.

—Ay, verdad. No sé en qué día vivo —se disculpó, aunque la conocía muy bien y aquello era solo una excusa para llamarme cuando hacía apenas cinco días que me había marchado de casa de mi hermana después de pasar tres semanas con ella—. ¿Y qué tal el pueblo? ¿Alguna novedad?

Ahí estaba. Sonreí ante su intento de sonsacarme. Estaba deseando preguntarme por Sara y no sabía cómo hacerlo sin que se le notara.

—Poca cosa, mamá. Ya sabes que aquí la vida es muy tranquila. Nunca pasa nada interesante —me resistí.

—Pues ha llegado a mis oídos que hay una vecina nueva, y que es bastante guapa. Y soltera. Justo lo que tú necesitas —empezó su ofensiva.

—Vaya, parece que mi tía ya te ha puesto al día. ¿De verdad no tenéis otra cosa de qué preocuparos más que de buscarme pareja? —pregunté molesto.

—Ay, hijo. Es que aún eres joven y estás de muy buen ver para que te empecines en quedarte en el pueblo solo. Me apena saber que no tienes a nadie con quien compartir tu vida.

—Tengo a Argos —respondí para provocarla mientras el aludido empinaba las orejas al oír su nombre.

—No digas tonterías, Martín. Es un perro —soltó indignada, haciendo que me riera—. Necesitas a una mujer en tu vida. Una que te quiera bien y te haga feliz.

—Mamá —la paré—, si vamos a tener otra vez la misma conversación, te juro que cuelgo y apago el teléfono. Te he dicho una y mil veces que estoy bien así. Haz el favor de asumirlo —le pedí, harto de tener que justificar mi decisión.

—Está bien. Está bien. No puedes culpar a una madre por preocuparse por su hijo —se justificó—. Es que veo cómo pasan los años y tú estás en el pueblo, que cada vez está más vacío. Tengo la sensación de que estás malgastando tu vida. Si al menos supiera que hay alguien que te espera en casa todos los días, me quedaría más tranquila.

—Estoy bien así, mamá. Te aseguro que tengo todo lo que necesito y soy feliz. Deja de preocuparte por mí —le pedí.

—Vale. ¿Me llamarás a menudo?

—Sabes que siempre lo hago.

Nos despedimos y terminé de recoger todo.

—¿Vamos a que nos dé un poco el aire? —dije, y enseguida Argos estaba delante de la puerta de la cocina moviendo la cola.

Durante más de una hora, paseamos por los alrededores del pueblo, disfrutando de la soledad. Empezaba a ponerse el sol cuando enfilamos el camino. Apenas puse un pie en él, Argos salió disparado y entró en el patio trasero de mi vecina. Temiendo que pudiera hacer algo que volviera a enfadar a Sara, aceleré el paso.

—Hola, Argos. ¿Dando otro paseo? —escuché su voz, y mi sorpresa fue mayor cuando al llegar a la altura de su casa, la vi allí sentada acariciando a mi perro, que le hacía una fiesta—. ¿Has vuelto a escaparte de Nora?

Levantó la vista en busca de la hija de mi prima. Cuando sus ojos se toparon con los míos, se abrieron de par en par.

—¿Así que ese es tu dueño, Argos? Pobrecito, ahora entiendo que te vengas aquí cada vez que puedes —le hablé, sonriendo en un tono lo bastante alto para que yo lo oyera bien mientras él continuaba saltando feliz a su lado.

—Argos, ¡ven aquí! —le llamé sin que me hiciera caso.

—Anda, guapetón, ve con tu dueño —le pidió después de que por segunda vez lo llamara sin éxito. Le cogió la cara al perro con las dos manos y le posó un beso en la cabeza que él respondió con un lametón—. No vaya a ser que se ponga hecho un energúmeno por haber venido a saludarme. Vete a casa —le ordenó a la vez que se levantaba—. Buenas noches, vecino —me saludó, dirigiéndome una fugaz mirada para volverse con una sonrisa y entrar en su casa.

Cuando se encontró solo en el patio, Argos decidió volver a mi lado y nos fuimos para la nuestra.

—Chucho traidor —le solté en voz baja mientras lo hacíamos—. Mañana te compro pienso del barato —le reproché molesto porque hubiera hecho tan rápido amistad con la vecina.



7

La vida empieza hoy, dependerá de mí

No hay nada que me frene, tengo tanto que decir

Mi corazón valiente, porque decido yo.

Soy dueña de mi voz.

Vanesa Martín. Hablarán de ti y de mí

Al final, terminé rindiéndome e hice las paces con mi vecino. Claro que sabía lo que era tener un mal día. Llevaba dos años seguidos viviendo un continuo mal día. Tenía la sensación de estar viviendo mi propio «día de la marmota». Solo que, al contrario que en la película, yo no conseguía avanzar en ningún sentido para cambiarlo. Por eso se me ocurrió poner kilómetros de distancia con mi vida anterior.

Decidí que Martín se merecía la oportunidad de que, al menos, tuviéramos una convivencia vecinal tranquila. Además, después de escuchar hablar de él a Nora, a Marcial y a la misma Flora, tenía que admitir que realmente le había pillado en un mal momento. Aun así, no pude reprimirme a soltarle una pulla cuando Argos irrumpió en mi patio a saludarme y descubrí que él era su dueño. Claro que no le di la oportunidad de que respondiera a mi provocación y entré en casa. No sin ver antes cómo fruncía el ceño. Sí, lo reconozco. Aquello me divirtió mucho. Aún llevaba la sonrisa en la cara cuando sonó el móvil. Videollamada grupal.

—Hola, chiqui —me saludó Lola—. ¿Cómo ha ido el primer día de tu nueva vida?

—Hola, chicas —respondí, sentándome en el sofá dispuesta a tener una charla de amigas—. Empezó regular, pero la verdad es que ha terminado bastante bien.

—Cuenta, cuenta. Quiero detalles —exigió Esme.

Les hice un resumen de lo ocurrido mientras las dos me interrumpían continuamente con sus comentarios.

—¿Y cómo es ese Martín? —preguntó Lola—. Déjame adivinar: bajito y con boina. Ja, ja, ja.

—No, no —interrumpió Esme antes de que pudiera contestar—. Mejor aún. Es como el «tío la vara» de José Mota. Ya lo imagino llamando a tu puerta.

Durante un rato no pude ni contestar porque no podía dejar de reír. Estaba llorando de risa al imaginármelo con el pañuelo con nudos amarrado en la cabeza.

—Eres horrorosa, Esme —dije cuando pude hablar—. ¡Cómo echaré de menos nuestros ratitos juntas!

—Nosotras también te extrañamos, chiqui. La hora del desayuno en el trabajo ya no es lo mismo sin ti —reconoció Lola—. Bueno, hora, los veinte minutos de mierda en los que el gilipollas del jefe nos ha dejado el descanso.

—Venga, no nos acordemos ahora del imbécil ese. A lo que íbamos. Cuéntanos cómo es el pueblerino que te dio anoche la bienvenida —indagó Esme—. Seguro que digno de la portada de la revista Nuevo Cateto bajo el título: «Los mejores *looks* para llevar tus cabras a pastar».

Otro rato de risas antes de que pudiéramos seguir charlando.

—Mamonas, con tantas risas, de nada me van a servir los euros que me estoy gastando en el tratamiento para las arrugas —protestó Lola.

—No sé para qué te estás haciendo esa mierda. Si tú estás estupenda, mi reina —le aseguró Esme—. Y sigues teniendo las tetas en su sitio. En cambio, la gravedad se está ensañando conmigo —se quejó.

—Como sigáis haciéndome reír, no os voy a poder hablar de él.

—Venga, venga. Desembucha y haz que nos sigamos riendo —pidió Lola.

—Pues no es para nada como lo habéis imaginado. Es alto. Rubio. Lleva el pelo corto, pero no tanto como para que no le caiga el flequillo en la frente. Con los ojos azules como zafiros —empecé a describirlo—. Luce barba de dos o tres días. La camisa le quedaba pegada al cuerpo. Se ve que tiene que hacer algún tipo de deporte porque parece en forma. Y yo diría que tiene que ser de nuestra quinta. Año arriba, año abajo. Porque se le forman arruguitas a los lados de los ojos que me dicen que hace tiempo que pasó los cuarenta.

Cuando terminé la descripción de Martín, mis dos amigas me miraban con la boca abierta.

—Madre mía con el vecinito, chiqui —saltó Lola—. Quiero foto de ese tipo.

—Ay, qué envidia me estás dando. Yo quiero vivir ahí para poder ir a pedirle sal al vecino —dijo Esme—. Sal, y todo lo que él me quiera dar. Iba a estar todo el día pegada a su puerta a ver si me regalaba un buen meneo.

—Venga ya. No exageréis —protesté—. No es para tanto.

—Que no es para tanto dice. ¿Tú has oído la descripción que has hecho? —preguntó Lola—. Reconócelo, ese tío te mola.

—¿¡Qué!? De eso nada —negué indignada.

—Pero si has hecho una radiografía detallada de él. Te ha faltado decirnos su número de la Seguridad Social —rio Esme.

Así continuamos durante casi una hora. Risas y muchas risas. La mejor terapia del mundo.



Al día siguiente, terminé de organizar todas las cosas y pude dar por concluida mi mudanza. También me senté un rato para hacer un cuadrante con un horario de trabajo asignando un tiempo específico para cada cosa: escribir, corregir, *marketing*, redes sociales, formación..., y un montón de cosas más a las que tiene que dedicarse una escritora hoy día si quiere vivir de sus libros.

Hasta entonces había tenido suerte. Había autopublicado cinco novelas que tuvieron buena aceptación. O quizá fuera la suerte del novato. Así que debía trabajar duro si no quería tener que volver a casa de mi madre con un nuevo fracaso en mi vida.

Aquella primera semana no me crucé por el pueblo con Martín. Solo le veía un momento al atardecer, cuando me sentaba a ver la puesta de sol en mi patio y él regresaba de pasear con

Argos. El perro siempre entraba a saludarme un momento mientras mi vecino lo esperaba en el camino. Apenas nos dirigíamos un «buenas noches» y en ocasiones un simple gesto a modo de saludo.

Después de los primeros días, tras los que ya tenía mi rutina hecha, en la que estaba tomar un café con Flora en el bar del pueblo a media tarde, salió el tema de mi trabajo.

—Nora me ha dicho que eres escritora. ¿Es eso verdad? —me preguntó mi casera.

—Sí, bueno, lo intento.

—Eso es genial. Nunca he conocido a nadie que escribiera libros. ¿Cuál has escrito? ¿Dónde pueden comprarse? —se interesó.

—Ahora mismo solo están a la venta en Amazon.

—Entonces le diré a mi Pablo que me los busque, que él siempre está recibiendo paquetes de esos. Le apuntaré tu nombre para que los pida.

—Bueno, es que yo... escribo bajo seudónimo —expliqué—. Por mi nombre no va a encontrar nada.

—¿Y eso? Con el nombre bien bonito que tienes —quiso saber.

—Verá, necesitaba tomar distancia de mi vida anterior —le conté, sonrojándome—. Un nuevo comienzo.

—Pues espero que ese nuevo comienzo puedas tenerlo aquí con nosotros —me deseó Flora—. Y, ¿cuál es el nombre que has elegido para tus libros?

—Violette Dumont —respondí en voz alta, ruborizándome de nuevo porque aún me costaba hablar abiertamente del tema.

—Uy, un nombre francés. Me encanta. Cuando seas famosa y vengan a preguntar por ti, presumiré de que la escritora francesa vivía en mi casa cuando empezaba —planteó, haciéndose la interesante—. Apéntame bien el nombre para mi nieto.

—Si quiere, yo tengo en casa algunos ejemplares. No hace falta que los pida —le ofrecí.

—Solo si me lo cobras. Tienes que ganar dinero para que puedas pagar el alquiler —me dijo, guiñándome un ojo—. Y, ¿qué es lo que escribes?

—Novela romántica —confesé, y me preparé para escuchar alguno de los prejuicios a los que tenemos que enfrentarnos las escritoras de ese género.

—Anda. Esos libros son los que le encantan a la Reme.

—¿Quién es Reme?

—Es la maestra de infantil del colegio. Y la que organiza el club de lectura.

—¿Tienen un club de lectura? —pregunté sorprendida.

—Claro que sí. ¿Por quién nos has tomado en este pueblo?

Sentí que me ponía como un tomate. Entonces ella se rio.

—Tranquila. Sé que a quien viene de una capital le puede resultar extraño —me tranquilizó—. Verás, en mis tiempos, lo de ir a la escuela era un lujo, había que arrimar el hombro desde bien pequeños —empezó a contarme—. Y si además eras mujer, lo de estudiar estaba de más. Cuando Reme llegó al pueblo y comprobó que la mayoría apenas sabíamos leer y poco más, se empeñó en que aprendiéramos. Pero a nuestra edad, lo de empezar a ir a clases como que no. Así que se le ocurrió lo del club de lectura. Cada mes elige un libro. Nos reunimos todos los viernes y comentamos. Nos turnamos para llevar la merienda. Cuando le toca a la señora Maruja, aparece con unos bizcochos para chuparse los dedos —comentó, relamiéndose—. Cada una va a su ritmo. Hay quien casi nunca lo termina, pero eso da igual. Lo importante es que vamos esforzándonos en mejorar poquito a poquito, y además echamos un ratito muy bueno sin niños, ni maridos, ni tareas de casa.

—Vaya. Eso suena fantástico, Flora.

—¿A que sí? Mira, ahí pasa la Reme —dijo, y llamó a una mujer menuda entrada en años que llevaba un recogido informal del que caían varios mechones canosos.

—Reme, esta es Sara. Es escritora. Y de las novelas que a ti te gustan.

—¿Escribes erótica? —me preguntó, cogiéndome por sorpresa.

—Bueno, romántica. Unas veces con más erótica y otras con menos.

—¿Y qué has escrito? —se interesó la mujer—. A lo mejor te he leído.

—No creo, llevo poco tiempo en esto —me justifiqué—. Mi mejor libro hasta ahora es *Perdida en el reflejo de tus ojos*.

—¡No puede ser! Tú eres Violette —exclamó la mujer, sobresaltándose—. No me lo puedo creer. Violette Dumont vive en el pueblo.

—¿Me conoces? Bueno, digo, ¿lo has leído?

—Sí. Y me encanta. Te sigo en Instagram. Yo soy @la_reme_y_punto.

—¿Tú? —Entonces la sorprendida fui yo—. Hemos hablado por privado algunas veces —afirmé mientras ella asentía feliz como una niña pequeña.

—Tienes que venirte los viernes al club de lectura. Te leeremos —sugirió sin darme opción a negarme—. Y cuando llegue el día del libro y la semana cultural, tienes que pasarte por el colegio para darles charlas a los niños.

—¿Yo?

—Claro que sí —respondió entusiasmada—. Todos los días no se tiene la suerte de tener a la escritora de vecina. Lo hablaré con Martín.

—¿Qué Martín? ¿Su sobrino? ¿Qué pinta él en esto?

—A los chicos del instituto también les vendrá bien. Y dirige el área de Educación y Cultura de la mancomunidad. Si da el visto bueno, podrías ir a todos los centros de la zona —explicó—. Incluso, podríamos hacer algo para dar vidilla al pueblo con motivo del día del libro. Se lo comentaré a ver qué le parece.

—Pero, bueno, ¿hay que pedirle permiso para todo? —pregunté molesta.

—También colabora en el área de Cultura del Ayuntamiento —dijo Reme, encogiéndose de hombros—. Somos pocos en el pueblo. Mira, por ahí va. ¡Martín! —le llamó a voz en grito—. Martín, ven un momento.

Sin que pudiera evitarlo, en cuanto mi vecino se acercó, Reme empezó a contarle todo. Él escuchaba atento lo que la maestra le decía sin quitarme la vista de encima. Cuando oyó las palabras escritora y romántica, le vi elevar una ceja.

—Vaya. Así que escritora, y de novela romántica y erótica. Tengo una curiosidad, ¿lo que escribes es autobiográfico? ¿Te documentas poniendo en práctica lo que narras?

—Ja, ja —solté con desagrado—. Si me dieran un euro cada vez que un idiota le pregunta eso a una escritora de romántica, podría comprarme un deportivo.

—Mientras no lo dejes aparcado en mitad del camino, por mí bien —respondió con media sonrisa.

—Qué gracioso eres. Pues alégrate de que no me dedique al *thriller*. Podría darme por poner en práctica técnicas de tortura contigo y quizá terminarás enterrado entre los matorrales del camino. En el mismo sitio donde se pinchó la rueda de mi coche —le dije, haciendo que se le quitara la expresión de burla de su cara—. Aunque nunca es mal momento para cambiar de género. Es más, se me está ocurriendo una idea sobre una vecina psicópata. Yo era tú y echaba bien el cerrojo esta noche cuando me fuera a dormir, no vaya a darme por experimentar ideas antes de empezar la novela —solté, acercándome a él amenazadoramente—. Un placer, Reme. Cuenta

conmigo el viernes —me despedí de la maestra—. Hasta mañana, Flora. Me voy para ponerme con la escaleta del *thriller* antes de que se me vaya la inspiración. Adiós, vecino. Que duermas bien.

Me di la vuelta y puse rumbo a casa, no sin antes escuchar a mi casera.

—Ya te vale, Martincito.

—Deja de llamarme así, tía. Soy bastante mayor para que sigas haciéndolo —le oí quejarse.

—Lo dejaré de hacer cuando dejes de comportarte como un niño con Sara —le respondió, haciéndole resoplar, lo que me arrancó una sonrisa.



8

Persigue el amor y huirá,

huye del amor y te perseguirá.

John Gay

Reconozco que, quizá, mi tía tuviera razón y hubiera sido un poco niño. Pero en mi defensa diré que no había sido premeditado. Cuando Reme me contó que era escritora de romántica, no me pude resistir a pincharla con aquel comentario, sabiendo que ella entraría al trapo. Estaba convencido de que tenía un don especial para alterarla. Y estaba deseando volver a ver aquella expresión suya cuando apretaba los labios enfadada y su nariz se arrugaba de una manera muy graciosa, que me hacía sonreír cada vez que la recordaba.

Aunque confieso que pagué cara la ocurrencia, porque tuve pesadillas con la vecina psicópata que aparecía sonriente en mi dormitorio con un cuchillo enorme en la mano mientras me decía «Martincito, vas a salir en mi *thriller*. Serás la primera víctima. La más impactante». Te aseguro que me desperté acojonado. Apenas pegué ojo el resto de la noche.



La semana se me pasó muy rápido y ya había establecido la rutina que duraría, al menos, lo que durara el curso. Parte de ella era terminar el día dando un largo paseo con mi perro por los alrededores del pueblo. Me servía para despejarme y hacer algo de ejercicio.

Cuando regresábamos, Sara siempre estaba sentada en su patio trasero, supongo que disfrutando de un rato de descanso mientras contemplaba la puesta de sol. Argos se acercaba a saludarla y ella lo acogía con gestos y palabras cariñosas que él recibía feliz.

En aquel entonces, no era consciente de que, cuando enfilaba el camino de entrada y llegaba a mí la música que provenía de su casa, yo también me sentía feliz de alguna manera. Sabía que ella estaría allí, y aunque apenas nos dedicábamos un saludo, aquel encuentro resultaba la forma más agradable de terminar el día.

Tampoco me di cuenta de que, al entrar en casa, me demoraba en la cocina con la excusa de rellenarle a Argos sus cuencos de comida y agua, aunque no lo necesitara, de picar o beber algo antes de irme a la ducha, o simplemente moviendo algún cacharro de sitio solo por quedarme mirándola a través de la ventana hasta que ella entraba en la suya.

Unos días después, estaba poniendo al día el papeleo del Ayuntamiento cuando una voz conocida me distrajo de la pantalla del ordenador.

—Hola, me han dicho que para el tema del empadronamiento se podía venir... ¿martes o jueves por la tarde? —preguntaba extrañada Sara a la mujer de Ramón, que hacía las veces de conserje.

—Sí. Son los días que *el hijo la Charo* tiene para poder encargarse de la oficina —le explicó Marcela—. Siéntate. Voy a preguntarle si puedes pasar.

—Gracias, estoy bien así. No se preocupe.

Antes de que Marcela llegara a mi despacho, me levanté y fui hacia la puerta. Le hice un gesto para que no dijera nada. Observé un momento a Sara mientras curioseaba la pared donde estaban colgadas fotos de gente conocida que había pasado por el pueblo, aunque ya hacía tiempo que no se añadía ninguna.

—Hola, vecina —dije pegado a su espalda—. ¿Para qué me necesitas?

—¿A ti? Para nada —respondió después de dar un respingo por la sorpresa y alejarse un paso de mí.

—Entonces, ¿qué haces por aquí?

—Espero al... *hijo la Charo*, creo que me ha dicho la conserje. Así que por mí puedes volver a lo que sea que te ha traído aquí —me soltó, prácticamente echándome—. Y si tú también vienes a hablar con él, ponte a la cola.

—Pues, que yo sepa, soy el único hijo varón que tuvo la Charo. Así que sí que me necesitas a mí —le recalqué, haciendo un esfuerzo por no reírme de su naricilla arrugada.

—Pero ¿tú no trabajas en el instituto? —preguntó desconcertada—. ¿Tan poco te pagan que estás pluriempleado?

—Este trabajo es voluntario. Como hay pocos vecinos, el presupuesto del Ayuntamiento es muy precario. Ni siquiera el alcalde cobra por su labor —le expliqué—. Así que todos colaboramos para sacar todo adelante. Yo vengo un par de tardes a la semana para ayudar con la

oficina y lo que haga falta. Pasa y dime qué necesitas —le dije, señalando la puerta del despacho, donde entré detrás de ella.

Durante más de media hora, la tuve sentada delante del escritorio para tramitarle el empadronamiento en el pueblo. En realidad, tardé menos de diez minutos porque traía todos los documentos necesarios, incluidas las fotocopias. Aun así, yo me entretuve haciendo como que los leía detenidamente, cuando en realidad la observaba a ella. También alegué en un par de ocasiones que el sistema se había bloqueado, algo que era mentira porque del mantenimiento de los ordenadores del consistorio se encargaba Pablo, y ese chico era un *crack* de la informática. Pero yo aproveché para darle conversación y demostrarle que no era tan capullo como ella creía. Por primera vez, hablamos como dos personas adultas normales, sin soltarnos indirectas.

Cuando Sara se marchó del ayuntamiento, recogí y apagué el ordenador.

—Marcela, me voy ya. A ver si me da tiempo de tomarme un café antes de ir a la reunión.

—Vale. No te preocupes. No creo que vaya a venir nadie más —respondió con el desánimo reflejado en la cara.

—No pierdas la esperanza. Seguro que pronto se nos ocurre algo y empieza a llegar gente al pueblo —traté de animarla, aunque ni yo mismo me lo creía—. ¿Sabes si llegó el material que esperábamos?

—Sí. Ramón comentó que lo tiene en la furgoneta para llevarlo a la asociación. Hasta el jueves, Martín.

Salí de allí con el tiempo justo de pasar por el bar unos minutos y tomarme un café. Cuando llegué al local que servía para organizar las pocas actividades municipales que aún se podían realizar, así como de sede de la Asociación comarcal de voluntarios de Protección Civil, Ramón acababa de aparcar en la puerta y estaba abriendo la puerta trasera para descargar.

—Justo a tiempo, muchacho —me saludó.

—Ya me gustaría a mí, Ramón, pero ya hace tiempo que dejé de serlo —le respondí.

—Para mí siempre lo serás —dijo, dándome una palmada en la espalda.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunté, curioseando en las cajas—. Espero que en esta ocasión vengan más tallas. La última vez, el polo me venía justo, y cuando cerraba el chaquetón, no podía moverme.

—Eso te pasa por haber crecido tanto. Si te hubieras conformado con un tamaño medio, como el mío, te vendrían bien —bromeó—. Lo tuyo está en la bolsa. Me he asegurado personalmente de que nuestro coordinador vaya bien uniformado si nos vemos en la necesidad de actuar.

No pude esperar a meter las cajas para probarme. Saqué el chaquetón y me lo puse allí mismo.

—Esto es otra cosa, Ramón. Así sí se puede trabajar —dije satisfecho al comprobar que podía moverme sin dificultad al cerrar la cremallera—. Ve abriendo mientras voy sacando el material.

Sin quitarme la prenda, cogí un par de cajas y las llevé dentro. Salí riéndome por los comentarios de Ramón de que con este uniforme no parecía que estuviera a punto de explotar. No vi que venía alguien por la acera y los dos chocamos. Bueno, chocó la otra persona, que se estampó en mi espalda. Me di la vuelta y me encontré con mi vecina.

—¡Tú, otra vez!

—Lo siento, Sara. No te he visto —me disculpé mientras ella me miraba de arriba abajo—. ¿Te has hecho daño?

—No me lo puedo creer. ¿También estás en Protección Civil?

—¿Está bien, señora? —se preocupó el alcalde.

—Sara, por favor —respondió molesta.

—Es mi vecina, Ramón. Ha alquilado la casa de Flora —intermedié.

—Ah. Bienvenida al pueblo, Sara. Me alegro de conocerte. Soy el alcalde. Cualquier cosa que necesites no dudes en hacérmelo saber —le ofreció, logrando que cambiara el gesto—. Martín es el coordinador del grupo comarcal de Protección Civil.

—Ya veo. Parece que está en todas partes. El colegio, el instituto, la oficina del ayuntamiento, y ahora Protección Civil.

—Te dije que somos pocos y tenemos que arrimar el hombro —le recordé.

—Si tienes tiempo libre y quieres echar una mano, estaremos encantados de recibir tu ayuda. Solo tienes que hablarlo con Martín y él se encargará de incluirte —la informaba Ramón cuando su móvil empezó a sonar—. Disculpadme, debo atender esta llamada.

—Vaya. Parece que en este pueblo no se puede hacer nada sin contar contigo —comentó mientras él se alejaba hablando por el teléfono—. Lo que te falta es ser el cura y dar la misa. Tendré que fijarme si sales de casa los domingos con la sotana puesta y no esté guardándote el debido respeto.

Reí un momento por su ocurrencia y me acerqué para hablarle al oído.

—No soy sacerdote. Y si lo que te preocupa es saber si tengo hecho voto de castidad, te informo de que no es así. Puedo acostarme con quien quiera sin temor a arder en el Infierno.

—Dirás con quien puedas, gilipollas —exclamó roja como un tomate.

Se dio la vuelta mientras yo me reía a carcajadas sin poder apartar la vista de ella hasta que dobló la esquina.

Definitivamente, había algo en Sara que sacaba mi yo más capullo a pasear sin que pudiera evitarlo.

Ni que decir tiene que esa noche ni siquiera me dedicó una mirada cuando Argos la saludaba. Pero yo aún me reía al recordar su enfado. No dudaba de que aquella broma me iba a costar pedirle disculpas muchas veces. Lo que no imaginaba era que ese comentario había prendido en mí una llama que muy pronto iba a convertirse en un incendio.



9

Hoy vas a ser la mujer

que te dé la gana de ser.

Hoy te vas a querer

como nadie te ha sabío querer.

Hoy vas a mirar pa' lante

que pa' atrás ya te dolió bastante.

Una mujer valiente, una mujer sonriente.

Bebe. Ella

Gilipollas presuntuoso. Eso era lo que en aquel momento pensaba de mi vecino. Que era un gilipollas. Y de los grandes.

Y eso que un rato antes, mientras hablábamos en el despacho del ayuntamiento, había olvidado nuestros encontronazos, e incluso me sorprendí pensando que era un hombre encantador. Pero había sido un espejismo. En cuanto nos vimos fuera de allí, volvió a ser el capullo impresentable que me gritó el primer día.

Cuando pasó con Argos de vuelta de su paseo, todavía estaba tan indignada por su comentario que le hubiera tirado la taza que tenía en la mano. No lo hice porque era un regalo de mis amigas, no por falta de ganas. Además, juraría que él aún se estaba riendo. El muy imbécil.

El resto de la semana transcurrió sin pena ni gloria. Mucho trabajo y ningún nuevo encontronazo vecinal. Eso porque yo me esforcé en evitarlo. En cambio, el viernes empezó mal cuando, a media mañana, recibí la llamada que llevaba esperando desde el día que me mudé.

—Hola, cariño —saludé.

—Hola.

Ahí estaba la cariñosa de mi hija.

—¿Qué querías, Laura? —pregunté después de un incómodo silencio.

—¿Por qué supones que quiero algo? —dijo a la defensiva.

—Porque estás llamándome —respondí—. No lo has hecho desde que me he mudado.

—No entiendo por qué te has querido ir al culo del mundo. Parece que lo has hecho para que no pueda ir a verte —me recriminó.

—Tú puedes venir cuando quieras. De hecho, hay un dormitorio libre esperándote para cuando te apetezca pasar aquí un fin de semana —le conté, aunque sabía que aquello era solo una excusa.

—¿Cómo esperas que lo haga si son muchos kilómetros? Se me iría el tiempo en la carretera. Así que no esperes verme mucho por allí —me soltó y se quedó tan ancha.

—Laura, ¿sabes cuántos fines de semana pasaste conmigo el curso pasado? Ninguno —me respondí yo misma ante su silencio—. Así que no te preocupes, porque no espero que te molestes en venir a verme. Aunque te aseguro que me gustaría.

—¿Sabes que papá se casa el próximo fin de semana? —cambió de tema a otro del que no quería saber ni lo más mínimo.

—Lo que haga tu padre ya no es asunto mío.

—Ella quería esperar a después del parto, pero abuela los ha convencido de que debería nacer dentro del matrimonio —continuó, aun sabiendo que no quería saber nada.

—Muy típico de ella meterse en la vida de los demás. Como te he dicho antes, sigue sin interesarme lo más mínimo todo lo que se refiera a tu padre —volví a decirle.

—Quiero hacerles un regalo, pero no tengo dinero.

Ahí estaba la razón de la llamada. Necesitaba la cartera de mamá.

—No pienso darte un euro para que se lo lleven ellos —me negué—. Ya se quedó bastante.

—Pero, mamá, tengo que hacerles un regalo. ¿Qué clase de hija sería si no lo hiciera?

—La misma que eres conmigo —le recordé—. Si quieres quedar bien con tu padre, pídeselo a tu abuela. Seguro que Bitelchús estará encantada de darte otro capricho.

—¿Por qué te empeñas en llamarla así? No entiendo la manía que le tienes. Ella se porta muy bien conmigo.

—Eso es porque estás cegada por su enorme billetera y, mientras financie tus caprichos, todo te parece fantástico. Prueba a llevarle la contraria a Bitelchús y verás qué sorpresa te llevas.

—De verdad, mamá, eres imposible. Deja de llamar a la abuela Bitel...

—Calla, calla —la corté antes de que terminara la palabra—. Que si se dice el nombre tres veces, aparece, y estoy muy a gusto aquí sin verle la cara.

—Por favor, mamá, madura un poco —me reprendió.

—Dijo la que vive de la cartera de papá, a quien está emprendiendo una nueva vida y es autosuficiente.

—Mira, es imposible hablar contigo. Te dejo, que tengo que estudiar —espetó, y me colgó sin que me diera tiempo a decirle adiós.

Estaba tan enfadada que tiré el móvil. Menos mal que cayó sobre el sofá. Si no, seguro que me lo hubiera cargado y era lo que me faltaba.

Me daban igual los cuernos de Alfredo. Me daba igual que se hubiera liado con una jovencita que tenía casi la edad de su hija. Me daba igual que la hubiera dejado preñada y que ahora quisiera casarse con ella. Pero la forma en la que él y su madre habían comprado a mi hija y habían conseguido apartarla de mí me dolía más que todo junto.

Yo lo había dado todo por nuestra familia. Me había acogido a la jornada laboral reducida para poder atender la casa y, sobre todo, a mi hija, porque él trabajaba muchas horas. Yo era la mala que la hacía estudiar y recoger su cuarto, y Alfredo el papá guay que pagaba todo lo que Laura quería. Lo que a la larga consistía prácticamente en tenerme de chófer para arriba y para abajo toda la tarde llevándola a las actividades a las que la niña se le ocurría apuntarse. Probó de todo:

música, *ballet*, pintura, distintos deportes, manualidades; y de todo se aburría cuando llevaba unos meses. Entre mi exmarido y mi exsuegra la habían convertido en una niña egoísta y caprichosa que no valoraba nada.

El colmo fue cuando después de pasarse el último año de bachillerato, que coincidió con el confinamiento, sin estudiar, y superar el curso de rebote en un aprobado general, como la nota de la EVAU no le servía para nada, se le antojó una universidad privada y una residencia de lujo. Ella quería hacer 1º de lo que fuera, en Sevilla. Vamos, que su plan era vivir el ambiente universitario con todos los gastos pagados a muchos kilómetros de nosotros para que no la pudiéramos controlar. La carrera en cuestión le daba igual. Lo mismo le daba cursar ingeniería aeroespacial que puericultura.

Yo no estaba dispuesta a costearle la fiesta continua. Con mi sueldo de media jornada, en la que había continuado cuando creció para seguir encargándome de ella, su padre y la casa, no podía permitírmelo. Así que lo que le ofrecí a Alfredo en el acuerdo de divorcio fue renunciar a la pensión compensatoria que me correspondía a cambio de que él se hiciera cargo de los estudios de nuestra hija. Y así lo firmamos ante el juez.

Pero, para ella y para su abuela, yo la había abandonado y no le pagaba nada. Cómo odiaba a aquella mujer. Cumplía todos los tópicos sobre las suegras desde el mismo día que la conocí. Y aunque a Laura no le gustaba que la llamara así, te juro que era igual que el personaje de aquella película. Apostaría a que Tim Burton tuvo que cruzársela por Madrid y le sirvió de inspiración para el personaje. Porque era clavadita. Hasta el peinado era el mismo.

Por un momento, pensé que me vendría bien encontrarme con Martín. Seguro que me daba la oportunidad de desfogar contra él la rabia que sentía en ese momento con alguna de sus estupideces. Pero no le vi en todo el día. Y eso que, después de almorzar, salí al patio varias veces con la esperanza de coincidir con él. Cuando vi a Nora sacar a Argos a media tarde, comprendí que o llegaría de noche, o se habría ido de fin de semana. Aunque su coche estaba aparcado en su casa.

Menos mal que los viernes por la tarde había empezado a ir al club de lectura. Pasaba un buen rato con aquellas mujeres. Nos reíamos mucho con los comentarios que una y otra hacían del libro del mes. Pero, sobre todo, me dio mucha ternura la buena de Manuela.

—No puedes abandonar el grupo. Cada una lee lo que puede —le insistió Reme cuando aseguró que no iba a asistir más.

—Es que me cuesta mucho. No entiendo la mitad de las palabras que pone. Mira cuántas he señalado esta semana —explicó avergonzada.

—Quizá este libro sea algo complicado para usted. Debería elegir uno con un lenguaje más sencillo —le ofrecí al ver el apuro de la pobre mujer.

—Déjalo, muchacha. Esto no está hecho para mí.

—Claro que sí es para usted. Solo le hace falta el libro adecuado a su nivel —traté de animarla.

—Como no sea el de parvulario de mi nieto —dijo desanimada.

—Tengo uno mejor para ti. ¿Qué te parece si empiezas ya con el libro de Sara que leeremos muy pronto? —le preguntó Reme—. Además, tienes a la escritora aquí y puedes preguntarle todo lo que quieras —le ofreció mientras me miraba con la súplica dibujada en su cara.

—Es una idea estupenda. Lo iremos leyendo juntas.

—Pero no sé si voy a poder.

—Por supuesto que vas a poder, Manuela. Ya verás que historia más bonita. Este sí vas a terminarlo.

—Verá cómo lo consigue. Y para mí será un orgullo saber que será el primer libro que va a

leer entero —la alenté, y conseguí que la mujer esbozara una sonrisa.

Aunque sonrisa la que a mí se me puso en la cara cuando antes de regresar a casa recibí un *email* de la editorial a la que había mandado un manuscrito justo antes de mudarme.

Estaban muy interesados en publicarlo. Me emplazaban para una reunión por videoconferencia el lunes por la mañana y me adelantaban el borrador de la propuesta editorial.

Me puse eufórica. Me hubiera ido de fiesta con mis amigas si no hubiéramos estado tan lejos. Como no tenía con quién celebrarlo, decidí hacerlo conmigo misma. Pasé por la tienda de Juani y compré todo lo necesario para darme un festival. Eso incluía una botella de mojito de la que pensaba dar cuenta.

Llegué a casa y les mandé un mensaje a las chicas diciéndoles que al día siguiente necesitaba hablar con ellas para contarles algo muy bueno que me había pasado.

Puse música y me fui a la ducha bailando y cantando. Y así continué no sé cuánto tiempo. Me atiborré de todas las chucherías y comida poco saludable que encontré. Incluso me tomé a morro medio bote de nata montada que había comprado para hacer una tarta el siguiente viernes de club de lectura.

No dejé de hacer estúpidas coreografías mientras cantaba las canciones de mi *playlist* de favoritos de Spotify al tiempo que la botella de mojito iba bajando sin compasión.

Cuando, agotada, me dejé caer en el sofá, me quedé dormida hasta la mañana siguiente, en la que me desperté con la música aún sonando, las luces encendidas y un poco perjudicada por la resaca. Pero con una enorme sonrisa de felicidad en la cara.



10

Quien juega con fuego

se termina quemando.

Refrán español

El viernes, tal como habíamos quedado la última vez que hablamos, me fui a cenar con Jesús. A cenar y luego a lo que se encartara, que nunca viene mal darle una alegría al cuerpo.

Dejé el coche en casa, pues en cuanto me tomara un par de cervezas, no podría cogerlo sin arriesgarme a una multa, o peor aún, a un accidente. Así que me fui al instituto con un vecino.

Como el transporte público era complicado en la zona, hicimos un grupo de WhatsApp entre los habitantes de varias localidades cercanas. Una especie de Blablacar comarcal. Cuando

alguien iba a la capital o a algún otro sitio y llevaba plazas libres, lo ponía allí. Así, quien lo necesitaba tenía como desplazarse, y compartir gastos siempre venía bien.

Al terminar mi jornada laboral, me recogió Jesús. Almorzamos en una venta en la carretera y nos fuimos a su casa, donde descansamos el resto de la tarde hasta la hora en la que había quedado con sus nuevos compañeros.

Me vino bien salir de la rutina. Llevaba dos semanas sin parar de trabajar en un sitio u otro, y la única distracción que había tenido eran los encontronazos con mi vecina. Necesitaba despejar la cabeza unas horas. Y con Jesús, eso estaba garantizado. Era el alma de la fiesta. Sobre todo, desde que se divorció un par de años antes.

La noche empezó bien. La mayoría de las nuevas incorporaciones de su instituto eran profesoras. La verdad es que eran bastante guapas. Y jóvenes. Casi ninguna llegaba a la treintena. No pareció importarles que nosotros ya enfiláramos la cincuentena. Sobre todo, a un par de ellas, que no se despegaron de mi lado desde que llegamos. Y no te voy a mentir. Que aquellas preciosidades no apartaran los ojos de mí, e ignoraran a los jóvenes de alrededor, le venía muy bien a mi ego masculino. Aquello que cantaba Becky G de «a mí me gustan mayores» había calado hondo en las jovencitas.

Todo apuntaba a que aquella iba a ser una buena noche. Incluso tenía pinta de que la fiesta pudiera alargarse todo el fin de semana. No tenía prisas para volver a casa. Parecía que el único dilema al que iba a tener que hacerle frente era con cuál de las chicas me iría a la cama. Porque estaba claro que las dos estaban por la labor. Y yo también.

El problema vino cuando después de la cena nos marchamos a un lugar de copas con una pequeña pista de baile al fondo. Para empezar, lo único que sonaba una y otra vez era reguetón. Prefiero guardar para mí lo que opino de esa música, porque mi madre siempre me decía que si no tenía nada bueno que decir de alguien, mejor no hablara. Lo mismo se podía aplicar para todo lo demás.

Apenas me dio tiempo a darle un par de tragos al primer cubata que pedimos, me vi arrastrado a la pista de baile y me encontré con el culo de la morena refregándose con mi entrepierna y las enormes tetas de la pelirroja haciendo lo mismo con mi espalda. Las dos estaban jugándose la victoria a golpe de perreo, y yo empecé a encontrar la situación bastante incómoda. Tanto que mi cuerpo no reaccionó todo lo bien que debería estar haciéndolo ante esa situación. Sobre todo, porque hacía algunos meses que no me daba un homenaje.

No voy a negar que, en alguna que otra ocasión, me había dejado llevar por esa forma tan directa de entrar al tema sin preámbulos. Pero si podía escoger, prefería disfrutar del juego de la seducción y saborear la conquista. O el ser conquistado, que a mí no me supone ningún problema que una mujer tome las riendas y vaya a por lo que quiere.

No sé. Quizá lo que ocurría era que me estaba haciendo mayor y necesitaba que las cosas fueran a otro ritmo. Una conversación interesante mientras tomas una copa. Un comentario ingenioso que despierta tu imaginación. Una insinuación. Una mano que se posa como por casualidad en el otro, pero se mantiene más de lo que debería. Una palabra sugerente. Una mirada que te enciende mientras las luces arrancan un destello violeta a su melena. Unos labios que se entreabren mientras los ojos preguntan «¿a qué esperas?». En definitiva, esas cosas que te hacen saborear el éxito con más ganas.

No te equivoques. Yo solo quería echar un polvo de vez en cuando. Nada más lejos de mi intención que tener una relación seria. De esas, ya había tenido bastante. Me gustaba vivir como lo hacía. Por eso no quedaba una segunda vez con nadie. De hecho, prefería que fueran encuentros con mujeres a las que lo más seguro era que no volviera a ver.

Pero eso no quería decir que no me gustara disfrutar de una buena conversación. Algo que había resultado prácticamente imposible durante la cena, porque el único tema del que hablaban las dos, además del trabajo, era de *La isla de las tentaciones*. Y yo, el poco tiempo que pasaba delante de la televisión, prefería dedicarlo a ver una película o alguna serie.

O quizá me estaba volviendo gilipollas, como me había dicho Sara en más de una ocasión, y por eso no me encontraba a gusto con lo que estaba pasando, cuando en otro momento no me hubiera importado lo más mínimo sacar partido del momento. O quizá fuera cansancio y por eso mi cuerpo se resistía a reaccionar como lo hubiera hecho en circunstancias normales. Yo qué sé.

El hecho es que me escabullí como pude de las dos con la excusa de ir al baño. Aunque por poco se vino conmigo la morena, que parecía tener la intención de comenzar la fiesta allí mismo. Apenas pude convencerla de lo contrario con un «Tranquila, nena. Voy a por condones para lo que nos espera luego». Solo entonces volvió junto a la pelirroja, y comenzaron a bailar como si se lo estuvieran montando juntas. Lo que hizo que la mayoría de los tíos del local se empalmaran al verlas. Debía estar realmente cansado, porque yo no estaba entre ellos.

Miré el móvil y la suerte estuvo de mi parte. Hice una señal a Jesús para que se acercara.

—Martín, tío, has triunfado. ¿Has decidido ya con cuál te vas? —preguntó con una sonrisa—. No me jodas. ¿Te vas a marcar un trío esta noche? —preguntó, abriendo los ojos de par en par cuando me vio negar.

—Me marchó. Solo —respondí antes de que me repitiera la pregunta.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, Jesús —dije mientras me pasaba la mano por la cara—. Algo no va bien. Creo que estoy cansado. Sí, eso tiene que ser. No estoy al cien por cien.

—¿De qué hablas? Si has estado fenomenal todo el día.

—Que no sé qué me pasa, pero mi cuerpo es como si estuviera en otra parte.

—No te entiendo, Martín.... ¡Oh! Que no se te...—no terminó la frase por el codazo que le arreé—. Has entrado en la pitopausia, amigo. Despídete de ese tipo de fiestas.

—Sí se me levanta, joder —respondí enfadado entre dientes—, es solo que no lo hace con el entusiasmo que debería dada la situación. Y no sé por qué, pero que vayan las dos tan a saco me lo está poniendo más difícil. No estoy a gusto. Hoy no puedo seguirles el ritmo.

—No te preocupes, tío. Si es que no puedes seguir llevando tantas cosas para adelante. Tienes que tomarte tiempo para ti, para no hacer nada —trató de animarme cuando se dio cuenta de cuánto me estresaba la situación—. ¿Quieres que nos vayamos?

—No seas tonto y aprovecha, que la de Matemáticas tiene un buen polvo —lo incité, haciendo que se volviera hacia la chica que le esperaba en la barra para seguir la conversación que interrumpí.

—Toma. Vete a mi casa —ofreció mientras sacaba las llaves del bolsillo.

—Me voy al pueblo —rechacé—. Me tomaré el resto del fin de semana de descanso forzoso, a ver si me recupero.

—Te va a salir un pico el taxi.

—El sobrino de Juan se había quedado estudiando en la biblioteca de la universidad. Sale en quince minutos de regreso —dije, enseñándole el móvil—. Tengo el tiempo justo para llegar allí en taxi.

Dicho y hecho. Un par de horas después, estábamos en la carretera de acceso al pueblo. No quise que el pobre chico, que venía muy cansado de todo el día y al que le vino genial mi compañía para alejar el sueño, tuviera que dar una vuelta enorme para dejarme en la puerta de casa. Así que le pedí que parara en la entrada del camino de atrás. Estaría oscuro, pero no tanto

para no poder recorrerlo sin problemas. Siempre y cuando mi vecina no hubiera vuelto a dejar su coche en medio. Aquel pensamiento me hizo sonreír relajado por primera vez en horas.

La sonrisa se transformó en sorpresa apenas doblé la esquina y llegó a mí la música procedente de la casa de Sara. No por el hecho de que la tuviera puesta. Ella solía escucharla prácticamente todo el día. Lo hacía a un volumen razonable y no me molestaba. Pero estar escuchando la inconfundible melodía de *La fiesta pagana*, de Mägo de Oz, me dejó descolocado.

¿Sara estaba dando una fiesta? ¿Con quién? ¿Había invitado a alguien al pueblo? Esas y otras preguntas más me hice mientras llegaba caminando a la altura de su casa. Pero, fuera lo que fuese, estaría ocurriendo en el salón. O puede que en el dormitorio. ¿Quién era yo para juzgar los gustos de cada uno para crear ambiente?

Continuaba hacia la mía, molesto por ese último pensamiento, cuando la luz de su cocina se encendió, haciendo que me detuviera. Quería averiguar algo que me diera una pista, así que retrocedí un par de pasos y me pegué a los árboles para ocultarme en las sombras.

Lo que vi me arrancó una sonrisa. Una Sara, vestida con lo que parecía un pequeño pijama, saltaba y cantaba despreocupada mientras dejaba algo en el fregadero. Estaba preciosa con aquella camiseta de tirantes ajustada con el dibujo de ese personaje de Disney que es un extraterrestre azul con un punto malvado.

Había algo en ella que hizo que no pudiera dejar de mirarla. Su rostro relajado con el pelo saltando a su alrededor a la vez que ella. La felicidad que irradiaba. O lo jodidamente sexy que estaba con aquella ropa. No sabía qué era. Lo único que tenía claro era que no podía apartar los ojos de Sara.

Si me había sorprendido con *La fiesta pagana*, no puedes hacerte una idea de la cara que se me quedó con la siguiente canción que sonó.

¿Qué lista de reproducción relacionaba Mägo de Oz con el *Suavemente*, de Elvis Crespo? Ya te lo digo yo. Ninguna con un mínimo sentido.

Pero Sara parecía encantada con aquella combinación musical, y a mí me tenía enganchado a cada uno de sus movimientos. Cuando la vi contonearse a ritmo de bachata, un escalofrío recorrió mi columna.

Para colmo, cuando se subió en una silla, para alcanzar un recipiente al que no llegaba, y siguió moviendo de aquella manera las caderas, que ahora me quedaban en primer plano, empecé a sentir un calor sofocante. Uno que terminó acercándome peligrosamente al punto de ebullición cuando poco después la vi llevarse un bote de nata montada a los labios, levantar la cara al techo y llenarse la boca.

Si ya verla de lejos bailar había hecho reaccionar a mi cuerpo más que el provocativo perreo al que me habían sometido en el bar de copas, su cara de deleite mientras saboreaba aquel alimento estaba poniéndome a mil.

Deseé con todas mis fuerzas estar invitado a esa fiesta privada. A punto estuve de llamar a su puerta y lanzarme a saborear aquellos labios con sabor a nata. Incluso llegué a dar un paso en su dirección. Solo un destello de lucidez me lo impidió, al hacerme ver que un acercamiento de ese tipo con Sara podría tener consecuencias a la larga que no estaba dispuesto a asumir.

La tercera vez que hizo lo del bote, me descubrí con la mano en la entrepierna, acariciando por encima de la tela del vaquero, la erección que el simple hecho de contemplarla de lejos me había provocado.

Sobrepasado por la situación, me pegué aún más al árbol que tenía a mi espalda. En ese momento, hubiera querido fundirme con él y desaparecer.

Empecé a sudar. ¿Qué estaba haciendo? Joder. Si alguien llegaba a verme en aquella situación,

escondido entre las sombras, tocándome mientras espiaba a mi vecina, hubiera sido mi ruina. Me habría cargado mi carrera. No iban a dejarme trabajar como docente. Si llegaban a enterarse, ningún padre querría que sus hijos asistieran a un instituto conmigo.

Me marché a casa todo lo rápido que pude. Subí los escalones de dos en dos, y una vez en el baño, me eché varias veces agua en la cara y la nuca.

—Gilipollas, gilipollas y más que gilipollas —me repetí una y otra vez—. ¿Y si te hubiera visto alguien? Estarías acabado. Te tacharían de perverso y tendrías que largarte convertido en la vergüenza del pueblo —me recriminé.

Apoyé las manos en el lavabo, agaché la cabeza y cerré los ojos intentando calmar, al menos, mi respiración. Cuando volví a abrirlos, se clavaron en el bulto de mi entrepierna.

—¿Tenías que animarte ahora? Había dos preciosidades dispuestas a darte cariño toda la noche, y, ¿decides reaccionar con la mujer que no debes? Con ella no, ¿me oyes? —le grité enfadado a mi erección—. Joder, le estoy hablando a mi polla —resoplé.

Me quité la ropa y me metí en la ducha con la esperanza de bajar el calentón. Pero esa parte de mi anatomía se había declarado en rebeldía y se empeñaba en mostrarse en todo su esplendor. No estaba por la labor de relajarse así como así.

Empecé a enjabonarme mientras trataba con todas mis fuerzas de alejar de mi cabeza el espectáculo que había presenciado. Aquello resultó misión imposible. Mi cuerpo reclamaba un desahogo con urgencia, y era incapaz de borrar las imágenes de Sara de mi cabeza. Hasta tal punto que no me quedó más remedio que recurrir a buscar alivio de forma manual. Un alivio que llegó muy rápido. Solo tuve que cerrar los ojos y recordar la imagen de Sara con el bote de nata. Mi imaginación hizo el resto, y con unos cuantos movimientos enérgicos, mi erección liberó la tensión acumulada mientras yo ahogaba un gemido que tenía más de agónica derrota que de satisfacción.

Al cabo de un rato, salí de la ducha. A pesar de estar agotado, apenas pude dormir. La música no dejó de sonar en toda la noche. ¿Cuánto aguante tenía aquella mujer? Su constante recuerdo en mi cabeza logró que solo consiguiera cerrar los ojos cuatro o cinco horas. Y ni siquiera seguidas.

Me levanté de mala hostia, porque cada vez que recordaba lo ocurrido, mi entrepierna volvía a removerse entusiasmada.

—Ya puedes olvidarte de ella —le gruñí mientras me tomaba un café bien cargado.

Salí y abrí la puerta del garaje para que entrara algo de fresco. Decidí quitarme la frustración sexual que sentía cansándome a fuerza de agotador ejercicio físico. Saqué el móvil del bolsillo y, antes de dejarlo sobre una repisa del garaje, escribí un mensaje.

¿Unas canastas?

Mientras esperaba respuesta, empecé a golpear el saco de boxeo, descargando sobre él la rabia que me producía el hecho de que Sara despertara en mí un deseo tan intenso.



11

Y solo quiero que te vayas.

Solo quiero que se acabe.

Solo quiero que me dejes solo.

Fuera, vete de mi casa,

suéltame las manos,

no soy más que un niño

con los pies descalzos.

Pablo López. El patio

Me costó más de lo que pensaba salir del sofá. Aquello había sido lo más parecido a irme de fiesta desde hacía demasiados años. Si echaba cuentas, prácticamente, desde que terminé la universidad. Cuando Alfredo y yo comenzamos a salir, nos turnábamos. El que conducía no bebía. Pero, la verdad, eran más veces las que terminaba conduciendo yo. Desde que me quedé embarazada, era siempre la que llevaba el coche. Primero por el embarazo, luego porque le daba el pecho a la niña, después porque quién le seguía el ritmo a la criatura al día siguiente. Su padre, desde luego, no era capaz, aunque no hubiera bebido una copa. Así que me tocó renunciar a esa parte de mi vida.

Y aunque yo nunca fui de pasarme con la bebida, reconozco que a veces me fastidiaba no tener la libertad de hacerlo. Solo las pocas veces que Lola, Esme y yo conseguíamos cuadrar un día para comer, me permitía un par de vinos. Cada vez que recordaba a todas las cosas que había ido renunciando en mi matrimonio de forma prácticamente voluntaria, porque era lo que tocaba, me ponía de mala leche.

Aparté todos esos recuerdos de mi mente. No iba a permitir que el pasado estropeará la felicidad que sentía. Aunque fuera momentánea porque aún ni siquiera había leído la propuesta. Igual no merecía la pena, en cuyo caso autopublicaría el manuscrito como había hecho con los anteriores. Pero en aquel momento quería limitarme a disfrutar el subidón que me dio leer el *email* y saber que una editorial estaba interesada en mi obra.

Me levanté y me fui al baño, de donde no salí hasta darme una larga ducha. Después me fui a la cocina. Antes de poner la cafetera, apunté comprar una caja de Alka Seltzer por si volvía a darme por celebrar otra fiesta conmigo misma.

Volví al salón a buscar el móvil para llamar a mis amigas. Tuve que reírme al ver lo que habían escrito en nuestro grupo de WhatsApp poniéndome verde por no haberles dado una pista. Estaban desesperadas por saber qué había ocurrido.

—Por fin das señales de vida. ¿Te crees que puedes escribir ese mensaje diciendo que había pasado algo muy bueno y que ya nos lo contabas hoy? —me reprochó Lola sin un hola siquiera.

—Eso, eso. Ya puedes ir contando que ha sido eso tan genial que ha pasado —la refrendó Esme—. Y si es que te has tirado al vecinito, quiero detalles. Muchos detalles.

—No seas idiota, no me he tirado a mi vecino.

—Pues eres tonta, chiqui. Por lo que contaste de él, tiene pinta de estar tremendo. Y a ti te hace falta un buen meneo —dijo Lola para mi asombro—. Después de haber pasado por el divorcio, necesitas pasar la ITV para comprobar que todo funciona.

—Ufff. Me estoy imaginando a tu vecinito vestido de mecánico dispuesto a comprobarte el motor mientras te canta el *Greased Lightnin'* —agregó Esme, y se puso a tararear la canción mientras hacía el bailecito del personaje de John Travolta y sus amigos en el garaje, al que se unió Lola.

—Estáis como unas jodidas cabras, lo sabéis, ¿no? —afirmé a la vez que me reía viéndolas.

—Oh, venga, Sara, no me digas que tu vecino no te provoca pensamientos impuros. Yo los tendría —sentenció Esme.

—Si os vais a poner pesadas con eso, cuelgo y os quedáis con las ganas de saber qué ha pasado —amenacé.

—Vale, vale. Dejamos el tema. Desembucha de una vez —pidió Lola.

Durante un buen rato, les hablé del *email* que había recibido. Y, entre gritos de alegría y felicitaciones, regresé a la cocina y me senté junto a la encimera que daba a la ventana para tomarme el café.

—Vas a conseguirlo. Cuando seas una escritora famosa, acuérdate de nosotras. Me pido llevarte las maletas —pidió Esme, arrancándome una risa.

—Yo, tu secretaria —apuntó Lola.

—Pero ¿qué decís? Cuando sea famosa, vosotras seréis mis *personal assistants* —dije con exagerado acento inglés—, que eso suena mucho más pijo, y me acompañaréis a todas partes.

Las tres empezamos a divagar imaginando una vida llena de *glamour*, viajes maravillosos y, sobre todo, muchas risas. Aún me reía de la última tontería que había dicho Esme cuando levanté la vista a la ventana.

—¡Madre mía! —exclamé, haciendo que mis amigas se callaran al momento.

—¿Qué ha pasado?

—Sara, ¿qué ocurre? —insistió Lola—. ¿Estás viendo el principio de una invasión alienígena por la ventana, o qué? Responde de una vez, coño.

—¿Os acordáis de aquel anuncio en el que en una oficina las chicas paraban a tomar un descanso siempre a la misma hora, y veían por la ventana un tío buenísimo? —reaccioné al fin.

—Joder, claro que sí, «el momento Coca-Cola Light» —confirmó Lola.

—Qué tiempos aquellos. Ya no hacen anuncios como esos —suspiró Esme—. ¿Os imagináis que una se asoma a la ventana y se encuentra un ejemplar así a unos metros? Yo me llevaría todo el tiempo pegada al cristal. ¿Creéis que hombres así existen, o los hacen con Photoshop?

—Esme, deja de divagar —recriminó Lola—. Sara, ¿qué tiene eso que ver ahora?

Tardé un rato en responder, porque mi mente en aquel momento se había quedado en pausa ante el espectáculo que veían mis ojos. Martín tenía abierto de par en par el garaje de su casa, que daba justo frente a mi cocina. Cerca de la puerta, había un saco de boxeo al que golpeaba como si estuviera peleando con el mismísimo Rocky Balboa.

Eso no hubiera dejado de ser simplemente anecdótico si no hubiera sido por el cuerpo que dejaba al descubierto su ropa de deporte. Su camiseta negra de tirantes mostraba unos brazos musculados, con unos bíceps muy bien marcados. Pero no de esos en los que se ven exageradamente las venas y parecen que van a explotar, sino unos que parecían cincelados en mármol por el gran Miguel Ángel, y hacia los que sentí una irresistible necesidad de acariciarlos. Por la forma de pegársele la tela sudada al cuerpo, dejaba claro que llevaba un rato ejercitándose. Y también que debajo de ella no había un gramo de grasa de más.

Un pantalón corto de deporte hasta medio muslo, del típico punto gris de toda la vida, dejaba al aire unas piernas fuertes que se me antojaron dos columnas torneadas. Moldeadas seguro que a base de los paseos vespertinos con Argos. Los cimientos perfectos para sostener semejante monumento masculino.

—Pues ese tío buenísimo es, ahora mismo, Martín practicando deporte enfrente de mi ventana —dije al fin.

—Quiero verlo, quiero verlo —gritó Esme entusiasmada.

—Si te ha hecho poner esa cara de lela a la que se le cae la baba, debe ser impresionante —añadió Lola—. Enfócalo. Tienes que enseñárnoslo.

Pero yo había vuelto a quedarme atontada cuando le vi dejar de maltratar el saco y, después de mirar un momento su teléfono y beber agua, se colgó de una barra sobre la puerta y comenzó a hacer dominadas de espaldas a mí. Por un momento, pensé que no podría apartar la vista de sus brazos. Hasta que en una de las veces que subía y bajaba, su culo entró en mi campo de visión. El pantalón se ajustaba permitiendo contemplar unos glúteos redondos y perfectos. Me estaba preguntando si estarían igual de prietos como aparentaban cuando las voces de mis amigas volvieron a conectar mi cerebro.

—Sara, ¿no me has oído? Te he dicho que lo enfoques con el móvil —exigió Lola—. Pon la cámara trasera para que podamos verlo.

—No puedo hacer eso. ¿Y si me ve y se cree que le estoy grabando?

—Si te ve, lo del teléfono será lo de menos, porque con la cara de pasmada que le tienes puesta, va a quedarse flipado —se rio Esme—. Venga ya. No nos hagas rabiar más y enfócalo.

—A que termina la sesión de entrenamiento y no vemos al vecino de los cojones —resopló Lola.

—Vale, vale. Pero como se dé cuenta, os juro que me la pagáis —terminé aceptando.

—¡Joooder! —exclamaron a la vez cuando por fin vieron al famoso vecinito.

Mientras las dos no paraban de soltar comentarios subidos de tono, Martín dejó las dominadas, e hizo unos cuantos estiramientos de brazos y espalda, dándoles más motivos a ellas para seguir alabándolo y a mí para continuar babeando sobre la taza de café.

Entonces él, ajeno a que su sesión de deporte nos tenía tan alteradas como si estuviéramos viendo el espectáculo de un *stripper*, no se le ocurrió otra cosa que quitarse la camiseta sudada y quedarse con aquel pantaloncito, cuyo cordón se había aflojado durante el ejercicio y le caía sobre las caderas dejando a la vista unos incipientes oblicuos.

—¡Ay, Dios! —fue lo único que pude vocalizar.

—¡Cómo se puede estar tan bueno! —exclamó Lola.

—Tíratelo, Sara. Y luego nos lo cuentas —pidió Esme—. Quiero saber cómo es acostarse con

un tipo así.

—¿Tú estás tonta, o qué? —le dije—. Como se entere Manuel, verás.

—Deja a mi Manuel tranquilo. Además, no he dicho que me lo vaya a tirar yo. Tú solo me lo cuentas y ya me encargaré de que él me quite el calentón de escucharte.

—Eres tremenda —le solté.

—Tremendo está tu vecinito, chiqui. Tienes que ir a por él —la secundó Lola.

—Si seguís con lo mismo, dejo de enfocar —amenacé, consiguiendo que pararan de insistirme sobre que me tenía que acostar con Martín.

—Desde aquí no se ve bien. ¿Es de los que lleva depilación total, o pecho-lobo? —preguntó Esme.

—Pues... ni una cosa ni otra —respondí mientras me fijaba bien en mi vecino, al que ahora veía de frente gracias a que estaba hablando por el móvil—. Tiene algo de vello rubio, aunque no demasiado, que le cubre el pecho... y baja como si fuera un cordón por un vientre plano donde se puede distinguir ligeramente la tableta de abdominales y continúa bajando hasta... hasta...

—¿Hasta dónde? No te calles precisamente ahora —protesto Esme—. ¿Cómo va de armamento? ¿Está bien despachado? —preguntó, sabiendo qué era lo que yo estaba mirando.

—Prometedor —respondí con la boca seca.

—¿Prometedor? ¿Qué clase de respuesta es esa? —protestó Lola.

—Es que desde aquí no puedo ver bien. No querrás que coja unos prismáticos. Es lo que faltaba —protesté.

—Y una mierda que no ves bien. Si te ha faltado contarle los vellos que había del pecho al pantalón —me respondió.

Era verdad. Aunque yo no estoy segura de si mi vista se había agudizado para observar todos los detalles de su cuerpo, o si era mi imaginación la que estaba completando los huecos que mis ojos no podían, porque juraría que hasta podía ver las gotas de sudor que bajaban por su torso. Y, por un momento, sentí unas ganas locas de saborearlas pasando mi lengua por aquellos provocativos abdominales.

—Sara, deja ya de babear y contesta —dijo Lola, interrumpiendo aquellos pensamientos calenturientos que me estaba provocando mi vecino.

—Vale, vale. Sí —respondí al fin—. Parece que también va bien servido.

—Joder, no le falta un detallito. ¿Seguro que ese hombre es real? ¿No te lo estarás imaginando para una novela? —me preguntó Lola.

—Claro que es de verdad. ¿No lo estás viendo, idiota? —le espetó Esme—. Y esta tiene que ir a su casa ya y hacer que la empotre ahora mismo contra la puerta del garaje, o contra un árbol, o contra la valla, da igual.

—Pero qué burra eres —le recriminé.

—Y tú eres gilipollas si teniendo a ese hombre tan a mano no le sacas provecho y le das una alegría a tu cuerpo.

Mientras las dos seguían insistiendo en que debía tener algún tipo de encuentro sexual con mi vecino, vi llegar a Marcial en ropa de deporte. Después de que los dos se saludaran, Martín entró un momento al garaje y salió con una camiseta limpia en una mano y un balón de baloncesto en la otra, que lanzó al recién llegado. Este se dirigió a lo que supuse una canasta que debía estar colocada en la pared que yo no veía desde mi cocina. Al momento, escuché lo que supuse el botar la pelota sobre el tablero, mientras veía a Martín subirse la cinturilla del pantalón y anudarse de nuevo el cordón.

—Oh. Se acabó el espectáculo por hoy —apuntó Lola cuando se puso la camiseta.

No podía apartar la vista de él. Me pareció tan *sexy* cuando apartó de su frente el pelo humedecido por el sudor mientras sonreía por algo que debía haberle dicho Marcial.

—Queremos más. Martín, desnúdate —gritó Esme entre risas.

—¡Ay, ay, ay, mierda! —me quejé—. ¡Ay, cómo duele!

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Lola.

—Ay, ay, ay.

—Sara, ¿qué ocurre? Estamos viendo el techo de tu cocina. ¿Se te ha caído el móvil? —dijo preocupada.

—No. Es que cuando Esme ha gritado, creo que Martín ha debido oír algo. Se ha vuelto a mirar y, por inercia, me he agachado para que no me viera. Me he dado un golpe con la silla. Cómo duele —me quejé sentada en el suelo con la mano en la frente—. No sé cómo no me he abierto la cabeza.

—A ver, exagerada, enséñanos qué te has hecho —pidió Esme—. Pareces un unicornio —soltó, y empezó a reírse a carcajadas.

—No tiene gracia. Duele mucho —protesté mientras palpaba con cuidado el bulto que se me había hecho en un momento. Gateando, me acerqué a la nevera y me puse un hielo en la frente.

—Mira el lado bueno. Ahora puedes ir a casa de tu vecino y pedirle que juguéis a los médicos. Con una buena inyección, te deja como nueva —rio de nuevo Lola al tiempo que se limpiaba las lágrimas provocadas por tanto reírse.

—Pero que pesaditas sois con lo mismo. Mira cómo estoy por vuestras tonterías.

—Y lo que nos hemos reído —añadió Esme—. ¿A que como lo haces con nosotras no lo haces con nadie? —preguntó, poniéndome carita de niña buena—. Venga, Sarita, alégrate. Ahora que eres un unicornio, puedes cagar purpurina y eructar arcoíris.

—Estás majara —sentencié, tratando sin éxito de no reírme.

—Esta lo que está es fumada. Seguro que ya le has dado hoy a la mariguana —dijo Lola.

—¡Eh! Es terapéutica. Me la ha aconsejado el médico para mi fibromialgia —se defendió Esme—. Y, al menos, con ella me río. No como con los parches de morfina, que iban a acabar conmigo.

—Ya lo sé, cariño —la animó Lola—. Mira qué pareja de amigas tengo: la porrera y la unicornia.

—Ríete, que ya te buscaremos a ti un mote, capulla —la amenacé—. Ufff, entre la resaca y el golpe, cualquiera escribe un renglón hoy.

—De eso nada. No se admiten excusas. A mí me mandas un capítulo hoy —exigió Lola, sacando el imaginario látigo con el que mis dos lectoras cero me azuzaban a escribir día si día también.

Y así, entre risas por todo lo ocurrido durante la llamada, seguimos charlando un rato mientras se me quedaba el culo helado sobre las losas de la cocina. Sin atreverme a levantarme, gateé hasta el salón y volví a tumbarme en el sofá para continuar aquella alocada conversación.

Me pasé el resto del día en estado medio catatónico porque no era capaz de alejar de mi cabeza la imagen de Martín. Llegué incluso a imaginar el suave cosquilleo que provocaría su barba en mi piel mientras sus labios la recorrían. Reconozco que, por un momento, incluso me planteé que tampoco estaría tan mal hacerles caso a mis amigas. Sobre todo, cuando me acordé de aquel comentario que me hizo sobre que podía acostarse con quien quisiera. Entonces entendí por qué. ¿Quién se resistiría a ese cuerpazo y aquella sonrisa? Sí. También tenía una sonrisa fantástica. Pero seguía siendo un gilipollas. Uno de primera categoría.

Deseché la idea. Yo no estaba en condiciones de meterme en un lío de esos. Necesitaba calma

para centrarme en mí.

A pesar de tenerlo tan claro, me molestó mucho que cuando volvió de su paseo con Argos aquella tarde, apenas se molestara en saludar. Ni al día siguiente, ni al otro. Es más, diría que fruncía el ceño nada más verme.

Llegué a pensar que había debido escuchar algo de la conversación con mis amigas. Me ponía como un tomate solo de imaginarme que nos hubiera oído.

Pero ya el colmo fue cuando, unos días después, fui con Reme al colegio para hablar de la posibilidad de dar unas charlas a los niños y me lo encontré allí en la versión desagradable que me mostró el primer día.



12

*Negarse a amar por miedo a sufrir,
es como negarse a vivir por miedo a morir.*

Jim Morrison

El enfado que tenía conmigo mismo me duró el fin de semana y algunos días más. Sobre todo, porque cuando me disponía a pasar un rato jugando al baloncesto, hubiera jurado que había escuchado una voz femenina que gritaba mi nombre proveniente de la casa de Sara. Me volví a mirar hacia la ventana de su cocina, pero no había nadie. Aun así, el simple recuerdo de mirar hacia aquel lugar, que había desatado en mi cuerpo una inesperada reacción, volvió a alterarme.

Afortunadamente, estaba allí mi amigo, que me sacó de mis pensamientos lanzándome la

pelota para empezar a jugar, porque lo más probable era que hubiera terminado de nuevo necesitando aliviar yo solo los estragos que me causaba recordarla.

Por suerte para mí, la mujer de Marcial iba a pasar el día acompañando a su tía enferma. Así que se quedó a comer en casa y luego estuvimos toda la tarde viendo la tele mientras bajábamos mi reserva de cervezas.

Marcial era de los pocos amigos de mi quinta que quedaba en el pueblo. Aún se mantenía joven de espíritu. Y también de cuerpo. Me dio una buena paliza al baloncesto. Aunque en mí defensa diré que mi cabeza estaba pensando en cierta fémina que se me había metido en las venas contra mi voluntad y me tenía descentrado.

Si no hubiera sido por él, la única alternativa para distraer mi mente fuera de casa habría sido irme al bar del pueblo. Y la verdad, en aquel momento, lo que menos me apetecía era escuchar las conversaciones sobre lo caro que estaba el pienso, lo floja que iba a ser la próxima cosecha, o si se esperaba una nueva sequía, o lluvias torrenciales. Nunca se sabía en qué extremo nos íbamos a mover con el clima.

Después de ver el partido del Madrid, lo acompañé a su casa, y luego seguí con Argos dando nuestro paseo diario. En aquella ocasión, lo alargué más de lo habitual con la esperanza de no encontrármela sentada en su patio. La carrera que emprendió mi perro hacia la casa de Sara me advirtió de que había sido en balde.

Allí estaba, más bonita incluso de lo que me había parecido la noche anterior. Aquel simple pensamiento me enfadó. Cuanto más trataba de apartarla de mi mente, con más fuerza volvía a aparecer.

Pero no estaba dispuesto a permitirle entrar en mi vida más de lo que fuera una correcta relación vecinal. Y si para eso tenía que mostrar mi lado más borde, estaba dispuesto a hacerlo. Así que apenas hice un amago de saludo y me marché hacia casa mientras Argos le hacía su fiesta particular. Y es que el capullo de mi perro se había dejado conquistar por Sara desde el primer día y no tenía reparos en demostrarle su devoción cada vez que tenía oportunidad. Yo no iba a ceder tan fácilmente como él.

En los días siguientes mantuve mi actitud distante al regreso de cada paseo. Traté de cambiar el camino y entrar por la puerta delantera. El traidor de Argos no me lo consintió. En cuanto estábamos cerca de casa, se negaba a obedecerme cuando le decía que me siguiera. Le gustaba demasiado el ritual diario de mimos que le dedicaba Sara. No me pasó desapercibida su expresión molesta cuando fue a saludarme y yo giré la cara. Era la persona más transparente que he conocido. Al menos para mí, porque podía leer en su rostro sus pensamientos perfectamente.

Algo de lo que no me quedó duda cuando una semana después, el viernes por la mañana, me la encontré con Reme por el pasillo que llegaba hasta la sala de profesores del colegio. Yo había ido a hablar con Javier, el director del centro, sobre el programa de actividades conjuntas con el instituto para el nuevo curso.

Estaba despidiéndome de mi compañero cuando escuché la voz de la profesora explicando en qué consistía que el colegio formara parte de la Red de Comunidades de Aprendizaje de Andalucía. No me hizo falta ver con quien venía para saber que era ella. El sonido de su risa me atravesó como un rayo provocando que una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo.

—Hola, Martín. Javier, ¿recuerdas que te comenté que teníamos una escritora en el pueblo? Es ella. Sara —los presentó.

Traté de mantenerme al margen de la conversación. Había visto con claridad cómo ella frunció el ceño cuando me vio allí, y pensé que debía seguir con mi cruzada de mantenerla lejos de mí a cualquier precio.

Mientras ellos hablaban sobre lo interesante que sería que diera algunas charlas a los niños, yo miraba el móvil como si lo que veía en la pantalla fuera más entretenido que lo que ellos decían. Aunque en realidad no perdía detalle de cada palabra y cada gesto de ella.

Estaban concretando los temas sobre los que podían girar las charlas, cuando Nora se acercó a saludar a Sara.

—¡Hola! —exclamó feliz de verla—. ¿Qué haces en mi cole?

—Puede que venga a hablaros sobre el oficio de escritora.

—¿Nos vas a contar sobre tus libros de besos? —preguntó la hija de mi prima.

—No —rio ella, provocando con aquel melódico sonido que se erizaba cada centímetro de mi piel—. Voy a contaros cómo se puede escribir una historia sea cual sea el género que elijáis.

—Eso me gusta. Yo quiero escribir sobre zombis —dijo la niña, haciendo como si fuera una muerta viviente.

—Pues te explicaré cómo hacerlo para que dé mucho miedo y algo de asco —le aseguró Sara con una mueca que pretendía asustar, pero que a mí me pareció adorable.

—También estoy tratando de convencerla para que colabore en los grupos interactivos —le contó Reme a la niña.

—Sí, sí, Sara, por favor. Tienes que venir al de sexto —le pidió Nora.

—Bueno, yo... no sé si sabré hacerlo —dudó la escritora.

—Es muy sencillo. Un día a la semana viene a cada clase algún adulto durante un par de horas: un padre, una madre, un familiar..., y ayuda a realizar con los niños las actividades que el profesor haya preparado —le explicó Javier.

—Puedo intentarlo.

—Bien —exclamó Nora satisfecha—. En sexto, seño, no lo olvides —le exigió a Reme.

Mientras ellos se felicitaban por haber involucrado a Sara en la Comunidad de Aprendizaje, yo estaba molesto. Molesto por cómo me afectaba cada cosa que hacía o decía aquella mujer. Y molesto por la forma en la que había sido capaz de ganarse a todos en el pueblo en tan poco tiempo.

—¿No crees que también serían interesantes esas charlas para los chicos del instituto, Martín?

La pregunta de Javier hizo que levantara la vista del teléfono. Algo que me esforcé por hacer con la mayor desgana posible. La miré un momento antes de responder.

—No me parece buena idea. Bastante revolucionadas tienen los chavales las hormonas para que les hablen de escribir historias de sexo —respondí.

—Yo no voy a hablarles de sexo a los niños. Voy a hablarles sobre lo que es ser escritor —se defendió.

—Pero será inevitable que se interesen por el tipo de libros que escribes. No me parece bien que terminéis hablando de sexo. A los padres no les hará gracia.

—Pero ¿tú qué te crees que escribo yo? ¿Porno? —me soltó indignada—. La erótica es solo una parte de la novela romántica.

—No lo sé. Tengo mejores cosas que leer que tus novelitas —respondí a sabiendas de que aquello la iba a cabrear—. Javier, Reme, nos vemos en la reunión del Consejo Escolar —dije, y me marché sin despedirme de ella a propósito.

—Y a este imbécil, ¿qué le pasa? —oí preguntar a Reme, que seguía boquiabierta ante mi salida de tono.

Sí, era un imbécil. Uno de nivel profesional, o pro, como dicen ahora. Uno desesperado por alejarse de la mujer que el destino se había empeñado en traer a su propia puerta porque no estaba dispuesto a perder otra vez. Y es que algo me decía que un acercamiento con Sara en ese

nivel me traería muchas complicaciones.

—El primo Martín no ha cagado hoy —escuché sentenciar a Nora mientras me alejaba.

—¡Nora! ¿Qué manera de hablar es esa? —la reprendió Reme.

—Es lo que mamá siempre nos dice cuando estamos enfadados sin motivo —se defendió la niña mientras yo salía del pasillo y me hacía hueco para poder caminar entre los niños que se amontonaban en busca de su clase.

Me fui al instituto sin parar de dar vueltas a lo que acababa de ocurrir. De nuevo iba a tener que dar cuentas de mi comportamiento. Si continuaba así, estaba jodido. Siempre no iba a poder escudarme en un mal día. Todos terminarían dándose cuenta de que era Sara la que me hacía reaccionar como un adolescente. Y era ya bastante mayorcito para que su simple presencia me afectara tanto.

Eso debía ser. Estaba empezando a sufrir los estragos de la crisis de los cincuenta. Aunque aún me quedaba un año y un día para cumplirlos. Joder, el tiempo que me faltaba para cumplir el medio siglo sonaba como una condena en toda regla.

Aquello me hizo caer en la cuenta de que al día siguiente era mi cumpleaños. No me apetecía nada que me lo recordaran. Quizá, si no se lo comentaba a nadie, me dejaran tranquilo. Pero entonces me llegó un wasap de Nuria para decirme que nos veríamos el fin de semana.

Después de responderle, preferí pasar el resto de la mañana arreglando papeleo del instituto, porque si me dedicaba a preparar los exámenes, como tenía pensado, iba a poner unas preguntas que no iba a haber quien aprobara. Y no quería ser ese tipo de profe cabrón que paga con sus alumnos su frustración.



13

Pero déjame contarte que aprendí que la paloma

nunca deja de ser ave, aunque tenga un ala rota.

Así que ven y mírate al espejo.

Te presento a la chica más valiente del universo.

La oreja de Van Gogh. La chica del espejo

El comportamiento de Martín me tenía descolocada. Un día era amable; otro, un capullo integral, y el de en medio, el tío más buenorro que había contemplado en persona, y eso que no era ningún jovencito. Pero era precisamente eso lo que lo hacía tan sexy.

Te confieso que llegó a aparecérseme en algún que otro sueño llevando solo aquel pantaloncito corto. Aunque no llegó a más que a hacerme babear, me desperté con un calentón que, al menos, pude aprovechar para sacar adelante una de las mejores escenas eróticas que había escrito.

Aun así, no paraba de buscar una explicación a su manera de comportarse. La única que se me ocurría era que me había escuchado hablar con las chicas mientras le espiaba haciendo deporte, por lo que no me atrevía a reclamarle una explicación.

En el fondo, reconozco que me fastidiaba haber tenido tan buen recibimiento y acogida de todos los vecinos del pueblo excepto de él. Por algún motivo, nuestros encuentros tenían el efecto de un choque de trenes. Pero como decía mi abuela, «un garbanzo no aburre un puchero». Así que no iba a darle más importancia al tema. Fuera lo que fuese lo que le pasaba conmigo, ya se le pasaría. Y si no, problema suyo.

El mismo viernes que tuvimos el encontronazo en el colegio, estaba terminando de revisar un capítulo en el ordenador después de llegar del club de lectura, cuando sonó en mi móvil la *Marcha Fúnebre*, de Chopin. Aquella melodía me devolvió a la realidad de un golpe. No, no se había muerto nadie, solo mi matrimonio. Aquel era el tono que le había asignado al número de Alfredo desde que nos separamos. Sí, ya lo sé, resultaba infantil, pero a mí me pareció de lo más apropiado que fuera esa música la que me avisara si en algún momento él me llamara.

Estuve a punto de no contestar. No me apetecía escuchar su voz. Pero pensé que debía ser algo relacionado con Laura lo suficientemente importante para que me llamara cuando se

suponía que debía estar de luna de miel.

—¿Qué quieres? —solté sin más.

—¿Cómo estás, Sara? Me han dicho que te has mudado —comentó como si fuéramos dos amigos poniéndonos al día.

—Ocupada. Así que dime lo que tengas que decirme de Laura —traté de cortarle.

—¿Por qué iba a tener algo que contarte sobre nuestra hija?

—Porque es el único tema por el que tendría una conversación contigo.

—Después de todos estos años, debería quedar entre nosotros, al menos, una buena amistad.

—Haberlo pensado antes de hacer las cosas como las hiciste —dije, haciendo un esfuerzo por no explotar—. Así que, como no hay nada que incumba a nuestra hija que debas decirme, adiós.

Aún tenía el móvil en la mano cuando me llegó un mensaje de él.

Ojalá llegara el día en el que pudiéramos ser amigos. Siempre serás una parte importante de mi vida.

Solté el teléfono sobre la mesa con rabia y salí al patio a tomar el aire. ¿De verdad creía mi exmarido que podíamos tener una conversación amistosa como si nada hubiera pasado?, ¿como si no me hubiera puesto los cuernos y abandonado?

Y después de todo, eso fue lo de menos comparado con el *shock* de descubrir que tras una vida juntos se había convertido en un desconocido. Sobre todo, cuando uno de los que yo consideraba entre sus mejores amigos me dijo que no sabía si darme el pésame o la enhorabuena por la separación. De un día para otro, el único hombre al que había querido había dejado de ser parte de mi vida, poniendo fin a una relación de muchos años juntos.

Vale. No era un matrimonio de película. Hacía tiempo que nos faltaba la chispa de los primeros años y la monotonía se había instalado en nuestra casa. A veces, yo misma sentía que necesitábamos un poco de emoción. Algo que nos sacara de la rutina. Aunque estaba convencida de que ese era el precio a pagar a cambio de una vida tranquila y sin sobresaltos.

Supongo que vivía acomodada a aquella situación, absorbida por mi papel de esposa y madre, y me olvidé de lo que yo necesitaba. ¿Puede haber trabajo más desagradecido que dedicarte en cuerpo y alma a tu marido y tu hija? Lo dudo. Bueno, no lo dudo, solo quería ser políticamente correcta. Sé que no lo hay.

Alfredo, en cambio, no tuvo problemas por buscar fuera de casa la emoción que faltaba en su vida. Y la encontró en una chica que tenía la edad de nuestra hija. Algo muy típico de quien sufre la crisis de los cincuenta. Pero lo que más dolía era verlo más feliz de lo que le había visto en años a mi lado.

El colmo fue que cuando él estaba a punto de marcharse de casa para irse a vivir con ella, llegó el maldito confinamiento. Fueron los tres peores meses de mi vida.

Laura se los pasó en su cuarto, del que solo salía para ir al baño, haciendo videollamadas con los amigos cuando no tenía clases *online*.

Alfredo, que para mi desgracia parecía enamorado como un adolescente, se pasaba el día hablando con su ligue. Más de una vez llegó a tener la total desconsideración de hacerlo delante de mí. Incluso en alguna ocasión se había unido mi hija a la conversación. Tuve claro que se llevaba muy bien con «la otra», con quien, al parecer, había ido algún que otro día de compras.

Los dos se pensaron aquellos tres meses que estaban en un todo incluido donde la tonta de la casa —es decir, yo— era la única encargada de limpiar, recoger, cocinar, poner lavadora... Ah, y de salir a comprar con dos mascarillas, guantes, y muerta de miedo. No sé cómo no cogí

una dermatitis de tanto frotarme con desinfectante cuando regresaba a casa. Llegué a tenerle asco al olor a lejía. Pero ninguno de los dos estaba dispuesto a salir. Decían que con uno que se pusiera en peligro era suficiente. Y esa habían decidido que fuera yo.

Veía en la tele lo mal que lo estaba pasando la gente que estaba sola y lo único que podía pensar era que me hubiera cambiado por ellos con los ojos cerrados. Aquella situación estaba pudiendo conmigo.

Pero lo que me llevó al límite fue la noche —o quizá fuera la tarde, o cualquier hora del día, porque todo me parecía igual— que Alfredo vino a buscarme al que había sido nuestro dormitorio con ganas de echar un polvo porque tanta videollamada le había puesto cachondo. ¿Qué fue lo que me dijo cuando me negué indignada? Ah, sí, «por los viejos tiempos». Supongo que te puedes imaginar lo que le mandé a hacerse él solo mientras le cerraba la puerta en las narices.

Me tumbé en la cama y me pasé no sé cuánto tiempo llorando desconsoladamente. Me sentía más sola y abandonada que hacía meses, y también humillada porque él pensara que podía utilizarme de aquella manera.

Por un momento, hasta sentí la tentación de salir a la calle sin protección ninguna y entregarme gustosa al coronavirus. Incluso me imaginé con un bonito camión paseando por la calle con los brazos abiertos y el pelo al viento en una especie de sacrificio a los dioses para que acabaran con la pandemia.

Aquella noche tomé una decisión. Creo que fue porque me di cuenta de que si no lo hacía, se me terminaría yendo la cabeza, y eso me asustó. En cualquier caso, supe que había llegado la hora de ser egoísta y mirar solo por mí.

Salí temprano e hice acopio de todo aquello que pensé que pudiera necesitar para las siguientes dos semanas. Como era de esperar, los dos estaban encerrados en sus cuartos a mi regreso. Me llevé todo al dormitorio y me atrincheré allí. Tenía baño propio, así que no necesitaría salir mientras tuviera provisiones.

Perdí la cuenta de las veces que oí a través de la puerta la palabra egoísta, dirigida a mí, cuando se dieron cuenta de que la criada de la casa se había declarado en huelga. Me dio igual. Me coloqué los auriculares y, delante del ordenador, me aislé aún más del mundo.

Encontré refugio en una vieja afición que hacía tiempo que tenía abandonada. Me apunté a un par de cursos, y gracias a las redes sociales, entré en contacto con mucha gente interesante del mundo de la escritura y eso me animó a dar el paso de autopublicar. Aquella decisión me llevó finalmente al pueblecito donde había decidido reorganizar mi vida y encarar el futuro.

Y en aquel momento, pasada la vorágine de la mudanza y los primeros días, me sentía sola, y a ratos, superada por la situación. No quise llamar a mi madre ni a mis amigas. No quería oír sus palabras de ánimo, que al final no harían más que ahondar en los recuerdos. Para eso me bastaba yo sola.

Estaba sumida en aquella espiral de malos recuerdos y pensamientos negativos cuando llegó Argos a mi lado en busca de una caricia. Aquel animal siempre me sacaba una sonrisa.

Que Martín volviera a ignorarme y siguiera andando como si no me hubiera visto me remató el día. Mientras le veía caminar hacia su casa, pensé que era una pena que eso que decían de que los perros se parecían a sus dueños no fuera verdad. Argos no solo era una preciosidad de *border collie* de pelaje blanco y negro con unos bonitos ojos azules, algo que compartía con su dueño, sino que además era muy cariñoso, no como el arisco de mi vecino.

Y yo, en aquel momento, hubiera necesitado que me diera un abrazo. Uno de esos grandes, de oso, que te reconfortan. «O un buen polvo», me sorprendí pensando mientras sin

darme cuenta le miraba el culo a Martín. Se me llegó a ocurrir que igual no era mala idea si eso me ayudaba a borrar el recuerdo del único hombre con el que me había acostado. Alfredo había llegado demasiado pronto a mi vida, y los pocos escarceos amorosos que tuve antes no pasaron de algún que otro morreo con magreo incluido. Además, Martín estaba muy bueno.

Sacudí la cabeza y decidí entrar en casa. Definitivamente, aquel hombre me hacía desvariar. Y cualquier cosa que tenía con él me estaba empezando a afectar más de lo que me gustaba admitir.

Lo único bueno era que, al menos, hacía que por unos momentos me olvidara de Alfredo. Lo malo, que me hacía cometer estupideces sin ser consciente de ello. Como estar pendiente de su casa las mañanas de los fines de semana, porque sabía que no tendría clases, a la espera de verle realizar otra sesión deportiva. No me juzgues. ¿Acaso tú te perderías semejante espectáculo de hombre en directo?

Pero debí ser muy mala en otra vida y el karma me estaba devolviendo todo junto, porque aquella mañana, mientras estaba en mi patio, en lugar de poder disfrutar de las vistas que un entrenamiento de Martín pudiera ofrecerme, lo que vi fue llegar un coche por el camino que se detuvo justo al lado del Volkswagen T-Cross de mi vecino que estaba aparcado fuera de su garaje.

Él debía estar esperando la visita, porque antes de que nadie se bajara del vehículo, abría la puerta de la cocina y salía a dar la bienvenida, nada más y nada menos, que a tres mujeres a las que saludó efusivamente.

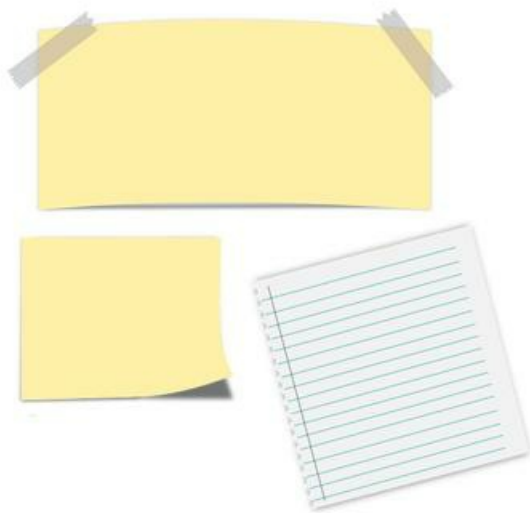
Me pareció escucharlas decir «Felicidades» y a Martín darles las gracias mientras yo me hacía la despistada. Aunque en realidad trataba de no perder detalle. Cuando vi a dos de ellas, que debían rondar mi edad y que no tenían nada que envidiar a las que salían en las revistas de moda, sacar del maletero un par de *trolleys* tamaño cabina, mientras la más joven hablaba con él, me quedó claro que venían a pasar algo más que el día a casa de mi vecino.

Yo, que conjeturaba con mis amigas sobre por qué un hombre así estaba viviendo en aquel pueblo solo y dedicado a su trabajo y a un montón de actividades comunitarias, cuando podía estar en la ciudad disfrutando de los placeres de la vida; y resultaba que de ermitaño nada. Se disponía a pasar el fin de semana con aquellas tres bellezas en mis narices.

No me gustó como rodeaba con su brazo los hombros de la más joven mientras iban a la casa. Y menos cuando se volvió a mirarme y me dio los buenos días sin dejar de pegarla a él. Aquella chica apenas tendría dos o tres años más que mi hija.

El recuerdo de Alfredo con su ahora mujer me hizo apretar los labios y entré en casa sin devolverle el saludo. No era ningún ermitaño, sino un maldito sátiro que se disponía a montar una orgía en su casa. En aquel momento, me quedó claro que todos los hombres eran igual de cerdos si tenían la oportunidad.

Su aparición por mi casa aquella tarde para pedirme un favor no hizo más que confirmármelo.



14

*La vida solo se puede entender
mirando hacia atrás,
Pero solo se puede vivir
mirando hacia adelante.*

Soren Kierkegaard

El sábado comenzó con la llamada de mi madre muy temprano. A ella nunca se le olvidaba una fecha importante. Le gustaba ser la primera en felicitarnos por el cumpleaños. Si no lo había hecho a las doce de la noche era porque pensaría que, al ser fin de semana, ya habría empezado a celebrarlo. Pero no se le ocurrió pensar que, si había estado de fiesta, aquellas no eran horas.

En cualquier caso, siempre me gustaba recibir su llamada, aunque en los últimos años no hacía más que insistirme en que no estuviera solo. Tuve que asegurarle una y mil veces que iba a

pasar el cumpleaños con amigos porque me amenazó con enviarme a casa a mi tía Flora y al resto de la familia.

Desayuné y me senté a quitarme el poco trabajo que me había llevado del instituto mientras esperaba la llegada de las chicas.

Cuando salí a recibirlas, Sara estaba en su patio. Por la cara que puso, supe que no le gustó nada la manera en la que nos saludamos. Una forma de lo más normal entre amigos de, casi, toda la vida. Pero ella debió imaginar una película diferente, como que yo me las habría traído a casa para montármelo con las tres el fin de semana.

Aquel malentendido por su parte me dio la idea de que mantenerla en el engaño me aseguraría que ella misma se alejara de mí. Así que cuando nos dirigíamos a casa, pasé el brazo por los hombros de Valeria y me volví a saludarla con la amabilidad que no había tenido en toda la semana. Su reacción no se hizo esperar. Se marchó dando un portazo al entrar en su cocina.

En el fondo, resultaba halagador que Sara pensara que había algún tipo de relación de esa clase entre nosotros. Era una chica preciosa. Pero para mí era como mi propia hija. De hecho, pudo haberlo sido, pero el destino tuvo planes diferentes para Nuria y para mí.

Tuve que disimular mi satisfacción porque esta me estaba mirando con una ceja levantada. Estaba convencido de que tarde o temprano iba a preguntarme por Sara. Tendría que inventar algo que sonara convincente porque no iba a conformarse con una explicación cualquiera.

Ella me conocía muy bien. Éramos amigos desde la adolescencia. Por aquel entonces, íbamos al mismo instituto. Fue mi primera novia. La primera mujer de mi vida. Y la primera que me rompió el corazón.

Empezamos a salir en la fiesta del día de nuestra graduación. Bueno, ese fue el día en el que conseguí armarme de valor y declararme. Llevaba enamorado de ella desde el mismo instante que la conocí cuando su familia se mudó al pueblo de al lado. Y sí, en aquella época se llevaba lo de pedirle salir a la chica que te gustaba.

Durante el primer año de carrera, me sentí el rey del mundo. Un nuevo horizonte se había abierto ante mí con la universidad y la vida en la ciudad, y tenía a la mujer que quería a mi lado.

Pero cuando durante el segundo año, justo antes de las vacaciones de Navidad, llegó a mi piso y me dijo que rompía nuestra relación porque se había dado cuenta de que estaba enamorada de su compañera de residencia, mi mundo se derrumbó en un instante. Sí, exacto. Nuria resultó ser lesbiana. Vivir con Paloma le había hecho descubrir que lo que ella le hacía sentir era demasiado fuerte para seguir negándolo.

Hoy día, esa situación va normalizándose. Pero yo en aquel momento no entendía nada. Solo podía pensar que mi novia me dejaba por una mujer. ¿Cómo asumía aquello un chaval de veinte en aquella época? En mi caso, echándose la culpa.

Estaba convencido de que algo había hecho mal para que ella quisiera estar con una chica. Sí, sé que eso era estúpido, pero en aquel entonces el tema de la homosexualidad era bastante tabú y sabíamos muy poco. Pensaba que mi inexperiencia, porque los dos nos habíamos estrenado en las relaciones sexuales el uno con el otro, había sido la culpable de aquel cambio en Nuria.

Si a eso le sumamos todas las bromas que tuve que aguantar de mis compañeros de universidad, aquel curso se convirtió en un infierno para mí. Afortunadamente, no existían los móviles ni las redes sociales. Y, aun así, llegué a abandonar las clases durante un mes, incapaz de soportar sus continuas burlas. Por ese motivo, siempre he sido muy duro en mi trabajo con el más mínimo indicio de acoso. No estoy dispuesto a permitir que ningún chaval pase por lo mismo que tuve que pasar yo.

A punto estuve de tener que repetir aquel año porque no conseguía centrarme. En casa estaban

todos muy preocupados. A pesar de mi negativa a darles una explicación por mi actitud, mis padres aceptaron mis ruegos de cambiar de universidad y alejarme de los que me estaban haciendo la vida imposible. Ellos daban por hecho que todo estaba relacionado con mi ruptura con Nuria, pero no fue hasta mucho tiempo después cuando les confesé lo ocurrido, porque me avergonzaba contarles el auténtico motivo de nuestra inesperada separación.

Aún tardé varios meses en empezar a superarlo. Solo entonces pude sentarme a hablar con Nuria sobre lo ocurrido. Durante mucho tiempo, la había culpado de mi situación, pero al final conseguí hacer las paces con ella. Y, sobre todo, conmigo mismo. A partir de entonces, se convirtió en mi mejor amiga.

Para mi consuelo, te diré que lo que había surgido entre Nuria y Paloma resultó ser amor verdadero. Después de tantos años, seguían juntas y formaban una pareja envidiable.

A pesar de no vernos muy a menudo, no había nadie que me conociera mejor que ella. Por eso, después de que pasáramos una estupenda mañana poniéndonos al día los cuatro, aprovechó el primer momento que tuvimos los dos a solas, cuando Paloma y Valeria insistieron en que siguiéramos sentados a la mesa después de almorzar mientras ellas recogían la cocina. Estoy seguro de que aquello estaba orquestado por Nuria para sacarme el tema.

—¿Qué hay entre ella y tú? —disparó sin aviso.

—¿Entre quién?

—No te hagas el tonto —insistió.

—Nada —respondí encogiéndome los hombros—. Una relación vecinal normal.

—Su reacción no ha tenido nada de normal.

—Pues pregúntale a ella. Yo no tengo culpa de que le haya molestado veros llegar.

—Martín, que nos conocemos. Deja de echar balones fuera y contesta. ¿Te has acostado con ella? —quiso saber.

—¡¿Qué?! No.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Ya te he dicho que no tengo nada con ella. Ni lo voy a tener —negué tajante.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque solo es alguien que ha venido a vivir al lado de mi casa no se sabe por cuánto tiempo.

—Pero a ti ella te gusta.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la forma tan infantil que nos has usado, sobre todo, a Valeria, para darle celos —me acusó—. Y no me lo niegues, que no me vas a engañar —me advirtió cuando yo abría la boca para negarlo.

—No ha sido por lo que crees —me limité a contestar.

—¿Sabes qué creo? Que en realidad te gusta mucho y no quieres darle la oportunidad de que haya algo entre vosotros porque sigues empeñado en estar solo —dijo, haciéndome resoplar.

—Ya he tenido esta mañana una conversación con mi madre sobre eso. Así que haz el favor de dejar el tema. Te lo pido como regalo de cumpleaños.

—Vale. Lo dejo. Pero ¿quieres explicarme desde cuándo te dedicas a leer novela romántica?

—No sé de qué hablas. Yo no leo eso.

—Entonces, ¿cómo ha llegado esto aquí? —preguntó cogiendo el libro de Violette Dumont que había olvidado volver a colocar en la estantería—. No me lo digas. Tu vecina estuvo leyendo en tu sofá y se olvidó llevárselo —añadió feliz, pensando que me había descubierto.

—No. El libro no es suyo. Bueno, de alguna manera sí lo es. Pero es mío —admití—. Ella es Violette Dumont. Yo solo lo compré porque tenía curiosidad por leerlo y saber cómo escribía.

—¿Y para eso no te bastaba con uno que has tenido que comprar cinco? —preguntó, señalando los demás títulos que reposaban en la estantería.

Sí. Me había hecho con todos sus libros y los había leído uno tras otro sin parar. Al principio, solo había sido simple curiosidad. En realidad, esperaba encontrarme con un libro simplón. Sin pena ni gloria. Pero la verdad era que me habían gustado mucho, tanto las historias como su manera de contarlas, aunque el día antes la chinchara llamándolas «novelitas». No estaba dispuesto a reconocerlo delante de ella.

—Me gusta ser exhaustivo en mis evaluaciones.

—Y, ¿ha aprobado el examen, profe? —se mofó.

—Ufff, con nota. Es muy buena —reconocí a mi pesar.

—Anda, ven aquí y cuéntame todo —dijo, sentándose en el sofá con el libro de Sara aún en la mano.

Durante un rato, le resumí lo ocurrido desde la noche en la que casi me estampé con su coche en el camino de entrada. Posiblemente, Nuria fuera la única persona del mundo con la que podía hablar con libertad de cualquier cosa.

Estaba repitiéndome por enésima vez que ya era hora de que me diera una oportunidad de encontrar a alguien especial cuando su mujer y su hija se unieron a nosotros.

—No sabía que te gustaba Violette Dumont —dijo Valeria, sentándose al lado de su madre y quitándole el libro—. A mí me encanta.

—Y a Martín parece que también —añadió Paloma, señalando la estantería—. Cuando haya una firma de libros, podéis ir juntos.

—Ya me gustaría tener uno dedicado. Pero hasta ahora no he visto en sus redes sociales que tenga nada de ese estilo programado —comentó con pesar.

—Pues seguro que tu padrino te puede ayudar, porque tengo entendido que tiene enchufe con la escritora. ¿Verdad, Martín? —sugirió Nuria.

—¿Sabes de alguien que conozca a Violette Dumont? —me preguntó Valeria.

—Mejor aún. Es su vecino —respondió su madre antes de que me diera tiempo de abrir la boca.

—¿En serio? ¿Ella es Violette?

—En realidad, se llama Sara. Y sí, es ella.

—¿Puedes pedirle que me firme un libro? ¿Y que se haga una foto conmigo? ¿Puedes presentármela? ¿Podrías...?

—Frena. Frena, Valeria —detuve sus preguntas—. Hoy no creo que sea un buen día. Ayer tuvimos unas pequeñas discrepancias en el colegio y no se lo tomó muy bien.

—Joder, padrino. Tienes que hacer las paces con ella. Por favor. Por favor. Por favor —rogó, arrancándose una sonrisa. Y es que aquella niña me tenía robado el corazón desde el mismo día que nació.

—Vale. Luego voy a hablar con ella. Pero no te garantizo nada.

Una hora más tarde, con su libro en la mano, recorrí la distancia que separaba nuestras puertas traseras, imaginando cómo iba a reaccionar Sara al verme. Como preveía, no le hizo ninguna gracia mi visita.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Pedirte un pequeño favor —respondí, mostrándole su libro—. Podrías dedicárselo a mi...

—Déjame adivinar —me cortó—. Para tu «sobrinita».

—En realidad, es mi ahijada —la corregí.

—Sí, claro. Ahora son «ahijadas» —dijo con retintín.

—No entiendo qué quieres decir —repliqué, disimulando cuánto me divertía que mostrara tan abiertamente su enfado.

—No, si al final va a resultar que eres más tonto aún de lo que pensaba —siguió su ataque mientras yo trataba de no reírme.

—Solo son unas amigas que han venido a pasar mi cumpleaños conmigo —le conté, aun sabiendo que no iba a creerme—. Si te apetece unirme a nosotros, puedes venir luego a cenar —le ofrecí para ver su reacción.

—Sí, hombre. Que te has creído que voy a ir para aumentar tu harén. Muy sobrado te veo para creer que con tres no tienes suficiente.

—Bueno, yo por ti soy capaz de hacer el esfuerzo que haga falta —le aseguré, poniendo mi sonrisa más canalla mientras me apoyaba en el quicio de su puerta.

No sé cómo no le dio algo al escucharme. Empezó a respirar muy rápido y se puso colorada a más no poder.

—Pero ¿tú que te has creído que soy, pedazo de imbécil? —me gritó.

—Has empezado tú acusándome de tirarme a jovencitas y que prácticamente voy a celebrar una orgía en mi casa —me defendí—. Algo que, por cierto, no es asunto tuyo. Solo te he seguido el juego. La próxima vez ten más cuidado con lo que insinúas.

—Vete a la mierda —me soltó y fue a cerrarme la puerta en la cara, literalmente. Porque si no llego a estar rápido poniendo la mano para detenerla, me la estampa y me rompe la nariz de la fuerza que llevaba.

—Espera.

—¿Qué?!

—¿Lo vas a firmar, o no? Yo creía que los escritores os debíais a vuestros lectores —dije, enseñándole el libro.

Me miró con tal rabia que llegué a pensar que iban a salirle rayos por los ojos y me desintegraría en cuestión de segundos.

En lugar de eso, me quitó el libro de la mano de un manotazo y se fue hasta la mesa de la cocina, de cuyo cajón sacó un bolígrafo. La vi cerrar los ojos un momento y respirar hondo varias veces seguidas. Al poco, los abrió y se dispuso a escribir, pero se detuvo.

—¿Cómo se llama? —preguntó sin mirarme.

—Valeria.

Sin volver a dirigirme la palabra, escribió la dedicatoria y me lo devolvió. O más bien me lo tiró.

—¿Podrías hacerte una foto con ella? —le pedí antes de que cerrara la puerta.

Se me quedó mirando y, en esa ocasión, opté por no decir nada. Ya la había liado bastante. Me limité a encogerme de hombros.

—Mañana estaré trabajando toda la mañana. Puede acercarse cuando quiera. Tú, no —respondió a la vez que cerraba la puerta.

—Gracias —dije desde el otro lado de la madera.

Cuando entraba por mi cocina, Nuria se quedó mirándome con los brazos cruzados mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? Ya tengo el libro dedicado, y mañana Valeria podrá hacerse una foto con ella —le conté.

—Y de paso la has vuelto a molestar con alguna tontería. ¿A que sí? —adivinó.

—Empezó ella —me defendí.

—Te gusta, y mucho, Martín. Esta vez estás perdido —se rio de mí.

—De eso nada —negué.

—Ya lo veremos. Anda, vete a la ducha mientras nosotras preparamos la cena.

Apenas había terminado de vestirme después de pasar por el cuarto de baño cuando recibí la llamada que no esperaba recibir, aunque lo estaba deseando.

—Hola, viejo. Feliz cumpleaños —escuché la voz de mi hijo al otro lado del teléfono.

—Sabes que no quiero que me llames así, Sergio —le recordé.

—Es que no me sale llamarte papá —se justificó.

—Pues llámame por mi nombre —le pedí—. Ya me siento yo bastante viejo para que tú me lo recuerdes —agregué, quitándole hierro al tema de que mi propio hijo no era capaz de decirme papá.

—Vale, Martín —aceptó—. ¿Cómo has pasado tu día?

Estuvimos hablando casi una hora. No recordaba la última vez que pasamos tanto tiempo al teléfono.

Yo sabía que había sido cosa de su madre. Pilar siempre trató por todos los medios de suavizar la relación entre los dos. Y después de varios años, su esfuerzo parecía empezar a dar sus frutos.

Nos conocimos cuando, después de varios destinos en institutos para cubrir bajas de semanas o pocos meses, conseguí por fin uno para el curso entero. Fue un flechazo en toda regla, y al poco tiempo estábamos viviendo juntos. Un año después, casados. Sí, soy así. De los que cuando se enamoran se lanzan sin red de seguridad. Por eso en los últimos tiempos hacía todo lo posible por evitar esa posibilidad, para no volver a estrellarme contra el suelo.

Fueron doce años a su lado, en los que fuimos muy felices. A pesar de todo, en algún momento, la relación se enfrió, y cuando nos dimos cuenta, éramos más compañeros de piso que otra cosa. Y así fue como nos divorciamos. No hubo peleas, ni malos rollos, ni terceras personas, sino una decisión muy meditada por los dos. De hecho, aún mantenemos una buena relación.

Pero la separación tuvo un daño colateral que me causó más dolor del que a veces podía soportar. Nuestro hijo de ocho años no entendía que su padre no siguiera viviendo con ellos. Aunque le explicamos una y mil veces la situación, no era capaz de aceptarlo. Y mucho menos asumirlo. Para él, yo era culpable de abandonarle y pagaba toda su frustración conmigo.

Todo empeoró cuando a Pilar le ofrecieron un nuevo puesto de trabajo que la obligó a mudarse varias veces seguidas, lo que me hacía muy complicado poder ver a mi hijo. Fueron meses y meses de hacer kilómetros y kilómetros para verlo unas horas, y solo conseguir que me echara la culpa de pasar poco tiempo con él.

Hasta llegué a pedir traslado a un instituto cerca de ellos para poder verlo más, con tan mala suerte que apenas cuatro meses después volvieron a trasladar a mi ex y no me sirvió para nada.

Cuando Sergio llegó a la adolescencia, la relación llegó a un punto muerto. Ni quería ponerse al teléfono cuando llamaba, ni quería estar conmigo cuando iba a verlo.

Después de hablarlo con Pilar, decidimos que lo mejor era que no me diera más palizas de coche o avión para nada. Ella me mantendría al tanto de su vida mientras esperábamos que se le pasara aquella etapa de *enfadado con el mundo* que estaba atravesando.

Desde que había cumplido los veinte años, parecía que por fin se había calmado. Al menos, hablábamos de vez en cuando. Aunque siempre necesitaba el empujón de su madre para ser el que llamara. Pero las conversaciones empezaban a fluir entre los dos. Y para mí eso era lo importante.

Así que ya conoces dos de las tres relaciones que me marcaron para no querer volver a abrirle

mi corazón a nadie. De la tercera, lo siento, prefiero no comentar nada. Aún duele demasiado recordar lo que ocurrió. Y aunque Nuria y Pilar siguen formando parte de mi vida de una manera u otra, a Olga prefiero olvidarla para siempre.



15

Conviene saber

que no hay bronca mejor

que aquella que acaba en la cama.

Cuando la ropa se abre,

la boca se suele cerrar.

Marwan. *Conviene saber*

Era oficial. Martín tenía una capacidad innata para sacarme de mis casillas. Todo lo que tenía que ver con él me afectaba más de lo que debería. Ya fuera por lo que hiciera o dejara de hacer, o por lo que dijera o dejara de decir, siempre conseguía que me alterara para bien o para mal.

Cuando me soltó que por mí hacía el esfuerzo que hiciera falta, con aquella sonrisa de mojabragas que sería capaz de hacer que cualquiera se olvidara hasta de su nombre, mi cuerpo reaccionó sin remedio. Un vibrante cosquilleo se instaló entre mis piernas y deseé con desesperación que él lo calmara contra la pared de la despensa. O sobre la mesa de la cocina, el sitio me daba igual en aquel momento.

Ser consciente de aquello me enfureció tanto como me había excitado. Quise que se marchara cuanto antes, porque temía ser yo quien tomara la iniciativa y me lanzara sobre él a devorar aquel cuerpo que me provocaba todo tipo de pensamientos a cuál más indecente.

Pero quedaba el tema del libro que tenía que dedicarle. Tuve que hacer un esfuerzo por centrarme para que no me temblara el pulso y se me ocurrieran unas palabras bonitas. Terminé aceptando conocer a la chica y hacerme una foto con ella. Después de todo, no podía decepcionar a una lectora, por mucho que me pusiera celosa que ella sí fuera a contar con toda su atención. Por eso decidí que fuera al día siguiente. Necesitaba prepararme mentalmente para no meter la pata y pagar con ella mi frustración por no saber comportarme con Martín delante.

Fui incapaz de escribir una frase con sentido el resto del día. Así que eché mano de la tarrina de helado de chocolate que guardaba en el congelador para emergencias y me senté delante de la tele. Por si alguna vez has escuchado eso de que el chocolate es un sustitutivo del sexo, ya te digo yo que a mí no me sirvió de nada. Saborear una cucharada no me producía el mismo efecto que en mi mente imaginaba que tendría el cuerpo de mi vecino pegado al mío.

¡Por Dios! Si es que era pensar en él y me ponía a mil. Y me lo imaginaba con aquellas tres mujeres y me daba muchísima rabia. Pura envidia cochina era lo que sentía.

Continué atiborrándome de chocolate hasta que acabé con todas las existencias que tenía. Entonces, y con un cargo de conciencia enorme al pensar que iba a tener que pasarme sin comer una semana para compensar aquel exceso de calorías, me fui a la cama, donde me pasé la mitad de la noche dando vueltas sin poder dormirme.

A primera hora de la mañana, dormía plácidamente, cuando el teléfono me despertó.

—Hola, cariño. No te habré despertado, ¿verdad? —escuché la voz de mi madre mientras trataba de abrir los ojos.

—Lo has hecho, mamá.

—Ay, hija, perdona. Te llamo luego.

—Ya no importa. ¿Qué querías? —le pregunté.

—Asegurarme de que vienes el fin de semana. Ya sabes que estará aquí toda la familia.

—¿Para qué? —pregunté adormilada.

—El ochenta cumpleaños de tu tía Conchi —me recordó—. Sara, hija, deberías comprarte una agenda para que te recuerde las cosas importantes.

—Ya tengo una agenda, mamá. Es que me has pillado dormida y a mi cerebro le está costando conectarse. He pasado una mala noche.

Me arrepentí de mis palabras nada más haberlas pronunciado. Acababa de desatar el apocalipsis maternal.

—¿Por qué? ¿Te ha ocurrido algo? Si es que no deberías estar ahí sola. ¿A quién se le ocurre mudarse a un pueblo perdido donde seguro que no llega ni la Guardia Civil en caso de emergencia? Sara, hija, tienes que volver a casa. No me puedes tener con este sinvivir. Aquí...

—Por el amor de Dios, mamá, para —la llamé al orden—. No me ha ocurrido nada. Mi vecino montando una fiesta no me ha dejado dormir.

Aquello era lo más parecido a la realidad que podía contarle, porque si le decía el auténtico motivo, se iba a escandalizar.

—Ay, es que me he asustado al pensar que estabas ahí tan sola...

—¿Ves por qué no te cuento las cosas? ¿Entiendes ahora por qué nunca te comenté los problemas que tenía en casa? Haces de todo un drama y, en vez de ayudar, me agobias más —le recriminé—. Mamá, debes tener un poco más de confianza en mí. Necesito que, al menos, tú creas en mí —le pedí, haciendo un esfuerzo porque no se me escapara una lágrima. Si ocurría, no podría evitar ponerme a llorar.

—Creo en ti, mi niña. Es que no soporto que estés ahí tan sola —dijo apenada.

—Lo sé, mamá. El jueves me das muchos abrazos, que me hacen falta.

—Claro que sí, cariño. No me voy a despegar de ti en todo el tiempo —prometió.

—Bueno, tampoco te pases. Al baño me dejarás ir a mí sola, ¿no? —bromeé.

—Qué tonta eres. Anda, sigue durmiendo un rato más. Ten cuidadito en la carretera.

Lógicamente, después de aquella conversación, no pude dormir. Me di una ducha y bajé a la cocina a por un café. Estaba planteándome si salir a tomármelo al patio cuando un movimiento a través de la ventana llamó mi atención.

—Pero ¡¿este hombre de dónde saca tanta energía?! —exclamé al ver a Martín haciendo ejercicio en la parte trasera de su casa, como si no hubiera tenido bastante con la noche que debía haber pasado con sus amigas.

En aquel momento, sentí una mezcla de enfado por no poder quitarme de la cabeza la imagen que me había formado de Martín como sátiro consumado, y de sorpresa ante las capacidades

físicas que demostraba mi vecino después de lo que debió ser una ajetreada noche de sexo.

Cabreada, dejé el café en la encimera y me fui a mi mesa de trabajo. Me autocastigué por no poder apartar los calenturientos pensamientos que me provocaba aquel hombre. Me obligué a revisar el archivo que me había mandado mi correctora del manuscrito que quería publicar cuando pasaran las Navidades.

No sé si lo sabes, pero ser escritora no es solo sentarse a darle forma a una historia. Esa es la parte creativa. La que a mí más me gusta. Después hay muchas más labores que realizar para pulir un borrador hasta dejarlo en condiciones para salir al mundo a que lo lean. La corrección, con diferencia, era la parte más árida e ingrata, al menos, para mí. Por eso me pareció la mejor manera de concentrarme y sacar a Martín de mi cabeza. Algo que conseguí hasta que, unas horas después, su supuesta «ahijada» llamó a mi puerta trasera.

Verla de cerca fue como un castigo. Tenía esa belleza insultante de la juventud que hacía que tuviera un halo maravilloso alrededor. Me pareció una princesa elfa. Y yo, delante de ella, de pronto, me sentí pequeña. No voy a decirte que como un enano o un *hobbit* de *El Señor de los Anillos* porque estaba perfectamente depilada y mis pies eran de un tamaño normal. Pero sí que era como uno de esos miles de extra que salieron en la trilogía y en los que nadie reparó teniendo a aquellos seres luminosos al lado. ¿Había alguien que se sintiera más desgraciado que yo en aquel momento? O más estúpida, todo depende del punto de vista.

Afortunadamente, la chica resultó ser de lo más encantadora y educada. Así no había manera de odiarla. Cuando me di cuenta, después de hacernos la foto con el libro que le firmara el día antes, habíamos pasado a la cocina y nos tomábamos un café mientras hablábamos de libros y películas que a las dos nos gustaban.

—Cuando el padrino me dijo quién eras, no me lo podía creer.

—¿El padrino? —pregunté sorprendida de que siguiera con el mismo cuento.

—Sí. Soy ahijada de Martín. Es una combinación perfecta entre el padre que no he tenido y un amigo. No podría quererlo más —afirmó para mi sorpresa—. Con él puedo hablar de cosas que no puedo con mis madres.

—¿Tus madres?

—Ajá —respondió ella mientras me miraba a la espera de mi reacción—. Hemos venido a pasar con él su cumpleaños antes de irme a Londres a hacer un máster.

En ese momento, me sentí como una estúpida por la película mental que me había montado yo sola sobre ellos cuatro. Él me había dicho la verdad, y yo, muerta de celos, aunque no había nada entre nosotros, no le creí. No se podía ser más patética. Aunque el muy capullo también puso de su parte para mantenerme en el error. Estaba claro que disfrutaba fastidiándome.

—Oh, pues espero que te vaya bien. Siento si te ha molestado mi sorpresa. No os imaginaba emparentadas. Parecíais más hermanas que madres e hija.

—Supongo que lo dirás porque parecen más jóvenes y no porque yo parezca más vieja —respondió, haciéndome reír.

—Ellas están fantásticas. No te preocupes, que tú pareces tan asquerosamente joven como eres —dije, arrancándole una risa.

En ese momento, su móvil sonó poniendo fin a la conversación.

—Tengo que irme. Ha sido un placer conocerte y hablar contigo. ¿Te importa que comparta la foto en mi Instagram?

—Claro que no. Etiquétame cuando lo hagas —le pedí mientras ella cogía el libro de la mesa.

—Le debo una a Martín. Ha sido una suerte que lo tuviera y me lo haya dado para que pudieras firmármelo —explicó cuando salía.

Nos dimos un beso de despedida y me quedé en la puerta de la cocina viendo cómo sus madres se montaban en el coche tras guardar el equipaje, y ella le daba un abrazo a mi vecino antes de ocupar su asiento.

Las tres me saludaron al pasar frente a mí. Cuando levanté la vista después de devolverles el gesto, Martín me miraba desde su puerta. Me dijo un gracias que yo respondí con una inclinación de cabeza antes de volver a entrar en mi casa.

Justo cuando había cerrado, caí en las últimas palabras de Valeria. ¡Él tenía un libro mío! ¿Lo habría leído? ¿Le habría gustado? ¿Lo había llamado novelita porque no le había gustado? ¿O lo había hecho por fastidiar? ¡Aaargh! Otra cosa más para volverme loca por culpa de Martín. Pero, aunque me muriera de la curiosidad, no iba a darle el gusto de preguntarle.

Me dispuse a afrontar la semana con actitud positiva. La iba a necesitar para la reunión familiar que se avecinaba y a la que no me apetecía ir. Por suerte, la relación con mi vecino transcurrió sin incidentes. Nos saludábamos educadamente cuando volvía de su paseo diario y manteníamos una prudencial distancia que evitaba que saltaran chispas de cualquier tipo entre nosotros.

La madrugada del jueves, puse rumbo a la casa de mis padres, a donde llegué más tarde de lo previsto porque el cielo se empeñó en conspirar en mi contra. Al parecer, ese fin de semana iba a llover todo lo que no lo había hecho en meses.

Pareció un augurio de por dónde iban a transcurrir aquellos días. Jueves y viernes fueron bien. Mi madre se tomó al pie de la letra lo de los abrazos y no dejarme sola, y mi padre le siguió en el afán de que me sintiera querida.

Aunque la cara de los dos cuando les conté que había entrado a formar parte del maltratado club de los autónomos en España fue para grabarlas. Pensaban que me había vuelto loca por intentar ganarme la vida escribiendo.

Es curioso que, en este país, se anima a cientos de miles de niños que quieren ser los próximos Cristiano Ronaldos o Messis. En cambio, si quieres ser la próxima Megam Maxwell, te miran raro.

Igual tenían razón y estaba cometiendo una locura. Pero yo no lo veía así. Disponía de un dinero que había ahorrado por mi cuenta en los últimos años. Y estaba el que había conseguido con la venta del piso, que lo tenía bien invertido gracias al marido de Lola, que me ayudó a buscar la mejor opción.

El alquiler y la vida en el pueblo eran muy asequibles. Yo tampoco necesitaba grandes lujos. De eso ya había disfrutado al lado de Alfredo y no me dieron la felicidad que sentía cuando me sentaba cada tarde en mi patio a ver la puesta de sol. Y no, aquello no tenía nada que ver con las vistas que me ofrecía mi vecino. Aunque he de admitir que era un plus.

Llegado el caso, si lo necesitaba, me buscaría algún trabajo a media jornada. Porque una cosa tenía muy clara. Iba a muerte en mi aventura de escribir, y nada ni nadie iba a impedirme luchar por cumplir mi sueño.

Vale, vale. Me he puesto un poco intensa con el tema. Pero es que, por primera vez en mi vida, sentía que aquello era para lo que yo estaba hecha y disfrutaba de cada paso que daba a pesar del esfuerzo que a veces suponía.

Le pedí a mis padres que aún no contaran nada. Estaba ultimando los detalles para publicar con la editorial y quería sorprender a todos con una invitación a la presentación del libro cuando se llegara el momento.

Aunque sabía que en la reunión por el cumpleaños de mi tía iba a pasar un mal rato, fue peor de lo que esperaba.

Laura no apareció. Seguro que tendría alguna fiesta más interesante a la que asistir, aunque

había puesto la excusa de un examen. Cualquiera de las dos opciones me parecía mejor que estar allí aguantando el tirón con cara de póker.

Tuve que soportar una y mil veces que me recordaran mi divorcio con sus opiniones al respecto, atreviéndose a darme consejos sobre cómo tendrían que encauzar mi vida para encontrar pronto otra pareja. Como si el único fin de una mujer en la vida fuera estar casada. Si se pensaban que me iba a dejar pillar otra vez, iban apañados.

El colmo fue que una de mis primas anunció que se casaría en primavera y decidió empezar a organizar algunos detalles aprovechando que estábamos todos allí. Puedes imaginarte mi cara cuando al capullo del novio se le ocurrió preguntarme si me importaba que invitara a Alfredo. ¡Eran tan buenos amigos! Lee eso con toda la ironía que puedas. Mi exmarido pensaba que era un palurdo impresentable, y si lo soportaba era porque los veíamos una vez al año y era muy bueno fingiendo. Fíjate si lo era que a mí me tuvo engañada no sé ni cuantos meses.

Y luego el tema de las mesas. Llegó un momento en el que mi prima me hizo sentir prácticamente que era un cero a la izquierda por no llevar acompañante. Que si no sabía dónde iba a ponerme, que a ver si me buscaba un novio para entonces, que le descuadraba todas las mesas, que por qué había dejado escapar a Alfredo, que me iba a poner en la mesa de los divorciados y así teníamos todos algo en común, y si tenía suerte, me ligaba a alguno.

Tuve que hacer un esfuerzo por no decirle que a mí donde me podía poner para su boda era en el Caribe, porque ni muerta pensaba ir, aunque mi madre se llevara un disgusto. Que ella para esas cosas era muy cumplida.

Con ese mal rollo, emprendí el regreso el domingo en cuanto me levanté. Cuando iba por la mitad del camino, me arrepentí de no escuchar a mi madre y retrasar la vuelta uno o dos días hasta que mejorara el tiempo. Pero a cabezota me gana poca gente, por no decir nadie.

Así que ahí iba yo, dejando kilómetros atrás entre una cortina de agua, y con un cielo que parecía que me estaba dirigiendo a Mordor en vez de a mi casa.

Cuando quedaban pocos kilómetros, todo empeoró. Aquella carretera llena de curvas estaba resultando de lo más peligrosa. No se veía nada y acabé metiendo la rueda en un agujero que no distinguí porque estaba lleno de agua. Al reventarse el neumático, terminé chocando con un árbol.

No me ocurrió nada grave porque con la lluvia iba despacio. Se quedó en un susto gordo. Pero el coche no arrancaba. Aunque ¿dónde iba a ir con una rueda inutilizada? Ponerme a cambiarla en medio de la tormenta no era una opción.

Intenté llamar para que fueran a por mí, pero el móvil no daba señales de vida. La tormenta impedía la cobertura. Durante un rato, me quedé dentro del coche tratando de mantener la calma. Y cuando llevaba allí una eternidad, o sea, algo así como cuarenta minutos mal contados, me empecé a agobiar. Sobre todo, cuando veía como bajaba el agua a mi alrededor. Comencé a imaginarme que el coche era arrastrado por la corriente y terminaba cayendo por algún barranco.

Entré en pánico, cogí mi mochila y salí del coche. Sí, ya lo sé. El mayor error que podía cometer. ¿Sabes cuando en un libro o una película alguno de los personajes está haciendo una estupidez que le pone en peligro y tú le gritas que no lo haga, que es peor, y terminará muriendo? Pues te aseguro que en la misma situación todos cometemos la misma estupidez. Como hice yo.

Ahí iba. Bajo la lluvia, sin impermeable, ni linterna, tratando de encontrar el camino no sé a dónde porque no tenía ni idea de dónde demonios estaba. Tampoco podía regresar al coche porque terminé perdiéndome.

No sé cuántas veces tropecé o resbalé con el barro. Muchas. Hasta que una de ellas derrapé varios metros y terminé en el suelo. Debí darme un golpe en la cabeza, y no sé si llegué a perder

el conocimiento o solo estaba aturdida.

Lo siguiente que recuerdo era que alguien me hablaba, y unos dedos abrían mis párpados a la vez que enfocaban una luz a cada uno de mis ojos. Entonces sentí que me levantaban del suelo y todo se volvió negro.

No sé cuántas horas después, desperté en una cama que no conocía, en una casa que no era la mía. Y también llevaba puesta una ropa que obviamente tampoco lo era. La camiseta me servía de vestido. «Un momento. ¿Dónde está mi ropa? ¿Quién me ha puesto esta?», me pregunté incorporándome.

Volviendo a hacer gala de una estupidez soberana, en vez de sacar el móvil de mi mochila, que reposaba en una silla junto a la cama, me aventuré a salir de la habitación sin ser consciente de que me podría encontrar cualquier cosa en aquel lugar.

Y a quien encontré, siguiendo el rumor de una voz que me llegaba amortiguada por el sonido de la lluvia, fue a Martín hablando por teléfono sentado a la mesa de su cocina con Argos dormido en el suelo a su lado.

—¿Qué hago aquí?

—Te dejo, tía. Se ha despertado y parece que está bien. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó cuando colgó la llamada.

—¿Qué hago aquí? —repetí en busca de una explicación.

—Tuviste un accidente. No debiste salir del coche con la tormenta.

—Eso no explica por qué estoy aquí.

—En Protección Civil estábamos en alerta por la tormenta. Vimos tu coche en la cuneta y tuvimos que salir a buscarte. ¿Cómo se te ocurrió aventurarte a salir?

—Estaba asustada, ¿vale? Cuando uno se asusta, hace estupideces.

—Pues ha podido costarte la vida. ¿Seguro que estás bien? —preguntó mientras se acercaba a mí.

Antes de que pudiera reaccionar, me cogió la cara con una mano y con la otra me apartó el pelo de la frente.

—Parece que el golpe ha sido poca cosa. Pero podrías haberte abierto la cabeza —dijo después de examinar lo que debió ser el lugar donde me diera al caer.

El suave roce de sus manos y su cercanía empezaron a hacer reaccionar a mi cuerpo, que se estremeció cuando una ligera corriente eléctrica me recorrió. Me separé con brusquedad de él. Entonces observé que solo llevaba una camiseta y unos bóxer de tela. No pude fijarme en el dibujo que tenía, porque si lo hacía, iba a terminar mirando hacia otra parte de su cuerpo con la que había fantaseado, y no era plan de quedar en evidencia.

En aquel momento, fui consciente de que yo solo llevaba una camiseta. Enorme, pero solo una camiseta. Sin nada más debajo.

—¿Dónde está mi ropa? ¿Por qué me la has quitado?

—Está en la secadora. No iba a meterte en la cama como estabas, empapada y llena de barro, ¿no?

—¿Me has desnudado tú? —pregunté en un tono más agudo del que quería al imaginármelo.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? —me pidió—. No te he tocado ni visto más de lo necesario para que pudieras descansar y recuperarte.

—¿Y por qué no me has llevado a mi casa? —le reclamé—. Debiste haberme llevado allí.

—¿Encima te vas a poner con exigencias? —preguntó, frunciendo el ceño—. Te traje porque, ya que iba a quedarme vigilando que estuvieras bien, al menos lo hacía en mi casa. Aquí sé dónde está todo lo que pudiera necesitar. Así que deja de protestar y siéntate. Te preparo algo.

—No quiero nada. Quiero irme a mi casa —dije como una niña caprichosa.

Pero la realidad era que tenerlo tan cerca y con tan poca ropa estaba haciendo que me acalorara más de la cuenta, y estaba poniéndome muy nerviosa.

Durante un rato más, seguimos discutiendo sobre lo conveniente o no de que me quedara allí, hasta que un Martín bastante enfadado se fue hacia la puerta y la abrió de par en par.

—A ver cómo te enteras de que no puedes irte porque está diluviando. ¿Es que no lo ves?

—Me marcho a casa —afirmé a pesar de la tromba de agua que estaba cayendo.

—¿A dónde vas descalza? ¿Y cómo piensas abrir sin llaves? —resopló cuando pasé por su lado dispuesta a irme.

—A ti qué te importa —dije saliendo, incapaz de dar mi brazo a torcer.

—Dios mío, eres la mujer más cabezota que conozco. Entra de una vez —gritó sin darme opción a desobedecerle—. ¿Qué quieres?, ¿que tenga que salir otra vez a rescatarte?

—¿Quién te crees que eres?, ¿el jodido Capitán América? —le increpé—. No necesito que me rescates.

—Claro que no. Estabas genial tumbada en el barro, ¿verdad? ¿Tienes idea del susto que me llevé cuando te vi allí tirada? —preguntó, acercándose tanto a mí que imponía—. Podías haber muerto por tu ocurrencia de salir del coche. Así que no me toques los cojones y vuelve arriba. En cuanto deje de llover, puedes largarte.

—No tienes derecho a gritarme así. Eres un gilipollas.

—Y tú una cabezota incapaz de limitarse a dar las gracias y cerrar la boca.

En aquel instante, me di cuenta de que estábamos a pocos centímetros el uno del otro. Casi podía sentir el calor de su cuerpo, que se mezclaba con el del mío provocándome una sensación de sofoco insoportable.

—Gracias —admití al fin, sin poder apartar la vista de sus labios—. Pero... sigues siendo... un... imbé...

No pude terminar la frase porque su mano en mi nuca me atrajo hacia él y su lengua conquistó mi boca, que se entregó a ella sin oponer resistencia. Ni siquiera me sorprendió aquella inesperada invasión. Es más, la deseaba tanto que enredé mis dedos en su pelo para asegurarme de que no se separara de mí. Algo que él no parecía dispuesto a hacer por la manera en la que sus manos recorrieron mi espalda. Con una de ellas abarcando cada uno de mis glúteos, me pegó a él. Pude comprobar que no solo su excitación estaba a la altura de la que yo sentía, sino que lo que yo había calificado días antes como prometedor no solo cumplía las expectativas, sino que las superaba con creces.

En aquel momento, ya el deseo había tomado el control de la situación y, sin que me diera cuenta, le estaba sacando la camiseta por la cabeza.

No sé quién de los dos empezó el camino hasta el dormitorio. Ni cómo pudimos subir las escaleras pegados como si fuéramos uno solo. Bueno, sí. Lo hicimos parando a cada escalón, resistiéndonos al impulso de dejarnos llevar allí mismo.

Cuando llegamos a la cama, ya nos habíamos deshecho de la poca ropa que llevábamos. Ni siquiera me di cuenta de dónde sacó un preservativo, ni de cómo se lo puso. Estaba tan poco puesta en el tema que no se me había pasado por la cabeza. Solo podía pensar en lo que sus besos y caricias despertaban en mi piel, convirtiendo mi sangre en un fuego líquido que solo él fue capaz de apagar el resto de la noche.

Horas después, volví a despertar sola en aquella cama. Por unos segundos, pensé que todo había sido un sueño, o producto de algún delirio febril. Entonces, un sonido llamó mi atención, y al girarme, a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño, que estaba frente al dormitorio,

pude ver en el espejo sobre el lavabo el reflejo de Martín en la ducha. Aquella imagen me arrancó una sonrisa. No lo había soñado. Había pasado con él la noche más increíble que podía imaginar. Pero ¿qué ocurriría cuando regresara al dormitorio? ¿Volveríamos a pelear? ¿En qué punto estábamos después de aquello?



16

*Las mujeres están hechas para ser amadas,
no para ser comprendidas.*

Oscar Wilde

Me costó horrores salir de la cama. Y no solo porque estuviera cansado, que lo estaba, y mucho. La verdad era que no quería separarme de Sara, pero debía ir a trabajar. O al menos intentarlo si el tiempo lo permitía. Por primera vez, tuve la tentación de llamar diciendo que estaba enfermo o cualquier otra excusa que me permitiera quedarme a su lado. Nadie lo pondría en duda.

Ni siquiera recordaba la última vez que falté a mi puesto, si es que alguna vez lo había hecho. Si me pudiera descontar las horas que echaba de más cada año a lo largo del curso, podría

pasarme sin aparecer por el instituto varias semanas. Aun así, me levanté con todo el cuidado que pude.

Despertar con Sara dormida a mi lado había puesto en mi cara una expresión de estúpida felicidad que no se me borraba ni debajo de la ducha.

Había llegado el momento de reconocer abiertamente lo que llevaba negándome desde que la conocí. Me gustaba. Me gustaba mucho. Tanto que estaba convencido de que me había enamorado de ella. ¿Cómo podía ser alguien tan idiota de enamorarse perdidamente de la persona con la que no hace más que discutir? Aunque reconozco que, muchas de aquellas veces, la provocaba a propósito solo por verla enfadada.

Pero sí. Lo confieso en voz alta: Hola, me llamo Martín y estoy enamorado de Sara.

Después de lo bien que había tratado a Valeria, aun estando enfadada conmigo, me propuse empezar a ser amable y dejé de comportarme como un niño molestandola a propósito.

Cuando el jueves anterior ella no estaba sentada en su patio como cada tarde, me di cuenta de lo importante que era para mí aquel encuentro diario. La decepción que aquello supuso aumentó al enterarme por casualidad en la tienda de Juani que estaría unos días fuera.

La alerta por lluvias durante el fin de semana hizo que me mantuviera ocupado y no pensara mucho en que, a pesar de todos mis intentos, mi vecina se había colado en mi corazón.

Pero cuando reconocí su coche accidentado en la cuneta, por un momento, creo que hasta dejé de respirar. Comprobar que se había marchado de allí y debía estar deambulando bajo la tormenta hizo que emprendiera una búsqueda desesperada, durante la cual mi pobre compañero apenas lograba seguirme sin parar de pedirme sin éxito que me calmara, o sería yo el que iba a terminar mal. Como supondrás, no le escuché.

Ni siquiera escuchaba la lluvia o los truenos. Solo era capaz de oír los latidos de mi corazón a punto de estallar en mi pecho, los cuales se detuvieron de golpe al verla desmayada en el suelo. Yo nunca he sido de rezar, pero te confieso que, en el tiempo que tardó en reaccionar, imploré a toda la corte celestial que estuviera viva.

Después de que Juan comprobara su estado, la llevé en brazos hasta nuestro coche. Era peligroso intentar llegar al hospital con el tiempo así, y no parecía estar grave, así que nos dirigimos a mi casa. Allí, mi compañero, que era enfermero, volvió a reconocerla. No estaba herida, solo lo que parecía un pequeño golpe que unido a la tensión sufrida por el accidente y su aventura buscando el camino al pueblo habría provocado que se desmayara.

No estaba dispuesto a separarme de ella, así que Juan se marchó para seguir coordinando los avisos que llegaban al centro de Protección Civil.

No te imaginas lo complicado que fue cambiarle la ropa. Como le dije, ni vi ni toqué más de lo necesario. No ya por ella, sino por mí. Mi mente no iba a soportar recordar más imágenes de Sara. Ya tenía bastante con las de su fiesta particular que estaban grabadas a fuego en mi cabeza.

Horas después pude comprobar que estaba perfectamente cuando apareció en mi cocina con muchas ganas de discutir. Solo ella era capaz de transformar toda mi preocupación por su bienestar en la más absoluta exasperación en cuestión de un segundo. Y lo peor era tenerla allí delante, tan tentadora, llevando solo una camiseta mía que no iba a poder volver a ver sin imaginármela dentro.

Llegó un momento, durante la discusión, que el deseo por ella resultó insoportable. No sé si mi mente me estaba jugando una mala pasada, pero hubiera jurado que le ocurría lo mismo. Por eso, cuando la vi mirando mi boca, no lo pensé. Necesitaba besarla con urgencia. Y eso hice, aun a sabiendas de que lo más probable era que hubiera malinterpretado las señales, me apartara de un empujón y, conociéndola, me arreara un guantazo que me dejara la mano marcada en la cara

unos cuantos días.

Pero no me había equivocado. Lo que no esperaba era que la fuerza de lo que ella sentía estuviera a la altura de lo que experimentaba yo. En apenas una fracción de segundo, nuestros cuerpos se conectaron, arrastrados por un deseo irrefrenable. De alguna manera inexplicable, era como si nos hubiéramos sintonizado en la misma frecuencia. Una en la que solo existíamos nosotros, y uno respondía al otro sin necesidad de hablar.

Con aquella maravillosa sensación de descubrir que había encontrado una mujer increíble, con la que había logrado una conexión física especial, salí del cuarto de baño decidido a quedarme a su lado el resto del día. Y si era entre sus brazos, mejor.

Pero al volver al dormitorio, encontré la cama vacía y ni rastro de Sara por ninguna parte. Por un momento, me quedé allí parado mirando el colchón que habíamos compartido hasta hacía unos minutos. El sonido de una puerta al cerrarse me hizo reaccionar.

Llegué a la ventana a lo justo para verla atravesar, corriendo bajo la lluvia, el camino que separaba nuestras dos casas. No sé si realmente oí el sonido de su puerta al cerrarse, o me lo imaginé. Lo cierto es que sentí su retumbar en mi pecho, como si el golpe me lo hubiera llevado yo. Me quedé un rato mirando hacia allí mientras una dolorosa sensación de vacío se apoderaba de mí.

Estuve tentado de seguirla y reclamarle una explicación por aquella huida, pero, cuando ya bajaba la escalera, recapacité. Quizá solo necesitara asumir lo que había ocurrido entre los dos. Yo llevaba días resistiéndome a lo que ella provocaba en mí. Puede que Sara acabara de descubrir que sentía lo mismo y solo necesitara algo de espacio para asimilarlo.

Autoconvenciéndome de aquella posibilidad, me marché al instituto. Incapaz de concentrarme en el trabajo durante toda la mañana, llamé a mi tía. Le pedí que se pasara a ver a Sara, y de paso, aproveché para que me diera su número de teléfono. Algo que sabía que Flora haría encantada teniendo en cuenta su vocación de casamentera. Aunque yo le repetí más de una vez que solo estaba preocupado por ella como lo haría por cualquier otro vecino. Una cosa era reconocerme a mí mismo que me había enamorado de Sara, y otra publicarlo. También llamé a Marcial para que se hiciera cargo de recoger el coche y llevárselo al taller.

Las horas se fueron sucediendo con lentitud. No veía el momento de regresar a casa. Pero llegar no me sirvió de nada. Aquella tarde no salió al patio. Al día siguiente, tampoco. No la vi por ninguna parte, aunque sabía que estaba viva porque de vez en cuando se encendía alguna luz en su casa. Desesperado por saber algo de ella, el miércoles me decidí a escribirle.

***¿Cómo estás del accidente?*

Soy Martín.

Añadí cuando me di cuenta de que ella no tenía por qué tener mi número.

No obtuve respuesta. Lo peor fue que me dejó en visto.

Aun así, el viernes por la mañana, volví a enviarle un mensaje.

***No quiero molestarte. Solo saber si estás bien.*

Me pasé toda la mañana comprobando si lo leía o no. Empecé a preocuparme cuando a mediodía seguían sin aparecer las dos rayitas azules. Aunque estaba convencido de que, si le hubiera sucedido algo, Flora me hubiera llamado.

Cuando llegué del instituto, me acerqué al bar para, con la excusa de tomarme un café, coincidir con mi tía y que me diera alguna noticia. Allí me encontré con Reme, que se sentó a tomarse el suyo conmigo. Como quien no quiere la cosa, le dejé caer que le faltaría una de las participantes del club de lectura esa tarde haciéndole referencia al accidente de Sara.

—Pues yo la he visto muy bien durante toda la semana —dijo para mi sorpresa.

—Ah, ¿os habéis visto? —le pregunté antes de dar un sorbo de mi vaso.

—Sí, ha estado colaborando en los grupos interactivos y hemos aprovechado para preparar las charlas para los niños. Vamos a hacer cuentacuentos para los más pequeños y... —empezó a contarme entusiasmada, pero yo había dejado de escuchar en el momento en el que comprendí que ella estaba haciendo vida normal por las mañanas, cuando sabía que yo estaría en el instituto, mientras que por las tardes se había encerrado a cal y canto en su casa.

Tuve que hacer un esfuerzo para que Reme no notara que había perdido el hilo de la conversación, ni que estaba enfadándome por momentos. En cuanto pude, me marché a casa.

Estaba cabreado. Muy cabreado. Era incapaz de permanecer sentado más de unos segundos. El pobre Argos no hacía más que mirarme desconcertado al verme dar vueltas del salón a la cocina, donde miraba hacia la casa de Sara, para volver otra vez al salón. Contagiado de mi nerviosismo, no sabía si irse hacia la puerta para salir a pasear, tumbarse bajo la mesa de la cocina porque fuera a tomarme un café o irse a su cama junto a la chimenea. Y yo lo que no sabía era como iba a soportar el tiempo que faltaba hasta que ella regresara del club de lectura y me diera una explicación por su comportamiento.

Tras un par de interminables horas, me dirigí hacia su puerta. Respiré hondo, y llamé. Los segundos fueron sucediéndose sin que ella abriera. Volví a llamar. No se oía el menor ruido, solo mi respiración, que yo trataba de mantener bajo control.

—Sé que estás ahí. No pienso moverme de aquí hasta que salgas a hablar conmigo —grité después de llamar por cuarta vez sin obtener resultado, y volví de nuevo a golpear la puerta.

Argos me demostró su apoyo ladrando con cada golpe que yo daba en la madera. Aquella colaboración de hombre y perro consiguió resultado. Sara abrió la puerta y se quedaba mirándome en silencio.

—¿No piensas hablarme?

—¿Qué quieres? —preguntó, al fin, dejándome más sorprendido que con su silencio inicial.

—¿Cómo que qué quiero?

—¿Para qué has venido?

—No necesito que me expliques la pregunta. Lo que no entiendo es que me la hagas —dije, haciendo un esfuerzo por mantener la calma, o más bien por aparentar que la tenía.

Cuando se limitó a encogerse de hombros, llegué al límite de mi aguante diplomático.

—¿Qué te ocurre?

—No me ocurre nada.

—Te fuiste sin decir adiós. Te escribí para saber si estabas bien y no me has contestado. Haces vida normal por las mañanas y te encierras por las tardes para no encontrarte conmigo. ¿Se puede saber qué te pasa? Y no me digas que nada porque no soy gilipollas —solté al ver que iba a volver a negarlo.

—Mira, Martín, no somos amigos. Ni siquiera nos llevamos bien. No creo que un simple polvo vaya a cambiar nada entre nosotros. Te agradezco que me rescatara. Pero, aparte de eso, no tenemos nada de qué hablar.

Escuchar sus palabras tuvo el mismo efecto que si me hubieran dado un puñetazo y me dejaran sin aire. El torbellino en el que se había convertido mi cabeza en ese momento hacía que me fuera imposible hilar una respuesta coherente. Solo podía negar con la cabeza mientras trataba de concentrarme en respirar. Tras unos segundos en los que ella continuó en silencio, me di la vuelta y me marché sin estar seguro de tener fuerzas para llegar a mi casa. Argos no se hizo de rogar y me siguió sin que tuviera que llamarlo. Lo que fue un alivio porque no creo que hubiera podido emitir ni un sonido para hacerlo.

Un polvo. Eso había sido para ella, un simple polvo. Ser consciente de lo estúpido que había sido hizo que la rabia se apoderara de mí. Yo pensando que había encontrado a una persona maravillosa, por la que estaba dispuesto a arriesgarme de nuevo, y solo había sido para ella un polvo. Además de enfadado, me sentía humillado por la indiferencia que Sara había mostrado al decirlo.

Me puse ropa de deporte y me dirigí al único sitio donde podría dejar salir toda la furia que sentía. No abandoné el garaje hasta que fui incapaz de levantar ninguno de mis brazos para seguir golpeando el saco.



17

*El amor tiene una barca
que me lleva hasta el dolor.*

Sola. Sola con mi pena.

Sola, triste y sola.

Diana Navarro. Sola

Me quedé mirando cómo Martín se alejaba de mí. Sabía que le había hecho daño. Pude verlo en la expresión de su cara al escucharme. Debí llamarle y pedirle perdón. Explicarle que mis palabras no tenían nada que ver con lo que sentía. Pero no lo hice. ¿Cómo hacerlo si ni yo misma lo entendía?

Me marché de su cama porque no sabía cómo reaccionaríamos cuando él regresara. Lo que había pasado entre los dos era difícil de entender. Me gustaba. Eso lo tenía claro. Físicamente, sentía una atracción hacia él que a duras penas podía controlar. Y, además, teníamos una relación amor odio que me llevaba al límite.

Lo que había pasado aquella noche superaba las expectativas de todo lo que había imaginado. Nuestros cuerpos parecieron reconocerse en el mismo momento en el que nuestras bocas se unieron, ejecutando una sincronizada coreografía durante la cual las únicas palabras que se escucharon fueron pronunciadas entre jadeos y gemidos de placer compartido.

Llamar perfección a lo que habíamos vivido era quedarse demasiado corto. Quizá en algún idioma exista una palabra que pudiera definirlo, pero yo la desconozco.

Mientras veía a Martín reflejado en el espejo del baño y pensaba en lo que había sucedido, me asaltó una duda. ¿Qué ocurriría cuando volviera a la habitación? Cualquier cosa que pudiéramos decirnos en aquel momento no estaría a la altura de lo vivido. Pero si volvíamos a pelear, algo que tenía muchas papeletas de ocurrir entre nosotros, la discusión empañaría todo de tal manera que ni siquiera pudiéramos guardar el recuerdo de una noche inolvidable.

Así que elegí el camino más fácil para evitarlo. Hui. Ni siquiera me entretuve en buscar mi ropa. Volví a ponerme su camiseta, cogí mi mochila y corrí hasta mi casa, donde me tumbé en la cama. Cuando la intensidad del recuerdo de sus manos en mi cuerpo se volvió insoportable, me fui al cuarto de baño y traté de tranquilizarme bajo la ducha. Pero nada lograba calmar el cúmulo

de emociones entre las que me debatía. Necesitada de algo a lo que agarrarme en aquel momento, aunque fuera a nivel físico, para no dejarme arrastrar por ellas, me apoyé en la pared.

Vencida por el llanto que me sobrevino, resbalé sobre los azulejos hasta quedar sentada en el suelo mientras el agua se llevaba con ella mis lágrimas por el desagüe.

Cuando minutos después, o tal vez fueran horas, reuní fuerzas para salir de allí, abandoné el cuarto de baño dejando la camiseta de Martín en el suelo. Como si el simple hecho de tocar la prenda tuviera el poder de alterarme de nuevo.

Permanecí las siguientes horas adormilada, hecha un ovillo en la cama. No fue hasta media tarde que reuní fuerzas para levantarme. Me preparé un bocadillo y me fui al salón dispuesta a distraerme un rato con la televisión. Después de recorrer un par de veces todos los canales sin encontrar nada que mereciera la pena, me quedé un rato sentada mirando a la nada.

Estuve dándole vueltas a cómo afrontar lo ocurrido con Martín. Tenía que hablar con él. Llegué a la conclusión de que lo mejor era explicarle mi situación y dejar claro que yo estaba en un momento de mi vida en el que necesitaba centrarme en mí. No podía plantearme empezar algo con nadie cuando necesitaba sanar mis propias heridas. Éramos dos personas adultas. Debíamos poder aclarar la situación sin dramas.

Estaba tratando de decidir si ir a buscarlo o aprovechar cuando regresara de su paseo con Argos. Sí. Aquella era la mejor opción visto lo ocurrido cuando estuve en su casa. Saqué el móvil de la mochila para ponerlo a cargar y vi que tenía varias notificaciones.

No debí abrir la aplicación de WhatsApp. Entre los mensajes de mi madre y mis amigas, varios de Alfredo insistiendo en recobrar el contacto conmigo. Que si después de tantos años debíamos poder ser amigos. Que si echaba de menos hablar conmigo. Que había sido la mujer más importante de su vida y no podía desaparecer sin más. Que si le gustaría poder quedar alguna vez conmigo.

No daba crédito a lo que leía. Había sido él quien me había dejado por otra. Al que no le había importado cargarse nuestro matrimonio. Se había casado con la otra y tenido un hijo con ella. O una hija. Me daba igual lo que hubiera sido. No lo quería saber. Y leyendo aquellos mensajes parecía que era yo la que se había quitado de en medio dejándolo solo.

Apunto estuve de escribirle. De hecho, había empezado a hacerlo. Por suerte, reaccioné antes de darle a enviar. No podía caer en aquel error. Lo nuestro estaba acabado y, aun así, no pude evitar que algo se removiera en mi interior. Darme cuenta de que seguía echándole de menos terminó de desestabilizarme. Decidí que lo mejor era aplazar la conversación con Martín. No me sentía con fuerzas para afrontarla en aquel momento.

A la mañana siguiente, estaba esforzándome por concentrarme en el ordenador cuando sonó el teléfono. Me sorprendió ver el nombre de mi hija en la pantalla del móvil.

—Hola, Laura. ¿Va todo bien, cariño?

—Siempre me ha gustado cuando te diriges a mí con esa palabra. Pronunciada por ti suena de una manera especial.

La voz de Alfredo me sobresaltó como si me hubieran dado un bofetón.

—¿Por qué tienes el móvil de la niña? ¿Le ha pasado algo?

—Laura está bien.

—¿Y por qué me estás llamando con su teléfono? —pregunté nerviosa porque me daba miedo su respuesta.

—Porque no respondes a mis mensajes. Me has bloqueado. Es la única manera de hablar contigo.

—¿Y no se te ocurre pensar que si he hecho eso es porque no quiero hablarte?

O más bien porque tenía miedo de que lo que él me dijera hiciera que no pudiera dejar el pasado atrás de una vez.

—No podemos terminar así, Sara.

—Así, ¿cómo? —pregunté alterada—. Fuiste tú quien puso fin a nuestro matrimonio.

—Pero yo no quería apartarte de mi vida. Podemos ser amigos. Por todo lo que compartimos durante tantos años. No sé. Quizá vernos alguna vez. Podría acercarme a verte.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Cómo esperas que pueda olvidarlo todo sin más? —le grité—. La dejaste embarazada y te has casado con ella.

—Por favor, Sara, quedemos para hablar.

No le contesté. En aquel momento, no podía pronunciar una palabra. Menos mal, porque no estoy segura de que no hubiera terminado accediendo. Di por terminada la llamada y apagué el teléfono.

Estaba superada por la situación. Me sentía en un cruce de caminos en el que, por un lado, no conseguía dejar atrás al que hasta entonces había sido el amor de mi vida, y pese a saber que no debía ni plantearme un acercamiento, seguía echándole de menos. Y por otro estaba Martín, que había irrumpido en mi nuevo comienzo como una fuerza de la naturaleza contra la que solo cabe rendirse. Pero la intensidad de las emociones que era capaz de provocarme, tanto buenas como malas, me asustaba. No estaba preparada para aquello.

Debía alejarme de los dos. Con Alfredo lo tenía fácil. Solo podía localizarme por el teléfono, y ya me encargaría yo de tenerlo controlado por mi propio bien. Martín, en cambio, era un problema. Lo tenía demasiado cerca. Solo tenía que asomarme a la ventana y en cualquier momento lo vería entrar y salir de su casa. O me lo encontraría en cualquier rincón de aquel pequeño pueblo, ya que él parecía estar en todo lo que allí se organizaba. No se me ocurrió otra cosa que tratar de evitarlo por todos los medios con la esperanza de que él no le diera más importancia a lo ocurrido.

Pero no fue así. Al leer sus mensajes preocupándose por mí, supe que no resultaría tan fácil mantenerme alejada de él. Cuando le tuve delante, reclamándome una explicación a mi comportamiento, la única salida que encontré fue mostrar mi indiferencia. Ver cómo le cambió la cara ante mis palabras me dolió más de lo que esperaba. Aun así, no hice nada por evitarlo.

Permanecí largo rato mirando hacia su casa con la culpabilidad provocando que me costara respirar. Desde allí, vi cómo se encendían las luces de su garaje a través de la ventana que había sobre la puerta. Poco después, empecé a escuchar el inconfundible sonido de sus puños golpeando el saco de boxeo. El mismo que oíría cada tarde de la semana siguiente a la hora que él solía regresar de su paseo con Argos, al que se encargó de sacar Nora. Estoy segura de que dejó de hacerlo para no verme, haciendo que me sintiera culpable por haber alterado su vida.

Después de unos días en los que los dos hicimos todo lo posible por evitarnos, finalmente, tuve que hacer frente al temido encuentro. Me despedía de Reme en la puerta del colegio, después de haber dado juntas una clase sobre escritura, cuando Martín entraba en el edificio. Se limitó a dar los buenos días, y continuó adelante sin mirarme, pero la profesora lo llamó. Le vi detenerse, respirar hondo antes de darse la vuelta. Algo que hizo con lentitud mientras yo empezaba a ponerme nerviosa. No sabía por dónde podía saltar él.

—Sara ya ha comenzado las actividades con los niños sobre escribir —le informó Reme—. Cuando quieras, puede empezar en el instituto. Si no has cambiado de opinión.

—Antes necesito un guion de lo que piense tratar en esas charlas. Una vez que lo tenga, puede venir cuando quiera —le dijo como si yo no estuviera y no pudiera decírmelo directamente.

—¿Es que piensas fiscalizar la charla? ¿No te fías de lo que pueda decirles a los chicos? —

pregunté molesta porque estuviera ignorándome descaradamente.

—Quiero saber los temas que vas a tratar para trabajarlos con ellos durante las clases anteriores y que les puedan sacar el máximo provecho —argumentó con frialdad mientras se volvía a mirarme.

—Y, ¿para qué tienes tú que hacer eso? No sabía que el director del instituto tenía que entrometerse en todos los detalles de las actividades con el alumnado —le solté enfadada.

—Como director del instituto, me fío del criterio de Reme para incluir tus charlas entre las actividades en el trimestre —respondió con el mismo tono serio.

—¿Entonces?

—Pero como profesor de Lengua y Literatura quiero estar al tanto de lo que vas a hacer en mi clase para prepararla antes. ¿Eso te supone algún problema?

—Eh... No —conseguí decir.

—Pues no hay más que hablar —dijo, se dio la vuelta y se marchó sin despedirse.

—No entiendo qué le pasa a Martín. ¿Habéis vuelto a discutir? —preguntó la profesora.

—Una tensa relación vecinal desde el primer día —me justifiqué antes de despedirme de ella.

Hice todo el camino a casa maldiciendo mi suerte. Él no podía ser profesor de Matemáticas, Historia o Educación Física, lo cual le vendría que ni pintado. Tenía que ser el de Lengua y Literatura para que no pudiera esquivarlo de ninguna manera. ¡Profe de Literatura! Y yo dándomelas de escritora. Me invadió la idea de que había leído el libro y se habría reído de mí. Estaba segura de que en cualquier momento me lo echaría en cara. ¿Quién me habría dicho a mí que lo de dedicarme a escribir era una buena idea?

Necesitaba hablar con mis amigas para que pararan aquel aluvión de pensamientos negativos. Que me contaran alguna tontería que me hiciera reír. Lo que fuera con tal de alejarlo de mi cabeza. Pero ellas estaban en aquel momento trabajando. Así que tuve aún que esperar unas horas, padeciendo el temido Síndrome del Impostor que sufríamos todos los escritores, hasta que estuvieron libres para hacer una videollamada grupal.

La pobre de Lola estaba con el móvil en una mano y en la otra un abanico en pleno sofoco por la menopausia.

—Dios, no sé cuánto tiempo voy a poder soportar esto —se quejó.

—¿Te estás tomando lo que te mandó el médico? —pregunté.

—Sí. Y no me sirve de nada. Me siento como la jodida antorcha humana —respondió.

—Yo también estoy que ardo. Pero en la cama. No sé qué me pasa últimamente que tengo ganas de sexo a todas horas. Tengo al pobre de Manuel seco —nos soltó Esme—. Vamos, ni de novios follábamos tanto.

—Pues yo estoy al contrario que tú. Marcos me ha amenazado con abrirse un Tinder si seguimos sin echar un polvo. Esto de la menopausia es una mierda. Quiero recuperar mi vida.

—¿Tú en qué equipo estás, Sara? ¿En el de Lola o en el mío?

—¿Yo? En ninguno —respondí demasiado rápido.

—¿Estás segura? Porque te noto rara hoy —dijo Esme.

—A ti te pasa algo. ¿Es tu vecino? Otra vez habéis peleado, como si lo viera —aventuró Lola.

—O es que te pone tan cachonda que te pasas las noches dándole al *satisfyer* —soltó Esme y empezó a reírse—. ¡Ay, no! Olvidémonos del vecinito que lo recuerdo haciendo ejercicio, y voy a tener que dejaros para buscar al Manuel.

—No seas idiota. No tengo ningún cacharro de esos. Y dejadme ya en paz con Martín. Resultáis muy cansinas —espeté molesta.

—¿Se puede saber que te pasa? Mucho que nos echas de menos y estás de lo más borde. Así

que o desembuchas y nos cuentas qué te ocurre, o te vas a la mierda —me dio a escoger Lola entre golpes de abanico—. Joder, no quería ser tan dura contigo, chiqui —balbuceó arrepentida cuando sin previo aviso me puse a llorar.

—Nos estás preocupando, Sara. Habla de una vez, por Dios —pidió Esme.

—¿Es el trabajo? ¿Tu hija? ¿Tus padres? —trató de averiguar Lola durante un rato mientras yo iba negando a cada una de sus preguntas—. Pues se me van acabando las posibilidades. No sé si nombrarte a tu vecino, no vayas a saltar otra vez enfadada. Es él, ¿verdad? ¿Qué ha hecho? ¿O qué no ha hecho? Habla de una vez.

—¿Te lo has tirado? —aventuró Esme ante mi silencio—. Lo sabía —soltó cuando me vio afirmar—. ¿Tan malo ha sido que estás así? ¿O tan bueno que lo que te pasa es que quieres repetir y él no quiere?

—Como dirías tú: fue espectacular —respondí.

—Entonces, ¿por qué estás así? —preguntaron las dos a la vez.

Les hice un resumen de lo ocurrido desde el día del accidente, incluyendo los mensajes y llamadas de Alfredo y lo confundida que estaba.

—Ah, no. Por ahí no, chiqui. Del cabrón de Alfredo te olvidas —dijo Lola tajante.

—No seas idiota y pasa página. Y si es disfrutando de tu vecino, mejor que mejor —añadió Esme.

—No estoy para volver a tener una relación con nadie —protesté.

—Yo no he dicho que tengas nada serio con él. Te lo tiras cada vez que te apetezca, y luego él a su casa y tú a la tuya—me aconsejó—. Hazlo tantas veces como hagan falta para que dejes a Alfredo pudrirse en el olvido. Y como decía mi madre: aquí paz y después gloria.

—Pues a Martín no le hizo gracia que dijera que había sido un simple polvo —recordé.

—Problema suyo —intervino Lola—. Tú piensa solo en lo que te viene bien a ti.

Durante un rato más, estuvieron insistiéndome en que no fuera tonta y no desaprovechara la oportunidad de disfrutar de buen sexo. Y, sobre todo, que no le dedicara ni un segundo más de mis pensamientos a mi ex. Pero eso era muy fácil de decir, y muy difícil de hacer. Sobre todo, si no contaba con la ventaja de tener muchos kilómetros de por medio.



18

*El artificio es loable
para engañar a un rival;
debemos emplear todos los medios
contra nuestros enemigos.*

Cardenal Richelieu

Después de más de una semana en la que había sustituido mi paseo con Argos por el saco de boxeo, echaba de menos salir al aire libre. Y no tenía sentido seguir haciéndolo después de habérmela encontrado en el colegio. Vaya puntería que tenía. Cada vez que iba, me cruzaba con ella. Había tratado de esquivarla, pero Reme me recordó el tema de las charlas. Y malditas las ganas que tenía yo de verla por el instituto y compartir aula con ella. Podía haberse dedicado a cualquier cosa. Pero no. Ella tenía que ser escritora, y bastante buena, por cierto, para que no

pudiera quitarme de en medio cuando viniera. ¿Cómo iba a soportar tenerla apenas a un par de metros si era pensar en ella y alterarme?

Necesitaba despejar la mente, así que me llevé a Argos a dar un largo paseo. Él también se alegró de que volviéramos a nuestra rutina. Cuando lo sacaba Nora, no hacía tanto ejercicio como conmigo.

A los dos nos vino bien estirar las piernas. La única diferencia fue que mientras a nuestro regreso él corrió hacia casa de Sara para saludarla, yo me dirigí a la nuestra sin aminorar el paso ni volverme a mirarla. Quería que tuviera bastante claro que mi enfado iba para largo. En realidad, no tenía intención de dirigirle la palabra más de lo estrictamente necesario el resto de mi vida.

Unos días después, al volver a casa, me encontré una bolsa colgada del pomo de la puerta con mi camiseta dentro. Casi la eché a la basura del mosqueo que cogí. Pero era una de mis camisetas favoritas, joder. La tiré al fondo del armario. No iba a poder volver a ponérmela sin acordarme de ella. Las ropas que Sara llevaba la noche de la tormenta se habían quedado en el cesto junto a la secadora. Si las quería, que viniera a pedir las.



Desde que ella escapara de mi casa sin decir adiós, todo empezó a ir de mal en peor. De la Consejería me comunicaron que, aunque no sería oficial hasta mayo, solo estaba a falta del último informe que se aprobara la supresión de una línea tanto en el colegio como en el instituto. Era cuestión de dos o tres cursos que cerraran los centros. Para colmo, cuando fui al ayuntamiento para poner el papeleo al día, Ramón me contó que, después de Navidad, se marcharían otras dos familias del municipio. Dos negocios más que cerrarían sus puertas para siempre. El pueblo agonizaba y todos nuestros esfuerzos estaban resultando en vano.

Llegué a casa hecho polvo. Mi vida se iba irremediablemente a la mierda sin solución a la vista. Menos mal que mi hijo estaba bien, y en casa de mi hermana también lo estaban. Pensé cuánto necesitaba uno de los abrazos de mi madre en aquel momento. ¿Y por qué no? No tenía planes para el fin de semana y el viernes solo tenía clase las dos primeras horas. El trabajo administrativo estaba al día. Así que busqué un vuelo que me viniera bien de horario, y a media mañana estaba embarcando.

No hay nada como dejarse mimar por una madre para levantar el ánimo. Aunque yo solo le contara los problemas del pueblo y del instituto, la mía intuía que si había ido por sorpresa era porque me ocurría algo más. Pero también sabía que sería inútil intentar sonsacarme. Así que los dos nos dedicamos a disfrutar de la compañía mutua.

—¿En qué piensas, cariño? —me preguntó al pasar por mi lado al regresar de la cocina y ver que me había quedado ensimismado mientras movía la cucharilla en el café.

—Pensaba cuánto me gustaría que papá estuviera aquí. ¿Tú también le echas aún de menos? —le pregunté cuando se sentó a mi lado.

—A todas horas. Cada noche, al acostarme, le cuento cómo ha ido el día —me contó, poniendo su mano sobre la mía—. Le conocía tan bien que yo misma soy capaz de imaginar lo que él me diría. Eso me ayuda sobrellevar que se fuera tan pronto —suspiró—. Le hubiera gustado tanto conocer a sus nietos.

—Hubiera sido un gran abuelo.

—Y hubiera presumido tanto de su hijo. Mírate. Director del instituto. Él, que siempre lamentó no haber podido terminar la escuela. Estaría tan orgulloso de ti y de todo lo que estás haciendo por el pueblo.

—Pues no está sirviendo de mucho —admití con pesar.

—No te desanimes por eso. Piensa en todos a los que has ayudado. Pase lo que pase, eso no podrán quitártelo —dijo, presionando mi mano con sus dedos—. ¿Por qué has venido, Martín? ¿Qué te sucede?

—Nada, mamá. Necesitaba uno de tus abrazos.

—Hijo, estás muy solo en el pueblo. Si estuvieras con alguien, no hubieras necesitado venir.

—No estoy solo. Tengo muchos amigos. Ya sabes que allí es como si fuéramos una gran familia. Siempre tengo gente alrededor —traté de zanzar el tema.

—Pero a la hora de la verdad, estás solo, Martín. No hay nadie que te espere cada noche. Que te abraze en la cama y te diga que todo va a ir bien cuando todo va mal. O que comparta contigo las alegrías.

—Por favor, mamá. Dejemos ese tema —le pedí—. Además, tú tampoco has rehecho tu vida después de que muriera papá. No eres un ejemplo precisamente.

—No es lo mismo, hijo. Nosotros tuvimos nuestra vida juntos. Fuimos muy felices. Se nos acabó el tiempo aquí, pero no dejamos de querernos. Estará siempre conmigo. Tú me recuerdas mucho a él. Os parecéis tanto —afirmó con la nostalgia instalada en su mirada—. Y tu sobrino es igualito a su abuelo. Hasta tuerce la boca de la misma forma cuando tu hermana le pone algo de comer que no le gusta —exclamó, arrancándome una sonrisa al recordar la cara de mi padre cuando hacía aquel gesto.

—Pues Carmen dice que no te faltan pretendientes cuando vas a las actividades de la asociación del barrio.

—Quita, quita —dijo, haciendo un gesto con la mano para apartar aquella idea—. Para charlar un rato están bien, pero nada más. Que no estoy yo para aguantar achaques de viejo. Bastante tengo con los míos. Esos lo que buscan es alguien que les lave los calzoncillos y les recuerde tomarse la medicación.

—¡Mamá! —fingí escandalizarme—. Son de tu edad. No pretenderás ligarte un jovencito.

—Bueno, si encuentro a un cincuentón con tan buena planta como tú, igual no le hacía ascos.

—Si te escuchara tía Flora, le daría un soponcio.

—Entonces, mejor no se lo cuentes.

Continuamos con las bromas hasta que llegó mi hermana de recoger a los niños del cine. Cuando le di a mi madre un abrazo y un beso de buenas noches, me retuvo a su lado.

—Date una oportunidad de encontrar a alguien que te haga tan feliz como yo fui con tu padre —me dijo al oído mientras lo hacía.



Hice todo el camino de regreso a casa el domingo pensando en aquella conversación. Mi madre tenía razón. Yo no había conocido esa clase de amor del que ella me hablaba. Quizá alguna vez, algo parecido. Apenas un espejismo. Nunca algo tan fuerte como para que nada lo rompiera.

Aun así, estaba tan cansado de equivocarme. De tantas ilusiones rotas. De no poder desprenderme de la sensación de fracaso. Esa que llevaba días soportando desde que Sara llamara a lo nuestro un simple polvo. ¿Un simple polvo? Maldita sea. Fue mucho más que eso. Fue ¡EL POLVO! Así, en mayúsculas.

Tal vez había llegado el momento de intentar un cambio. Pero conocer gente era complicado. En el pueblo y los alrededores nos conocíamos todos. Y para alguien que había llegado nuevo, me había jodido sin miramientos. Quizá la culpa fuera mía por tener siempre la puntería de fijarme en la mujer menos indicada.

Jesús siempre me insistía en que me registrara en Tinder u otra aplicación parecida. Decía que, desde que la había descargado, era un no parar de acostarse con tías. A pesar de eso, a mí esas *folla-apps* no terminaban de convencerme. Quizá me estaba haciendo viejo, pero eso de ir con un cartelito de «quiero sexo» y que lo supiera todo el mundo, no era lo mío. Prefería seguir como hasta ahora. Tampoco me había ido tan mal.

Dándole vueltas a cómo darle un cambio a mi vida que sacara a Sara de mi cabeza, me dispuse a girar en el camino hacia mi garaje cuando sonó el teléfono.

—Martín, ¿dónde estás? —escuché la voz de mi tía a través del manos libres.

—A punto de llegar a casa. ¿Ocurre algo? —pregunté alertado por la urgencia de su tono.

—Es Sara. No está bien —dijo, haciendo que pisara el freno de golpe.

—Ábreme. Estoy en la puerta de atrás —le pedí, bajándome del coche, el cual dejé con la puerta abierta y las llaves puestas.

Cuando entré en su casa, Sara estaba tumbada en el sofá. Pálida, con unas enormes ojeras, una mano sobre el costado derecho y el rostro encogido de dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Dice que es un cólico nefrítico. No es la primera vez que le ocurre —me contó Flora—. No consigue retener ningún medicamento. Vomita todo lo que toma. Hasta un simple sorbo de agua lo termina echando. Hay que llevarla al hospital para que le pinchen algo que le alivie el dolor, pero la ambulancia tardará porque ha habido un accidente en la autovía con varios heridos. No sabía a quién llamar.

—Has hecho bien, tía. Yo me encargo de llevarla. Dame su bolso —dije, acercándome al sofá—. Tú cierra todo y vete a casa.

—¿Estás seguro, hijo? —dudó mientras Sara volvía a encogerse de dolor.

—Sí. No te preocupes. Luego te llamo.

Antes de que ninguna de las dos volviera a poner una objeción, la cogí en brazos para llevarla al coche. Ella se acurrucó en mi pecho y yo sentí removerse todo dentro de mí. Sentí como si aquel fuera su sitio natural. Éramos dos piezas que encajaban a la perfección una con la otra. El recuerdo de la última vez que tuve que llevarla desmayada fue devastador. Supe que no iba a poder sacar a Sara de mi cabeza nunca.

La subí al coche y salí marcha atrás sin pensar ni siquiera que pudiera venir alguien por la calle. Pisé a fondo el acelerador y puse rumbo al hospital. No sé cómo no me salí de la carretera en las curvas. Si me hubiera encontrado a alguien de frente, hubiéramos tenido un accidente. Aun así, no reduje la velocidad. A un par de kilómetros del hospital, llamé por el móvil.

—Buenas noches, soy Martín, el director del instituto. Llevo a mi vecina con lo que parece un cólico nefrítico. ¿Puede salir alguien a la puerta de urgencias para acompañarla mientras aparco el coche?

—Martín. Soy Juan —respondió mi compañero de Protección Civil—. No te preocupes. Salgo a buscarla.

—Gracias, amigo.

Poco después, me detenía en la entrada del hospital. Me bajé y abrí la puerta de Sara mientras Juan venía a nuestro encuentro.

—No hace falta que te quedes —dijo Sara con apenas un hilo de voz—. Cogeré un taxi cuando salga.

—Venga conmigo, señora —le pidió el enfermero, y la ayudó a sentarse en la silla de ruedas—. Me la llevo a valoración.

—Gracias, Juan. Voy al aparcamiento y te veo dentro —comenté, ignorando la petición de

Sara.

¿De verdad se creía que podía dejarla allí y marcharme como si tal cosa? ¿Quién se creía que era yo?

Estacioné el coche y aproveché para llamar a Flora y decirle que estábamos en el hospital. Cuando entré en la sala de espera de Urgencias, había bastante movimiento. Me acomodé en un sitio que encontré vacío y me dispuse a esperar noticias suyas. Seguro que te puedes hacer una idea de lo lento que pasa el tiempo cuando estás en un lugar como aquel. Sobre todo, si la persona que está dentro te importa especialmente.

En un par de ocasiones, Juan salió a informarme a pesar del jaleo que había aquella noche. Estaban haciéndole varias pruebas, pero, en cualquier caso, debía esperar a que la medicación que le estaban administrando a través del gotero hiciera efecto.

Cuando me di cuenta, estaba dando cabezadas. La calefacción estaba demasiado alta para mi gusto y hacía que uno se amodorrara. Me levanté y me estiré. Caminé un rato por el pasillo, e incluso salí unos minutos fuera para que el fresco de la noche me espabilara. Volví a entrar y busqué la máquina de café. Necesité tomarme un par bien cargados para alejar el sueño.

Faltaba poco para amanecer cuando Juan me avisó de que iban a darle el alta a Sara. Me dijo que había pasado lo peor y que le habían prescrito medicación para mantener el dolor a raya. Si volvía a empeorar, no debía dudar en acudir de nuevo a urgencias. Se ofreció a acompañarla hasta la puerta mientras yo iba a buscar el coche. Decididamente, estaba en deuda con él.

—Martín, es algo más que tu vecina, ¿no? —me preguntó cuando me disponía a ir al *parking*.

Solo pude volverme hacia él y encogerme de hombros. ¿Qué podía decirle? Él pareció entenderme, porque se limitó a asentir antes de ir a buscarla.

Cuando detuve el coche frente a la puerta, Juan guiaba hasta allí la silla de ruedas en la que iba Sara. Tenía mucho mejor aspecto que horas antes, aunque se la veía terriblemente cansada. Se sorprendió al verme allí. Seguro que había dado por sentado que le había hecho caso y no imaginaba que me había pasado toda la noche esperándola.

Hicimos el trayecto de regreso en silencio. De reojo, podía ver cómo ella cerraba de vez en cuando los ojos para volver a abrirlos, en un esfuerzo por permanecer despierta. A un par de kilómetros del pueblo, marqué el número de Flora.

—Dime, Martín. ¿Cómo está Sara? —preguntó tras responder al primer tono de llamada.

—Mucho mejor. ¿Podrías quedarte con ella? Tengo que irme para el instituto —le pedí.

—Claro que sí. Ahora mismo voy para su casa, hijo. Pero tú no deberías irte a trabajar. Tienes que descansar.

—No puedo, tía. No te preocupes por mí. Estaré bien.

—No hace falta que se quede nadie conmigo —dijo Sara en voz baja.

Seguí conduciendo sin contestarle. En un par de minutos, aparcaba frente a su casa. Mi tía nos esperaba en su puerta.

—¿Por qué no me llamaste a mí en vez de llamar a Flora? —le pregunté sin querer volverme a mirarla antes de que esta llegara hasta el coche.

—Porque tú no tenías llave para poder entrar, y yo no tenía fuerzas para llegar a la puerta a abrirte.

Aquello me descolocó. En realidad, esperaba alguna respuesta que me sirviera de excusa para pelearme con ella y sacar de mi interior parte de la angustia que había sentido aquella noche. Pero no me esperaba que se hubiera planteado la posibilidad de acudir a mí cuando lo necesitó.

—Ay, cariño. Qué alivio verte tan recuperada. He estado rezándole a la virgen por ti —dijo Flora después de abrir la puerta del coche, santiguarse y besar su medalla—. Qué susto verte tan

malita sin poder hacer nada.

—Lo siento mucho, Flora. No quería preocuparla, es que no tenía...

—Shhh. Calla, calla. No ha sido nada, niña. ¿Para qué estamos los vecinos si no para ayudarnos unos a otros? —le explicó, cogiéndole una mano—. Anda, vamos dentro, no te vayas a enfriar.

—Un momento —pidió cuando mi tía se disponía a cerrar la puerta después de que se bajara—. Martín..., gracias.

No me volví a mirarla. Me limité a asentir. Y en cuanto cerró, me marché al instituto. Por el retrovisor pude ver que se quedó mirando cómo me alejaba hasta que Flora le pasó un brazo por los hombros y la guio hasta su puerta.

Llegué al instituto agotado. A base de mucha cafeína, pude a duras penas aguantar la mañana. Al volver a casa, me fui directo a la cama. Sabía por mi tía que Sara estaba casi recuperada. Le pedí que enviara a Nora más tarde para sacar a Argos. Yo necesitaba dormir y no tenía intención de levantarme hasta la mañana siguiente.

Ni el día después ni los siguientes hice por verla o hablar con ella. No es que no me importara cómo estaba. Estuve llamando todos los días un par de veces a mi tía para interesarme por su estado de salud, pero no estaba dispuesto a mover un dedo para acercarme a Sara. Había salido escaldado la última vez y no pensaba repetir la experiencia. Era ella la que debía hacerlo. Y aunque en un par de ocasiones en las que nos cruzamos me pareció que tuvo intención de hablarme, finalmente, no lo hizo y terminó marchándose. Eso solo consiguió ir empeorando mi ánimo día a día. Pero nada lo hizo más que la conversación que escuché en la tienda de Juani unos días después de llevar a Sara a Urgencias.

Me había llamado la atención un Alfa-Romeo bastante nuevo aparcado en la plaza. Después de detenerme un momento a contemplarlo, continué mi camino. Justo en la puerta, tuve que pararme a dejar salir a un tipo trajeado y perfumado que parecía recién salido de un anuncio de Giorgio Armani. Me preguntaba quién demonios era aquel tío, que supuse el dueño del automóvil, cuando escuché a Juani hablar con un par de vecinas.

—¿Ese es el marido de Sara? —preguntó una de ellas, que aún miraba hacia la puerta con cara de sorpresa.

—Exmarido —aclaró Juani—. Me contó que se había divorciado hace poco.

—Pues vaya. Parece un modelo —añadió la otra—. ¿Cómo ha dejado escapar a un hombre así?

—Pues no sé qué ocurriría entre ellos. Sara no ha hablado mucho del tema. Y mira que yo le he preguntado —reconoció la tendera—. Pero tengo entendido que ella lo pasó muy mal con la ruptura y por eso se ha mudado aquí para empezar una nueva vida.

—Ay, pues él parecía encantador. Yo creo que ha venido a reconquistarla —dijo una de las vecinas—. He visto que en el coche lleva un gran ramo de rosas rojas.

—¡Qué bonito! Como en las telenovelas —respondió la otra.

Con cada frase que decían, iba enfadándome más y más. Me marché de allí antes de que fuera a acabar explotando. Estaba convencido de que, si seguía escuchándolas, iba a terminar saliéndome humo de la cabeza.

Estaba muy alterado. No sabía qué hacer ni dónde ir. Si era verdad lo que decían, aquel tipo había venido dispuesto a recuperarla, y entonces yo... yo... yo habría perdido la oportunidad de tener algo con Sara por gilipollas. Por haber sido tan orgulloso y esperar que fuera ella la que diera el paso de venir a buscarme.

Después de dar varias vueltas sin rumbo, decidí marcharme a casa. Iba a necesitar pasarme la tarde en el garaje golpeando el saco para conseguir calmarme. Pero fue ver el coche de aquel

imbécil aparcado en su puerta delantera, y saber que no iba a conseguir mi propósito por mucho que lo intentara.

Así fue. Una hora después, seguía tan enfadado como llegué. La única diferencia era que, además de enfadado, estaba cansado. Para colmo, al cabo de un rato, empecé a escuchar música proveniente de su casa. No me lo podía creer. ¿Iban a montar los dos una fiesta de reconciliación?

Me fui al sofá y cogí el mando de la tele. Necesitaba encontrar algo que me distrajera. Nada lo consiguió durante las dos horas siguientes. Por más que subía el volumen, mi oído parecía especialmente sensible al sonido que llegaba desde su casa.

Llegó un momento en el que no pude sobrellevar más la situación. Me imaginaba a los dos juntos y me entraba una mala hostia insoportable. No estaba dispuesto a seguir aguantando tener que escuchar su música.

Me levanté y, con un enfado de mil demonios, crucé el camino que separaba nuestras casas, me planté ante la puerta de su cocina y la golpeé con fuerza. Me faltaba escarbar la tierra para parecer un toro a punto de embestir en cuanto abrieran. Y uso la palabra toro con toda la intención, porque lo que tenía era un ataque de cuernos de proporciones épicas. Creo que incluso me salía humo por la nariz en aquel momento.

Llamé varias veces más sin resultado. Pero no estaba dispuesto a irme de allí sin decirle unas cuantas cosas a mi vecina. Me daba igual cortarles el rollo a los dos. Si les interrumpía, mejor que mejor. Por eso solo fui un polvo. Estaba esperando que él viniera a buscarla.

A la quinta o sexta vez que llamé, sentí un golpe en la puerta desde dentro. O quizá fuera contra algún mueble. No estaría empotrándola contra la pared en aquel preciso momento, ¿no? Empecé a darme cuenta de que no había sido buena idea haberme plantado allí. Entonces la puerta se abrió de par en par y me encontré a una Sara con el pelo alborotado, los ojos hinchados con el rímel corrido por las lágrimas.

—¿Qué quieres? —me gritó.

—Yo... Yo... —balbuceé sin saber qué decir ante aquella inesperada imagen.

—Tú, ¿qué?!

—¿Has estado bebiendo? —pregunté al ver que se tambaleaba y se apoyaba en el marco de la puerta.

—Y a ti qué te importa lo que yo haga —respondió a la vez que hacía un esfuerzo por enfocar sus ojos en mí—. ¿Qué os habéis creído para venir a mi casa y decirme lo que tengo que hacer?

—Es que... la música... está muy alta.

—Pues entra y bájala, gilipollas. Pero déjame en paz —dijo, y al girarse para señalarme el camino, perdió el equilibrio.

Si no llego a estar rápido, acaba en el suelo. En vez de eso, terminé sosteniéndola contra mi pecho. Me quedé mirándola a los ojos, tratando de asimilar su cercanía. Llevaba una borrachera impresionante. ¿Cuánto había bebido? Olía a alcohol y era incapaz de fijar la mirada.

—¿Qué estás esperando para aflojar la música y largarte? —ladró, arrastrando las palabras mientras yo la dirigía al salón.

Al cruzar la cocina, vi el ramo de rosas en el cubo de la basura. Había pétalos por el suelo, y una tarjeta hecha pedazos entre ellos. No pude evitar sonreír al pensar que no le había servido de nada a aquel figurín llegar hasta allí.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó indignada al confundir mi sonrisa con burla—. ¿Por qué no podéis dejarme en paz? Los tíos sois una panda de cabrones. Unos egoístas de mierda. Quiero que me dejéis sola —exigió a la vez que se soltaba de mis brazos y se quedó mirándome

enfadada.

Eché un vistazo alrededor. En la mesita frente al sofá, había dos botellas y varios vasos de chupito con aspecto de haberlos usado todos.

—Sara, yo ... —empecé a decir.

Entonces su cara empezó a cambiar de color. Sus ojos se abrieron de par en par y se llevó las manos a la boca. Antes de que pudiera preguntar qué le ocurría, salió corriendo hacia el baño. Por el sonido que llegaba hasta mí, supe que estaba saliendo de su cuerpo todo lo que había ingerido no solo en las últimas horas, sino lo de días atrás. Esperé un rato junto a la puerta para darle privacidad en aquel momento.

Cuando llevaba un rato sin oírla, entré y me la encontré sentada junto al váter con la cabeza apoyada en la taza. Me arrodillé a su lado y le aparté el pelo sudado de su frente.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté, a lo que ella respondió negando con la cabeza sin mirarme—. Anda, ven. Deja que te ayude a levantarte —dije. Luego la cogí en brazos y la subí al piso de arriba—. Te vendrá bien dormir. Pero antes vamos a darte una ducha. Verás como te sienta bien —añadí mientras la sostenía pegada a mí con un brazo y abría el grifo.

—Quiero irme a la cama. Me ducharé cuando me despierte —rogó con los ojos medio cerrados.

—De eso nada. Hay que quitarte ese olor a alcohol y vómito que tienes —negué—. Vamos, desnúdate y entra en la ducha.

—Sal.

—No voy a dejarte aquí sola para que te caigas y te partas la cabeza o te ahogues en el suelo.

—Pero...

—No hay nada que no haya visto y bastante de cerca, por cierto —le recordé con una sonrisa—. Venga. Me quedaré aquí de espaldas y no miraré si así te quedas más tranquila.

Tratando de no reírme por aquella absurda situación, me volví de cara a la pared. Al rato, la oí entrar en la ducha.

—Ya estoy —dijo minutos después.

Al girarme, la encontré envuelta en una toalla. Dios mío, ¡aquella mujer me hacía ir de un extremo a otro! Llegué a su casa consumido por la ira, y en aquel momento era el deseo por tenerla pegada a mí el que me estaba devorando.

Aparté la vista de ella porque no quería que me viera en la cara lo que sentía en aquel momento, y la acompañé al dormitorio, donde volví a quedarme de espaldas mientras ella se ponía el pijama. Tuve que hacer un esfuerzo por concentrarme en cualquier otra cosa que alejara su imagen de mi cabeza. Aquel no era el momento de intentar nada con ella, aunque me sintiera a punto de explotar.

La observé acostarse y la arropé mientras se acurrucaba y cerraba los ojos. Permanecí sentado a su lado hasta que su respiración se volvió rítmica y profunda. Me hubiera quedado allí contemplándola dormir durante horas.

A duras penas logré resistirme a la tentación de tumbarme junto a ella y abrazarla. Pero no estaba seguro de cómo iba a reaccionar cuando se despertara una vez se le hubiera pasado la borrachera y me encontrara a su lado. Lo más probable es que termináramos peleando. Aunque la última vez que ocurrió eso tuvimos el mejor sexo que se podía imaginar.

Abandoné la habitación antes de que empezara a írseme la cabeza. Bajé y me senté un rato en el sofá tratando de asimilar lo que había pasado en las últimas horas. En un rincón del salón, había un escritorio. Frente a él, había colgadas en la pared un par de pizarras. No pude evitar levantarme y curiosear las fotos y anotaciones que había en ellas. Aquel era el sitio donde se

convertía en Violette, pensé al observar el ordenador y las carpetas a su lado. Montones de pósits de colores con anotaciones estaban por todos lados. Me la imaginé allí sentada, dejándose llevar por la imaginación mientras tecleaba sin parar para crear aquellas historias que tanto me había gustado leer. Podía visualizarla en aquel sillón, arrugando la nariz cuando no encontraba la palabra adecuada. Esa imagen me hizo sonreír.

Al cabo de un rato, volví al sofá. Me resistía a irme a mi casa. Aunque me repetía que era por si volvía a necesitarla, tengo que confesar que en realidad lo que necesitaba era hablar con ella de una vez. Pensando en la forma en la que afrontar la situación, terminé quedándome dormido.

Unas horas después, el timbre de la puerta me despertó. Por un momento, no sabía dónde me encontraba. Una nueva llamada terminó de ubicarme. Me dirigí a la entrada frotándome los ojos. Solo hizo falta ver por la mirilla quién era para hacer que los abriera de golpe. El jodido exmarido volvía a buscarla.

Ya tenía la mano en el pomo cuando se me ocurrió una idea para quitarle las ganas de molestarla otra vez. Me quité la sudadera y la camiseta, y las tiré detrás del sofá. Los zapatos de deporte terminaron bajo la mesa. Desabroché el botón del vaquero y lo bajé un poco sobre las caderas asegurándome de que no se viera el elástico del bóxer. Me revolví el pelo y me volví a mirarme en el espejo. Con la perfecta imagen de quien acaba de levantarse de la cama y se ha puesto solo el pantalón para bajar, abrí la puerta.

—Sara... ¿Quién demonios eres tú? —dijo aquel tipo, mirándome de arriba abajo.

—Me parece que eso tendría que preguntártelo yo a ti —respondí mientras cruzaba los brazos.

—Soy su marido. ¿Dónde está? —exigió saber.

—Dirás exmarido —le recalqué—. Hasta donde yo sé, estáis divorciados.

—Eso es algo entre ella y yo. ¡Quiero hablar con Sara! —exigió y dio un paso hacia delante empujando la puerta, que yo detuve cortándole el avance.

—Ella está durmiendo. Así que lárgate y no molestes más.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Mira, tío, yo no tengo que darte explicaciones. Pero ya puestos, ¿a ti qué te parece que hemos podido estar haciendo toda la noche? —le pregunté, consiguiendo que le cambiara la cara—. Bien. Parece que lo has entendido. Así que ya puedes darte la vuelta. Móntate en tu cochecito, márchate por donde has venido y no vuelvas a molestarnos a ninguno de los dos. ¿Te ha quedado claro? —dije, y avancé hacia él amenazadoramente haciendo que retrocediera.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos. Luego volvió a mirarme de arriba abajo antes de darse la vuelta y marcharse con paso rápido. Me quedé en la puerta hasta que desapareció al final de la calle. Solo entonces volví al salón y me vestí.

Me marché a casa y me senté en la cocina para tomarme un café. Era la tercera vez que pasaba la noche en vela por socorrerla. Estaba agotado. Y no era ese precisamente el agotamiento que yo quería que ella me produjera. Si continuábamos así, iba a acabar conmigo.

Al menos, una cosa había conseguido, o eso esperaba. Espantar a aquel imbécil el tiempo suficiente para que Sara y yo pudiéramos aclarar nuestra situación. Teníamos que conseguir tener una conversación civilizada los dos. O, simplemente, una conversación. Esa vez estaba convencido de que ella daría el paso para hacerlo. No me equivoqué. Lo que no esperaba era la forma en la que iba a desarrollarse aquel encuentro.



19

Te regalo mi amor, te regalo mi vida,

a pesar del dolor eres tú quien me inspira.

No somos perfectos, sólo polos opuestos.

Te amo con fuerza, te odio a momentos.

Malú. Blanco y negro

Un terrible dolor de cabeza, que palpitaba en mis sienes, hizo que me despertara. Apenas podía abrir los ojos, hinchados por el llanto. La luz que se filtraba a través de la persiana se me antojaba tan intensa como un rayo láser apuntando directamente a mis pupilas.

Por las pequeñas ranuras que mis párpados a duras penas consiguieron abrir, distinguí que estaba en mi dormitorio. No comprendía por qué me encontraba en aquel lamentable estado. Tampoco recordaba haber llegado a la cama.

Como si se hubiera producido dentro de mi propia cabeza, sentí el sonido de una puerta que se cerraba. ¿Había alguien en casa? ¿Qué pasó el día anterior? Mi cerebro parecía que no había empezado a funcionar a pesar de haberme despertado.

Intenté hacer memoria. Pero era como cuando tratas de arrancar el coche y no hace ni un ruido. Mi mente parecía encontrarse sin batería y no estaba dispuesta a ponerse en marcha.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me incorporé y logré levantarme. «¿Me duché anoche?», me pregunté al ver la toalla sobre la silla del dormitorio y mi ropa en el suelo del baño.

Me refresqué la cara en el lavabo y me bebí dos vasos de agua. Tenía tanta sed. Cerré los ojos para no ver en el espejo el horrible aspecto que me devolvía. Al abrirlos de nuevo, me vino a la mente una fugaz imagen de Martín junto a la puerta. Lo mismo me ocurrió al volver al dormitorio. ¿Por qué tenía que pensar en él en aquel preciso momento? Agité la cabeza para alejarlo de mis pensamientos, pero solo conseguí aumentar la intensidad de aquel dolor martilleante.

Con los ojos medio cerrados, bajé las escaleras para descubrir, al ver la mesita frente al salón, que lo que tenía era una resaca nivel Dios. Una como no recordaba haber tenido nunca. Ni siquiera en aquellos tiempos de fiestas universitarias.

Llegué hasta la cocina y preparé la cafetera. Necesitaba urgentemente que mi cabeza se pusiera

en marcha para completar todas las lagunas sobre lo ocurrido en las últimas horas. Al ver las flores en el cubo de la basura, recordé la visita sorpresa que había recibido.

La tarde antes estaba contándole a las chicas mi cita con el médico para recoger los resultados de un TAC que me realizaron por el tema del cólico. Como siempre, la conversación se volvió un poco loca, lo que me ayudó a quitarle importancia al hecho de que me habían detectado una pequeña piedra en el riñón derecho.

—Y, ¿qué van a hacer ahora, chiqui? —preguntó Lola preocupada—. ¿Te la tienen que quitar?

—No. Me ha dicho el urólogo que está en un sitio en el que no debe producirme ningún problema —la tranquilicé—. Me ha dado unas pautas a seguir. En principio, con tenerla controlada, es suficiente.

—Ufff, menos mal, mi reina. Menudo susto —añadió Esme—. Bueno, mira. Al menos, es una piedra y no un trozo de hierro que te pite al pasar por los detectores de metales. Aunque si te pasara eso y el segurata de turno está bueno, siempre le puedes decir: cachéame para comprobar que no llevo nada.

—Vaya, parece que alguien sigue con la calentura. ¿El Manuel sigue vivo? —le preguntó Lola.

—Vivito y coleando. No sé si me entendéis —agregó, guiñándonos un ojo.

—Qué idiota eres —repliqué riéndome—. Prefiero pensar que estoy en proceso de fabricar un diamante. Seguro que me quedaría monísimo en un anillo y...

—No, no. Tengo algo mejor —me interrumpió Lola—. Mi unicornio se ha transformado en una ostra y lleva dentro la perla más impresionante del mundo.

Aún nos estábamos riendo de su ocurrencia cuando sonó el timbre de la puerta.

—Os dejo, tengo que abrir.

—No. No cuelgues. A ver si es tu vecino y nos lo presentas —dijo Lola.

—Uhhh, ¿será Martincito que viene a ver cómo estás? Dale recuerdos de nuestra parte, y luego te lo tiras —me pidió Esme.

—Eso, eso. No seas tonta y echa un polvo. Por ti y por nosotras —la secundó Lola.

—Sois horrorosas. Además, él siempre utiliza la entrada de la cocina. Os quiero —me despedí sin dejar de reírme mientras iba hacia la puerta y la abría sin asomarme por la mirilla.

Toda la alegría que llevaba por la conversación con mis amigas desapareció en un instante cuando me encontré delante de mí a Alfredo con un enorme ramo de rosas rojas.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a verte —respondió con esa sonrisa seductora que sabía irresistible—. ¿No vas a invitarme a pasar?

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —pregunté mientras me apartaba para dejarle entrar.

—Laura me contó que estabas en este pueblo. En la tienda que hay en la plaza, fueron tan amables de indicarme donde vivía la nueva vecina. Y aquí estoy.

Joder, pensé, ahora todo el mundo va a estar al tanto y Martín se va a enterar. Un momento. Y a mí que me importaba que Martín supiera nada.

—Pues no debiste venir.

—Una ofrenda de paz —dijo, tendiéndome el ramo de rosas—. Vamos, Sara, cógelo. Siempre fueron tus favoritas.

La verdad es que las flores eran preciosas. Las cogí a regañadientes y me las llevé a la cocina para dejarlas en el fregadero con agua. Abrí la tarjeta que había en el centro del ramo. Cuando la leí, empecé a ponerme nerviosa. La cartulina se agitaba en mi mano con la misma fuerza que aquellas palabras habían hecho conmigo.

Siempre serás el amor de mi vida. Alfredo.

—Es una broma de muy mal gusto por tu parte —le reproché, sabiendo que me observaba desde la puerta de la cocina.

—No es ninguna broma, Sara.

—Ah, ¿no? ¿Me puedes explicar entonces qué es esto? —le exigí, esgrimiendo la tarjeta delante de él—. Estás casado con ella. ¡Acabáis de tener un hijo!

—Una hija.

—¡Me da igual lo que sea! —le grité—. No tienes derecho a venir aquí. Te dije que no quería volver a saber nada de ti. Y, aun así, apareces y me traes esto —agité el ramo de flores ante su cara haciendo que muchos pétalos se desprendieran y cayeran al suelo—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pretendes después del daño que me hiciste? —le reclamé.

—Sara, yo...

—¿Qué?!

—Sigo queriéndote. Cometí una estupidez. Si tú pudieras perdonarme, podríamos volver a estar juntos —declaró, acercándose peligrosamente a mí.

—Pero... Pero ¡qué estás diciendo! —retrocedí sobresaltada.

—Quiero recuperarte, Sara. Me he dado cuenta de que me he equivocado. Vuelve conmigo. Empecemos de nuevo.

—¡Estás casado, Alfredo! —le recordé.

—Me divorciaré. Fui un idiota, Sara. No sé qué me pasó, pero he recapacitado.

De nuevo, se había acercado mucho a mí. Solo tenía que mover unos centímetros mis manos y podría tocar aquel cuerpo que tan bien conocía. Sus labios se encontraban muy cerca de los míos. Tanto que podía sentir la calidez de su aliento despertando viejos recuerdos en mí.

—Vete de mi casa —escupí apenas en un susurro a la vez que las lágrimas empezaban a rodar por mis mejillas.

—Sara, no, por favor. Dame una oportunidad para hacer que me perdones.

—Márchate y no vuelvas —repetí, apartándome de él.

Me fui hasta la puerta y la abrí con rabia. No me moví de allí hasta que finalmente Alfredo se decidió a salir. Ni siquiera volví a mirarlo por miedo a dejarme convencer.

—Haré que cambies de opinión —prometió a modo de despedida cuando yo cerraba la puerta.

Me fui a la cocina enfadada. Pero, sobre todo, conmigo misma por haber sentido por un momento la tentación de volver con él. Tiré las flores a la basura y rompí aquella maldita tarjeta que había conseguido traer de vuelta esos sentimientos que tanto me había costado desterrar.

Volví al salón y puse música para tratar de dejar de oír en mi cabeza las palabras de Alfredo. Tuve que subir el volumen y, aun así, no lo conseguí. Cogí las dos botellas que había comprado para cuando las chicas vinieran a visitarme. Coloqué varios vasitos de chupitos en fila, los llené y fui bebiéndolos, recordando los agravios sufridos: por mis enormes cuernos, por haberme tenido anulada todos los años de matrimonio, por las veces que me hizo sentir culpable cuando me quejaba de no tener vida propia... Ya imaginarás que la lista era enorme por la borrachera que había terminado cogiendo.

En aquel momento, pareció una buena idea. No solo me olvidé de Alfredo. Me olvidé de todo. No recordaba cómo había llegado al piso de arriba, cómo había podido ducharme y cómo me había metido en la cama sin tener un accidente. Eso hubiera sido el colmo.

Decidí que lo mejor era centrarme en mirar hacia el futuro. Aunque el resto del día me tuve que conformar en hacerlo desde el sofá. Me encontraba hecha polvo. Parecía que, en vez de haber estado bebiendo, me habían dado una paliza.

Por la noche, me arrastré como pude hasta la cama y me dormí hasta la mañana siguiente.

Después de veinticuatro horas en estado semicomatoso, mi cerebro empezó a espabilarse y mi cuerpo con él.

Estaba terminando de recoger el fregadero después de almorzar, cuando sonó el teléfono. Vi el nombre de Laura en la pantalla y crucé los dedos porque no fuera otra vez Alfredo.

—Hola, Laura. ¿Cómo estás?

—Muy sorprendida contigo. Y no para bien —respondió sin ni siquiera saludar.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué? Si puede saberse —disimulé, aunque sabía perfectamente por donde iba a ir la conversación.

—Papá me ha contado la visita que te ha hecho. La verdad es que no me esperaba eso de ti. Me has decepcionado —atacó la ultra defensora de su padre—. Me hubiera gustado que volvierais a estar juntos.

—Lo lamento. Pero no esperarías de verdad que fuera a perdonarle después de todo, por el simple hecho de llegar a mi puerta con un puñado de flores.

—Sí. Bueno, eso también me ha sorprendido. Creía que querías a papá. Pero que te hayas ido hasta ese pueblucho por un tío. Eso no me lo esperaba —me soltó.

—¿De qué estás hablando? —pregunté sin entender lo que decía—. No sé qué se habrá inventado tu padre para justificar que no haya aceptado volver con él, pero yo no me he venido aquí más que por mí misma.

—Oh, vamos. No te hagas la tonta, mamá. Al menos, podrías reconocer que tienes un amante.

—¡Yo no tengo ningún amante!

—Entonces, ¿quién es el tipo que le abrió la puerta a papá por la mañana? —preguntó para mi sorpresa.

—¿Qué tipo? ¿Tu padre volvió por la mañana?

—Deja de hacerte la tonta. El tipo medio desnudo que había pasado la noche contigo y le echó de allí. Papá está destrozado. Fue hasta allí para pedirte perdón y que volvieras con él, y se encontró con esa desagradable situación.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Hasta dónde era capaz de llegar Alfredo para poner a la niña de su parte?

—No sé de qué estás hablando, Laura. Ni sé a quién te refieres.

—¿Qué pasa?, ¿que te estás tirando a tantos que no sabes con cual lo hiciste esa noche? —insistió, colmando mi paciencia.

—No me gusta lo que estás insinuando.

—Como parece que no sabes quién era ese tipo alto, rubio y con aspecto de pasar tiempo en el gimnasio con el que te acostaste, he supuesto que debes tener una colección de amantes. Tú, que ibas de pobre mujer abandonada, y resulta que te estás tirando a todo el que se te cruza.

—Mira, niña, no vuelvas a hablarme así. A ver cuándo te vas a enterar de que soy tu madre y me debes un respeto —estallé, harta de sus malos modos—. En primer lugar, no es asunto tuyo si tengo o no un amante, o varios. En segundo lugar, tu padre ya no es nadie para venir a entrometerse en mi vida. Y, en tercer lugar, si tanto querías que tu padre y yo estuviéramos juntos, ¿cuántas veces le dijiste que no estaba bien lo que estaba haciendo? Yo te respondo, ninguna. Hasta os hicisteis las dos amiguitas y os ibais de compras mientras yo estaba en casa cuidando de que tuvierais todo perfecto con una cornamenta que arañaba el techo. Así que ahora no vengas a reclamarme nada.

—Has cambiado mucho. Ese lugar te está trastornando.

—Pues debí haberme mudado aquí mucho antes. Y como veo que no tienes nada importante que decirme, te dejo. Cuando decidas empezar a comportarte conmigo como una hija, me llamas.

Para venirme con chismes de tu padre, te lo puedes ahorrar.

Colgué el teléfono indignada. ¿Qué se habían creído los dos? Venir a exigirme explicaciones a mí. Ja. Y encima inventándose aquellas mentiras. Que un tipo alto y rubio en mi casa le había echado. Valiente estupidez. Alto, rubio y con pinta de deportista... Joder. Esa era la descripción de... de... No podía ser. ¿Cómo iba a saber Alfredo que había ocurrido algo entre mi vecino y yo?

Mi cabeza empezó a funcionar a toda velocidad reproduciendo *flashes* de lo ocurrido durante mi borrachera. Martín en la puerta de mi cocina, sacándome del baño después de vomitar... Su imagen de espaldas mientras me duchaba... Sentado al borde de mi cama...

Dios mío, él había estado en casa aquella noche. ¿Nos habíamos acostado? No. No. Imposible. De eso me acordaría. Seguro. Ya te digo que me acordaría. Entonces..., ¿ese gilipollas había hecho creer a Alfredo que era mi amante? ¿Cómo se había atrevido a entrometerse de aquella manera?

Una vez más, volví a recorrer la distancia entre su casa y la mía con un cabreo monumental. Quería una explicación. Y más le valía que fuera buena.

Esperé impaciente a que Martín me abriera, algo que por suerte no tardó mucho en hacer. Debía estar haciendo ejercicio, porque estaba sudando y con ropa de deporte. Por un instante, aquella fantasía de lamer las gotas que se deslizaban por sus abdominales parecía al alcance de la mano. O de mi lengua.

—¿Qué hiciste en mi casa el otro día? —le solté antes de que terminara olvidando la verdadera razón por la que había ido a buscarle.

—Veo que estás recuperada.

—Responde a mi pregunta —le exigí.

—¿Cuidar de ti? Otra vez —respondió con esa sonrisa suya que hacía que se me desintegraran las bragas—. Parece que se está convirtiendo en una costumbre.

—¿Y además de eso?

—Nada —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Se puede saber qué le dijiste a Alfredo?

—Ah, eso —soltó con indiferencia—. Será mejor que entres. Ya están en el pueblo bastante intrigados con la estelar aparición de tu ex con las flores como para que nos vean pelear y dar que hablar.

A regañadientes, entré en su casa, atravesé la cocina y me fui al salón.

—Responde de una vez. ¿Qué le dijiste? —volví a reclamarle.

—Que se largara porque estabas durmiendo —respondió mientras se secaba el sudor de la cara con una toalla.

—¿Solo? Porque eso no es lo que a mí me han contado.

—A ver, ¿qué te han contado exactamente? —preguntó, cruzándose de brazos.

—No te hagas el tonto, Martín. ¡Le dijiste que nos habíamos acostado! —le acusé.

—Eso no salió de mi boca.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué?

—Me preguntó qué hacía allí, y yo me limité a decirle que pensara qué podría yo haber hecho allí toda la noche. Lo que su cabeza haya podido imaginar no es culpa mía —respondió tan tranquilo.

—Lo hiciste a propósito —le recriminé—. Si no, ¿por qué saliste medio desnudo?

—Tenía calor.

—¿Calor?! Estamos a principios de noviembre. No hace tanto calor. Querías que pensara que

nos habíamos acostado después de haberse ido.

—Reconoce que es una buena manera de que te deje en paz y no vuelva.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Quién te ha dicho a ti que no quiero que vuelva? No tienes derecho a meterte en mi vida —le recriminé.

—Pues yo creo que algo de derecho tengo. Sobre todo, después de haber estado limpiando tus vómitos del cuarto de baño. Solo quería ahorrarte volver a pasar por lo mismo. Y seguro que tu hígado me lo agradece —me respondió con una sonrisa burlona que terminó de enfadarme.

—El estado de mi hígado no es de tu incumbencia, imbécil.

—Pero puede llegar a serlo si tengo que volver a llevarte al hospital, o pasarme otra noche sin dormir por cuidarte. Porque te recuerdo que van tres —me reprochó.

—Nadie te pidió que lo hicieras —le grité dolida—. Te dije que cogería un taxi para volver.

—¿De verdad creías que iba a marcharme de allí tan tranquilo sin saber si te ponías bien? ¿Cómo puedes pensar que no me preocupo por ti? Después de todo, nosotros...

—Mira, vamos a dejar las cosas claras entre tú y yo —detuve sus palabras antes de que soltara algo que terminara por hacer saltar por los aires mi precaria situación mental—. Que hayamos echado un simple polvo no quiere decir que haya un nosotros.

—Te recuerdo que fueron más de uno. Y el hecho de que insistas de esa manera en llamarlo «simple polvo» solo demuestra que no lo piensas de verdad —me interrumpió con una expresión de sobrado que me dieron ganas de borrar de un guantazo—. Eres tan consciente como yo de la energía que sentimos cuando estamos cerca, por mucho que quieras negarlo.

—De eso nada —me resistí, desconcertada al ser consciente de que tenía razón.

—Vamos, Sara, asúmelo —dijo, y dio un paso hacia mí. El mismo que yo retrocedí—. Yo ya lo he hecho. Solo tengo que mirarte y siento esa electricidad que nos une recorriendo mis venas.

Sus ojos recorrieron lentamente mi cuerpo haciendo que me estremeciera al sentir su mirada como una caricia que erizaba mi piel. Entonces fui consciente de que, sulfurada por mi enfado, me había ido hasta su casa llevando solo el pijama, que no me había quitado en dos días. Uno simple, de punto, con el dibujo de Stitch, aquel personaje de Disney que tanto me gustaba, en la parte delantera. Una prenda de lo más infantil, pero que por algún motivo que yo no comprendía, a Martín debía parecerle de lo más sexy a juzgar por la manera en que se había abultado su pantalón.

—No puedes estar diciendo en serio que te has puesto cachondo solo por verme con esta ropa.

—No puedes hacerte una idea de cómo me excita verte con esa prenda. Y aunque tú lo niegues, tu cuerpo me dice que a ti te ocurre lo mismo conmigo —dijo, haciendo que fuera consciente de como mi respiración se había agitado. Solo tuve que bajar la mirada para observar cómo mis pezones se habían endurecido de tal manera que amenazaban con traspasar la fina tela de la camiseta, en clara competición con la erección que aguardaba en sus pantalones—. ¿Por qué seguir resistiéndote, Sara?

Eso mismo llevaba yo un rato preguntándome. Le odiaba por la manera en la que solo pensar en él era capaz de alterarme. Una simple palabra suya era capaz de hacerme perder los papeles. Y al mismo tiempo le deseaba tanto que tenía miedo de consumirme en el fuego que se avivaba con cada centímetro que se reducía la distancia entre los dos.

Resultaba imposible resistirse a volver a probar aquella boca que me esperaba entreabierta. No podía luchar con las ganas de sentir sobre mi piel aquellas manos, capaces de quebrar la más férrea voluntad con las caricias más suaves que se podían imaginar. Ni con la necesidad de sentirle dentro de mí, con su cuerpo guiándome por una senda de intenso placer.

Le odié por adueñarse de mi cuerpo y mis sentidos con una sola mirada cargada de deseo. Por

aquellos sentimientos tan intensos que me provocaba consiguiendo que me consumiera en ellos.

Y, entonces, decidí tomar el control de la situación y someterle con la misma tortura que él me infligía. Me abalancé sobre su boca y me adueñé de ella imponiendo los movimientos de mi lengua a los de la suya. Solo la liberé un momento para preguntarle dónde tenía los condones.

Sin separarnos un milímetro, llegamos hasta donde tenía la mochila, y sacó uno de la cartera casi a ciegas. Intentó llevarme hacia la escalera, pero lo evité empujándolo para que se sentara en el sofá. Ante su atenta mirada, me deshice de mi pantalón y, a la vez, de mi ropa interior.

—Póntelo —le ordené, y mientras él rompía el envoltorio, bajé su pantalón y el bóxer lo suficiente para liberar su erección de la ropa.

Una vez que me obedeció, me senté a horcajadas sobre él y volví a besarle con ganas, arrancándole un gemido. Antes de terminar perdiendo el control de mis actos, me incorporé lo suficiente para colocarlo en mi entrada, y poco a poco descendí hasta introducirlo completamente en mi interior, provocando que nuestras bocas gimieran al unísono una sobre la otra. Sus manos agarraron mis glúteos empezando a marcar el ritmo de mi movimiento. Pero yo le obligué a soltarlos y alejé sus manos de mí.

—Déjame abrazarte —me susurró al oído cuando por segunda vez me negaba a que sus brazos me rodearan.

—No —respondí, apartándolas de nuevo.

—Por favor. Quiero tocarte —suplicó con aquella voz enronquecida por el deseo que a punto estuvo de hacer que me corriera en aquel momento.

Pero la dominatrix que parecía haberme poseído no estaba dispuesta a permitírselo. Entrelacé mis dedos con los suyos y le coloqué las manos en el respaldo del sofá mientras empezaba a moverme sobre él.

Debió comprender que no estaba dispuesta a dejarle tomar las riendas, porque se rindió y me dejó hacer a mi voluntad.

Solo poco después de que el placer estallara entre los dos y nuestras respiraciones empezaran a normalizarse, solté sus manos para permitirle rodearme con sus brazos apenas un instante.

Sabía que si dejaba que me abrazara más tiempo, me resultaría imposible alejarme de él. Y eso era precisamente lo que yo necesitaba. Poner distancia entre los dos para poder pensar con claridad en lo que me estaba ocurriendo.

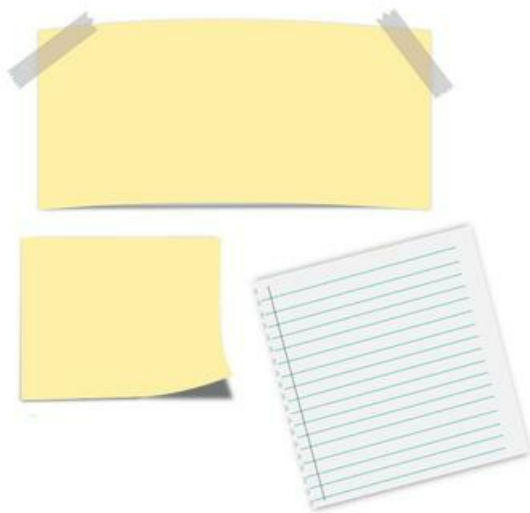
Me separé de Martín, cogí mi ropa del suelo y me la puse.

—¿A dónde vas? —preguntó cuando vio que me dirigía a la cocina.

—Esto no puede volver a repetirse —dije sin volverme a mirarle, o sabía que no me iría—. He venido a este pueblo para encontrar la calma necesaria para empezar de nuevo. No tengo fuerzas para lidiar con lo que está ocurriendo entre nosotros. Por favor, no me busques, o tendré que marcharme.

—Sara, espera —me pidió cuando yo abría la puerta de la cocina—. Sara, por favor, no te vayas.

Pero ya corría hacia mi casa. Otra vez huía de él y de la intensidad y pasión de nuestros encuentros, sin darme cuenta de que esta ya se encontraba muy arraigada en mi corazón. La única manera de que aquella situación no acabara conmigo era rindiéndome a ella sin reservas.



20

*La derrota es un estado mental;
nadie es derrotado hasta que la derrota
es aceptada como una realidad.*

Bruce Lee

De nuevo, Sara había sacudido mi vida de la forma más inesperada. Cuando la escuché llamar a la puerta, sabía que venía a reclamarme una explicación por mi encuentro con Alfredo. Abrí con el firme propósito de mantener la calma y poder tener una conversación mínimamente civilizada. Pero cuando vi que venía con aquel pijama que llevara la noche que la espíe por la ventana, supe que iba a resultar más difícil de lo que esperaba.

Oír la posibilidad de que ella quisiera que su ex volviera no resultó agradable. Sí. Vale. Me jodió. Aun así, no estaba dispuesto a rendirme. Reconduje la conversación hacia nosotros dos y terminé reconociendo cuánto me ponía verla así vestida. Aquello pareció sorprenderla bastante. ¡Si ella supiera cómo había terminado la noche que la vi con aquel pijama por primera vez!

Fuera como fuese, mis palabras parecieron activar un interruptor en ella. Su reacción me cogió por sorpresa. Solo pude obedecer y dejarme arrastrar por sus deseos.

Pero de nuevo, después de un momento de intensa pasión, Sara se alejaba de mí corriendo. Tras un primer momento en el que mi reacción fue salir tras ella, sus palabras amenazando con marcharse para siempre me dejaron clavado en mi puerta, viendo cómo huía sin que pudiera evitarlo.

En aquel momento, era incapaz de asimilar qué ocurría. No entendía cómo podíamos pasar de un extremo a otro en apenas un segundo.

Cuando fui capaz de despegar los pies del suelo, entré. Di vueltas por el salón durante un rato mientras mi cabeza trataba de comprender qué había sucedido minutos antes. Mi perro no perdía detalle de mis movimientos desde la puerta de la cocina. El pobre animal debía pensar que me había vuelto loco. Finalmente, subí y me metí en la ducha, donde durante largo rato me quedé bajo el agua con los ojos cerrados. Por más que me esforzaba en dejar la mente en blanco, no conseguía alejar a Sara de mis pensamientos.

Me vestí, cogí las llaves y salí de casa seguido por Argos. Necesitaba alejarme de allí. Demasiadas imágenes de ella en cada rincón.

Sin rumbo fijo, recorrí kilómetro tras kilómetro con mi perro revoloteando a mi alrededor. Como si pudiera intuir que le necesitaba, apenas se separaba unos metros y regresaba a mi lado. De vez en cuando, volvía su cabeza hacia mí con una mirada que parecía decir: «tranquilo, estoy contigo».

Me detuve al llegar a un claro, saqué su pelota del bolsillo de la cazadora y se la enseñé.

—¿Quieres jugar, Argos?

Ladró un par de veces plantado delante de mí sin quitar la vista de mi mano y agitando la cola entusiasmado. Amagué un par de veces que la lanzaba, pero, apenas se alejaba uno o dos metros, se daba cuenta de que le había engañado. Al tercer intento, salió corriendo detrás de su juguete favorito y poco después regresaba a mi lado con él en la boca para devolvérmelo.

Pasamos un largo rato entretenidos hasta que, después de observar que las dos últimas veces venía de vuelta a paso lento con la pelota, decidí ponerle fin a aquel ejercicio.

Me senté en el suelo apoyando la espalda en un árbol. Argos se tumbó a mi lado y apoyó su cabeza en mi muslo.

—Estás cansado, ¿eh, campeón? —dije mientras le acariciaba la cabeza.

Nos quedamos allí en silencio. Contemplar el paisaje que se extendía ante nosotros, junto a la calidez de sentir bajo mi mano el suave pelaje de mi mascota, consiguió transmitirme tranquilidad. Poco a poco, se fue calmando el huracán que azotaba mi interior y amenazaba con destruirme en cualquier momento con heladas ráfagas de viento del norte que congelaba todo a su paso.

Cerré los ojos y me concentré solo en mi respiración. Cuando volví a abrirlos, empezaba a anochecer. Desperté a Argos, que dormía plácidamente en la misma posición en la que se tumbara, y emprendí el camino de regreso con él a mi lado como un fiel escudero.

Quién hubiera dicho cinco años antes que iba a convertirse en el compañero inseparable que me ayudaba a superar los malos momentos. Nada me hacía imaginar ese día, en el que había salido a pasear porque se me caía la casa encima, que el hecho de que aquel coche, del que no

pude ver la matrícula, se detuviera en una curva a unos cien metros de mí, iba a cambiar tanto mi vida.

Apenas paró en el arcén unos segundos. Los necesarios para abrir una de las puertas traseras y, prácticamente, tirar fuera un animal, que después de dar algunas vueltas sobre el alquitrán se escondió asustado entre unos matorrales.

Cuando llegué hasta él, pude comprobar que, por suerte, no había sufrido ningún daño grave. Solo un susto muy grande. Conseguí sacarlo de su escondite, y una vez que lo tuve en brazos, el pobre cachorro escondió la cabeza bajo mi brazo. Tenía solo unos meses. Probablemente, fue el regalo de Reyes de algún niño con padres irresponsables.

Lo llevé hasta la consulta del veterinario, quien sobre una mesa metálica le hizo un exhaustivo reconocimiento y comprobó que no tenía chip. Se ofreció a ponerse en contacto con un refugio de animales abandonados para que se hicieran cargo. Estaba convencido de que un perro como él no tendría problemas para que lo adoptaran.

Iba a marcharme a casa, pero cuando el animal, que apenas se había separado de mí más que lo justo para que el doctor le reconociera, sintió que me alejaba, se me quedó mirando con unos ojos tan tristes que consiguieron que no pudiera dar otro paso hacia la puerta.

Y de esa manera inesperada, terminé volviendo a casa con Argos. Así fue como se me ocurrió en aquel momento llamarle. Supongo que debió ser porque llevaba un par de días corrigiendo trabajos sobre la *Odisea* de los alumnos de bachillerato y me acordé del perro de Ulises. Fuera como fuera, llegué a casa con una mascota recién vacunada, sus papeles a mi nombre, un collar, una correa, cuencos para agua y comida, y un saco de pienso.

Yo, que estaba atravesando una mala etapa, provocada por la traumática ruptura de mi última relación sentimental, y había vuelto al pueblo unos meses antes, buscando la manera de recomponer los pedazos de mi corazón, me encontré haciéndome cargo de un animal cuando apenas era capaz de encauzar mi vida.

Irónicamente, aunque pudiera parecer que le había salvado la vida recogéndolo del arcén, fue Argos quien me salvó a mí. Al verme obligado a cuidar de él, no me quedó más remedio que salir de mi rutina de autodestrucción, que consistía, básicamente, en pasarme el tiempo que no estaba trabajando tirado en el sofá viendo la tele y alimentándome de comida basura. Si no hubiera tenido que estar sacándolo a pasear, lo que me llevó luego a aficionarme a hacer ejercicio y montar en el garaje mi propio gimnasio, probablemente, en lugar de bajar por el camino andando, podría hacerlo rodando.

Riéndome yo solo de imaginarme esa situación, llegamos al pueblo. Apenas doblé la primera esquina, vi acercarse el todoterreno de Protección Civil con el intermitente puesto para coger la salida hacia la carretera. Antes de tomarla, frenó en seco a mi lado.

—Martín, ¿estás bien? —me preguntó Marcial sentado en el asiento del copiloto.

—Sí. ¿Qué ha ocurrido? ¿A dónde vais?

—A buscarte. Hemos estado llamándote y no cogías el teléfono. Y en casa tampoco estabas. ¿Qué andabas haciendo?

—No me di cuenta de que no había cogido el móvil. Estaba paseando con Argos. ¿Qué ha pasado? —pregunté extrañado por su alarma.

—Estábamos todos preocupados por ti, ¿y tú estabas paseando? —me recriminó.

—Sí. ¿Es que está prohibido pasear, o qué? —pregunté molesto.

—Había reunión de la comisión del Ayuntamiento y no has aparecido —respondió enfadado.

—Joder. La reunión. Yo... Yo... me había olvidado completamente... Es que... he tenido un... Y luego... Y salí... Pero no me di cuenta de que no llevaba el móvil —balbuceé,

pasándome la mano por el pelo sin poder dar una explicación—. Lo siento. Yo no sé cómo he podido olvidarlo.

—Eh. Tranquilo, amigo —dijo, apiadándose de mí—. Tampoco te has perdido nada. Pero nos hemos preocupado porque nadie sabía dónde estabas y no había forma de localizarte. Anda, sube. Las llaves si las habrás cogido, ¿no? ¿O tengo que ir a mi casa a por el juego de emergencias?

—No. Las tengo aquí —respondí, haciéndolas sonar dentro del bolsillo de la cazadora.

En unos minutos, después de dar el aviso de que ya me habían localizado, parábamos en la puerta de casa. Al menos, me dejaron en la delantera. Lo que menos me apetecía del mundo era la posibilidad de encontrarme cara a cara con Sara. Aunque estaba seguro de que esa tarde no habría salido al patio. Igual que sabía que no lo haría en las siguientes. Algo que agradecí, porque ya era complicado no pensar en ella como para encima tener que verla.

—¿Una cerveza? Así me contáis qué ha pasado en la reunión —les ofrecí mientras bajaba del todoterreno.

—Vale —aceptó Marcial—. Aunque no hay mucho que contar. Ni una idea que merezca la pena.

Pasamos un par de horas lamentándonos de que ninguno de nuestros intentos por mantener el pueblo vivo diera resultado. A pesar de que el tema de conversación no era para nada agradable, sirvió para quitarme durante un rato a mi vecina de la cabeza.

Al día siguiente, me autoinvité a almorzar a casa de mi tía. Siempre me estaba insistiendo en que fuera los fines de semana a comer allí, así que se mostró encantada de que me presentara por sorpresa. Me pasé la tarde jugando a la consola con Pablo mientras Nora y Argos pasaban el rato en el jardín. Ni que decir tiene que el chaval me dio una señora paliza a todos los juegos. Y es que yo nunca fui chaval de maquinitas. A mí me gustaba más un buen libro. Sí, lo reconozco. Era el rarito, el empollón de la clase. Pero en aquellas circunstancias cualquier cosa era mejor que pasarme el día solo en casa con la mente puesta en cierta persona que había trastornado mi vida desde que puso un pie en el pueblo.

Los siguientes días me propuse estar lo más ocupado posible. Propósito que me fue casi imposible de cumplir porque no tenía ánimo para nada y no lograba concentrarme. Solo delante de la tele conseguía lobotomizarme y no pensar en Sara. O delante del saco de boxeo, donde descargaba toda la rabia que me daba que después de cinco años esforzándome por mantener mi vida sentimental inactiva, había vuelto a la casilla de salida tan jodido como entonces.

Por si no tuviera suficiente, cuando estaba una tarde en el bar tomándome un café, Reme me dio el guion que le había pedido a Sara para las charlas, que estaban programadas para dos semanas más tarde. Dejé la carpeta sobre mi escritorio y fui incapaz de abrirla durante unos cuantos días. Aplacé todo lo que pude el enfrentarme a aquellos folios. Solo saber que los había escrito ella y que íbamos a tener que pasarnos media mañana compartiendo aula en el instituto hacía desaparecer el engañoso estado de calma que había conseguido alcanzar con mucho esfuerzo.

El día antes de que viniera al instituto, llamé a Reme para pedirle que me sustituyera en clase con la excusa de tener que hacer unas gestiones inaplazables en la capital.

—Necesito que me hagas ese favor, Reme —insistí—. Vamos, los chicos ya te conocen. Sabes que no te darán problemas. Les he prometido medio punto extra si participan.

—Pero, Martín, esto es...

—De verdad que no te lo pediría si no fuera importante.

—Martín, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Claro que sí —la tranquilicé—. Es solo que tengo que ir a solucionar algo y no puedo hacerlo el fin de semana —mentí como un bellaco.

—Es que llevas unos días muy raro. Me tienes preocupada.

—Te aseguro que estoy bien. ¿Vas a sustituirme mañana? Por favor.

—Claro que sí. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Muchas gracias, compañera. Te debo una.

—De eso nada. Con todo lo que tú me has ayudado siempre, soy yo quien te debe una menos.

Y así fue como me quité de en medio el día que Sara venía al instituto para dar charlas a los alumnos, mintiendo y aprovechándome de la buena fe de Reme. Algún beneficio tenía que sacar de estar siempre disponible para ayudar a todo el mundo. Nadie iba a cuestionarse devolverme el favor para una vez que lo pedía yo. Aun así, reconozco que me sentí culpable por mi cobardía.

Para no haberle mentido mucho sí que me marché a la capital. Fui a un centro comercial y aproveché para hacer algunas compras pendientes. Con las Navidades a la vuelta de la esquina, no estaba de más adelantarse a la avalancha de gente en busca de regalos.

Rematé la tarde viendo una película. No recordaba la última vez que había ido al cine. Después de todo, fue un buen día. Aunque cuando llegué de vuelta a casa, todo mi ánimo se vino abajo tal y como la vi a través de la ventana de su cocina.

Derrotado, me senté en el sofá. Permanecí allí un rato, a oscuras y con el teléfono en la mano, pensando que quizá me viniera bien hablarlo. Tal vez así consiguiera encontrar la manera de superar aquella situación. Antes de que terminara arrepintiéndome, busqué el número y llamé.



21

Cuando menos lo merezca, quíreme.

Cuando corra hacia tus brazos, ríndete.

Cuando pacte con mi boca una idiotez,

no me digas que me quieres, quíreme.

La oreja de Van Gogh. Cuando menos lo merezca

Llegué a casa sorprendida por lo que había ocurrido con mi vecino. Fui enfadada a pedirle una explicación, con mi corazón tambaleándose ante la posibilidad de que realmente Alfredo quisiera que volviéramos a estar juntos. Pero las palabras de Martín y, sobre todo, su cercanía hicieron desaparecer todo lo que no fuera aquella atracción que sentían nuestros cuerpos, para fundirse en uno solo, que llegaba a palparse a nuestro alrededor al intentar resistir su fuerza. Y, aunque lo intenté, no pude oponerme a los primarios instintos que despertaba en mí y me dejé llevar por aquella necesidad física de su cuerpo.

Me asustó que aquel intenso deseo que despertaba en mí fuera capaz de dominarme y tomar el control de mis acciones sin medir las consecuencias. Sentí que me había roto en tres partes, donde mi cabeza insistía en que necesitaba estar sola, mi corazón me recordaba mis años felices con Alfredo, y mi cuerpo me pedía arder de pasión entre los brazos de Martín.

En esa ocasión, se impuso mi parte más racional, que me gritaba que había tomado la decisión de encontrarme a mí misma, y eso solo podía hacerlo centrándome en mí. O tal vez solo fuera una cobarde incapaz de lanzarse a vivir lo que la vida le ofrecía sin detenerse a pensar cada paso que daba.

Afortunadamente, mi vecino pareció reaccionar a mi amenaza y no hizo por verme los días siguientes. Mentiría si negara que en el fondo me hubiera gustado que viniera a buscarme. Aunque probablemente me hubiera enfadado con él si lo hubiera hecho. Definitivamente, estaba trastornada. Ni yo misma sabía qué quería.

Por si no tuviera bastante con el lío que tenía en mi cabeza, entré en un bloqueo escritor que me tuvo más de una semana sin escribir ni una sola letra del proyecto en el que estaba trabajando. Tampoco fui capaz de corregir, ni de preparar ningún *post* para las redes sociales...

Precisamente, lo que había supuesto mi tabla de salvación en el peor momento de mi vida y me había devuelto la ilusión por algo parecía que se hubiera quedado paralizado, y no encontraba la

manera de ponerme otra vez en marcha.

Quizá fuera la culpabilidad. Esa que sentía cada vez que recordaba cómo me estaba comportando con Martín. La misma que me había impedido atreverme a darle el guion que me pidió para las clases y le hice llegar a través de Reme porque era incapaz de hacerlo en persona.

Solo había una cosa que tenía clara: él no se merecía que lo tratara como lo estaba haciendo. Aunque no empezáramos con buen pie, por su culpa. Sabía que aquello solo había sido un mal momento por su parte. Era una buena persona. Una que se preocupaba por todos a su alrededor y que ayudaba desinteresadamente a lo que hiciera falta.

No tenía más que escuchar a cualquiera de sus vecinos cómo hablaba de él. Si se presentara a las elecciones a alcalde, las ganaría por unanimidad. Estaba segura de que hasta el mismo Ramón votaría por él.

Hasta a la perturbada que le había tocado hacía unas semanas como vecina no hacía más que ayudarla, aunque lo tratara fatal. Y yo era una auténtica cabrona que estaba pagando con él todo lo que me pasaba. Si es que no se podía ser más bueno, ni estar más bueno. Por eso, aunque la culpabilidad me hizo permanecer oculta tras la estantería de los productos de droguería de la tienda de Juani cuando reconocí su voz, no pude evitar asomar la cabeza para mirar cómo se marchaba después de recoger su paquete.

—Tiene un buen trasero, ¿verdad? —oí una voz a mi espalda que me hizo girarme en redondo para llevarme la sorpresa de encontrarme a la señora Maruja mirando en la misma dirección que lo hacía yo momentos antes.

—No. Yo no estaba mirándole... —negué con la cabeza mientras notaba que mis mejillas estaban ardiendo.

—Ay, chiquilla, no hay nada malo en alegrarse la vista —respondió, riéndose de mi cara de circunstancias—. Que una será vieja, pero no está ciega. Y ese muchacho es de las pocas cosas buenas que aún se pueden ver en este pueblo. Tiene tan buena planta como tenía su padre —comentó antes de soltar un largo suspiro—. El bueno de Martín. Era el mozo más guapo de la comarca. Todas bebíamos los vientos por él en secreto. No había una que no lo mirara de reojo al verlo pasar cada tarde por la plaza. Su hijo es igualito a él, menos en la sonrisa. Esa es de la Charo. Todas le tuvimos mucha envidia cuando empezó a pretenderla. Si tuviera treinta años menos, con lo que he aprendido de vuestros libros, este no se me escapaba. Ay, no me mires así, muchacha. Una también tiene derecho a soñar —dijo, guiñándome un ojo—. Y no me malinterpretes, que mi Jacinto es un buen hombre. No me puedo quejar de él. Pero las mujeres de mi época nos perdimos muchas cosas. Así que no seas tonta y no desaproveches lo que la vida pone al alcance de tu mano.

—Pero... yo no... Martín y yo no... Por favor... Lo que menos necesito ahora es un hombre a mi lado —negué como pude ante la mirada que tenían clavada en mí aquellos ojos cansados y rodeados de arrugas que parecían leer en mi interior.

—Di lo que quieras. Pero ya sabes cómo acaban estas cosas en las novelas románticas por mucho que los protagonistas se resistan. Tú misma las escribes —convino con una sonrisa—. Bueno, me voy, que tengo que recoger a los nietos del colegio.

Me quedé mirando cómo salía de la tienda y cogía el camino hacia la escuela. ¿De verdad me acababa de insinuar aquella mujer, que debía rondar los ochenta años, que no perdiera la oportunidad con Martín? Aquello tenía que haberlo malinterpretado. No vivíamos en una comedia romántica. La vida real no es así. La mía era un melodrama patético y deprimente en el que te llueven tantos palos por todos lados que no te da tiempo de verlos venir. El guion de mi vida tenía claro que lo escribía alguien bajo el efecto de alguna sustancia extraña o con un

pésimo sentido del humor, porque no tenía ninguna gracia lo que me estaba pasando.

En cualquier caso, debía hacer algo para salir de aquel bloqueo que tenía tanto en mi vida personal como profesional.

La noche antes de la charla a los chicos del instituto, apenas conseguí dormir. Me levanté por la mañana convencida de que no iba a poder hacerle frente a la situación. Martín y yo juntos en la misma habitación, y tan cerca, podía ser un cóctel explosivo. Lo mismo podíamos terminar matándonos que follándonos. Y no sé cuál de las dos opciones nos complicaría más la vida a los dos.

Pero la incertidumbre de qué podía ocurrir cuando estuviéramos en la clase se resolvió nada más llegar al instituto y encontrarme con Reme, que me informó que iba a sustituir a Martín. Todos mis esfuerzos por prepararme para encontrarme con él y adoptar una pose seria y profesional se fueron al traste sin que pudiera evitar que se me notara en la cara la decepción que suponía su ausencia.

A pesar de todo, la mañana transcurrió sin problemas con los chicos y me lo pasé muy bien. ¡Menudos elementos estaban hechos! En esas edades, entre los dieciséis y los dieciocho, eran un combinado explosivo de hormonas. A veces no podía evitar reírme de sus ocurrencias. Menos mal que Martín no estaba delante.

Tengo que admitir que había sido muy buena idea lo de darle el guion que iba a seguir. Aunque cuando supe que les había prometido medio punto en la nota del trimestre si participaban y otro medio al mejor de todos, me enfadé al pensar que no confiaba en que pudiera hablarles de algo interesante. Pero mientras iba desarrollándose la charla, no me quedó más remedio que admitir que había sido una buena estrategia. Todos se habían preparado a conciencia y parecían dispuestos a conseguir el ansiado punto extra. Sobre mí iba a recaer el marrón de elegir al ganador. Porque eso era aquella situación. Un enorme marrón. ¿Cómo podía elegir uno solo?

Entonces se me ocurrió una idea que a los chicos les gustó. Le propondría a Martín que les subiera a todos cero setenta y cinco y que la actividad se repitiera en los dos trimestres siguientes y se elegiría al mejor al finalizar el curso. Incluso propusieron terminar con un certamen de relatos del que los dos seríamos jurado. Aquel era un embrollo aún mayor, pero ver lo ilusionados que estaban todos hizo que no pudiera negarme.

Todo ese buen rollo con el que salimos del instituto para tomarnos unas tapas y celebrar el éxito de la actividad se disipó cuando la maestra mostró su preocupación por Martín.

—No se me quita de la cabeza que le ocurre algo grave —dijo mientras yo cogía un trozo de queso del plato.

—¿Por qué dices eso? Quizá solo se trate de un papeleo inaplazable.

—No. Él hubiera buscado la manera de hacerlo sin tener que faltar al trabajo. No sé qué le ocurre. Le noto disperso. Algo tiene en la cabeza que no parece el mismo. Hace tres sábados incluso se olvidó de que teníamos una reunión de la comisión del Ayuntamiento que preside. Él, que ni siquiera llega tarde a nada —aseguró, haciendo que casi me atragantara con el bocado de queso al recordar lo que ocurrió ese día—. Espero que no se trate de un problema con su hijo. O puede que su madre haya tenido una recaída.

—¿Qué le ocurre a su madre? —pregunté intrigada.

Me di cuenta de que no sabía nada de su familia. Solo que era sobrino de Flora, pero no me había interesado en saber más. Conocía de sobra el sabor de sus besos, el olor de su piel, el suave aroma a cítricos que desprendía su pelo recién duchado. Sería capaz de reconocer el tacto de sus manos entre miles. O el sonido que brotaba de su garganta cuando alcanzaba el orgasmo.

En cambio, no sabía que tuviera un hijo. ¿Habría sido un descuido de juventud? ¿Estaría

también divorciado? ¿Sería viudo? O peor aún, ¿estaba casado? Y en ese caso, ¿por qué vivían separados? ¿Era una de esas extrañas relaciones abiertas de hoy en día?

Todas esas preguntas rondaban por mi cabeza mientras Reme me contaba cómo a Charo le había dado un ictus y su milagrosa recuperación. No podía llegar a imaginarme lo que debió pasar Martín en aquellos horribles días.

—El pobre se llevó un buen susto. Fue una suerte que estuviera en casa cuando le ocurrió. Se pasó dos días sin salir de la sala de espera de la UCI. Desde entonces, se niega a pasar en el hospital más tiempo del imprescindible. Fue un auténtico milagro que a Charo no le haya quedado ninguna secuela —me contó mientras yo la escuchaba atenta—. Su hija se negó a que se quedara aquí y la obligó a irse a Santander con ella. En estos tres años, no ha vuelto por el pueblo. Y la verdad es que se la echa de menos. Es una mujer llena de vitalidad y muy cariñosa. Ella fue la que me animó a crear el club de lectura. Te caería bien. Y tú a ella también.

Yo no estaba tan segura de que le hiciera mucha gracia cómo estaba tratando a su hijo.

Traté de indagar sobre Martín. Pero Reme no era muy dada a los cotilleos y seguir preguntándole hubiera levantado sospechas por mi repentino interés. Si hubiera sido Flora, ya sabría hasta su número de la Seguridad Social.

Era noche cerrada cuando vi llegar su coche desde la ventana de la cocina. Fui incapaz de quedarme a ver cómo entraba en su casa y me dirigí al salón a esperar que él no estuviera a la vista para volver y terminar de recoger. Tenía la certeza de que era yo la responsable de aquel cambio y me sentí culpable. Sobre todo, al recordar su disgusto por los hospitales y cómo por mí se había pasado otra noche en aquella sala que tan malos recuerdos le traía.

Allí sentada, pensé cuánto necesitaba un simple abrazo. Se me ocurrió una idea. Busqué en Google y luego escribí un mensaje a mis amigas.

—¿Comemos mañana?

—¿Estás en la ciudad? ¿Por qué no has avisado? —respondió enseguida Lola.

—No. Estoy en mi casa. Pero si estáis libres, cojo un tren a primera hora y puedo estar ahí a media mañana. Luego me vuelvo en el último que salga.

—Pero eso es una paliza, mi reina —dijo Esme.

—No importa. Tengo mucho trabajo atrasado. Aprovecharé para adelantar en el viaje. Entonces, ¿tenemos plan para mañana, o no?

—Claro que sí, chiqui.

Con mejor ánimo, compré los billetes desde el móvil y al día siguiente salía para reunirme con mis amigas por unas horas. Dejé el coche en el *parking* e hice el trayecto en tren intentando concentrarme en la pantalla de la *tablet*.

Cuando llegué a la estación, estaban las dos esperándome y nos fundimos en un interminable abrazo que hizo que se me saltaran las lágrimas. ¡Cómo las necesitaba!

—Venga, venga. Vamos a cambiar esas caras —dijo Lola, pasándose una mano por los ojos.

—Tú sí que acabas de cambiarte la cara. Mira los churretes que te has hecho con el rímel —le contestó Esme, y le pasó el móvil para que se mirara en la pantalla mientras ella ponía mucho cuidado en borrar sus lágrimas con la punta de un dedo.

—¡Mierda de máscara de pestañas! —maldijo Lola—. Se supone que es resistente al agua, y ahora parezco un oso panda.

—No te quejes más, tonta. Busquemos un baño y arreglamos este desastre —dijo como solución Esme, y nos marchamos las tres cogidas del brazo.

Al vernos reflejadas en las cristalerías de la estación, pensé que éramos la versión española y madurita de las chicas de *Sexo en Nueva York*. Una con ropa más económica, pero mucho más

divertida y natural.

Después de almorzar en nuestro restaurante favorito, donde nos pusimos al día, fuimos a una cafetería y nos regalamos el capricho de comernos un buen trozo de tarta acompañado de un capuchino. En mi caso, una de fresas y crema de vainilla que me pareció la más deliciosa que había comido nunca.

—Si Martín viera ahora mismo cómo estás deleitándote con esa cucharada, se pondría cardíaco —me soltó Esme con una sonrisa pícaro cuando yo aún estaba saboreando la fresa que me había metido en la boca.

—Vamos a dejar ya el temita, que bastante descentrada me tiene —le pedí.

—Reina, es que no entiendo por qué te resistes a disfrutar de todo lo que te ofrece ese hombre —continuó.

—Ya os lo he dicho. Necesito centrarme en mí. No quiero volver a depender de nadie. Aún duele demasiado todo lo relacionado con Alfredo. No voy a añadir también a Martín a la lista.

—Solo te digo que aproveches para pasarlo bien con él. Nada de compromisos. Sexo puro y duro, y luego cada uno a su casa. Tu cuerpo te lo agradecerá. Y te aseguro que para la cara es mejor que cualquier crema de esas que vale un riñón un minitarro. Hace que tengas un brillo especial. Mírame a mí —añadió con una enorme sonrisa—. ¿Qué te pasa que estás tan apagada, Lola? ¿Sigues sin follar?

—Que bruta eres, Esme —le recriminé.

—Vale. ¿Sigues siendo la reina de hielo y Marcos continúa enfadado porque no tenéis sexo? ¿Te parece que está mejor así la pregunta? —dijo, consiguiendo como única respuesta que se encogiera de hombros.

—¿Estás bien, Lola? —pregunté preocupada.

Mi amiga, que llevaba un rato jugueteando con el trocito de tarta que le quedaba aún en el plato, levantó la vista del dulce después de un largo suspiro antes de responder.

—Nada va bien en casa. Y no solo es el sexo. O más bien, la falta de este —susurró con voz queda—. Hace tiempo que no hacemos más que discutir, o ignorarnos, que para el caso es mejor opción. Hay días que me planteo si no será mejor ponerle fin a mi matrimonio.

—Cariño, ¿estás segura de eso? —pregunté, cogiéndole una mano mientras Esme hacía lo mismo con la otra—. Quizá sea solo una mala racha.

—No lo sé. Igual es esta mierda de la menopausia, que está haciendo que todo me afecte más. Y él, en vez de intentar comprender por lo que estoy pasando y apoyarme, solo piensa en follar —se quejó—. Cada vez me echa menos cuenta. Las últimas vacaciones las ha cogido sin avisarme para que pidiera también los días y hacer algo juntos. Solo me faltaría enterarme que se ha liado con alguna jovencita en el trabajo, y ya entonces preferiría morirme —sollozó. Un par de segundos después, reaccionó y se volvió a mirarme—. Uy. Sara, yo-yo lo siento. No quería decir eso —se disculpó a la vez que se le escapaban un par de lágrimas—. Lo siento.

—Tranquila, Lola —le dije con una sonrisa, consciente del mal momento que estaba pasando mi amiga—. Ya es solo un mal recuerdo.

—Pues si a Manuel se le ocurre pegármela con una jovencita, le corto los huevos y me hago unos pendientes con ellos —soltó Esme—. Así que más le vale tener la bragueta bien cerrada fuera de casa.

—Por Dios, Esme —protesté—. Qué burra eres.

—Sí, sí. Lo que tú quieras. Pero si me veis un día aparecer con dos pelotas peludas colgando de mis orejas, ya sabéis qué son —añadió tan tranquila.

—Pero si a ese pobre lo tienes todo el día dale que te pego. ¿Cómo va a buscarse a otra? —le

pregunté.

—Yo se lo he advertido por si acaso. Que los tíos con tal de meterla en caliente no son capaces de medir las consecuencias que les puede acarrear. Mira Alfredito —expuso, volviéndose hacia mí con los brazos en jarra—. Con la que ha liado, y ahora va de pobrecito marido arrepentido que quiere volver contigo. Me alegro de que Martín fuera el que le abriera la puerta y le mandara a la mierda. Porque tú eres tan tonta que igual hubieras caído de nuevo en sus brazos cuando lo que tienes que hacer es montártelo con tu vecino mientras os dure el calentón, y luego que sea lo que Dios quiera.

Estaba mirando a Esme, sorprendida por el mitin que me había soltado en un momento, cuando, de pronto, Lola estalló en carcajadas.

Nos volvimos las dos hacia ella. Aún con las lágrimas en su cara, reía sin parar.

—Lola, ¿estás bien? —le pregunté, pero ella solo podía asentir.

—Es que... Ja, ja, ja... La estaba imaginando con los... Ja, ja, ja... De Manuel y... Ja, ja, ja...

No pudo seguir hablando. Tampoco hizo falta porque las dos comprendimos lo que quería decir y rompimos también a reír.

Esa vez las lágrimas de las tres eran de risa. Y es que la imagen de Esme, con un testículo de su marido colgando a cada lado de su cara, era demasiado impactante como para dejar a nadie indiferente.

Tardamos un rato en recuperar la calma. Aquellos minutos de risa descontrolada hicieron su efecto y Lola parecía más recuperada.

—¡Ay, Dios! Ha faltado poco para que se me escapara el pis —reconoció Lola limpiándose las lágrimas—. Menos mal que las bolas chinas van genial para el suelo pélvico.

—Todo se arreglará, mi reina —le aseguró Esme, que también se había recuperado del ataque de risa—. Y si no es así, tampoco sería una tragedia. Mira a esta —dijo, señalándome—, igual tú también tienes un Martincito esperándote en algún pueblo perdido del mapa.

—Joder, qué pesada eres con el mismo tema —protesté después de resoplar.

—Deja de quejarte —me espetó Esme—. Solo estoy tratando de animarla.

—No os peléis, chicas —pidió Lola—. No sabéis cuánto necesitaba este rato con vosotras y poder desahogarme.

—Y yo —reconocí.

—Esto tenemos que hacerlo, aunque sea, una vez al mes —convino Esme—. Terapia presencial. Que por el móvil está muy bien contarnos tonterías, pero como un abrazo no hay nada.

—Sabéis que cuando queráis podéis venir a pasar unos días al pueblo —les recordé—. Cogéis un tren y yo os espero en la estación.

—Eso sería estupendo. Me vendría de maravilla alejarme de todo un par de días —reconoció Lola.

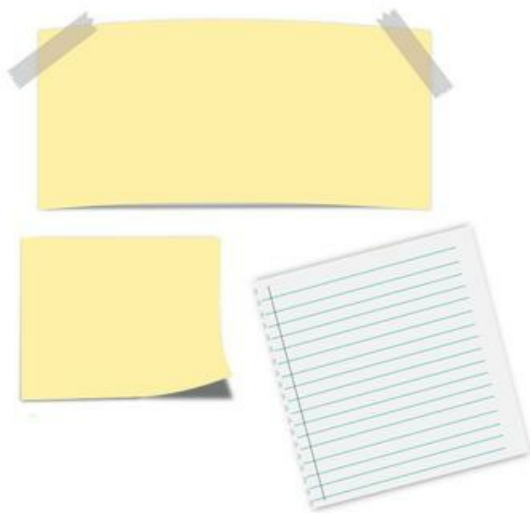
—Pues, venga, vamos a poner fecha ahora mismo, que luego vamos atrasándolo y al final no lo hacemos. Coge el calendario, que ahora cuando la acompañemos para irse, dejamos los billetes comprados —ordenó Esme a Lola, que no necesitó que se lo repitiera para hacerlo.

Y así, antes de montarme en el tren de vuelta, mis amigas pasaron por la ventanilla para hacerse con sus pasajes para un par de semanas después.

Hice el trayecto a casa con una maravillosa sensación de felicidad en el cuerpo. Aún era capaz de sentir el calor del largo abrazo a tres que nos dimos antes de marcharme.

Me encontraba en ese momento tan a gusto conmigo misma que cuando escuché el tono de llamada del móvil, lo silencié y volví a meterlo en el bolso.

Lo que menos necesitaba era un nuevo problema. Ya tendría tiempo al día siguiente para volver a hacerle frente a lo que fuera.



22

Para alcanzar lo imposible,

hay que intentar lo absurdo.

Miguel de Cervantes

—Hola, Nuria, ¿cómo estáis? ¿Y Valeria?, ¿cómo lleva su nueva vida en Londres? —pregunté, tratando de sonar despreocupado.

—Ya sabes cómo es ella. No tiene problemas para adaptarse a nada. Lo lleva tan bien que creo que de aquí a Navidades será tan inglesa que parecerá que ha nacido en el Palacio de Buckingham.

—Sí. Es una chica estupenda —suspiré.

—Paloma y yo vamos a ir a verla en el puente. ¿Te apuntas? —me ofreció.

—Eh. No. Estoy pensando en subir a Santander a ver a mi madre. Para coger fuerzas antes de los exámenes del trimestre —mentí.

—Pues si cambias de idea, te vienes. Seguro que lo pasamos bien. Martín, ¿qué te ocurre? —preguntó al cabo de unos segundos de silencio.

—Nada —respondí demasiado rápido para que sonara convincente.

—Sí, claro. Por eso me estás llamando. Porque no te pasa nada.

—¿Por qué tendría que pasarme algo? ¿Acaso no suelo llamarte solo para preguntar cómo te va? —salté a la defensiva.

—Sí, pero hace muy poco que estuvimos en tu casa. Y Valeria te llamó antes de irse.

—No sabía que había que cumplir un plazo para poder llamar a una amiga sin ningún motivo.

—Vamos, Martín, que nos conocemos muy bien. No me has llamado solo por cortesía —insistió.

—Mira. Déjalo, ¿vale? Otro día hablamos.

—Martín, no se te ocurra colgarme el teléfono —me advirtió—. ¿Es por ella? —aventuró, haciendo que resoplara—. Te ha pasado algo y necesitas hablarlo, ¿no es así? Venga, suéltalo. ¿Qué te ocurre?

Pero yo no era capaz de hablar. La verdad es que estaba hecho un lío y no sabía por dónde empezar.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó abiertamente ante mi silencio.

—Más o menos.

—¿Más o menos? O lo habéis hecho, o no. Creo que en eso no hay término medio.

—Es más complicado que eso —respondí.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada —me defendí—. Es ella. Que me está volviendo loco en todos los sentidos.

—A ver, espérate, que me voy a por una cerveza y me siento en el sofá, porque me da la impresión de que va a ser una conversación larga.

Durante un rato, escuchó atentamente mientras yo le contaba todo lo que había ocurrido desde que estuvieron en casa.

—Así que, cada vez que tenéis sexo, termina huyendo de ti. No sé. Igual es que no has estado a la altura.

—No tiene gracia.

—Te veo muy seguro de tus capacidades —continuó bromeando.

—Deja de tocarme los cojones, Nuria —le solté enfadado—. De sobra sabes que no es eso. Ya sabía yo que no era una buena idea contarte nada.

—Vamos, no te enfades, solo es una broma. Relájate.

—Pues no tiene ninguna gracia. Y no, no puedo relajarme porque todo esto está haciendo que no pueda ni centrarme en el trabajo con toda la presión que tengo con la Consejería, con el tema del Ayuntamiento, y... y... yo... Ufff.

—Venga, Martín. Solo intentaba quitarle un poco de hierro al asunto para que no te agobies.

—Pues con tus bromas estas consiguiendo lo contrario.

—Sí que te ha dado fuerte. A ver, vamos por partes, ¿crees que entre vosotros hay algún tipo de atracción...?

—No lo creo, lo sé —la interrumpí—. Da igual cuánto nos enfademos o intentemos alejarnos, algo termina haciendo que no podamos resistirnos a estar juntos.

—Vale. Y cuando estáis cerca, hasta saltan chispas. Aun así, ella primero huyó y luego ha amenazado con marcharse si te acercas.

—Sí —gruñí.

—Está claro, Martín...

—¿Qué coño está claro? —salté sin dejarla hablar.

—Quieres relajarte de una puñetera vez —me espetó Nuria—. ¿No te das cuenta de lo que le ocurre? Porque hasta hace poco tú estabas pasando por lo mismo. Acaba de divorciarse, Martín. Ha dejado todo atrás para intentar aclarar sus ideas y emprender una nueva vida, y a la pobre, lo primero que le pasa cuando llega ahí es encontrarse contigo. Llegó en busca de tranquilidad y tú has puesto su mundo patas arriba.

—Pero...

—Pero nada. Tú has tardado cinco años en dejar que una mujer te interese para algo más que un polvo ocasional. Has estado cerrado a la posibilidad de volver a tener algo con nadie desde que...

—Ni me lo recuerdes —la corté.

—Vale. Llevas desde entonces negándote a permitir que alguien entre en tu vida. No puedes esperar que ella recorra el mismo camino que tú en solo unas semanas. Te toca tener paciencia —auguré.

—Qué fácil es decirlo —rezongué.

—No es fácil, pero tú puedes hacerlo. Conmigo lo hiciste.

—No me lo recuerdes. Me tuviste tres cursos detrás de ti —le reproché.

—Sí. Estuviste picopala hasta conseguir que cayera rendida a tus pies —suspiró.

—Pues mira cómo terminamos. Podía haberme ahorrado tanto esfuerzo para nada.

—Pero reconoce que pasamos una época muy bonita, Martín. Lo que ocurrió no tuvo nada que ver contigo —se justificó.

—Lo sé. Pero si me estás diciendo que tengo que pasarme de nuevo tres años para conseguir una oportunidad de algo que pueda acabar así de mal, no sé si podré hacerlo. Ya han sido suficientes fracasos —reconocí, aterrado ante la posibilidad de un nuevo desastre sentimental.

—No es lo mismo. Ninguno de los dos tenéis dieciocho años precisamente. Y ya os habéis saltado muchas etapas con vuestros dos intensos encuentros —expuso—. Solo te digo que le des un poco de espacio. Ofrécele la calma que necesita para curar sus heridas. Demuéstrale que podéis ser amigos mientras ella rehace su vida.

—Yo no quiero ser su amigo —protesté—. Puedo terminar siendo solo eso.

—Pues no te queda más remedio. A menos que quieras permanecer alejado a la espera de que ella decida acercarse a ti.

—Joder, Nuria. No puedo, no quiero estar alejado de Sara —reconocí—. Ella es... es...

—La horma de tu zapato, Martín —rio—. Todos diciéndote que te dejaras llevar en vez de empeñarte en estar solo, y cuando encuentras a alguien con quien hacerlo, está igual que tú hace cinco años. Reconoce que es irónico.

—Más bien es una putada. Y bien grande.

—Cuando se enteren los demás, te va a tocar aguantar bromas una temporada. No me gustaría estar en tu lugar.

—Ni se te ocurra contarles nada —le advertí.

—Vale, mis labios están sellados —me aseguró—. Pronto habrá que concretar fecha.

—Lo sé. Lo hablaremos por el grupo.

—¿Vas a seguir mi consejo? —preguntó antes de despedirse.

—Lo intentaré.

—De intentarlo nada. Hazlo. Que conozca el hombre tan maravilloso que eres y se enamore de ti sin remedio.

—No sé si podré.

—Claro que puedes. Y dentro de unos meses, cuando estéis como dos tortolitos, me reiré de ti —dijo, haciéndome sonreír.

—Ojalá tengas razón —respondí antes de despedirme sin tenerlas todas conmigo.

Me quedé un rato pensando en el sofá después de colgar, con Argos tumbado a mi lado mientras yo acariciaba su cabeza. No tenía ni idea de cómo acercarme a Sara sin que terminara marchándose, y, sobre todo, cómo iba yo a poder soportar, en el caso de que lo consiguiera, comportarme solo como un amigo cuando mi cuerpo me pedía otra cosa.

Sin que esos pensamientos se me fueran de la cabeza, pasé la noche y llegué al día siguiente al instituto, donde comprobé el éxito que había supuesto el paso de Sara por la clase. Me alegró enterarme del acuerdo al que había llegado con los chicos. Esperaba que eso asegurara que al menos no abandonara el pueblo hasta final de curso.

Llamé a Reme para agradecerle que me hubiera sustituido, y de paso tener noticias de cómo había resultado la experiencia para Sara. Lamenté habérmelo perdido, pero sabía que, si me hubiera quedado, los dos hubiéramos estado, como mínimo, tensos. Su siguiente visita no me la perdería.

¿Cómo acercarme sin que huyera y sin agobiarla para que no se marchara? Esa era la cuestión a la que traté de dar solución sin éxito durante los dos días siguientes.

Al final, terminé decidiéndome a coger el toro por los cuernos y presentarme en su casa para hablar con ella con la excusa de planear sus próximas visitas al instituto.

Pensé que lo mejor sería intentar el acercamiento en un momento en el que ella estuviera relajada y con la cabeza en otra cosa. Así que calculé cuándo saldría del club de lectura y la esperé en la puerta.

En esa ocasión, preferí utilizar la delantera en lugar de la de la cocina. Era una manera de decirle que venía en son de paz. Igual que cuando intenté disculparme el primer día tras cagarla la noche antes. Solo esperaba tener más éxito que aquella vez.

Como si de una broma del destino se tratara, ese día parecía que la reunión se había prolongado más de lo habitual. Llevaba más de media hora allí plantado, sintiéndome como un gilipollas, cuando Sara dobló la esquina. Iba caminando por la acera distraída. Cuando llegó a pocos metros, levantó la vista y me vio allí parado. Se detuvo en seco.

Durante unos segundos, nos quedamos mirando en silencio. En sus ojos había una mezcla de sorpresa y enfado.

—Solo he venido a hablar contigo sobre lo que has acordado con los chicos del instituto —dije cuando ella abrió la boca para soltarme lo que supuse sería una bonita bienvenida—. Solo te quitaré un momento y luego me marchó. Te lo prometo —añadí, levantando las manos a modo de rendición.

—Está bien. Dispara —fue su única respuesta mientras cruzaba los brazos a la defensiva.

Respiré hondo, sabiendo que en aquel preciso momento estaba jugándome la posibilidad de que pudiera en un futuro haber algo entre los dos.



23

Yo no me doy por vencido,

yo quiero un mundo contigo.

Juro que vale la pena esperar, y esperar, y esperar un suspiro.

Una señal del destino.

Luis Fonsi. *No me doy por vencido*

Cuando al volver del club de lectura me encontré a Martín en la puerta de casa, creo que se me paró el corazón durante un segundo y después empezó a latir a toda máquina. Estaba sorprendida. Y también paralizada. ¡Dios mío! Si hasta con aquellas ojeras, que me indicaban que algo debía de estar preocupándole más de lo normal, su mirada me resultaba irresistible. Darme cuenta de que por un momento estuve tentada de correr a sus brazos hizo que me enfadara. De nada habían servido mis esfuerzos de esos días por apartarlo de mis pensamientos.

No pude negarme a su petición de hablar sobre las charlas en el instituto. Después de todo, había sido idea mía. Pero no estaba segura de poder seguir resistiéndome a la atracción que ejercía sobre mí, así que crucé los brazos en un intento de poner una barrera entre los dos que impidiera que me rindiera sin más.

—Bien. Entonces, ya tenemos todo acordado —dije mientras me acercaba a mi puerta, después de que me agradeciera mi paso por sus clases y acordar la fecha aproximada para la próxima visita.

—Hay otra cosa de la que quiero hablar contigo —añadió, haciendo que me tensara.

—Martín, no, por favor —me negué, y en un intento de evitar una conversación sobre lo sucedido, que estaba convencida de que no terminaría bien otra vez, entré en casa dispuesta a interponer la puerta entre nosotros.

—Sara, escúchame un momento —insistió, evitando con la mano que la cerrara—. Tenemos que ponerle fin a esto de una vez —me sorprendió, haciendo que me detuviera a escucharlo—. No sé qué es lo que ocurre entre nosotros, pero si no lo detenemos ya, vamos a terminar haciéndonos mucho daño. No podemos continuar así. Y no sé tú, pero yo creo que lo mejor es pararlo ahora que aún estamos a tiempo. ¿No te parece?

No sabía qué responder. Tenía razón. De eso no tenía duda. Aquello no podía acabar bien para ninguno de los dos.

—¿Qué me dices? ¿Firmamos la paz antes de que sea demasiado tarde? —ofreció.

Por un momento, me quedé mirando la mano que me tendía sin atreverme a tocarla. Tenía miedo a lo que su simple contacto pudiera provocar en mí.

—¿Sara? —dijo, sacándome de mis pensamientos.

Asentí con la cabeza y, tratando de que no me temblara, acerqué mi mano a la suya y la estreché. En el mismo momento en el que sentí el contacto de su piel, una corriente eléctrica subió por mi brazo extendiéndose por todo mi cuerpo. Traté de soltarla, pero Martín la retuvo. Levanté la vista con la intención de protestar.

—Me gustaría que pudiéramos ser amigos. O, al menos, buenos vecinos —expresó antes de que pudiera decir nada.

Por un momento, me perdí en aquellos ojos azules que me miraban en espera de una respuesta. ¿Cómo negarme a su petición? ¿Acaso no era lo que yo necesitaba para poder centrarme en mí?

—De acuerdo —acepté lo que me pedía.

—Gracias —respondió con una sonrisa cansada que no le quitaba un ápice de atractivo a su rostro—. Que tengas un buen fin de semana —me deseó antes de darse la vuelta.

—Si vas para tu casa, puedes cruzar y salir por la cocina —me sorprendí ofreciéndole después de observar cómo se alejaba unos pasos.

—No quiero molestarte más —contestó cuando se volvió a mirarme.

—No es una molestia. Es lo que haría una buena vecina para que no tuvieras que dar toda esa vuelta, ¿no? —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmé, fingiendo una seguridad que era, posiblemente, lo más alejado de lo que sentía en aquel momento.

Cuando Martín recorría el camino que separaba nuestras casas, me quedé observándolo sin moverme de mi puerta. Le vi llegar a la suya y volverse a mirarme. Intuí una sonrisa en sus labios cuando lo hizo. Una mezcla de alivio y desilusión me invadió cuando cerró tras entrar en su vivienda.

Me había ofrecido justo la paz que yo necesitaba en aquel momento. Lo que yo le había exigido bajo amenaza de marcharme. Pero saber que no volvería a experimentar aquella explosión de pasión que solo había alcanzado entre sus brazos, me provocó una sensación de vacío que provocó que sintiera en aquel momento un frío físico que me hizo estremecer.

Entré en casa y encendí la calefacción. Pero ni siquiera después de tomarme un vaso de leche caliente y pasar un rato arrebujada en una manta en el sofá, conseguí quitarme aquella sensación que parecía haberse instalado en mi interior para quedarse.

Me sentía una estúpida. O quizá simplemente fuera bipolar, y cada vez que una de mis mitades obtenía lo que quería la otra no paraba de lamentarse.

Al menos, lo que sí conseguí fue centrarme de nuevo en mi trabajo y salir del bloqueo que me había tenido paralizada durante días y había estado a punto de hacer que no pudiera cumplir los plazos que me había fijado la editorial para las revisiones del manuscrito. Cuando les devolví la llamada que no quise responder en el tren, tuve que mentir y asegurarles que tendría todo a tiempo.

Los días empezaron a transcurrir inmersa en largas jornadas de trabajo que hacían que no se distinguiera uno de otro.

Una tarde, decidí acercarme al bar del pueblo para despejarme y tomarme un café. Tenía la vista en la libreta en la que estaba haciendo la lista de la compra de lo que necesitaría para la próxima visita de mis amigas sin prestar atención al bullicio de mi alrededor.

—Hola, escritora —me sorprendió la voz de Martín—. ¿Puedo sentarme contigo? —preguntó a la vez que ocupaba la silla frente a mí, haciendo innecesaria mi respuesta—. Solo te molestaré un momento mientras me tomo esto, tenemos una reunión en el ayuntamiento en un rato. Están todas las mesas ocupadas —se justificó—. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondí después de observar alrededor para comprobar que tenía razón.

—¿Qué haces? No me dirás que estás buscando ideas para tu próxima novela —se interesó, dedicándome una de esas sonrisas suyas que me desarmaban.

—No —sonreí yo también, enseñándole la libreta—. Es solo la lista de la compra.

—Ah. Ya pensaba que te habías quedado sin inspiración para tus novelas y necesitabas recurrir a tus vecinos.

—Te aseguro que de imaginación estoy bien servida —contesté, y aparté la vista de sus ojos porque empecé a recordar alguna que otra fantasía que había tenido con él y no quería que se me notara en la cara—. ¿De dónde ha salido toda esta gente? Apenas reconozco a nadie —dije en un intento de dirigir la conversación hacia temas menos peligrosos.

—Hay una reunión. Han venido de otros ayuntamientos de la comarca. Ya sabes. Por lo de intentar atraer gente y evitar que la zona termine abandonada.

—¿Y cómo va el tema? ¿Hay algún proyecto a la vista? —me interesé mientras él daba un sorbo a su café.

—Nada que tenga posibilidades de tener futuro —respondió con pesar.

—Vaya, me appena oír eso. Este es un lugar muy bonito para vivir. No me gustaría tener que volver a hacer las maletas —reconocí—. Sería una lástima que el pueblo se quedara vacío.

—Pues nos harían falta varias docenas de escritoras como tú que decidieran mudarse aquí para evitarlo. Aunque no creo que haya ninguna igual o parecida por ahí —me sorprendió diciendo a la vez que me guiñaba un ojo.

Me quedé mirándolo sin saber qué responder. Se me había quedado la boca seca de pronto. No podía estar coqueteando conmigo. Había sido él quien había propuesto que fuéramos amigos.

—Hasta que llegaste, el padrón del pueblo no había hecho más que sufrir bajas durante meses —explicó con una sonrisa que quería parecer inocente, pero que si no llego a estar sentada, hubiera provocado que se me hubieran caído las bragas al suelo.

—Martín —le llamó Marcial desde la barra antes de que yo consiguiera hilar una respuesta coherente.

—Me reclaman —dijo mientras se levantaba—. Quizá otro día podríamos tomarnos un café sin prisas. Si te apetece, claro. Y me cuentas cómo va tu carrera de escritora.

Sin esperar a que le contestara, se dio media vuelta y se reunió con su amigo. Juntos se dirigieron a la puerta, y justo antes de atravesarla, se volvió hacia mí y se despidió con una sonrisa y un gesto de la mano que yo imité por inercia.

Momentos después, la mayoría de los que estaban allí siguieron sus pasos abandonando el local, que se quedó sumido en un agradable silencio al desaparecer el murmullo de tantas conversaciones.

Yo me quedé allí un rato más, mirando la silla en la que Martín había estado sentado apenas un par de minutos. Trataba de analizar lo que había ocurrido, pero no lo entendía. Si no hubiera sido él quien había llegado a mi puerta pidiendo que nos limitáramos a ser amigos, estaría convencida de que lo que acababa de ocurrir era un descarado coqueteo por su parte. O quizá simplemente en los pueblos aún se llevaba lo de hacerle cumplidos a una mujer sin una doble intención y sin maldad. Eso debía ser. Allí aún no había llegado esa paranoia de querer convertir unas simples

palabras amables o un piropo en un ataque machista.

Al cabo de un rato, terminé la lista y me marché hacia la tienda de Juani. Tenía muchas cosas que preparar, no solo para la visita de mis amigas. Quería encargarle algunos adornos navideños. No porque me apeteciera nada, pero tampoco podía abandonarme a aquella desidia que se había instalado en mi ánimo hacia cualquier tipo de celebración que me recordara todo lo que había cambiado mi vida. Así que no me quedaba más remedio que ponerme las pilas y preparar todo antes de que mis dos locas favoritas llegaran.

Aquella noche, mientras estuve sentada en el sofá viendo la tele, no pude evitar volver a recordar una y otra vez mi fugaz conversación con Martín. Había conseguido apartarle de mis pensamientos mientras estaba ocupada, pero una vez que mi mente se relajó, volvió a traerlos con claridad. Unas palabras se habían quedado grabadas en mi cabeza y no paraba de darle vueltas: «unas docenas de escritoras». Y si... Quizá se podría...

Me levanté y me fui a mi escritorio, donde pasé la mitad de la noche dándole forma a una idea que había germinado en mi cabeza. Hice una lista de todos los contactos a los que podía acudir, que no eran muchos, la verdad. Pero ellos sí tenían multitud de gente a la que recurrir. Solo tenía que conseguir interesar a un par de ellos para que la cadena se pusiera en marcha.

Cuando conseguí levantarme al día siguiente, era mediodía. Envié algunos mensajes mientras me tomaba un café cargado que consiguiera poner en marcha mi cerebro. Las respuestas que fui recibiendo resultaron mejor que la cafeína. Al acabar el día, tenía el dormitorio para las chicas listo, y hueco para colocar el mueble auxiliar y la estantería que había pedido por internet para quitar de una vez las dos cajas que aún tenía sin abrir en una esquina del salón.

A mitad de la mañana siguiente, tal como ponía el email recibido de la empresa de transporte, tenía los dos paquetes en medio del salón. Ya solo quedaba montarlos, algo que me resultó más complicado de lo que esperaba. Maldije al que fundó IKEA, a su idea de los paquetes planos que te obligaban a pelearte con tornillos y herramientas. También al idiota que les ponía aquellos nombres impronunciabiles a los muebles haciendo que no te sirviera de nada mirar el *ticket* de compra, porque leyéndolo eras incapaz de adivinar qué puñetas habías comprado. Igual me podía haber llegado a casa una estantería que una caja de chicles, o un paquete de compresas. Aunque a estas últimas le hubiera podido ya dar poco uso, por no decir ninguno. ¿Cuántos meses habían pasado desde la última vez? Sí. Ya me acuerdo, unos cuantos. Pronto podría considerarme oficialmente en la menopausia. Joder, qué poco me gustaba esa palabra.

Después de un par de horas, estaba sudando y enfadada. Vale, nunca había tenido que armar uno de esos muebles. Alfredo nunca hubiera aceptado un mueble que no viniera de alguna cara tienda de diseño, y a Laura estaba convencida de que le produciría alguna reacción alérgica utilizar uno que no costara una indecente cantidad de dinero.

Me llevó un buen rato entender las puñeteras instrucciones de montaje. Cuando lo hice y supe lo que debía hacer, tuve claro que lo mío no era el bricolaje. Perdí la cuenta de cuantas veces se me cayó algún tornillo cuando intentaba colocarlo. Dejé de contar por la novena.

Estaba tomándome un momento para concentrarme en la respiración y recuperar un poco de calma cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, me encontré a Martín con una sonrisa mientras cargaba un par de cajas y una bolsa.

—Hola. Juani me ha dicho que quedaste en recoger esto ayer por la mañana.

—Ufff. Se me había olvidado completamente. He estado muy liada y no me acordé.

—Me comentó que era muy raro que no hubieras ido, así que me ofrecí a traerlas y comprobar que no habías vuelto a recaer de lo tuyo —me explicó sin quitar aquella sonrisa que me derretía—. Así que como veo que estás bien, no quiero distraerte si estás trabajando. Si me dices dónde

te los dejo, no te interrumpo más.

—Pasa. Déjalos aquí mismo, encima de la mesa. Son unos cuantos adornos de Navidad, ya los repartiré cuando consiga terminar con esto —comenté, señalando con el destornillador que aún llevaba en la mano las partes del mueble repartidas por el suelo.

—Pues parece que necesitas algo de ayuda. Anda, dame eso —dijo mientras se quitaba el chaquetón.

—No hace falta —negué, adoptando una pose de dignidad.

—Pero si estás sudando y solo has conseguido montar un lateral. Venga, suelta ese destornillador —insistió.

No me quedó más remedio que rendirme y aceptar su ayuda si quería terminar de montar los muebles antes de que acabara el año. En apenas media hora, lo tenía listo y estaba terminando de hacer lo mismo con la estantería.

—Pues sí que se te da bien. Podrías ganarte un sobresueldo montando muebles. Esto es lo tuyo —admití mientras admiraba con disimulo cómo se tensaban los músculos de sus brazos bajo la tela de la camiseta.

—Eso lo dices porque no has probado mi lasaña de calabaza y queso de cabra —aseguró, levantando la vista hacia mí.

Sopló para apartarse el flequillo que le caía sobre los ojos de una manera que me pareció de lo más sexy.

—¿Tú cocinas? —pregunté sorprendida.

—Claro que sí. Aunque no te lo creas, soy un perfecto amo de casa.

—Pensaba que comías en el bar.

—Lo hago entre semana porque no me da tiempo de cocinar. Es una pérdida de tiempo dedicar el sábado a preparar comida para congelarla si puedo comer allí —explicó mientras terminaba de colocar la estantería en pie—. Los fines de semana sí cocino, aunque es un poco aburrido hacerlo solo para uno.

—Bueno, eso es algo nuevo para mí, y la verdad es que estoy disfrutando lo de preparar lo que me da la gana sin que nadie le ponga pegas o tenga exigencias.

—Ya se te pasará la novedad. A la larga, termina cansando.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo solo? —traté de indagar.

—Bastante. Pero no es tan malo. Ya sabes, «mejor solo que mal acompañado», aunque a veces se echa de menos compartir las cosas con alguien —comentó con un cierto deje melancólico en la voz—. Listo. Ya tienes tus muebles montados.

—Qué fácil te ha resultado. Yo estaba al borde del ataque de nervios —reconocí.

—Es la práctica —respondió, quitándole importancia—. He tenido que montar muchos de estos. Tuve que hacer más de una mudanza por mi trabajo, y este tipo de muebles era lo mejor para apañarme por un tiempo y que no importara dejar atrás si no tenía cómo llevármelos.

—No sé cómo agradecértelo. ¿Te apetece una cerveza? —le ofrecí.

Estaba tan a gusto hablando con él que no quería que se fuera. Le vi dudar unos segundos, pero terminó rechazando la oferta.

—Me encantaría. Pero he quedado con Ramón para el tema de las fiestas y ya llego tarde. La dejamos pendiente para otro día —dijo, dejando la puerta abierta a otro rato juntos—. Y si quieres probar mis habilidades en la cocina, el próximo día que prepare lasaña, podrías venir a casa a almorzar. Yo pongo la comida y tú la cerveza. O te traigo un táper. Lo que tú prefieras.

—Vale. Avísame y ya vemos sobre la marcha —acepté sin comprometerme demasiado, porque en aquel momento lo que estuve a punto de decirle era que yo de lo que querría encargarme era

del postre. Y en el que estaba pensando no era precisamente recomendable entre, solo, dos amigos.

Otra vez me quedé mirando cómo se marchaba, y otra vez lamentaba que no se quedara a mi lado. ¡Dios! «Soy como el perro del hortelano», pensé. O peor aún, era como aquel poema de Machado:

Ni contigo ni sin ti, mis males tienen remedio; contigo porque me matas, y sin ti porque me muero.

Así era exactamente como me sentía respecto a Martín. Suspiré y cerré la puerta. Abrí los paquetes que él tan amablemente me había acercado y dediqué el resto del día a adornar la casa y dejarlo todo preparado para la llegada de las chicas al día siguiente.

Me levanté entusiasmada con la visita. También un poco nerviosa. Quería que les gustara el sitio que había elegido para vivir. Pero, sobre todo, me tenía inquieta cómo podían reaccionar las dos cuando vieran a mi vecino. Porque no iba a haber manera de evitar que se encontraran con él.

Lo peor era que sabía que no se iban a conformar con verlo de lejos. Los iba a tener que presentar sí o sí. Y pensar en ese encuentro me producía ansiedad. Solo podía cruzar los dedos y rezar porque supieran comportarse como dos adultas. Algo que sabía a ciencia cierta que era imposible que hiciéramos cuando estuviéramos las tres juntas.

Anduve para arriba y para abajo por la zona de llegada de la estación mientras miraba una y otra vez la pantalla comprobando que el tren llegaba con retraso.

Después de llamar la atención un rato con nuestro escandaloso modo de saludarnos entre risas, hicimos el trayecto en coche hasta el pueblo sin parar de hablar.

Estábamos paradas frente a la puerta de casa mientras yo buscaba las llaves cuando un coche se detuvo en la acera.

—Qué alegría recibir en el pueblo a unas señoritas tan guapas —escuché la voz de Ramón, que me hizo levantar la vista del bolso—. Dime que van a quedarse a vivir y seré el hombre más feliz del mundo.

—Lo siento, Ramón. Solo estarán unos días. Son unas amigas que han venido de visita —le conté.

—Bueno, espero que disfruten de su estancia. Si les apetece una visita turística guiada, no tienen más que decírmelo —nos ofreció—. Será un placer para mí enseñarles los lugares más bonitos de la zona. Quizá así quieran volver de vez en cuando por aquí.

—Si los vecinos son solo la mitad de agradables que usted, tenga por seguro que volveremos, Ramón —respondió Lola con una amplia sonrisa.

—Señoritas —se despidió el alcalde con una inclinación de cabeza antes de continuar su camino.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó Esme en cuanto se alejó el coche.

—¿Qué? Solo he sido amable —se defendió.

—Estabas coqueteando con ese hombre que puede ser tu padre —le reprendió.

—Déjate de tonterías. Me ha hecho ilusión que me llamaran señorita. Joder, ¿cuánto tiempo hace que no se refieren a vosotras así? Yo aún tengo ganas de escupirles a los idiotas que se les ocurre decirme señora —se defendió—. Para una vez que un hombre me dedica un cumplido, voy a disfrutarlo.

—Venga, no vayáis a discutir, prohibido los malos rollos estos días. Vamos a pasarlo bien —les pedí, encontrando por fin las llaves. No sé por qué había días que parecía que tenía el bolso de Mary Poppins y era una odisea encontrar algo dentro de él—. Los dormitorios están...

No me dio tiempo a terminar la frase. En cuanto abrí, dejaron su equipaje en la entrada y se

dirigieron a toda prisa a la cocina.

—No puedo creer que antes de ver cómo es mi nueva casa hayáis venido directas a espiar a mi vecino por la ventana. Podíais disimular un poco. No sé, algo como «qué bonita tu casa», «me encanta la decoración» —las reprendí.

—Oh, venga ya. Sabes que nos morimos por ver a Martín —reconoció Esme.

—Pues os vais a cansar de esperar. Ahora debe estar en el instituto, y, además, hoy no volverá hasta tarde.

—Qué bien te conoces sus horarios, chiqui. Cualquiera diría que eres tú la que te pasas el día espiándolo —dijo Lola.

—Eso, eso. Para no querer nada con él, bien controlado que lo tienes —la secundó Esme.

—Dejad de montaros películas. Hay no sé qué reunión de Protección Civil, y él es el coordinador. Así que tendrá que estar allí. Digo yo —me justifiqué.

A duras penas logré que se separaran de la ventana de la cocina y fueran al dormitorio a dejar la maleta.

Después de un almuerzo con una larga sobremesa de risas, fuimos a dar una vuelta para que conocieran el pueblo. Entrábamos distraídas en el bar para tomarnos un café y tropezamos con alguien que salía.

—Lo siento mucho. ¿Le he hecho daño? —preguntó Pablo a Lola, a la que había salvado de caer a causa del empujón recibido.

—Ay, cariño, tú puedes hacerme lo que quieras —soltó mi amiga, encantada de la vida.

—No le hagas caso, Pablo. Mi amiga es una bromista. Estamos bien —intervine al ver su cara de circunstancias.

—Vaya, vaya. ¿Quién es el yogurín? —preguntó Lola cuando el chico se alejaba—. Parece que el clima de aquí produce buen material masculino.

—Deja de mirarle así. Es el nieto de mi casera, y el informático de la comarca que me soluciona todos los problemas de internet. Así que no me lo asustes.

—Pero tú no se supone que eras la puñetera Elsa de *Frozen*, porque, desde que has puesto un pie aquí, estás tirándole los tejos a todos los tíos que ves —saltó Esme.

—Será el aire de la sierra —se justificó—. ¿Qué hay de malo en divertirse un poco? Además, no tengo intención de acostarme con nadie. Ni ganas, la verdad. Solo quiero reírme un rato —añadió enfurruñada.

—Pero tú luego te vas a ir y yo seguiré viviendo aquí —le expliqué—. Así que hazme el favor de comportarte.

Regresamos a casa sin incidentes. Y aunque se asomaron más de una vez a la ventana de la cocina, no pudieron ver a mi vecino. Sabía que el temido encuentro terminaría produciéndose. Aun así, para retrasarlo todo lo posible, me las llevé a la reunión del club de lectura. Incluso me demoré más de lo habitual con la esperanza de que cuando volviéramos a casa, Martín ya hubiera regresado de su paseo con Argos.

Las distraje en el salón mientras poníamos la mesa para cenar. Creí que lo había conseguido cuando al volver del cuarto de baño escuché la voz de Esme que venía de la cocina.

—Hola, vecino. Hace una buena noche, ¿verdad?

—Buenas noches. Sí, este fin de semana va a hacer muy buen tiempo —escuché responder a Martín.

Llegué corriendo a la cocina y vi la puerta abierta. Esme estaba en medio de mi patio trasero haciéndole carantoñas a Argos, que se dejaba hacer, encantado de haber hecho una nueva amiga.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —pregunté entre dientes a mi amiga cuando llegué a su lado.

—Tomando un poquito el fresco —me respondió para luego volverse a mi vecino, que nos observaba curioso, con una sonrisa—. Este aire puro es una maravilla. Con razón estás tan feliz de vivir aquí. Yo también lo estaría si pudiera disfrutar cada día de todo esto —aseguró, haciendo un gesto que abarcaba, entre otras cosas, a Martín.

—Uy, ¿quién es esta preciosidad? —preguntó Lola, que salió de la casa y se acercó al perro para acariciarlo.

—Es Argos. Y es mi vecino. Bueno, es el perro de mi vecino. No es que mi vecino sea un perro —me corregí por lo mal que había sonado aquello—. Quiero decir que mi vecino tiene uno. Este. Argos.

—Quiere decir que yo soy su vecino y que este es mi perro —explicó Martín, que parecía resultarle muy divertida la situación.

—Yo soy Lola, y esta es Esme. Somos amigas de Sara. Hemos venido a pasar el fin de semana —le informó mientras se acercaba a saludarlo—. Tú debes ser Martín. Sara nos ha contado que eres su héroe.

Mi vecino me miró con una ceja levantada, y yo quise que se me tragara la tierra.

—Bueno, tanto como héroe... —empecé a balbucear.

—Claro que sí. La salvaste en la tormenta. Y luego la llevaste al hospital y pasaste la noche allí esperándola. Si eso no es ser un héroe hoy en día, que venga el Capitán América y lo diga —soltó Lola.

—No fue nada —dijo él.

—¿Cómo que no? Dos veces has salvado a nuestra Sarita —corroboró Esme—. No sabes lo tranquilas que nos deja saber que está en buenas manos contigo.

—Esme, dejemos a Martín tranquilo. Seguro que estará deseando llegar a su casa —traté de cortar la conversación.

—No te preocupes. No tengo nada mejor que hacer —respondió el capullo de mi vecino, que parecía estar disfrutando de verme apurada.

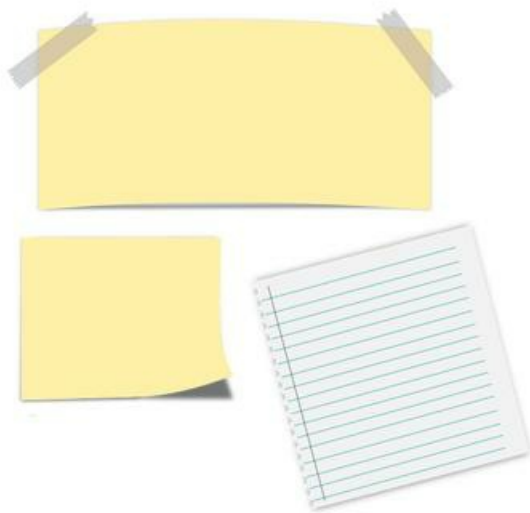
—¡Ah! Pues, ¿qué te parece si cenas con nosotras? —le preguntó Esme.

—No quisiera molestar. Seguro que tenéis mucho que hablar para poneros al día.

—Uy, no es ninguna molestia —dijo Lola mientras se acercaba hasta él y rodeaba su brazo con el suyo—. Además, casi todos los días hacemos videollamadas. Estamos al corriente de todo lo que le sucede por aquí. No tenemos secretos —añadió mientras le hacía dirigirse hacia la cocina.

—¿Sí? Es bueno saberlo —apuntó, dedicándome una mirada interrogadora que yo esquivé prestándole mi atención a Argos.

En aquel momento, deseé hacerme pequeñita hasta desaparecer de allí. Mi peor pesadilla se había hecho realidad. No sabía cómo iba a salir de aquella encerrona.



24

La paciencia es amarga,

pero sus frutos son dulces.

Jean Jacques Rousseau

Cuando Ramón me comentó que Sara tenía a sus amigas en el pueblo para pasar el fin de semana, pensé que se me habían estropeado los planes. Llevaba días con mi estrategia de buscar cualquier excusa para hacerme el encontradizo con ella y entablar la más mínima conversación. Aunque solo fueran unas frases y luego marcharme. A pesar de que a mí aquello me sabía a poco, estaba convencido de que iba consiguiendo que cada vez se sintiera más cómoda con mi presencia. Tenía en mente invitarla a tomar algo en el bar. Ya sabes, terreno neutral para que no

estuviera a la defensiva. Pero con sus amigas aquí no iba a poder hacerlo.

Lo que no imaginaba cuando regresaba de pasear con Argos era que precisamente aquella visita iba a ser el mayor golpe de suerte que podía tener. Suponía que no estaría sentada en su patio como cada tarde. En su lugar, era una de sus amigas la que, casualmente, estaba allí. Juraría que andaba esperándome. Cuando un momento después de que nos saludáramos Sara salió de la cocina con el pánico reflejado en la cara, me quedó claro que había sido una encerrona en toda regla.

Me costó no reírme de la situación. Los comentarios de las dos amigas dejaban claro que estaban al tanto de lo que había ocurrido entre nosotros. Y por el agobio de Sara ante aquel encuentro, apostaría a que estaban de mi parte. Resulta que tenía dos aliadas y yo no lo sabía.

Aproveché aquella inesperada invitación a cenar. Disfruté de cómo se ruborizaba cuando alguna de ellas soltaba alguna indirecta que yo hacía como que no captaba. Aunque las patadas que les dio por debajo de la mesa no pasaban desapercibidas para nadie. Y disfruté al verla empalidecer cuando era yo quien soltaba algún comentario presuntamente inocente, que de eso no tenía nada.

A pesar de que Lola y Esme insistieron en que me quedara a tomar una copa cuando terminamos de cenar, decidí que ya había hecho pasar a Sara bastante mal rato. Era mejor retirarse antes de que la situación se torciera.

Mientras sus amigas se quedaban recogiendo la mesa, me acompañó hasta la verja del patio.

—Espero que disculpes a mis amigas. Creo que se han pasado un poco con las bromas. Es que hacía tanto tiempo que no teníamos unos días para nosotras solas que se nos ha ido de las manos. Yo... —empezó a decir sin querer mirarme a los ojos.

—No tienes que disculparte por ellas. La verdad es que lo he pasado muy bien. Hacía tiempo que no me reía tanto —la interrumpí.

—¿Estás seguro? Como se enteren de eso, no van a dejarte tranquilo en todo el fin de semana —dijo, levantando la mirada hacia mí.

—Sí. Son buenas chicas. Se nota que te quieren y se preocupan por ti.

—Ellas son las únicas personas con las que sé que puedo contar. Siempre están ahí para mí —admitió—. Bueno, con la familia también, pero mi madre enseguida se pone dramática y, a veces, cuanto menos sepa, mejor —añadió, haciéndome sonreír.

—Conmigo también puedes contar para lo que necesites. Solo tienes que llamarme y estaré a tu lado —se me escapó con más intensidad de la que pretendía.

Sara abrió los ojos sorprendida por aquella declaración. Nos quedamos mirándonos en silencio. Tuve que hacer un esfuerzo para no recorrer los dos pasos que nos separaban y besarla con todas las ganas que tenía acumuladas. Por un instante, me rondó el presentimiento de que ella pensaba lo mismo que yo, porque si no hubiera sido así, estoy seguro de que me hubiera soltado alguna de sus contestaciones mordaces.

Pero aquel no era el momento, con sus amigas a unos metros. Tenía que ser ella la que diera el paso definitivo.

Haciendo uso de toda la determinación posible, desvié la mirada de aquellos labios que me llamaban a saborearlos. Miré hacia mi casa mientras me rascaba la nuca en un intento de parecer despreocupado.

—Debo irme, tengo un montón de trabajo con eso del fin del trimestre —me excusé—. Lo he pasado muy bien. Espero que otro día podamos quedar para almorzar o para cenar.

—Tenemos pendiente esa lasaña —me recordó, haciéndome sonreír.

—Para el próximo fin de semana. Si te apetece.

—Hecho.

—Argos, vamos, granuja. Deja ya a las chicas tranquilas —llamé a mi perro, que había disfrutado de la velada tanto o más que yo—. Que pases un buen fin de semana con tus amigas —le deseé, guiñándole un ojo antes de volverme para cruzar hasta mi casa seguido de cerca de mi mascota.

Al volverme a mirar hacia su casa antes de entrar en la mía, vi que se había quedado observando cómo me marchaba. Estaba en el buen camino. Por fin, después de tantos días, empezaba a sentir que todo iba desarrollándose como había planeado. Los consejos de Nuria estaban dando resultado.

Pero aquello tenía su lado malo. El nivel de frustración sexual que estaba arrastrando llegaba a ser insoportable. Sabía que debía tener paciencia, pero yo lo que quería era tenerla a mi lado. Necesitaba volver a sentir sus labios. Recorrer cada centímetro de su piel con mis manos. Con mi boca. Experimentar de nuevo la suavidad de sus caricias. Sentir sus senos apretados contra mi pecho mientras nos fundíamos en uno solo. Oír aquellos gemidos de placer que me volvían loco. La necesitaba tanto como respirar.

Pero no solo deseaba volver a acostarme con Sara. Quería dormir abrazado a ella. Despertarme a su lado. Ser yo quien la hiciera reír. Y también quien la enfadara para ver arrugarse su nariz de aquella forma que tanto me gustaba. Cuidarla. Saber que estaría a mi lado cuando la necesitara. Lo quería todo con ella. Joder, me había convertido en un moñas con esos pensamientos tan cursis. Pero así era como me sentía. Años tratando de esconderme de cualquier sentimiento y con ella había caído con todo el equipo.

Me fui al baño, me di una ducha rápida y me senté en mi escritorio a trabajar para evitar que terminara yendo a buscarla a su casa y estropear todo lo que había hecho hasta entonces.



El martes de la semana siguiente, estaba en el ayuntamiento con el papeleo cuando Marcela me avisó de que tenía una visita. Al ver entrar a Sara en la oficina, tuve un mal presentimiento.

Debía ser algo serio si había acudido hasta allí para hablar conmigo. ¿Habría decidido marcharse y venía a darse de baja en el padrón? ¿Se habría dado cuenta de que mi propuesta de ser solo amigos era una burda excusa para acercarme a ella y conquistarla, y venía a reprochármelo? Se me hicieron eternos los segundos que tardó en hablar desde que la mujer del alcalde nos dejó solos.

—¿Qué necesitas? —pregunté, intentando que no se me notara que estaba al borde del infarto al pensar que fuera a marcharse.

—Verás. Es que no sé cómo... —empezó mientras yo sentía que comenzaba a sudar—. Bueno. La cosa es que... que... se me ha ocurrido una idea para ayudar a que haya más actividad en el pueblo. Pero no sé si es una estupidez. O tal vez no. No sé. Llevo días dándole vueltas y no estoy segura de que... Creo que ha sido mala idea venir —dijo, y se levantó para irse.

—Espera. Espera. Vuelve a sentarte —le pedí después de suspirar aliviado—. Cuéntame qué te ronda por la cabeza.

—¿Recuerdas que me dijiste que necesitaríais unas docenas de escritoras como yo? —preguntó, a lo que asentí—. Pues no he podido quitarme esa idea de la cabeza, y se me ha ocurrido que podíamos llevarla a la práctica.

—¿Quieres traerte a más escritoras a vivir aquí?

—Bueno, quizá no a vivir, pero sí unos días. Verás, he pensado que es muy difícil atraer al turismo normal de vacaciones. Demasiada competencia. Pero podríamos intentar atraer de otro

tipo —añadió mientras yo la escuchaba atento, tratando de adivinar hacia dónde iba la conversación—. Los eventos literarios mueven mucha gente: escritores, lectores, *bookstagrammers*, editoriales... Así de repente, organizar uno de la nada sería arriesgado, pero ¿y si antes ponemos al pueblo y la comarca en el mapa?

—No sé qué me estás queriendo decir —reconocí.

—He hablado con un par de profesoras que he tenido en talleres de escritura, y que ya son como amigas. Les he propuesto hacer algunos de sus cursos presenciales aquí. Grupos reducidos de ocho o diez personas. Ellas se pueden quedar en mi casa, y los alumnos en alguna libre que quiera ceder algún vecino. Al principio, habría que poner unos precios asequibles, como de promoción —fue explicándome—. Ya sabes, para que sea atractivo. Daría visibilidad al pueblo en las redes sociales. Venderlo como el lugar ideal para un retiro de escritura. Se podría ofrecer alguna ruta por los alrededores, degustaciones de gastronomía de la zona. Todo lo que pueda hacer que los que vengan disfruten no solo del curso, sino también de todo lo que hay aquí y luego cuenten en sus redes lo maravilloso que es esto —detuvo un momento su perorata mientras yo la miraba serio, procesando toda aquella información—. La idea es que se convierta en algo habitual. Y cuando se viera que funciona, se podría organizar un evento de romántica. Se lo comenté a algunos compañeros y están dispuestos a venir para apoyar la idea con su presencia y atraer lectores. Se podría ampliar a otros géneros. Empezaríamos por el mío porque es donde yo tengo más contactos —alegó encogiéndose de hombros—, pero es cuestión de tantear si se puede extender a los demás. Incluso se podría ampliar a otras disciplinas artísticas. No sé: pintura, escultura... Tú seguro que a través de la Consejería de Educación puedes ponerte en contacto con alguien de Bellas Artes. No sé, quizá organizar algún curso de verano de la Universidad. Habilitar una Casa de la Cultura con una sala de exposiciones. Organizar jornadas literarias, artísticas... No sé. Convertir la comarca en un referente cultural que traiga constantemente gente a la zona. Eso seguro que atraerá también a personas interesadas en instalarse aquí. ¿Qué te parece? Joder, Martín, di algo —me instó al ver que no decía nada—. Vale. Está bien. Es una mierda de idea. Siento haberte hecho perder el tiempo —dijo ante mi silencio, y se levantó para irse.

—¿Seguro que se puede contar con tus amigos? Es mucho trabajo organizar todo eso para que luego no vengan y encontrarnos solos.

—Claro que sí —respondió decidida—. Entonces..., ¿de verdad crees que es una buena idea?

—No sé si será una buena idea o una locura. Lo que sí sé es que es la primera con algo de sentido que he oído en muchos meses —reconocí—. Necesito que hagas un dossier con todo lo que me acabas de decir y lo que necesitaríamos para llevarlo a cabo. Cuanto antes lo tengas, antes podrás presentarlo a la comisión para que lo aprueben y ponerlo en marcha.

—¿Yo? Pero...

—Sara, es tu idea. Tú eres la que tiene los contactos en el mundo de las letras. La que puede ofrecer propuestas concretas.

—Nunca he hecho nada parecido —se resistía.

—Solo tienes que poner por escrito lo que me has contado. Eso es lo tuyo. Si le pones la pasión que hay en tus novelas, tendremos el visto bueno antes de que terminen de leer —le dije, haciendo que sonriera por primera vez desde que había entrado en la oficina—. Hablaré esta semana con la gente de la Consejería y tantearé a la universidad. Estaré a tu lado en todo momento, pero el proyecto es tuyo. Nadie mejor que tú para defenderlo. No puedo hacerlo yo solo. ¿Qué me dices? ¿Trabajamos juntos para salvar el pueblo? —pregunté.

—De acuerdo. Me pongo a ello en cuanto llegue a casa —aceptó y estrechó la mano que le

tendí.

—Si esto sale adelante, haré que Ramón ponga una estatua tuya en la plaza del pueblo —aseguré sin soltarla, arrancándole una risa que hizo que se me acelerara el corazón.

—Sí, anda. Qué tontería —respondió coqueta sin retirar su mano.

—Martín. Ha llegado el párroco de San Vicente para el tema de la fiesta de inicio de Navidad —me avisó Marcela, interrumpiendo aquel momento especial entre los dos—. No tiene mucho tiempo porque tiene que sustituir en la misa al cura de San Jorge, que se ha puesto malo. ¿Puedes recibirle ahora, o le digo que vuelva mañana?

—Yo he terminado ya, Marcela. No te hago perder más tiempo —me dijo mientras se colgaba el bolso para irse.

—Dile que pase —le pedí a la conserje—. Y, Sara —la llamé antes de que saliera—, nunca me haces perder el tiempo.

Maldije para mis adentros la inoportuna visita del sacerdote. Aquel hubiera sido el momento perfecto para invitarla a venir conmigo a la fiesta con la que en la comarca se daba el pistoletazo de salida a la Navidad el sábado siguiente. Tendría que buscar otra oportunidad, aunque el tiempo se me venía encima.

Por primera vez en mucho tiempo, regresé a casa del trabajo en el ayuntamiento vislumbrando una posibilidad de que podríamos evitar que el pueblo terminara quedando abandonado. Me dormí pensando lo irónico que resultaba que, precisamente, la mujer que me había hecho replantearme mi decisión de alejarme de cualquier relación fuera la que podía ayudar a conseguir lo que nosotros no habíamos podido en los últimos años.



Pasé dos días intentando, sin éxito, provocar un encuentro casual para tener la oportunidad para invitarla. Volvía tarde a casa el jueves, pensando que iba a tener que arriesgarme a llamarla al día siguiente y preguntárselo directamente, cuando la ocasión se me presentó caída del cielo. A pesar de la hora que era, Sara estaba esperando en su patio que yo pasara.

—Ya creía que hoy no volvías a casa —dijo mientras se levantaba y se acercaba a la valla.

—¿Estabas esperándome? ¿Te ocurre algo?

—No. Es que tengo el dossier que me pediste y quería dártelo cuanto antes —comentó, tendiéndome la carpeta.

—¿Ya lo has preparado? —pregunté sorprendido.

—Pensé que cuanto antes, mejor —se justificó.

—No. Si es perfecto. Me pongo con él después de cenar y mañana hablo con Ramón para que el lunes lo presentemos a la comisión. ¿Te viene bien?

—Claro. El lunes, perfecto. Bueno, pues... Buenas noches —se despidió y se volvió hacia su puerta.

—Sara —la llamé antes de que cerrara—, el sábado, la parroquia de San Vicente organiza la fiesta por el comienzo de las Navidades. Cada año le toca a una diferente —le expliqué—. Hay un belén viviente, mercadillo, rifas, degustación de dulces... Bueno, y un montón de cosas más para recaudar fondos y que todos en la comarca puedan celebrar las fiestas, que los niños tengan regalos de Reyes y todo eso.

—Vaya. Eso es algo muy bonito.

—Ya. Lo que quería preguntarte es... si quieres venir conmigo —le dije, nervioso como si fuera la primera vez que trataba de tener una cita con una mujer—. Vamos, que te lleve y te traiga. Ya sabes, somos amigos, ¿no? Seguro que lo pasas bien. La mayoría de los vecinos estará

allí. No te aburrirás. Y ya que tu propuesta implica a todos los municipios de la comarca, sería bueno que te vieran involucrada en las actividades de la zona —añadí al ver que dudaba—. ¿Te apuntas?

—Sí, claro —respondió al cabo de unos segundos—. Tengo que integrarme en la comunidad, ¿no?

—Genial. ¿Te recojo a las diez y desayunamos juntos allí? Bueno, más que recogerte, nos vemos aquí y salimos en mi coche —le indiqué, recordando que mi garaje estaba junto a su puerta trasera.

—Perfecto. Nos vemos aquí el sábado.

Tratando de que no se me notaran las ganas que tenía de dar saltos de alegría, recorrí el camino que separaba nuestras dos casas con una estúpida sonrisa en la cara. La misma con la que salí el sábado por la mañana, dispuesto a pasar el día con ella.

Debía estar esperándome, porque tal como cerré la puerta, abrió la suya. ¡Dios! Estaba preciosa. Iba a ser un suplicio pasar todo el día juntos como dos simples amigos. Respiré hondo mientras ella se montaba en el coche. Y, tras saludarnos, nos pusimos en marcha.

—¿Ya tienes planes para Navidad? —pregunté al cabo de un minuto de incómodo silencio.

—Supongo que las pasaré en casa de mis padres. No tengo muchas ganas de celebraciones, pero como no aparezca por allí, mi madre es capaz de movilizarlos a todos y venirse al pueblo —me contó—. Así que es mejor que vaya porque, como venga, es capaz de instalarse aquí una temporada.

—Yo también la pasaré con mi madre, en casa de mi hermana. Al menos la semana de Navidad, en Fin de Año aún no he decidido qué hacer —comenté—. Mi amigo Jesús quiere que lo pase con él y vayamos a alguna fiesta, pero no termina de entusiasmarme la idea.

—No parece mal plan.

—Ya. Pero me tienta más volverme aquí y pasar unos días de descanso. Siempre estoy para arriba y para abajo. Me apetece estar relajado en casa.

Omití decirle que lo que en realidad me gustaría era pasar esos días con ella. No quería asustarla y que saltara del coche en marcha.

—A mí me apetece tan poco este año la Navidad que casi preferiría que ya hubiera pasado.

—Vamos, ánimo. No puede ser tan malo pasarla en casa de tus padres.

—No es por ellos. Es que... mi hija no tiene ninguna intención de aparecer por allí en todas las fiestas. Por casa de la otra abuela sí. Que es la que tiene pasta y le paga los caprichos —contó con tristeza.

—Si te sirve de consuelo, él mío tampoco creo que haga acto de presencia en Santander. Pasará la Navidad con su madre y el Fin de Año con los compañeros de la universidad. Si tengo suerte, estaré delante cuando llame para felicitar las fiestas a la abuela.

—No os veis mucho, ¿no?

—Apenas. Efectos colaterales del divorcio —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Tan traumático resultó el fin de tu matrimonio? —se interesó.

—Para él sí. En realidad, fue un divorcio de lo más civilizado. De hecho, seguimos llevándonos bien. Después de unos cuantos años muy buenos, nos dimos cuenta de que la relación se había enfriado hasta desembocar en una simple amistad. Éramos como dos compañeros de piso que dormían en la misma cama —recordé—. Pero él era solo un crío y no entendió que me fuera de casa. Era más fácil culpar al que no estaba a su lado todos los días.

—Vaya, lo siento mucho.

—Creo que por fin ha empezado a perdonarme. Al menos ahora, de vez en cuando, se acuerda

de que existo y me llama.

Seguimos interesándonos uno por la vida anterior del otro hasta que llegamos a nuestro destino. Las calles del pueblo ya estaban bastante concurridas. Estacioné en la plaza de aparcamiento que tenía reservada en el instituto como director, y nos fuimos hacia la parroquia. Alguna ventaja tenía el cargo.

Yo no podía dejar de mirarla y pensar lo preciosa que estaba. Aquella melancolía en su mirada al hablar de temas tan dolorosos la hacía más bonita de lo que era. Aunque eso fuera difícil.

Resultó más complicado estar solo con ella. Desayunamos con Marcial y su mujer, que también acababan de llegar. Pero apenas terminamos, apareció Reme con un par de compañeras del instituto y se fueron todas a ayudar a la señora Maruja con el puesto de dulces.

A mí tampoco me dejaron tranquilo durante el resto de la mañana. Algunos padres de alumnos aprovecharon la ocasión para hablar conmigo. Y yo solo quería prestarle toda mi atención a Sara. Mientras trataba de librarme de aquellos preocupados progenitores, y les recordaba que tenían a su disposición las horas de tutoría para cualquier tema relacionado con los estudios de sus hijos, no le quité ojo a mi vecina.

Me sorprendió verla reír a carcajadas con Lito y Fael, que, aunque por aquellos nombres parecían más dos delincuentes, eran los alumnos del último curso de bachillerato que me habían dado más dolores de cabeza desde que llegué al instituto que todos los demás juntos. Aunque al final había conseguido encarrilarlos para que se centraran en los estudios y tenían un expediente académico bastante aceptable, podía esperarme cualquier cosa de aquellos Zipi y Zape. Cuando conseguí librarme de los padres, fui en su busca. Aunque Sara ya había desaparecido.

—¿Qué hacéis vestidos de pastores? —les pregunté.

—Este *pringao*, que no se le ha *ocurrío* otra cosa *pa* ligarse a la Lourdes que hacer que nos vistamos de gilipollas, solo porque ella va a ser el ángel en el belén —dijo Lito, señalando a su amigo, haciéndome reír.

—Deja de quejarte que te he visto *mu* chulito enseñándole el disfraz a las del coro. Ni que fueras modelo —le reprochó Fael.

—Vaya, vaya. Así que estáis intentando impresionar a las chicas. Pues tratad de no meteros en líos o vais a conseguir todo lo contrario —les aconsejé.

Estuve un rato charlando con ellos. En el fondo, eran buenos chavales. Si conseguía que entraran en la universidad, sería para mí el mejor premio que alcanzaría en toda mi carrera de profesor.

Antes de despedirme de ellos, les pregunté por Sara como quien no quiere la cosa. Me contaron que la habían visto ir hacia el mercadillo.

—Dire, tu novia es *to* buena gente —afirmó Lito cuando iba a marcharme en su busca.

—Sí, dire. Tu novia *me cae flama* —añadió su amigo.

—Por Dios, ¿no podéis hablar como personas normales? ¿Eso es lo que aprendéis en mis clases? —les reproché—. Y, por cierto, Sara no es mi novia. Es mi vecina.

—*Aro, aro*. Este también quiere que la Lourdes sea su vecina —contestó Lito.

—Os lo estoy diciendo en serio.

—Que *ji*, dire. Lo que tú *diga* —dijo Fael, guiñándome un ojo, y se marcharon para reunirse con el párroco, que iba a dar las últimas instrucciones para el belén viviente.

Mientras los veía irse entre bromas, me pregunté si era tan evidente que entre Sara y yo había algo. Debía de tratar de disimular mejor delante de los vecinos. Pero cuando la encontré en uno de los puestos admirando muñecos navideños, se me olvidó mi propósito.

—Parece que estás disfrutando de las compras —comenté al llegar a su lado y ver la bolsa que

estaba a sus pies.

—Creo que se me ha ido un poco la cabeza comprando regalos —reconoció—. Pero es que es todo tan bonito.

—No te preocupes, mi maletero es grande.

—Pero el mío no —sonrió, y yo solo podía mirarla embelesado mientras luchaba con mis ganas de besarla—. A ver cómo meto todo esto en mi coche para ir a casa de mis padres —rio, complicándome aún más mi contención.

—Pero es por una buena causa, muchacha —agregó la señora del puesto—. Con lo que recaudemos, vamos a ayudar a muchas familias.

—¿Ves? En realidad, no es que me haya vuelto una compradora compulsiva, lo hago por la gente que lo necesita —se justificó, haciendo un divertido mohín con la boca que yo hubiera borrado con la mía.

—Anda, altruista, dame esas bolsas, que me las llevo al coche —me ofrecí porque necesitaba alejarme un momento de ella—. No te muevas de aquí. Vuelvo y nos vamos a comer algo para que cojas fuerzas para las compras de la tarde —le dije, guiñándole un ojo, a lo que ella respondió haciendo lo mismo, y yo sentí que se me derretía el corazón.

Me demoré un rato en regresar porque necesitaba calmarme y borrar la cara de gilipollas enamorado si no quería que toda la comarca se enterara de lo que sentía por Sara.

Cuando regresé, estaba hablando con mi tía Flora, que se enganchó con nosotros a almorzar. Qué complicado resultó poder estar a solas con ella. ¿Cómo iba a hacerle ver lo genial que era estar conmigo con tantas interrupciones? Mi plan estaba resultando un auténtico desastre.

—Abuela, anda, cómprame unos roscos —le pidió Nora—. Hola, Sara. Hola, Martín. Saqué a Argos como me pediste y lo dejé en el jardín de casa. ¿Puede quedarse hasta mañana? Porfa, porfa —suplicó mientras Flora sacaba unas monedas de su bolsillo.

—Claro que sí. A él le encanta pasar tiempo contigo.

—Gracias —gritó cuando ya se alejaba saltando hacia el puesto de dulces.

—Esta chiquilla es un torbellino —dijo su abuela, mirándola con una sonrisa.

—No te quejes, tía. Que se te cae la baba con los nietos.

—No lo puedo evitar —reconoció—. Tengo dos soles que iluminan mi vida. Aunque también la vuelven patas arriba y estoy muy vieja para tanto jaleo.

—Pero si está usted estupenda, Flora —afirmó Sara para satisfacción de mi tía.

—Muchas gracias, cariño. Bueno, me voy a vigilar a Norita antes de que termine con un empacho de azúcar —se excusó—. Seguid pasándolo bien, pareja —añadió, haciéndome empalidecer ante aquella forma de referirse a nosotros. Algo que no pareció importarle a Sara, que le dio las gracias y se despidió de ella con un cariñoso beso.

El resto de la tarde, no nos separamos. Bueno, solo una vez, y fue para llevar al coche unas cajas de dulces que había comprado. A ese paso iba a necesitar ponerle un remolque a su Citroën para llevar todo a casa de sus padres.

Aparte de eso, probamos todas las delicias navideñas que había en la degustación, y echamos en las rifas. Su cara de felicidad cuando le tocó un enorme Papá Noel me tenía cautivado. No lo soltó el resto de la tarde. Y yo hubiera dado cualquier cosa por cambiarme por aquel estúpido muñeco y ser a quien ella agarraba pegado a su pecho.

Vimos juntos el belén viviente. La gente se arremolinaba a nuestro alrededor para no perderse detalle de las diferentes escenas, provocando que tuviéramos que estar muy pegados. A ella no pareció importarle tanta cercanía, y yo, aunque a ratos lo pasaba fatal reprimiendo los impulsos de abrazarla, estaba encantado con la situación.

Tuve que disimular cuando me preguntó de qué me reía moviendo la cabeza cuando pasamos por la parte donde estaban los pastores. Y es que los chicos no paraban de hacerme guiños señalando a Sara y levantando el pulgar.

—Cosas de esos dos gamberros —disimulé—. El día que se gradúen y dejen el instituto, volverá la tranquilidad a mi vida laboral. Aunque también se volverá más aburrida —reconocí.

—Son unos chicos estupendos.

—Ya he visto antes que no parabas de reírte con ellos. Han conseguido conquistarte.

—Como otras muchas cosas de esta comarca —dijo.

Después de quedarnos unos segundos mirándonos a los ojos en silencio, apartó la mirada de mí. No supe qué decir. Aquellas palabras hicieron que se me secara la boca. ¿Se estaba refiriendo a mí? ¿Estaba reconociendo por fin que le interesaba? Agité la cabeza para alejar esos pensamientos o terminaría besándola allí mismo, y no estaba seguro de cómo iba a reaccionar ella si eso pasaba.

Antes de que comenzara a anochecer, emprendimos el regreso. De reojo, la observaba sentada a mi lado con el muñeco en el regazo. Aquel día juntos había conseguido que me enamorara aún más de ella.

Aparqué el coche y la ayudé a llevar todas las compras hasta su casa. Las dejé sobre la mesa de la cocina mientras ella seguía agarrada al muñeco mirándome en silencio. Resistí la tentación de volverme a besarla cuando pasé por su lado antes de salir de su casa.

—Lo hemos pasado muy bien juntos, ¿verdad? Quizá otro día podríamos repetirlo —aventuré.

—Cuando tú quieras —respondió, y yo no supe qué hacer. Me limité a asentir como un gilipollas y me fui hacia mi casa.

Sentí el sonido de su puerta cerrarse retumbar en mi pecho como si el golpe lo hubiera recibido directamente en el corazón. Cada paso me costaba más que el anterior. No quería irme. Aquel día no podía acabar así. Me detuve cuando no había recorrido más que un par de metros. Me di la vuelta y llamé a la puerta, la cual se abrió al primer golpe. No fui consciente de que había tenido que quedarse junto a ella para abrir tan rápido.

—Sé que te dije que fuéramos solo amigos. Te mentí. Mentí para que te quedaras porque no quiero pensar en la posibilidad de que te marches de aquí —empecé a hablar, consciente de que podía estar echando por tierra todos mis esfuerzos por acercarme a ella—. Pero, después del día que hemos pasado juntos, no puedo irme a mi casa sin más. No puedo seguir disimulando las ganas que tengo de besarte. De abrazarte. No quiero ser solo tu amigo, Sara. No lo soporto. Quiero más de ti —confesé, acercándome a solo un paso de ella, que me miraba fijamente sin moverse de donde estaba—. ¿No vas a decir nada? ¡Por Dios, Sara! ¡Di algo! Grítame. Insúltame. Échame de tu casa. Pero no te quedes ahí callada —le pedí.

Pero ella no dijo nada. Apenas me dio tiempo de ver su sonrisa antes de que se lanzara a mis brazos y me besara. En el momento en el que nuestros labios se encontraron, sentí aquella electricidad que nos conectaba recorrer mi cuerpo.

Sin que me diera cuenta, nuestros chaquetones caían al suelo de la cocina y nuestras manos buscaban el contacto de nuestra piel bajo la ropa.

—Esta vez no quiero ser solo un polvo —dije, apartando unos milímetros mis labios de los suyos—. No voy a conformarme con eso. Si esto va a ser un simple polvo para ti, no lo quiero, Sara —susurré mientras su boca recorría mi cuello—. ¿Me has oído?

—Ajá —contestó a la vez que sacaba mi camisa del pantalón y empezaba a quitarle los botones.

—Lo digo en serio, Sara —aseguré, ahogando un gemido cuando sus manos bajaron por mi

pecho y empezaron a desabrochar el pantalón—. Si no piensas lo mismo, prefiero irme a mi casa ahora y olvidarme de lo que está pasando bajo una ducha fría —añadí, aun sabiendo que me iba a resultar imposible cumplirlo.

—Ya te he oído.

—Y, ¿cuál es tu respuesta?

—Tú nunca has sido un simple polvo —me susurró al oído, haciendo que se me dibujara una enorme sonrisa—. Cállate de una vez y bésame.

No hizo falta que me lo repitiera. Mi boca se adueñó de la suya y del resto de su cuerpo durante toda la noche.



25

Y que me muero por verte.

Por darte mi vida, venderte mi alma,

quedarme a tu lado, aunque no me haga falta,

sentir que este invierno se acaba.

Amaia Montero. Darte mi vida

Desperté con Martín pegado a mi espalda y su brazo rodeándome. El calor de su cuerpo envolvía el mío. El movimiento de su pecho al respirar me acunaba. Y su aliento jugaba con mi pelo provocándome un agradable cosquilleo.

En aquel momento, entre sus brazos, pensé que si había una posibilidad de que existiera un paraíso en la Tierra, debía ser aquel. Me quedé en él, con los ojos cerrados, disfrutando de las sensaciones que Martín era capaz de producirme con su sola presencia a mi lado.

Recordé cada palabra que nos dijimos el día anterior. Sonreí al recordar la desesperación en su mirada mientras esperaba mi respuesta a su confesión.

Yo había intuido que detrás de aquellos encuentros casuales, cada vez más frecuentes, había algo más que simple coincidencia. Y aunque estaba empeñada en centrarme en mí, fui dejándome conquistar por aquel hombre hacia el que sentía una atracción contra la que resultaba imposible luchar. Así que, durante aquel día juntos, que sabía de antemano que acabaría conmigo entre sus brazos, me dejé llevar y disfruté cada minuto a su lado. Estaba convencida de que cuando llegáramos de vuelta, él daría el paso a algo más. No negaré la decepción que me invadió al verle marchar. Llegué a pensar que lo había estropeado todo por haberle exigido de aquella manera que se alejara de mí.

Si hubiera tardado un segundo más en darse la vuelta y llamar a mi puerta, me hubiera encontrado corriendo en su busca. Pero no tuve que hacerlo. Allí estaba él. Declarando en voz alta lo que sentía por mí de una manera que no habría imaginado. Incluso, cuando la noche de sexo estaba garantizada, me hizo saber que yo era algo más y no iba a conformarse con menos por mi parte. Cuánto le había dolido que lo considerara un simple polvo en un intento de alejarlo. Y todo porque me daba miedo aceptar la cantidad de sentimientos que despertaba en mí.

Al cabo de un rato, sentí la necesidad de ir al baño. Me moví despacio, para no despertarlo. Su brazo rodeando mi cintura me lo impidió. Intenté moverlo, pero un ligero gruñido de protesta

salió de su garganta.

Por segunda vez, traté de apartarlo. Pero en lugar de permitirme alejarme, me pegó aún más a él.

—Martín, suéltame —susurré con mi cara vuelta hacia él.

—No —susurró.

—¿No vas a dejar que me baje de la cama?

—No. Esta vez no vas a salir huyendo —respondió, con los ojos aún cerrados, haciendo que sonriera.

—Te recuerdo que estamos en mi casa. Si alguien tiene que terminar marchándose, eres tú.

—Pues hasta el lunes no tengo que ir a trabajar. Aunque igual llamo al instituto y les digo que no voy porque necesito quedarme en la cama.

—Así que piensas quedarte aquí —dije, a lo que respondió con aquella sonrisa suya tan irresistible—. Pues en algún momento tendrás que dejarme ir al baño, ¿no te parece?

Con un nuevo gruñido, que mostraba su desgana porque me separara de él, aflojó el abrazo lo suficiente para que pudiera salir de la cama. Al rato, volví rápido a su encuentro, con su somnolienta mirada pendiente de mí.

—¡Qué frío! Anoche olvidé encender la calefacción —comenté, arrebujándome a su lado.

—Tampoco la echamos de menos. Deja que yo me ocupe de que entres en calor —se ofreció mientras me pegaba a él y su boca buscaba la mía.

Apenas necesitamos unos segundos para que la temperatura de la habitación se elevara considerablemente.

—Tengo una mala noticia para tus planes de quedarte aquí —le dije al verle alargar el brazo hacia la mesa de noche.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Cuántos condones quedan?

—¡Joder! —exclamó al darse cuenta de que acababa de coger el último—. Tendré que ir a casa luego. ¿Me dejarás volver a entrar? —preguntó antes de besarme el cuello, haciendo que se me erizara hasta el último centímetro de mi piel.

—Quizá vaya contigo. Habías prometido cocinar una lasaña para mí —le recordé.

—Solo si tú eres mi postre —añadió mientras bajaba con su boca hasta mis pechos, provocando que mis pezones se endurecieran con el roce de sus labios.

—Seré lo que tú quieras —respondí con la respiración entrecortada.

Despacio, y deleitándonos con cada caricia y cada roce de nuestros cuerpos para aprovechar al máximo el último preservativo que teníamos, alargamos aquel momento de placer en mi cama.

Nos quedamos abrazados en silencio, disfrutando del contacto del otro, hasta que pensamos que necesitábamos reponer fuerzas. Nos levantamos y, entretenidos con mil besos, tardamos una eternidad en vestirnos antes de recorrer juntos la corta distancia hasta su casa.

No consintió que le ayudara con la lasaña. Recalcó que era su invitada, y solo me permitió cortar algunas rodajas de embutido que fuimos picando para entretener a nuestros hambrientos estómagos mientras él preparaba el almuerzo.

—Venga, déjame ayudarte —insistí—. No sé estar aquí mirando sin hacer nada.

—Tú límitate a disfrutar de las vistas —contestó, y me guiñó un ojo.

—Creído —respondí a la vez que le tiraba una bola hecha con papel de cocina que él esquivó sin dificultad a la vez que soltaba una carcajada.

Y la verdad es que tenía que darle la razón. Era un gustazo verle cocinar desde el privilegiado observatorio en el que estaba sentada, mientras saboreaba la copa de vino que me sirvió.

—Por cierto, ¿por qué llevabas preservativos en la cartera? —indagué.

—Me gusta estar preparado para lo que pueda surgir —respondió, encogiéndose en hombros.

—¿Incluso a una «no cita» con una vecina a la que solo ibas a llevar y traer?

—Contigo nunca se sabe cómo vamos a acabar —respondió con una sonrisa pícaro, provocando que frunciera el ceño—. Las dos veces anteriores nos cogió por sorpresa. No. Ahora en serio. Siempre llevo en la cartera. Ni siquiera recordaba que estaban ahí —explicó—. Aunque ha sido una suerte, ¿no crees?

—Así que siempre estás preparado, por si puedes traerte un ligue a casa —dijo después de mirarlo unos segundos y admitir que tenía razón.

—Nunca traigo a nadie a casa. Tú has sido la primera con la que he compartido esa cama —contó para mi sorpresa.

Aunque tampoco debía extrañarme, porque aparte de la visita de Nuria y su familia, no había visto a nadie por allí, salvo algún vecino del pueblo.

—¿Y eso? ¿Para evitar cotilleos de los vecinos? —pregunté con curiosidad.

—Eh... No. Desde mi ruptura con... de mi última relación —empezó a contar con rostro serio—, decidí que no habría ninguna más. No he querido traer a nadie porque sería dejarla entrar en mi vida cuando esa posibilidad no existía.

—Pero comentaste que tu divorcio fue amistoso.

—Al tiempo de que acabara mi matrimonio, conocí a alguien. Al principio fue muy bien. Luego las cosas se torcieron y... acabó mal. Muy mal —recalcó—. Tanto que, si pudiera, borraría aquellos tres años de mi vida.

—¿Qué ocurrió?

—Sara, no quiero hablar de aquello. No ahora —se negó a contestar y se volvió hacia el horno para meter la bandeja.

—Lo siento. Yo... No tengo derecho a entrometerme en tu pasado —reconocí.

—No es eso. No quiero estropear esto tan increíble que estamos viviendo nosotros recordándolo —añadió, volviéndose hacia mí con una sonrisa en su rostro que no logró borrar la tristeza que había invadido sus ojos—. Prometo contártelo, pero no hoy. Aquello fue muy desagradable y doloroso. Tanto que hace cinco años me juré que no dejaría entrar a nadie en mi vida.

—Y eso, ¿en qué punto nos deja a nosotros exactamente? —pregunté ante el significado de aquella confesión.

En aquel momento me sentía desconcertada. ¿Acaso sus palabras significaban que, después de todo, entre nosotros solo habría sexo? Del bueno, eso sí. Pero nada más.

—Donde nosotros queramos. Ya no pongo límites a nada —dijo, esbozando una sonrisa que en esa ocasión sí se le reflejaba en la mirada—. He tratado de alejarme de ti. De hacer que fueras tú la que te alejaras. Y, ahora, mírame, cocinando para ti en mi casa. Feliz de tenerte a mi lado y abierto a todo un mundo de posibilidades que se abre ante nosotros. Me resistí todo lo que pude a lo que estabas haciendo que sintiera. Pero ya acepté que no podía seguir negando que estaba enamorándome de ti —reconoció con naturalidad mientras yo lo miraba boquiabierto por la contundencia de sus palabras—. A pesar de todos mis esfuerzos para proteger mi corazón, llegaste tú y derribaste todas mis defensas con tu simple presencia —aseguró, acercándose a mí—. Te quiero, Sara. Solo deseo estar a tu lado. Eso es lo único de lo que tengo certeza ahora mismo.

—Yo-yo... no sé..., Martín... Es que no... —empecé a balbucear.

Él retiró de la encimera la silla alta en la que estaba sentada, se colocó entre mis piernas, cogió

mi rostro entre sus manos y me hizo callar con un suave beso en los labios.

—Tranquila. No te lo he dicho para que te sientas obligada a corresponderme ni a decir algo de lo que no estés convencida. Prefiero que no digas nada a que me mientas porque pienses que es lo que quiero oír. A estas alturas de mi vida, valoro más la sinceridad —dijo tras separar su cara solo unos centímetros de la mía sin apartar su mirada de mis ojos—. No pretendía asustarte. Necesitaba expresarlo en voz alta para ponerle fin a la anterior etapa de mi vida. —Acaricié dulcemente mi mejilla con su pulgar—. Tú estás pasando un momento complicado. Lo sé porque yo también he pasado por ahí. Solo te pido que me dejes estar a tu lado mientras lo superas. Sé que habrá días en los que necesitarás estar sola, que te sientas agobiada y te sobre todo alrededor. Si no me doy cuenta, solo dímelo. Me apartaré para darte todo el espacio que necesites y volveré en cuanto tú quieras que regrese. Si tú también crees que hay una posibilidad de que haya un futuro para nosotros, yo te esperaré lo que haga falta. Ojalá no tardes los cinco años que he necesitado yo —añadió, haciéndome sonreír—. ¿Quieres que veamos hacia donde nos lleva lo que hay entre los dos? —me preguntó.

Yo solo pude asentir, perdida en aquellos ojos azules que me transmitían la sinceridad de sus palabras. Por supuesto que quería recorrer a su lado el camino que se había abierto ante nosotros. Y aunque en lo más hondo de mi corazón no podía evitar sentir miedo de volver a sufrir, sus palabras me reconfortaban. Algo en mi interior me decía que Martín me había abierto completamente su corazón y que merecía la pena arriesgarse por el hombre que tenía ante mí.

Convencida por aquel pensamiento, me entregué a los suaves besos que me regaló mientras sus brazos me rodeaban y atraían hacia él.

Permanecimos así hasta que el timbre del horno avisó de que la comida estaba lista. No fue fácil separarme de aquellos labios. Me negaba a dejar de sentir el calor que desprendía pegado a mí. A él le ocurría lo mismo. A pesar de la resistencia de nuestros cuerpos, conseguimos separarnos y nos sentamos a almorzar.

Se había quedado muy corto cuando presumió de su lasaña. ¡Estaba deliciosa! La disfruté como una niña. Me faltó pasar la lengua por el plato. No lo hice por vergüenza, no por falta de ganas. Reí pensando en la cara de Martín si me viera haciéndolo.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó a la vez que se levantaba y comenzaba a meter las cosas en el lavavajillas.

—Una tontería mía —respondí con un gesto que le quitara importancia al asunto y me levanté para ayudarlo.

—Yo he cumplido. Ahora te toca a ti —dijo cuando terminamos de recoger la cocina.

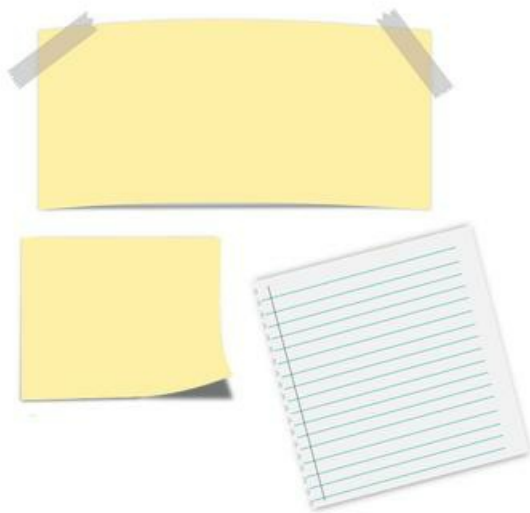
—¿Qué?

—Prometiste ser mi postre —respondió, y recorrió mi cuerpo con sus ojos con una mirada cargada de intención.

Aquello bastó para que una oleada de deseo me recorriera de arriba abajo. Me acerqué despacio a él.

—Hum. Creo que podré improvisar algo que esté a la altura —le susurré al oído, y luego pasé mi lengua por su cuello—. Sígueme.

Me volví y emprendí el camino al dormitorio sin mirar atrás. No me hizo falta hacerlo para saber que Martín seguía mis pasos hacia el piso superior.



26

Estar contigo y no estar contigo

es la medida de mi tiempo.

Jorge Luis Borges

El sonido de la alarma me llamó sin piedad a comenzar una nueva semana. La última antes de las vacaciones de Navidad. Descubrirme despertando con Sara apoyada en mi pecho y mis brazos rodeándola puso una sonrisa en mi cara.

Demoré todo lo que pude el momento de abandonar la cama. Y es que solo me habían hecho falta un par de amaneceres junto a ella para saber que aquello era lo que quería el resto de mi vida.

Yo, que en los últimos años traté de evitar por todos los medios cualquier situación de intimidad que pudiera dar pie a sentimientos más profundos, en aquel momento deseaba poder convertir en eternos los pocos segundos que podía retrasar levantarme.

—Buenos días —me saludó la somnolienta voz de Sara a la vez que se acurrucaba más junto a mí.

—Hola, preciosa —le respondí, dándole un beso en la frente.

—Ojalá fuera de nuevo domingo.

—No sabes cómo me gustaría repetir la jornada de ayer contigo como si fuera nuestro particular día de la marmota —reconocí—. Pero es lunes, y tengo que ir al instituto. Toca claustro y poner notas para entregar los boletines antes de las vacaciones.

—Y yo tengo que ponerme a trabajar, que tengo el cuadrante patas arriba —dijo después de suspirar.

Aún remoloneamos un rato, prodigándonos besos, antes de bajar a desayunar.

—No podré verte hasta la reunión de la comisión para exponer tu idea. ¿Lo tendrás todo preparado para entusiasmarlos con tu proyecto? —le pregunté antes de abrir la puerta de la cocina.

—Sí. Todo controlado.

—Te voy a echar de menos, escritora —dije a la vez que la agarraba por la cintura y la atraía hacia mí.

—Y yo a ti, profe —respondió antes de darme un beso de despedida.

Con el sabor de su boca aún en mis labios, me monté en el coche y salí rumbo al instituto. Por el retrovisor, la vi cruzar hasta su casa.

Sabía que el día iba a transcurrir muy despacio. Aunque lo peor fue llegar al ayuntamiento para la reunión y tener que mantener las distancias cuando mi cuerpo pedía desquitarse de aquellas horas separados. Habíamos decidido que esperaríamos a ver cómo nos iba antes de que se enterara toda la comarca. Porque eso era lo malo de vivir en un sitio tan pequeño, donde todos nos conocíamos. No queríamos la presión de tener tantos ojos sobre nosotros.

La propuesta de Sara fue acogida con gran entusiasmo. La pondríamos en marcha en cuanto pasaran las fiestas. La reunión se alargó más de lo que esperaba. Todo el mundo quería hacerle alguna pregunta sobre el proyecto o felicitarla por él. Y yo lo único que quería era que nos marcháramos de allí y perderme en su cuerpo hasta el amanecer.

Como buen vecino, me ofrecí a acercarla en el coche, que había dejado aparcado frente al ayuntamiento porque llegué con el tiempo justo.

—Dejé la cena preparada. Si te apetece venir a casa, solo hay que calentarla —dijo cuando por fin nos alejábamos.

—Tengo que sacar antes a Argos y dejarlo de vuelta en la mía.

—Tráetelo. Así no le dejas solo hasta por la mañana —respondió, dejándome claro que tenía las mismas ganas que yo de pasar la noche juntos.

Tal como paré el coche al llegar, nos fundimos en un beso interminable que a punto estuvo de hacernos perder el control y dejarnos llevar allí mismo como dos adolescentes en plena efervescencia. Pero conseguimos reprimirnos y salimos del coche para dirigirnos cada uno a su casa. Minutos después, nos reuníamos en la suya para cenar.

Durante la semana siguiente, establecimos nuestra propia rutina. Compartíamos juntos todo el tiempo que nos dejaban nuestras respectivas obligaciones, como si fuera lo más natural del mundo. Incluso Argos estaba encantado de pasar alguna noche en casa de Sara, donde ya se había hecho con su propio rincón junto al sofá.

La llegada de las fiestas nos obligó a separarnos para acudir al encuentro de nuestras familias. El día antes de volar a Santander, tenía el almuerzo con los compañeros de trabajo. Como Sara saldría a media mañana rumbo a casa de sus padres, había aparcado su coche junto al mío y la noche antes dejamos todo su equipaje cargado.

Compartimos juntos el último desayuno en varios días y apuramos los minutos dándonos los besos que echaríamos de menos hasta nuestro regreso.

Ya abría la puerta de la cocina para marcharme cuando volvió a acercarse y me abrazó de nuevo. Pero cuando esperaba un nuevo gesto cariñoso por su parte, rebuscó en mis bolsillos y sacó la cartera.

—Esto no vas a necesitarlo hoy —afirmó, y sacó los preservativos para luego devolverla a su sitio.

—¿Acaso no confías en mí? —pregunté sorprendido.

—En ti, sí. Pero eres un plato demasiado apetecible y hay mucha loba hambrienta por ahí. Así que cuanto más complicado te lo ponga, mejor. Procura mantener esto a buen recaudo —respondió mientras acariciaba mi entrepierna, que respondió con ímpetu a su contacto.

—Conoces a la mayoría. Incluso Reme estará allí —le recordé con voz entrecortada.

—Pero ya sabemos que en ese tipo de comidas la gente pierde los papeles. Quien evita la ocasión, evita el peligro.

—Pues entonces, no puedes dejarme salir de aquí en este estado —dije mientras la sentaba sobre la encimera, metía las manos entre su ropa y la apartaba para abrirme camino.

Con sus gemidos resonando en mi oído, me despedí de ella e hice el camino hacia el instituto. Cada vez que recordaba lo ocurrido, una sonrisa se me ponía en la cara. No pude alejarla de mis pensamientos en todo el día, y mucho menos durante la noche, cuando su ausencia resultó dolorosamente palpable.

A la mañana siguiente, resignado, metí el equipaje en el maletero y llevé a Argos a casa de Flora. Me dirigí al aeropuerto, y unas horas después, llegaba a casa de mi hermana.

En un momento, me vi inmerso en nuestras pequeñas tradiciones familiares. Estaban esperándome para adornar el árbol y colocar los regalos debajo. Las caras de mis sobrinos seguían tiñéndose de alegría cuando descubrían los paquetes que llevaban sus nombres.

Entre risas, fuimos poniéndonos al día. Tuve que morderme la lengua cuando me preguntaron cómo me iba. Hubiera querido contarle a mi madre que por fin había una persona muy especial en mi vida. Pero me daba miedo de echar las campanas al vuelo tan pronto. Sentía como si la magia que había surgido entre Sara y yo fuera a romperse si lo decía en voz alta. ¡Sería gilipollas! Con casi cincuenta años y pensando estupideces de crío enamorado.

A pesar de mi silencio esos días, mi madre debió notar algo. Puede que fuera porque me pasaba el día pendiente de los mensajes del teléfono, cuando normalmente no solía prestarle atención cuando estaba allí. O tal vez hubiera escuchado algunas de las interminables conversaciones que mantenía por las noches. Quizá solo le extrañó que no aprovechara para celebrar la Nochevieja de fiesta como había hecho otras veces y hubiera decidido pasarla en el pueblo.

—Martín, hijo, ¿va todo bien? Te noto distinto, pero sigues empeñado en encerrarte en el pueblo en vez de disfrutar —preguntó mientras me dedicaba una mirada inquisitiva que hubiera hecho sudar al espía mejor entrenado.

—Claro que sí, mamá. Es que, por primera vez en mucho tiempo, parece que hay una posibilidad de que un proyecto salga bien, y tengo muchas ganas de ponerlo en marcha —me justifiqué, refiriéndome a la idea de Sara.

—Lo sé, hijo, pero deberías empezar a pensar más en ti. Me gustaría ver esa ilusión que hay de nuevo en tu mirada para algo que tuviera que ver contigo, no con el pueblo.

—Vamos, mamá. Deja de preocuparte por eso —dije, cogiéndole las manos—. Te aseguro que hace mucho tiempo que no soy tan feliz como ahora. Solo me falta que el descastado de mi hijo por fin decida empezar a comportarse como tal para tener todo lo que necesito —le aseguré antes de abrazarla.

—Ojalá sea así, mi niño —suspiró y se dejó reconfortar—. Nadie se lo merece más que tú.

—¡Eh! No digas eso. Como se entere Carmen, se va a enfadar. Ya sabes lo celosa que se pone en cuanto oye algo así —le recordé, haciéndola reír—. Venga, vamos a disfrutar de la cena todos juntos.



27

Dormir contigo

es conocer la dimensión que tiene un verso,

sentir que duermo

y, al mismo tiempo, conocer el universo.

Luis Miguel. *Dormir contigo*

Tuve muchos kilómetros para repasar cómo había cambiado mi vida en la última semana. Me instalé en el pueblo para buscarme a mí misma y decidir el rumbo que quería tomar, y a quien había encontrado era a un hombre maravilloso al que iba a echar mucho de menos los días que teníamos que estar separados.

Después de lo ocurrido al final de mi matrimonio, y de las semanas de tira y afloja que habíamos pasado Martín y yo desde el primer día que nos cruzamos, había aprendido que era imposible controlar lo que ocurría a mi alrededor. Sabía que era mejor respirar hondo y afrontar las cosas como vinieran.

Pensé que, precisamente, aquella corta separación forzosa sería una forma como otra cualquiera de saber si lo que había entre los dos era algo más que la atracción física que sentíamos cuando estábamos cerca.

Me propuse disfrutar aquellos días en familia. Pero el propósito me duró el tiempo que tardó mi madre en contarme la mañana siguiente a mi llegada, mientras nos preparábamos el desayuno, que Alfredo y mi hija habían estado allí.

—¿Cómo? —pregunté atónita—. ¿Han pasado aquí dos días con vosotros?

—Sí. No deberías extrañarte tanto. La niña dijo que tenía muchas ganas de vernos. Así que el padre la trajo antes de irse a casa de tu suegra a pasar las Navidades.

—Exsuegra, mamá. Exsuegra.

—Bueno, hija, han sido muchos años. No termino de acostumbrarme a tu divorcio. Por cierto, ¡qué guapa está la niña! —dijo mi madre.

—No lo sé, porque a mí no ha querido visitarme.

—Es que, hija, no te has podido ir a vivir a otro sitio más escondido —me reprochó.

—Cuando vivía en la misma ciudad que ella, tampoco hacía mucho por verme —me defendí.

—A Alfredo se le veía muy decaído. ¿Sabes que se está divorciando?

—No. No lo sabía. Pero me importa una mierda lo que haga con su vida.

—Sara, hija, esa boca —me riñó como si aún fuera una cría—. Está muy arrepentido de lo que pasó.

—Sí, claro. Ahora.

—A lo mejor deberíais sentaros a hablar y solucionar vuestras diferencias —propuso, haciendo que se me quitaran las ganas de comer—. Seguro que podríais volver a ser una familia feliz. Solo tenéis que hacer borrón y cuenta nueva.

—Mira, mamá, entre Alfredo y yo no va a volver a haber nada —aseguré, dejando la taza en la mesa con más fuerza de la que pretendía—. Por si lo has olvidado, me engañó. Me dejó por otra, a la que dejó embarazada, y se casó con ella. Tiene una hija recién nacida. Eso no se puede borrar. Ni el daño que me hizo se puede olvidar.

—Pero, cariño, él sabe que cometió una equivocación. Está dispuesto a hacer lo que haga falta para que vuelvas con él —insistió.

—Pues que me deje en paz.

—No seas tan cabezota. Hay que saber perdonar para que funcione un matrimonio.

—Mamá, ya no somos un matrimonio. ¿Cuándo vas a asumirlo? Además, no se trata solo de perdonar, que no me da la gana de hacerlo, por cierto, y estoy en mi derecho —solté enfadada—. Después de lo que hizo, ni siquiera le conozco.

—Pues dale una oportunidad para empezar de cero —insistió en su empeño—. Seguro que...

—Mamá, ¡ya basta! —la corté y me levanté de la silla para irme antes de que explotara—. Ya he empezado desde cero una vida en la que soy muy feliz. Así que como me vuelvas a sacar el tema, me monto en mi coche y me vuelvo al pueblo.

—¿Con el tipo ese con el que estás liada? —preguntó cuando estaba a punto de cruzar la puerta, haciendo que me girara en redondo—. Alfredo me contó su encuentro con él en tu casa. Estaba desolado, Sara. Y yo estoy sorprendida, no esperaba que ya hubieras metido a otro en tu cama.

—¿En serio me estás reprochando que después de casi dos años hubiera rehecho mi vida al lado de alguien? ¿De verdad me estás juzgando por seguir adelante y tratar de ser feliz, después de que fuera él quien destrozara nuestro matrimonio? ¿Cómo puedes olvidar lo que me ha hecho con tanta facilidad y pedirme que le perdone?

Pero mis preguntas no obtuvieron ninguna respuesta por su parte y nos quedamos mirando la una a la otra durante unos interminables segundos.

—¿Quieres saber la verdad de lo que ocurrió aquel día que se presentó en mi puerta sin avisar, y por qué estaba aquel hombre allí cuando regresó?, ¿o con las mentiras que te haya contado Alfredo tienes suficiente?

—Claro que quiero saber la verdad.

—Después de que apareciera en mi casa como si nada, pensando que con llegar con un ramo de rosas en mi puerta iba a conseguir sus propósitos, estaba muy enfadada. No se me ocurrió otra estupidez que emborracharme. Sí, no me mires así —le dije al ver su cara horrorizada—. Cogí unas botellas y empecé a servirme chupitos. Uno por cada agravio sufrido en nuestro matrimonio. Así que imagina lo larga que era la lista para acabar como lo hice. El que le abrió la puerta la mañana siguiente fue mi vecino, que había venido a pedirme que bajara la música que tenía puesta a toda voz tratando de no pensar —le conté—. Pero, en vez de hacerlo, terminé peleando con él hasta que todo el alcohol que había bebido decidió salir de mi cuerpo en forma de catarata. Menos mal que me dio tiempo de llegar al baño, si no, al pobre le vomito encima. Me ayudó y me llevó a la cama. —Hice una pausa y recordé la dulzura de sus palabras mientras

lo hacía—. Limpió todo y se quedó cuidando de mí toda la noche. Lo de hacerle creer a Alfredo cuando regresó que había algo más fue cosa suya, porque pensó que así me ayudaba a alejarlo de allí. Y, ¿sabes? Hizo bien. No te imaginas cómo se lo agradecí. —Y desde luego que mi madre no se hubiera imaginado lo que realmente le hice a Martín en mi arrebató cuando fui a pedirle explicaciones—. Así que deja ese tema de una vez, porque yo este año no tenía ni pizca de ganas de Navidades, fiestas, ni gilipolleces parecidas. Si voy a tener que estar escuchándote hacer campaña por Alfredo, prefiero estar sola en mi casa. Tú decides —le solté, y me fui hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—A mi cuarto a trabajar. Así, al menos, aprovecho el tiempo —respondí y me marché sin darle opción a contestarme.

Me senté frente a mi escritorio y encendí el portátil dispuesta a pasarme allí encerrada hasta la cena de Nochebuena preparando el lanzamiento de mi siguiente novela. Me coloqué los auriculares para no tener que escuchar el CD de villancicos que a mi madre le gustaba poner a todas horas en aquellas fechas.

En aquel momento, si volvía a escuchar otra vez *Campana sobre campana*, estaba segura de que me liaría a golpes con el altavoz del equipo de música. Por eso preferí autoencerrarme en mi cuarto antes que estropearles la Navidad a los demás, porque yo me sentía más cercana al Grinch que a cualquier otra cosa.

Si no me transformé en él durante aquellos días fue por los mensajes que me enviaba Martín a lo largo del día, pero, sobre todo, por las interminables conversaciones que manteníamos por las noches en videollamada. Abrazaba mi almohada y me imaginaba que lo tenía a mi lado. Eso hacía que me durmiera con una sonrisa en la cara.

Fue precisamente él quien me hizo darle a mi madre una nueva oportunidad al hacerme comprender que para ella debía ser complicado asumir mi situación.

—Pertenece a otra generación, Sara. A una en la que los matrimonios eran para toda la vida y se aguantaba cualquier cosa porque no se permitía otra opción —dijo, refiriéndose a nuestras madres—. A la mía también le costó asumir mi divorcio. Se llevó un enorme disgusto que le duró mucho tiempo cuando se enteró. Y eso que fue una separación amistosa y sin dramas.

—Pero es que no entiendo que hable de él como si fuera la víctima. Y para colmo, me echó en cara que pudiera haber alguien en mi vida. Como si no tuviera derecho a rehacerla después de lo que he pasado —protesté.

—Eso es porque no me conoce aún —comentó con una de esas sonrisas tuyas tan irresistibles.

—Te veo muy seguro de ti mismo y tu atractivo.

—Oh, vamos, sabes que soy un partidazo. Lo que cualquier madre querría para su hija: director del instituto, sueldo fijo, casa propia, cocino, plancho, limpio, voluntario de Protección Civil y en el ayuntamiento, hago vida sana, me mantengo en forma... No puede pedirle nada más a un yerno —dijo tras enumerar un buen montón de las cualidades que tenía.

—Se te ha olvidado mencionar que eres guapo y estás muy bueno —le recordé entre risas.

—Bueno, eso salta a la vista, no haría falta que se lo dijera.

—Y añade a la lista que eres un chulito muy creído —apunté, provocando que soltara una carcajada.

—Uno que te echa mucho de menos y daría cualquier cosa por tenerte ahora mismo a su lado —cambió de tema, haciendo que me dieritiera con sus palabras.

—Yo también estoy deseando que estemos los dos de vuelta en el pueblo. Ojalá no hubiéramos tenido que separarnos —reconocí con un suspiro.

—¿Quieres que cambie el billete y vaya a buscarte? —me sorprendió preguntándome—. Puedo estar ahí mañana.

—¿Lo harías?

—Solo dime tu dirección y voy a rescatarte —respondió, poniendo una sonrisa tonta en mi cara.

Reconozco que lo dudé un instante. La posibilidad de encontrarme entre sus brazos en pocas horas era muy tentadora.

—No, Martín, quédate con tu familia como tenías planeado —le pedí en un arranque de cordura que me costó horrores, porque mi cuerpo me pedía tenerle a mi lado—. No quiero ser la responsable de arruinarle la Navidad a tu madre. Yo no tengo esa larga lista de cualidades para convertirme en la nuera ideal. No puedo permitirme empezar con mal pie —dije para tratar de quitarle intensidad al momento.

—¿De verdad crees eso? —preguntó con sorpresa—. No puedes estar más equivocada.

—A ver... Recién divorciada. Vivo de alquiler. No solo no tengo un trabajo fijo, sino que soy una loca tratando de ganarse la vida como escritora en España. Reconoce que no son las mejores credenciales para presentarse a una suegra —admití.

—Eso son solo pequeños detalles sin importancia. Te has ganado el cariño de todos en el pueblo en cuanto llegaste. Ella no va a ser menos. Lo único que le va a importar es lo feliz que soy a tu lado. Te adorará en cuanto te conozca solo por eso.

—No sé yo.

—Además, los Reyes Magos le van a traer los libros de Violette Dumont. Le va a encantar cuando sepa que esa escritora ha conseguido que su hijo abandone la soltería voluntaria que tanto la traía de cabeza.

—Si me hubieras dicho que ibas a regalárselos, se los hubiera dedicado. No pensarás contárselo estos días, ¿no?

—Habíamos quedado en esperar, ¿recuerdas? Pero sabe que algo muy bueno tiene que pasarme. No se me quita la sonrisa de la cara porque me paso el día pensando en ti.

—Dios mío, deja de decirme esas cosas o voy a ser yo quien vaya a Santander a buscarte —le avisé.

—Si eso es lo que hace falta para tenerte cerca, no voy a parar de hacerlo hasta que llegues —dijo con esa sonrisa que me volvía loca.

—Tonto —sonreí a mi vez encantada de sus palabras.

Así pasamos el resto de noches que duró aquella separación navideña.



El camino de regreso al pueblo lo hice casi sin darme cuenta. Tenía tantas ganas de encontrarme en casa que hasta salí antes de lo que tenía planeado. Quería tener el almuerzo preparado cuando Martín llegara del aeropuerto. Incluso dejé la compra hecha para no tener que salir el resto de la semana y poder aprovechar al máximo el tiempo que a él le quedaba de vacaciones en el instituto.

El reencuentro aquel 30 de diciembre fue, como diría mi amiga Esme, espectacular. Y es que él convertía en maravilloso cada momento a su lado.

El nuevo año lo recibimos abrazados en el sofá frente a su chimenea. Prescindimos de las doce uvas, tradición que nunca me había entusiasmado, e instauramos una nueva: un beso por cada campanada. Reconozco que parecíamos dos quinceañeros, pero también te diré que en mi vida había empezado un año de mejor manera ni más ilusionada que en aquel momento. Me sentía

feliz, y cada día un poco más enamorada. Sí, no podía seguir negándolo. Aunque aún me asustaba cuando lo pensaba, Martín se había adueñado de mi corazón.

Pasamos el resto de los días de aquellas Navidades viviendo en nuestra propia burbuja de felicidad donde nadie más tenía cabida. Bueno, había un hueco para Argos, testigo mudo de nuestra historia. Pero el resto del mundo se mantenía ajeno a lo que ocurría entre los dos.

Pero nada es eterno. Y como toda burbuja, al final termina explotando, la nuestra duró hasta apenas una semana después de que volvieran a empezar las clases.

Aquel sábado llamé a Pablo para que me solucionara un problema que tenía para con mi nueva *tablet*. Cuando llegó, Nora pasaba por delante de casa paseando a Argos porque Martín había tenido una reunión de la comisión del Ayuntamiento, y luego debía supervisar algo de Protección Civil. La invité a pasar y preparé la merienda para los tres. Estaba dándole un bocado al bizcocho que me había regalado la señora Maruja cuando me hizo una inesperada pregunta.

—Sara, ¿vendrás al colegio conmigo el día de las profesiones?

—Nora, ese día tienes que llevar a alguien de la familia para que explique en qué consiste su trabajo —le recordó su hermano.

—Ya lo sé. Como es la novia del primo Martín, eso debería contar como familia, ¿no? —le respondió, haciendo que me atragantara.

—¿Qué estás diciendo, moco? ¿Ya estás inventándote historias? —le reprendió Pablo.

—No me estoy inventando nada —se defendió—. Díselo tú, Sara. ¿A que eres su novia? —me preguntó, haciendo que su hermano se volviera a mirarme.

—Yo-yo... No sé de qué estás hablando, Nora.

—¡Oh, vamos! Si os he visto —insistió la niña.

—¿Qué es lo que crees que has visto? —pregunté, pálida solo de pensar que Nora hubiera visto a través de alguna ventana alguno de mis «encuentros» con Martín.

—Cómo os despedíais por la mañana, muy pegados uno al otro, con besos de esos de novio —contó—. Dos días os he visto. Eso significa que sois novios, ¿no?

—Bueno..., nosotros... —empecé a balbucear mientras Pablo me miraba boquiabierto—. Sí, más o menos somos... Es complicado, Nora. Por favor, no se lo cuentes a nadie. Ninguno de los dos —rogué, mirando suplicante a su hermano.

—¿Por qué? ¿Eso es malo? —preguntó ella confusa por la situación.

—Nora, si ella no quiere que cuentes nada, tienes que hacerle caso. No puedes ir contando chismes de la gente —salió Pablo en mi ayuda.

—Mira, Nora —empecé a explicarle—, Martín y yo no queremos que nadie lo sepa todavía.

—¿Os da vergüenza? —me interrumpió.

—No. No es eso —respondí sonriendo—. Es solo que este es un pueblo muy pequeño. Hace muy poquito que estamos juntos y queremos esperar a saber que lo nuestro va bien antes de que lo sepa todo el mundo y estén pendientes de nosotros. Porque si rompemos, sería muy incómodo. Solo queremos asegurarnos de que no nos estamos equivocando. No sé si me entiendes.

—Claro que sí. No soy una niña pequeña. Acabo de cumplir doce años —se defendió.

—Entonces, ¿nos guardarás el secreto? —le pregunté más tranquila—. Los dos —dije, mirando a ambos.

Aunque me aseguraron que no contarían nada, yo no estaba tan segura de que pudiéramos mantener lo nuestro oculto mucho tiempo. La sola idea de que se hiciera público, y estuviéramos en el centro de los cotilleos del pueblo durante una temporada, me empezó a agobiar.

Cuando se marcharon, le mandé un mensaje a Martín y me quedé sentada junto a la mesa de la cocina dándole vueltas al tema. Apenas unos minutos después, vi su coche entrar por el camino.

Me sorprendió que llegara tan pronto cuando no le esperaba hasta final de la tarde. Aparcó y se quedó dentro del coche.

Tras observarle unos segundos por la ventana, empecé a preocuparme. Estaba serio y pensativo. Nada que ver con el Martín del que me había despedido aquella mañana después de desayunar.

Agobiada, salí de casa y me acerqué al vehículo. Entonces, él me vio y pareció reaccionar. Bajó y se quedó mirándome sin decir nada.

—¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo para que estés así? —pregunté asustada por momentos.

—No sé, dímelo tú —respondió con el rostro tenso.

—Nora y Pablo lo saben. Lo nuestro —expliqué al verle fruncir el ceño—. La niña nos ha visto despedirnos un par de días de modo cariñoso, y dice que somos novios.

—¿Y eso es tan grave?

—¿Te da igual que lo sepan?

—No. Yo también quería esperar a que estuvieras segura de esto, pero no íbamos a poder ocultarlo mucho tiempo.

—Han prometido guardarnos el secreto. Por ahora.

—Entonces, ¿por qué has tomado esa decisión?

—¿De qué hablas? Yo no he tomado ninguna decisión. Solo te lo estoy contando para que estés preparado si te dicen algo —respondí sin entender nada—. Pero tú vienes como si te hubieran dado la peor noticia del mundo. ¿Qué ha pasado en la reunión?

Entonces fue él quien me miró confundido, hasta que poco a poco su rostro se fue relajando e incluso empezó a esbozar una ligera sonrisa.

—¿Tú eres consciente del mensaje que me has enviado? —preguntó, cruzándose de brazos—. ¿No sabes lo que significan esas tres palabras?

—¿Qué le pasa al mensaje? Solo te decía que... ¡Opss! —exclamé, llevándome la mano a la cara y tapándome la boca cuando busqué el texto y lo leí—. ¿Has creído que yo iba...?

—Así es, señorita. Cuando lo he leído, he pensado que ibas a romper conmigo. He dejado al pobre Juan empantanado con los papeles y he venido enseguida para hacerte cambiar de opinión.

—Lo siento, Martín. No me di cuenta de lo que escribía. No pensaba que te lo ibas a tomar así —empecé a justificarme al comprender lo que tuvo que sentir al leer el mensaje.

—¿Cómo creías que iba a tomarme ese «Tenemos que hablar»? —preguntó, poniéndose serio de nuevo—. Es de primero de pareja. Si te dicen tenemos que hablar, van a dejarte sí o sí. La decisión está tomada.

—Ay, pobrecito, por eso tenías esa expresión tan agobiada —dije, acercándome a él con cara de niña buena para rodearle el cuello con los brazos—. Yo no quiero dejarte, tonto. ¿Me perdonas? —le pedí y puse morritos al ver que no contestaba—. Te voy a compensar por el disgusto que te has llevado sin motivo.

Trató de mantener su pose indignada, pero no pudo mucho tiempo. Sobre todo, cuando empecé a besarle el cuello mientras le repetía que lo sentía una y otra vez. Finalmente, me rodeó con sus brazos y respondió a mis muestras de cariño.

—Tendrás que esforzarte mucho, porque el susto ha sido demasiado grande —susurró a mi oído mientras sus manos bajaban por mi espalda hasta mis glúteos y me pegaban a él para que pudiera sentir la excitación que se abultaba en su entrepierna.

—Te prometo que haré que te olvides de todo. Pero vamos dentro, no vayan a vernos más vecinos.

Sin dejar de besarnos, tiré de él hasta su casa, que era la que estaba más cerca. Nada más abrir

la puerta, Argos salió para saludar. Al darse cuenta de que estábamos muy entretenidos el uno con el otro, se fue hacia el coche y se dedicó a olfatear los neumáticos, ignorando las llamadas de su dueño para que volviera.

Llevado por la urgencia del momento, Martín entrecerró la puerta y volvió a dedicarme toda su atención. Atravesamos la cocina tropezando con todo porque éramos incapaces de separar nuestros cuerpos.

Ni siquiera intentamos subir al dormitorio. Estaba demasiado lejos. Así que terminé tumbada en el sofá con él encima de mí, besándome como si quisiera devorarme. Bajó con su boca por mi cuello haciéndome gemir, mientras su mano buscaba liberar mis pechos del sujetador. Empezaba a subir la prenda cuando un ruido llamó su atención y se detuvo.

—¿Por qué paras? —pregunté entre jadeos, ansiosa de sentir sus labios saborear mis endurecidos pezones.

—¿Se puede? —escuché una voz extraña para mí, que hizo que los dos giráramos la cabeza hacia la puerta de la cocina.

—¿Sergio?

—¡Papá! —exclamó a su vez el desconocido, que nos miraba boquiabierto.

—¿Papá? —pregunté antes de darme cuenta de que aquella versión morena y más joven del hombre que aún seguía sobre mí no era otro que el hijo de Martín.



28

Nadie es tan valiente

que no sea perturbado por algo inesperado.

Julio César

No podía creermelo lo que veían mis ojos. En la puerta de la cocina estaba mi hijo, con una maleta, una gran bolsa de deporte a su lado y una mochila al hombro, mirándonos boquiabierto. Sara y yo nos levantamos de un salto del sofá y nos pusimos la ropa bien.

—Siento haber entrado sin llamar. No contestabas y... y la puerta estaba abierta —se disculpó.

—Es que Argos no quería entrar y por eso la dejé así —conseguí decir—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado?

—Verás, yo... no sabía que tenías visita. Siento haberos interrumpido. Mejor vuelvo más tarde —dijo a la vez que recogía la bolsa de deporte.

—No. No pasa nada, Sergio. No tienes que irte.

—Lo mejor será que me vaya yo —afirmó Sara, que aún tenía las mejillas encendidas, en parte por la pasión que nos consumía momentos antes, y en parte por la vergüenza de ser descubiertos en aquella situación.

—No hace falta —me opuse, y agarré su mano para evitar que se fuera, temiendo que aquello se convirtiera en un nuevo alejamiento por su parte.

—Seguro que tendréis mucho de qué hablar —comentó, volviéndose hacia mí—. Llámame luego —me susurró justo después de darme un rápido beso en la mejilla.

Antes de que pudiera decir nada más, se escabulló hacia su casa sin atreverse a levantar la vista para mirar a mi hijo.

—No te quedes ahí. Entra —le pedí al cabo de unos segundos de mirarnos en silencio.

—De verdad que lo siento. No sabía que tenías compañía este fin de semana —volvió a disculparse—. Quizá deberías ir a buscar a tu amiguita para que no se quede dando vueltas por ahí sola mientras...

—Sara no es mi amiguita —le interrumpí en un tono más duro del que yo mismo esperaba, haciendo que Sergio se tensara al momento—. Y no estará dando vueltas. Se ha ido a su casa. Es mi vecina —dije, suavizando el tono.

—Así que tienes un lío con tu vecina. Mira qué bien. Siempre la tienes a mano —soltó con una sonrisa mientras metía su equipaje en el salón.

—No tengo un lío con ella —negué molesto—. Es mi novia.

—Vaya. Perdona. No lo sabía.

—¿Por qué tendrías que saberlo?

—No sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Pensaba que mamá o la abuela me lo habrían dicho. Ellas siempre me cuentan cosas de ti.

—Ellas no lo saben —confesé, haciendo que frunciera el ceño sorprendido.

—¿No quieres que lo sepan?

—No les he dicho nada aún —le aclaré—. En el pueblo no lo saben. Llevamos muy poco tiempo juntos. No queremos la presión de todos los ojos puestos sobre nosotros. Sería muy incómodo para los dos si no nos va bien y rompemos.

—Pues, por lo que he visto hace un rato, os va de puta madre —soltó con una sonrisa socarrona—. Menuda escena erótica que os estabais montando en el sofá. Me alegro por ti. Y por mí también.

—¿Por ti? —pregunté sin comprender.

—Mamá siempre dice que soy igualito que tú. Me alegra haber heredado tu genética y saber que cuando sea tan viejo como tú, todo seguirá funcionando con tanto entusiasmo —dijo, riendo, mientras señalaba mi entrepierna, que aún no había perdido toda la excitación de momentos antes.

—Sabes que me jode que me llames viejo —le reprendí a la vez que metía las manos en los bolsillos del vaquero para disimular mi erección—. Y, ahora, ¿quieres explicarme qué haces aquí? ¿No deberías estar en la universidad?

—Lo siento..., papá —se disculpó por tercera vez haciendo un esfuerzo por llamarme así mientras se ponía serio—. Yo... necesitaba alejarme de aquello y... replantearme mi futuro. No sé si quiero seguir allí.

Entonces fui yo quien se puso serio de golpe ante unas palabras que resonaron terriblemente

familiares en mi cabeza.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté, preocupado por momentos mientras le veía sentarse—. Creía que te iba bien la carrera y estabas contento en la facultad. Tu madre no me ha dicho que hayas tenido ningún problema. Según ella, estabas aprobando todo con buenas notas —añadí, sentándome frente a él.

—Ella no sabe que estoy pensando dejarlo. Y tampoco sabe que estoy aquí.

—Sergio, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —insistí.

—No, papá. Es solo que no sé si aquel es mi sitio. No estoy seguro de que ser ingeniero sea realmente lo que quiero ser el resto de mi vida —empezó a decir—. Necesitaba poner distancia y pensar. Si se lo decía a mamá y volvía a casa, pondría el grito en el cielo. Se pasaría todo el día tratando de convencerme de que es lo mejor para mi futuro —se justificó—. Y yo... yo... no estoy tan convencido de querer seguir sus pasos. Pensé que, si venía aquí, tú... tú... me entenderías y no te importaría que me quedara una temporada contigo mientras me aclaro. Pero creo que no ha sido una buena idea —añadió, echándose para atrás él solo—. En realidad, somos como dos desconocidos, y tú estás empezando con alguien. Lo que menos necesitas es una visita inoportuna. Será mejor que me vaya —susurró, y se levantó para ir hacia sus maletas.

—Sergio, vuelve a sentarte. Por favor —le pedí—. Por supuesto que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras.

—Pero no quiero molestarte.

—Hijo, no me molestas. Me sorprende —reconocí—. Lo que menos podía imaginarme, después de estos últimos años, era verte aparecer en mi casa dispuesto a pasar aquí una temporada. No sabes la de veces que he deseado que ocurriera.

—¿De verdad que no te importa? Aunque te haya estropeado el momento.

—A pesar de eso —sonreí—. Anda. Ven aquí y deja que te dé un abrazo de bienvenida, inoportuno —le pedí mientras me levantaba y me acercaba a él.

Nos fundimos en un largo abrazo del que mi hijo no hizo por desprenderse. Uno que llevaba años deseando que se produjera y que me emocionó más de lo que esperaba.

—Vamos a llevar tus cosas a tu cuarto —dije al separarme de él, y me volví hacia su equipaje para evitar que viera en mi cara cuánto me había afectado aquel gesto—. Por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí? Y, ¿cómo has encontrado mi casa? Nunca habías venido desde que la compré.

—Cogí un *blabla* desde la estación —me contó mientras subíamos la escalera—. Le pagué al chaval un extra por acercarme a la entrada del pueblo. Luego, solo tuve que preguntar por la casa de Martín, el director del instituto.

—Si me lo hubieras dicho, te habría recogido yo.

—Es que no estaba seguro de venir —reconoció—. Y no quería que lo supieras por si me arrepentía en el último momento.

—Pues me alegro de que no hayas cambiado de idea, Sergio. Me gusta que estés aquí —admití, abriendo la puerta de su dormitorio—. Supongo que imaginarás que ya sabrá hasta el último vecino que has venido. Lo raro es que no haya aparecido aún tía Flora. Estará llamando a tu abuela para contárselo —le aseguré, y los dos nos reímos un momento—. Así que deja las maletas, ya las desharás luego. Refréscate un poco mientras llamo a tu madre, y vamos a ver a la tía.

—Vale, papá —aceptó—. Creo que terminaré acostumbrándome a llamarte así —admitió antes de que me marchara de la habitación.

—Ya era hora, chaval —dije con una gran sonrisa—. Y, por cierto, mantén la boca cerrada

sobre lo mío con Sara, o yo mismo te llevo a casa de tu madre.

—Tranquilo, viejo. Te guardo el secreto. Perdón, viejo no, papá. Papá —se carcajeó el niño ante mi cara asesina.

La llamada con mi exmujer duró más de lo que pensaba. Resultó extraño aquel intercambio de los papeles que habíamos ocupado en los últimos años.

Como ya supuso Sergio, su madre se alteró bastante con la noticia. Insistía en hablar con él. Me costó convencerla de que no cogiera un avión y viniera a casa para buscar al chico y llevárselo a rastras de vuelta a la universidad. Algo que yo no quería, por nada del mundo, para una vez que mi hijo recurría a mí. Tenía la intuición de que su aparición allí escondía más de lo que me había contado. Necesitaba tiempo para conseguir que se abriera conmigo.

Tampoco quería más visitas inesperadas rondando por mi casa e interponiéndose entre Sara y yo. No estaba seguro de cómo iba a afectarnos que Sergio se instalara conmigo, cuando aún estábamos empezando nuestra relación. Y me quedaba por averiguar la repercusión de la pillada que habíamos sufrido en el sofá.

Eso solo pude averiguarlo al final de la tarde, cuando mi tía nos dejó marcharnos de su casa después de rechazar un millón de veces su invitación a cenar. Y es que Flora agarró del brazo a mi hijo cuando llegamos y no parecía dispuesta a soltarlo en todo el fin de semana. Solo tras repetirle una y mil veces que necesitaba descansar después del largo viaje y prometerle ir a almorzar al día siguiente, nos dejó ir.

Dejé a Sergio en casa, deshaciendo la maleta, y me acerqué a la de Sara. Apenas habíamos intercambiado un par de mensajes y necesitaba hablar con ella.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó después de recibirme con un beso, lo que me tranquilizó bastante.

—Viene a quedarse una temporada. Dice que no sabe qué quiere hacer con su vida, y necesita pensar —le expliqué sin soltar su cintura—. Su madre está que trina. Espero haberla convencido de que no venga a llevárselo a rastras a la universidad.

—Normal. Estará subiéndose por las paredes desde que se ha enterado. Yo lo estaría —dijo, poniéndose en el lugar de mi exmujer.

—Ya. Pero es raro estar en el otro lado. Normalmente, soy yo quien se entera el último, por teléfono y sin poder intervenir. Va a ser complicado —reconocí.

—Pero lo importante es que ha venido a buscarte. Es una buena oportunidad para recuperar vuestra relación —dijo, acariciándome la mejilla—. Me alegro mucho por ti.

—Lo sé. Estoy contento de que haya venido. Aunque va a ser todo más complicado con él en casa. Nosotros estamos bien, ¿verdad? —me atreví a preguntar.

—Claro que sí —respondió sin dudar—. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

—No sé. Es que cuando te vi irte a toda prisa, yo... recordé las otras veces en las que has salido huyendo y... Joder. Me acojoné —admití en voz alta.

—Bueno, es que... me moría de la vergüenza —confesó y se refugió en mi pecho—. No quiero ni pensar que hubiera llegado unos minutos más tarde.

—Hubiera sido muy incómodo.

—¿Incómodo?! —exclamó mientras se separaba lo suficiente para mirarme a la cara—. Si tu hijo nos hubiera encontrado en medio de..., creo que me hubiera muerto en ese mismo momento.

—No hubiera sido para tanto —reí—. ¿Qué pasa? ¿Nunca te han pillado en una situación comprometida?

—Por supuesto que no —respondió, mirándome ofendida—. Me gusta asegurarme de no hacer nada en un lugar donde puedan verme.

—Menos cuando se trata de mí. Entonces pierdes los papeles —le recordé riendo, haciendo que arrugara la nariz enfadada de aquella manera que me resultaba irresistible.

—No te rías de mí, capullo.

—No lo puedo evitar. Me encanta cuando te enfadas así conmigo y pones esa cara indignada. No sabes cuánto me pone verte así —reconocí, le di un beso en la nariz mientras su rostro cambiaba a una expresión de asombro y luego me apoderé de sus labios.

—Eres tonto —jadeó cuando los liberé al cabo de un rato.

—Un tonto que se muere por ti —admití antes de volver a besarla.

Conseguí parar antes de que se me olvidara todo lo demás y me la llevara al dormitorio para no salir de allí en toda la noche.

—Deberías volver a tu casa —dijo al cabo de unos minutos abrazados en silencio.

—¿Por qué no vienes a cenar? Así os conocéis —le pedí.

—Hoy no —respondió—. No creo que sea capaz de mirarle a la cara sin morirme de vergüenza.

—Mañana tenemos que ir a almorzar a casa de Flora. Tuve que prometérselo o no nos hubiera dejado salir de allí. Vete a saber a qué hora volvemos.

—Tranquilo. Tengo mucho trabajo. Y, además, con lo de preparar el primer fin de semana del taller de escritura en el pueblo, hay mucho que organizar. Me vendrá bien que estés ocupado el resto del fin de semana y no me distraigas.

—¡Oye! ¿Eso soy yo para ti? ¿Una mera distracción? —fingí enfadarme, haciéndola reír.

—Sí. Porque cuando te tengo cerca, me olvido de todo lo demás y soy incapaz de razonar —confesó para mi satisfacción—. Y, ahora, márchate de una vez o no respondo de mi cuerpo.

—Eso suena demasiado tentador —ronroneé, pegándola más a mí para darle un beso.

—Largo. Ve a disfrutar de esta noche con tu hijo —me exigió, empujándome suavemente para alejarme de ella.

A regañadientes, me marché de su lado e hice el trayecto a mi casa con una sonrisa en la cara.

—Vaya. Sí que te ha dado fuerte lo de tu vecina —oí la voz de Sergio nada más entrar en la cocina.

—¿No tenías nada mejor que hacer que espiarnos por la ventana? Si ya has deshecho el equipaje, podrías haber empezado a preparar la cena.

—Yo solo vine a por una cerveza y no he podido resistirme a ver el espectáculo —dijo, encogiéndose de hombros antes de darle un trago al botellín que llevaba en la mano—. Hacéis una buena pareja. ¿No viene a cenar?

—No. Aún no se ha recuperado de tu entrada sorpresa —le conté—. Y, por cierto, cuando venga por aquí, cuidadito con las bromas —le advertí—. Como metas la pata, te monto en el coche, te llevo a casa de tu madre y te las apañas con ella.

—Tranquilo, viej..., digo, papá —rectificó—. Cuando me la presentes, seré el hijastro ideal. ¿Se molestará si la llamo madrastra?

—¡Sergio!

—Es broma, es broma. Tenías que haberte visto la cara —se defendió entre carcajadas.

—Joder. Esto va a ser un suplicio —resoplé mientras abría la puerta del frigorífico y él seguía riéndose.

Aunque debo reconocer que estaba encantado con la situación. Nunca hubiera imaginado que estuviéramos los dos así.

La velada transcurrió de maravilla. Cenamos y nos sentamos en el sofá a ver la tele. Bueno, en realidad, la tuvimos encendida sin echarle prácticamente cuenta. No recordaba otra ocasión

donde hubiéramos hablado durante tanto rato. Era estupendo tener a mi hijo en casa por fin.

Pero cuando cerré la puerta del dormitorio y me enfrenté a la cama vacía, fui consciente de cuánto me hubiera gustado que ella estuviera allí. Y no solo porque me había quedado con las ganas de continuar lo que Sergio nos había interrumpido. Quería compartir con ella lo feliz que me sentía en aquel momento.

Estuve tentado a llamarla. Lo más seguro era que se hubiera quedado trabajando. Decía que era ave nocturna y que se concentraba más de noche para escribir. Por eso no quise interrumpirla. Me limité a mandarle un mensaje y me acosté dispuesto a dormirme pensando en ella.



29

La luna llena se desespera como un volcán en erupción.

Así que ábreme la puerta, que entro hasta tu corazón

Manuel Carrasco. *Tan solo tú*

Me quedé mirando cómo Martín volvía a su casa con una sonrisa. Aunque lo que me hubiera gustado era que se quedara conmigo todo el fin de semana. Reconozco que me encantó las dos veces que ese día había venido a buscarme preocupado por nuestra relación. Nunca imaginé que un hombre como él pudiera entregarse de esa manera. Había puesto su corazón en mis manos sin exigir nada a cambio. Y yo no estaba acostumbrada a eso. Durante toda mi vida, había estado en su lugar, haciéndolo todo por otra persona que creía que era el amor de mi vida y que terminó siendo la mayor y más dolorosa decepción.

A veces, cuando pensaba en lo que había surgido entre los dos, me invadía el miedo. Miedo a no poder corresponderle como se merecía y hacerle daño. Aunque también era consciente de que cada día que pasaba estaba más enamorada de él. Solo tenía que dejarme llevar por lo que sentía. Pero no era capaz de apartar a un lado el temor a volver a sufrir. Las heridas aún eran demasiado recientes.

Entré en casa y me senté en mi escritorio. Debía aprovechar aquella separación momentánea y concentrarme en el trabajo. Esa faceta de mi vida iba viento en popa. El lanzamiento de mi siguiente novela estaba en marcha. El proyecto con la editorial también seguía adelante sin problemas. Y mi idea de los talleres literarios en el pueblo había tomado forma y ya había fecha para realizar dos de ellos. Solo nos quedaba terminar de perfilar el programa de los mismos, empezar a darle publicidad y cruzar los dedos para que funcionara. Deseaba con todas mis fuerzas que salieran adelante. Quería poder ayudar a que el pueblo tuviera un futuro. Por ellos y por mí.

Pasé el resto del fin de semana dedicada a mi trabajo, intercambiando mensajes con Martín, y echándole mucho de menos.

El lunes por la mañana, cuando le vi salir hacia el instituto con su hijo desde la ventana de la cocina, decidí que les invitaría a cenar. Era ridículo seguir evitando el conocer formalmente a su hijo. Cuanto antes empezáramos a normalizar la situación, mejor para todos. Sobre todo, para mí, que me moría por volver a estar con él como lo habíamos estado hasta unos días antes. Así que le mandé un mensaje para preguntarle si vendrían a casa. Enseguida respondió que sí.

Después de pensar qué prepararía para esa noche mientras apuraba mi café y comprobar que tenía todo lo necesario, volví a mi escritorio para centrarme en el trabajo. El primero de los talleres de escritura se acababa de anunciar y había que moverlo por las redes sociales. Pasé la mañana con una mano en el móvil para promocionarlo, y la otra en el ordenador adelantando mi trabajo.

Aprovechando el día tan bueno que hacía, me senté un rato por la tarde en el patio a disfrutar del paisaje. Necesitaba despejarme de las horas que llevaba con la vista puesta en tantas pantallas. Apenas llevaba allí un cuarto de hora cuando Argos llegó hasta mí para saludarme con más entusiasmo de lo normal.

—Hola, cariño. Me has echado de menos, ¿eh? Yo a ti también —le dije mientras acariciaba su cabeza, sorprendida de que hubiera salido a pasear tan temprano, ya que sabía que Martín tenía la tarde muy ocupada con reuniones en el ayuntamiento.

Levanté la vista esperando verlo, pero quien llegó hasta mi valla fue su hijo. Era tan alto como su padre, aunque más delgado. Aún le faltaba por adquirir la rotundidad que aportan los años. El pelo dorado de Martín lo sustituía un cabello moreno que contrastaba con el azul de sus ojos, que eran iguales a los de su padre.

—Siento que se haya colado —se disculpó—. En cuanto doblamos la esquina, salió corriendo.

—No te preocupes. Siempre lo hace. Así le conocí. Esa puerta no cierra bien —comenté, señalando la verja—, y se coló en casa a curiosear la mañana siguiente de que me instalara cuando lo sacaba Nora de paseo.

—Eres Sara, ¿verdad? Yo soy Sergio. El hijo de Martín —se presentó.

—Sí. Lo sé. ¿Te apetece pasar a tomar algo? —le ofrecí mientras él entraba—. Acabo de hacer café. Pero si prefieres una cerveza.

—No. Un café está bien —aceptó—. Siento mi entrada del otro día —dijo cuando puse la taza ante él—. Vi la puerta abierta, y el coche de mi padre aparcado fuera. No se me ocurrió que pudiera haber nadie más. Y menos interrumpir un momento tan... tan... comprometido.

—Bueno, mejor vamos a olvidar lo del sábado, por favor —le pedí a la vez que sentía que empezaba a sonrojarme—. Hagamos como si no nos hubiéramos visto nunca. Hola, soy Sara. Encantada de verte por primera vez —me presenté y le tendí la mano.

—Sergio. Un placer conocerte —respondió a mi saludo con una sonrisa que se parecía mucho a la del hombre que me había conquistado.

—Y, ¿qué? ¿Paseando para conocer el pueblo?

—Sí. Mi padre tenía un par de reuniones esta tarde y me iba a aburrir mucho si le acompañaba —empezó a explicarme—. He estado un rato con Pablo en su casa, pero le han llamado para arreglar no sé qué problema con un *router* y he salido a dar una vuelta con Argos para hacer tiempo.

—Bueno, Martín tiene unos horarios muy apretados algunos días —reconocí—. A veces no sé cómo es capaz de llevarlo todo para adelante.

—Sí. Cuando me ha contado en todo lo que está metido, he flipado. No entiendo cómo ha tenido tiempo para echarse una novia —dijo riendo—. Me ha dicho que lleváis poco tiempo y que aún no lo sabía nadie.

—Desde unos días antes de Navidad. Es algo que nos cogió por sorpresa —le conté. Por algún motivo, me sentía muy cómoda hablando con él. Quizá fuera porque aquellos ojos eran demasiado familiares para mí—. Pablo y su hermana lo saben. Nora nos vio un par de mañanas despedirnos con un beso y no se le ocurrió otra cosa que soltarlo delante de su hermano un día que él estaba ayudándome a configurar mi *tablet* nueva.

—Nora es un poco terremoto.

—Y eso que aún no la conoces bien —le avisé riendo—. He visto que esta mañana has ido con tu padre al instituto.

—Sí. Me apetecía ver dónde trabaja. Así que he aprovechado la oportunidad.

—Él está muy contento de tenerte aquí mientras te tomas el tiempo que necesites para decidir qué quieres hacer.

—Sí. Esta mañana iba presentándome a todo el mundo, con una sonrisa de oreja a oreja cada vez que explicaba que era su hijo —me contó, arrancándome una sonrisa al imaginármelo—. Mañana iré con él a ver la oficina donde ayuda en el ayuntamiento, y luego nos pasaremos también por Protección Civil.

—Entonces parece que no vas a aburrirte.

—Desde luego que no —reconoció—. A este paso, mañana ya me habrá presentado a toda la comarca. No hay nadie que no le conozca.

—Así es. Todo el mundo le conoce. Y, además, le aprecian mucho.

—Ya me he dado cuenta. Parece que es un gran tipo. La verdad es que... que yo no... conozco mucho de su vida. Hemos estado muchos años distanciados por mi culpa —me contó, bajando la mirada, apenado.

—Lo sé. Pero no debes culparte. No eras más que un niño —traté de consolarlo, poniendo una mano sobre la suya, que reposaba en la mesa junto a su taza—. Lo que importa es que ahora estás aquí.

—¿De verdad es tan fácil que haya olvidado lo mal que me he portado con él?

—Créeme, Sergio, no sabes lo feliz que está ahora mismo tu padre porque hayas recurrido a él. Durante unos segundos, se quedó en silencio mirándome a los ojos.

—¿Sabes? Nunca he conocido ninguna pareja de mi padre después del divorcio —empezó a contarme—. Sé que tuvo una novia hace tiempo y que todo salió tan mal que nunca ha querido tener ninguna relación más. Pero ahora entiendo qué ha visto en ti para cambiar de opinión. Además de lo evidente, claro está —dijo mientras me abarcaba con un gesto de la mano que hizo que me ruborizara completamente.

—Yo... yo... —empecé a balbucear ante el inesperado piropo.

—Me va a encantar que seas mi madrastra —soltó con la misma sonrisa que su padre ponía cuando se metía conmigo.

—Tu, ¿qué?!

—Eres la novia de mi padre. Eso te convierte en mi madrastra —repitió riéndose.

—No lo había pensado. Madrastra. Qué mal suena.

—Vaya. Veo que ya os habéis presentado. ¿De qué os reís? —preguntó Martín, al que no habíamos oído llegar, desde el otro lado de la valla.

—Cosas nuestras —eludí responder—. Qué temprano has terminado hoy.

—No había mucho de qué hablar. Tus talleres ya están anunciados. Solo podemos cruzar los dedos y esperar que tengan éxito —respondió mientras llegaba hasta mí y me daba un ligero beso en los labios.

Aquel pequeño gesto delante de su hijo hizo que me ruborizara por un momento. Era la primera vez que demostrábamos en público nuestra relación. Sería tonta. Él nos había pillado en una situación mucho más comprometida días antes.

—¿Qué talleres? —se interesó Sergio.

—¿Quieres que vayamos preparando la cena y te lo cuento mientras tu padre va a ducharse? —le pregunté.

—¿Me estás echando? —protestó Martín.

—¿Acaso no es lo que pensabas hacer antes de venir a cenar?

—Qué bien me conoces. Me llevo a Argos y le pongo de comer mientras —dijo antes de emprender el camino a su casa seguido por el perro.

—No tardes —le pedí, y él levantó una mano con el pulgar hacia arriba sin volverse a mirar.

Cuando le perdí de vista, Sergio y yo nos fuimos a la cocina y empezamos a preparar la cena. La verdad es que era un buen chico. Y se parecía tanto a su padre. Resultaba curioso que a pesar del poco trato que habían tenido en los últimos años, los dos fueran tan semejantes en tantas cosas.

Pocos minutos después, Martín regresó y pasamos una velada estupenda los tres. Una de esas en las que estás tan a gusto que no quieres que acabe nunca. Pero el reloj no perdonaba, y al día siguiente él debía madrugar para ir al trabajo.

Les acompañé hasta la valla. Martín se quedó rezagado mientras Sergio salía.

—Os dejo un poco de intimidad para que os despidáis, parejita —dijo mientras salía al camino—. Y recuerda que mañana madrugas.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —le reprendió su padre.

—Un poco sí —admitió—. Hasta mañana, Sara —se despidió.

—Niñato —le increpó Martín, arrancándole una carcajada—. Parece que te estás divirtiendo —susurró al volverse hacia mí y verme sonriendo.

—Y tú también. Sergio es igualito a ti hasta en eso. Es un buen chico, y muy guapo. Debe haber dejado atrás muchas chicas suspirando por él.

—Eh. ¿Voy a tener que preocuparme por tener la competencia en casa? —dijo, frunciendo el ceño con expresión divertida—. No sabía que eras una asaltacunas.

—¿Te vas a poner celoso de tu hijo? —pregunté a la vez siguiéndole el juego—. Bueno, el chico está para mojar pan, pero me gusta más la versión madura. Es más *sexy* —añadí, regalándole los oídos.

—No sé yo. Igual tengo que plantearme mandarlo con la madre por si acaso.

—¿A quién quieres engañar? Estás encantado de tenerle aquí. Reconócelo. Estás feliz —le dije mientras me abrazaba—. Y cansado —advertí al ver las ojeras que lucía.

—Pero no tan cansado —me susurró al oído antes de darme un beso en el cuello.

—Seguro —suspiré mientras disfrutaba de sus besos—. Pero es mejor que te vayas a descansar o no vas a aguantar la semana que tienes por delante.

—Te echo de menos —se resistió.

—Yo también. El fin de semana será solo nuestro.

—¿Me lo prometes? —preguntó con su frente apoyada en la mía.

—No. Te lo exijo. Así que adviértele a tu hijo que dormirá aquí conmigo y no se permitirán visitas sorpresa.

—Eso está hecho —me aseguró antes de besarme.

Y durante un rato nos dejamos llevar por nuestros sentimientos, pues nuestras bocas se negaban a separarse. Cuando por fin lo hicimos, nos despedimos.



Al día siguiente, volvimos a cenar los tres juntos en casa. Y el miércoles lo hicimos en la suya. El jueves cenaron en la de Ramón y no pudimos tener nuestro pequeño momento cariñoso del día. Estaba casi dormida cuando me llamó.

—¿Te he despertado? —preguntó al oírme bostezar.

—No. Por unos segundos —reconocí.

—Tenía ganas de oír tu voz. Mañana no voy a dejarte dormir. No va a haber noche suficiente para desquitarme de esta semana sin ti.

—Eso espero, porque yo también tengo muchas ganas de tenerte entre estas sábanas. No sabes lo largas que se me están haciendo las noches sola —confesé.

—No me digas eso, que no voy a poder dormir pensando en todo lo que quiero hacerte mañana.

—Tendría que hacerles caso a las chicas y comprarme un *satisfyer* para ocasiones como estas.

—¿Qué?! Tú no necesitas un cacharro de esos teniéndome a mí.

—Ese es el problema, que hace casi una semana que no te tengo y estas horas van a ser eternas.

—Fuiste tú la que me pediste esperar al fin de semana —me recordó.

—Me equivoqué. Y si ahora tuviera uno de esos aparatos, se me haría más llevadera la espera. Martín, ¿estás ahí? —le pregunté después de unos segundos sin oírle.

—Ábreme.

—¿Qué?

—Que me abras la puerta.

Me levanté de un salto de la cama y bajé las escaleras. Tal como abrí, su boca se adueñó de la mía y sus manos me unieron a su cuerpo.

Sin despegarse de mí, cerró y me apoyó contra la madera. Sin dejarme decir ni una palabra, mientras su lengua invadía mi boca, metió su mano dentro de mi ropa interior acariciando mi sexo, que empezó a palpar a su contacto. Solo pude rodear su cuello con mis brazos y dejarle hacer a voluntad.

Sus dedos invadieron los pliegues de mi intimidad arrancando un gemido de mi garganta al que siguieron muchos más.

—¿Aún sigues pensando en comprarte uno de esos? —susurró a mi oído después de que su lengua recorriera mi cuello.

—No pares, Martín. No pares —le supliqué entre jadeos al sentir el orgasmo a punto de romper en mi cuerpo.

Su brazo me sostuvo por la cintura cuando mis piernas ya no fueron capaces de hacerlo, y sus besos se volvieron dulces mientras me recuperaba del intenso placer que había sido capaz de proporcionarme solo con su mano.

—Y, ahora —dijo, cogiéndome en brazos y dirigiéndose a la escalera—, nos vamos a la cama y voy a enterrarme en ti, porque si no te hago mía ahora mismo, creo que voy a reventar.

Me tumbó en la cama y me desnudó. Luego se deshizo de su ropa ante mi atenta mirada. Despacio, se acercó a mí y se tumbó entre mis piernas, de donde apenas salió el resto de la noche.

Poco antes de amanecer, abandonó mi cuerpo y mi cama para irse a su casa y prepararse para ir al instituto. No sin antes darme un largo beso y prometerme que por la noche volvería a demostrarme que no iba a encontrar mejor *satisfyer* que él. Algo que yo sabía desde la primera noche que pasamos juntos.



30

Houston, tenemos un problema.

Viaje del Apolo XIII

Despertar con el cuerpo desnudo de Sara pegado al mío era lo único que quería para el resto de mi vida. Con ella a mi lado, sentía que lo tenía todo.

Abandoné su cama tras aquella inesperada noche, crucé el camino y entré en la cocina cerrando la puerta con cuidado de no hacer ruido.

—¿Qué horas son estas de llegar a casa, jovencito?

La voz de Sergio me sobresaltó haciendo que girara en redondo para encontrármelo sentado a oscuras con una taza en la mano.

—¿Qué haces despierto tan temprano?

—Me estás cambiando de tema. Aunque ya sé de dónde vienes. Te oí salir a toda prisa anoche —dijo con una sonrisa.

—Y tú estás eludiendo la pregunta.

—No podía dormir —respondió después de encogerse de hombros—. ¿Puedo ir contigo al instituto?

—Voy a estar ocupado toda la mañana. Te vas a aburrir —le avisé.

—No me importa. Daré una vuelta. No sé. Ya se me ocurrirá algo —insistió.

—¿No te vendría mejor ponerte un rato a estudiar? Así podrías sacar alguna asignatura —sugerí.

—Ya te he dicho que he dejado la universidad —respondió cortante y se dio la vuelta para irse.

—No estoy diciendo que retomes la carrera —dije, haciendo que se detuviera en la puerta—. Pero quizá, mientras decides qué vas a hacer con tu vida, podrías aprovechar para intentar aprobar alguna materia. La que más te guste. Así no perderías el curso completamente y podrían servirte esos créditos para otros estudios. Supondría una distracción para ti. Ya habrás comprobado que por aquí hay pocas diversiones —continué ante su silencio—. Sobre todo, para los jóvenes.

—Me lo pensaré —terminó aceptando—. Pero ¿puedo ir contigo, o no?

—Claro que sí. Me ducho y nos vamos —afirmé antes de dirigirme a la escalera.

—Te prepararé un café. Lo necesitarás si has estado despierto toda la noche. Porque con la urgencia que saliste, habrás dormido poco, ¿no? —preguntó con una sonrisa pícaro en la cara.

—Contigo no voy a hablar de eso, chaval.

Sergio tuvo razón. Necesité ese café y un par de ellos más para aguantar la mañana en el trabajo.

Como no había quedado con Sara hasta después del club de lectura para cenar los tres juntos, aproveché para comer con mi hijo en un pueblo cercano. Luego recogimos a Argos, y le llevé a hacer un poco de turismo por los alrededores. Me preocupaba que pasara tanto tiempo solo. Aunque él tratara de disimularlo, tenía claro que algo le rondaba por la cabeza.

El sábado por la tarde, se lo estaba comentando a Sara mientras veíamos una película en el sofá de casa los dos solos. Pablo había llamado a mi hijo para pasar el rato jugando a videojuegos.

Su móvil empezó a sonar con la música de *Tubular bells*, de Mike Oldfield. Ya sabes, la música de la película *El Exorcista* que consigue ponerte los vellos de punta. Los dos nos incorporamos en el sofá. Antes de que ella cogiera el móvil, vi con sorpresa que en la pantalla aparecía la palabra Bitelchús, con una foto del personaje principal de la película. Se disculpó y se fue a la cocina dejándome intrigado sobre quién la llamaba.

Pocos minutos después, regresó y se sentó a mi lado con gesto enfadado.

—¿Qué? —preguntó al verme mirándola.

—¿Quién es Bitelchús? ¿Y por qué tienes ese tono de llamada? —quise saber.

—La madre de Alfredo —respondió de mala gana para mi sorpresa.

—¿Le tienes puesto a tu exsuegra la música de *El exorcista* y el nombre de Bitelchús? —le pregunté, aguantando la risa.

—Sí. Me gusta saber quién me llama antes de coger el teléfono. Y te aseguro que he sido muy benévola con ella —reconoció.

—Y, ¿qué más tonos especiales tienes?

—Para Alfredo, la *Marcha Fúnebre*, de Chopin. Para mi madre, *Mamma mía*, Y para Laura, la música de *Frozen*. No te imaginas la de veces que me hizo ver la película. Se pasaba el día

disfrazada de Elsa.

—¿Ninguno más?

—Esa mujer me pone de mala leche con solo oírle la voz —aseguró sin responderme—. Es capaz de estropearme el día hasta en la distancia.

—¿Qué quería?

—Incordiarme —escupió—. Ese ha sido siempre su deporte favorito. Desde el mismo día que me conocí, no hace otra cosa. No que me llama para contarme que Alfredo se ha ido a vivir con ella porque se está divorciando y que el pobre está muy triste porque yo he rehecho mi vida —continuó indignada—. Como si a mí me importara lo que le pase. Le faltó tiempo para convencerlo de que debía casarse con la otra, y ahora me viene a mí con tonterías. Nunca la he soportado, pero esto ya pasa de castaño oscuro. Como vuelva a hablarme alguien de él...

Volví su cara hacia mí y la obligué a callar con un beso.

—Olvidate de ella. No le des el poder de alterarte por más tiempo del que ha durado la llamada. No deberías cogerle el teléfono.

—Es que como tengo tan mala relación con Laura y ellos se llevan tan bien, siempre creo que me están avisando porque le ha pasado algo —se justificó—. Ojalá pudiera recuperar a mi hija —dijo apenada mientras se dejaba caer sobre el respaldo y ponía su cabeza en mi hombro.

—Verás cómo lo consigues. Mírame a mí. Aún no me creo que mi hijo esté aquí —traté de animarla—. Pero ¿sabes? Me he quedado con una duda muy grande con todo esto.

—¿Cuál?

Pero no le pregunté. En ese momento, empezó a sonar una versión instrumental de *Strangers in the night*.

—¡Me has llamado para averiguar qué tono te tenía puesto! —me acusó a la vez que me daba un codazo en las costillas que hizo que se me cayera el móvil de la mano.

—Ay —me quejé—. Te has hecho la tonta cuando te he preguntado. Me podía la curiosidad —reconocí—. Me encanta el tono que has elegido para mí. Es una de mis canciones favoritas de todos los tiempos —dije, y me acerqué a besarla.

—Tonto —respondió con una sonrisa de felicidad en la cara que iluminaba la habitación.

Seguimos besándonos, y sin darnos cuenta, terminamos tumbados en el sofá.

—¡Por Dios! No podéis iros al dormitorio. Tenéis un problema con ese sofá. Creo que no voy a sentarme ahí nunca más —protestó Sergio, que en ese momento llegaba de vuelta.

—¿Tú no ibas a pasar con Pablo toda la tarde?

—Iba —me respondió mientras nosotros volvíamos a sentarnos—. Pero le han llamado unos amigos que van a tocar en un bar de no sé qué pueblo.

—¿No te apetece ir con ellos?

—No había sitio en el coche —respondió con desgana mientras se sentaba en el sillón y alargaba el brazo para coger el mando a distancia—. ¿Vemos una peli? A menos que queráis seguir arriba con lo que estabais haciendo.

—Una peli está bien —acepté.

Tal como respondí, Sara me dio otro codazo.

—¿Qué? —articulé sin emitir ningún sonido.

—Tu coche —leí en sus labios.

Fruncí el ceño un momento mientras valoraba aquella posibilidad.

—Si te quieres ir con ellos, puedes llevarte mi coche —terminé accediendo.

—¿En serio? —preguntó, volviéndose hacia mí sorprendido.

Asentí como respuesta, aunque no las tenía todas conmigo. Se marchó a arreglarse mientras

avisaba al hijo de mi prima para que lo esperaran.

—Nada de beber. Y cuidadito, que tú no conoces estas carreteras —le advertí.

—Tranquilo.

—Te lo digo en serio. A ver lo que haces, que tu madre me mata como te pase algo con el coche —le dije al tenderle las llaves.

—Tranquilo, viejo. Digo, papá. Tranquilo, papá —rectificó al verme la cara.

—Joder, ahora no voy a quedarme tranquilo hasta que lo vea regresar —protesté cuando se marchó.

—¿No decías que te preocupaba que estuviera tan solo aquí? Está haciendo amigos. Además, sabes que Pablo es un buen chico —trató de animarme—. Y querías ganártelo para que te cuente el verdadero motivo que le ha traído aquí.

—Lo sé. Pero...

—Pero no estás acostumbrado a tenerlo por ahí —acertó—. Pues vete acostumbrando. Por cierto, ¿no habíamos empezado algo cuando nos interrumpió? —preguntó, mordiéndose el labio inferior.

—Refréscame la memoria —sugerí acercándola a mí.

—Pero esta vez nos vamos arriba. No me fío de que nos vuelvan a interrumpir —convino antes de besarme.



Aunque estuvimos bastante distraídos en el dormitorio, no me quedé tranquilo hasta que en el silencio de la noche escuché llegar mi coche y poco después cerrarse la puerta de la cocina. Al no oírle subir a su dormitorio, bajé a ver si ocurría algo.

—¿Ha ido todo bien? —le pregunté desde la entrada del salón cuando le vi sentado en el sofá a oscuras.

—Eh. Sí.

—¿Y qué haces ahí?

—No tengo sueño —respondió, encogiéndose de hombros.

—Vale. Pues me vuelvo a la cama —dije, rascándome la nuca—. Que descanses.

—Espero que no seáis de los escandalosos y me dejéis dormir —le escuché decir cuando iba a mitad de la escalera.

—Vete a descansar —respondí después de resoplar.

Regresé al dormitorio y me acosté. Sara se removió dormida cuando volvió a sentirme pegado a ella y me abrazó. Minutos después, logré conciliar el sueño.



Los siguientes días fueron sucediéndose sin novedades, pero yo estaba cada vez más preocupado por mi hijo. Me extrañaba que solo hablara por teléfono con Pablo, para quedar con alguno de los chicos del pueblo, o con su madre. La mayoría del tiempo lo tenía en silencio, e incluso era raro que lo llevara encima. ¿Qué chaval de veinte años no pasa el día pegado al móvil con los amigos?

Tenía un mal presentimiento. No devolvía otras llamadas ni contestaba mensajes. Veía de reojo cómo fruncía el ceño al mirar la pantalla cuando esta se encendía con alguna notificación para después ignorar el teléfono. Cada vez tenía más claro que se estaba escondiendo de algo, y aunque con el paso de los días ganábamos confianza, no conseguía que se abriera a explicarme qué le sucedía.

Después de una semana de esperar en vano que me contara el porqué de su aparición en mi casa, decidí preguntarle abiertamente. Aunque sabía que había una posibilidad de que decidiera irse, necesitaba que me confiara que le ocurría. Así que aproveché una noche que Sara tenía mucho trabajo y no nos veríamos para abordarle después de la cena.

—Sergio —llamé su atención—, ¿cuándo vas a contarme el verdadero motivo que te ha traído aquí? —pregunté sin rodeos.

—Ya te lo dije cuando llegué —respondió, irguiéndose en el sofá.

—Me diste una versión muy convincente de por qué habías dejado el curso a medias para que ni tu madre ni yo pudiéramos hacer otra cosa que aceptarla, porque tienes veinte años y no podemos obligarte. Pero a ti te ha ocurrido algo que no estás contándome y estoy preocupado —reconocí.

—Joder, no me pasa nada. ¿No puedes simplemente conformarte con que haya venido a tu casa a pasar una temporada? —saltó a la defensiva—. Si te molesta que esté aquí porque fastidio tu rollo con la vecina, me lo dices y me largo.

—Sabes perfectamente que estoy encantado de que estés aquí —le aseguré después de respirar hondo para armarme de paciencia con él—. Y no estás fastidiando ningún rollo. No busques una discusión para cambiar de tema —le pedí.

—¿Vas a hacerme un análisis psicológico, profesor? —dijo con ironía—. ¿Crees que estamos en tu instituto?

—Basta ya. No eres un alumno. Eres mi hijo. Y, por mucho que estés intentando ocultarlo, sé que algo te pasa. Sergio, no te vayas, por favor —le pedí cuando se levantó y se fue hacia la puerta—. Cuéntamelo. Quiero ayudarte, hijo. Pero no puedo hacerlo si no sé lo que te ha ocurrido. No vuelvas a alejarte. Deja que pueda actuar como tu padre. Confía en mí, por favor —le rogué.

Detuvo su mano en el pomo de la puerta y, por unos interminables segundos, se quedó allí de espaldas sin decir nada mientras yo aguantaba la respiración. Poco después, se dio la vuelta y regresó al sofá con la mirada fija en el suelo.

—Lo que te dije sobre que no me convencía la carrera era verdad —comenzó a hablar al cabo de un rato—. Se me da bien, pero no es algo que me vea haciendo toda la vida. Pensaba decírselo a mamá a final de curso.

—Y, ¿qué ha ocurrido para que hayas decidido hacerlo ahora? —le animé a hablar cuando volvió a quedarse en silencio.

—Al volver de estar con mamá en Navidad, uno de mis compañeros de piso había invitado a un par de amigos. No los había visto nunca. No eran mala gente, pero no me gustaba mucho el rollo en el que iban. Todo el día bebiendo cerveza y fumando porros —me contó, haciéndome fruncir el ceño—. La tarde de Nochevieja no paraban de decir entre risas que esa noche íbamos a follarnos a todas las tías de la fiesta. Algo que yo dudaba, porque con la pinta de macarras que tenían, no pensaba que ninguna chica les dejara acercarse tanto. Pero siguieron fanfarroneando sobre el tema hasta que llegamos a la fiesta. Me desmarqué de ellos y me fui con un par de amigos de Ingeniería —continuó contando con la vista perdida en algún punto de la chimenea—. Al rato, vi llegar a Carolina. Ella es... es... la chica más guapa que conozco. Es inteligente. Divertida. Es... perfecta —suspiró, esbozando un amago de sonrisa—. Pero está en otro nivel. Va a la privada. Su familia tiene mucha pasta. Y a mí... a mí solo me ve como un amigo —suspiró e hizo una pausa antes de continuar.

»Llevaría allí una hora cuando tropecé de nuevo con ella. Estaba mareada y un tipo la tenía agarrada por la cintura mientras le tocaba el culo. Ella no es así, ¿sabes? Nunca la he visto beber

tanto ni tan rápido para encontrarse en aquel estado. Ni se metía mano en público con nadie. Le pregunté cómo estaba y casi no podía hablar. Incluso le costó reconocirme —contó mientras yo le escuchaba atentamente, temiendo hacia donde iba aquella historia—. Me ofrecí a llevarla a casa, y aceptó con esfuerzo. El tipo que la agarraba se enfadó y trató de evitarlo. Aun así, conseguí llevármela hacia la puerta. Allí, los amigos de mi compañero estaban molestando a un par de chicas. Al pasar por su lado, me dijeron que había elegido bien, que me la follara y volviera a por otra. Ni les hice caso —negó con la cabeza—. Saqué a Carolina a la calle. El aire fresco no la hizo reaccionar. Temía que en cualquier momento perdiera el conocimiento. Milagrosamente, pude conseguir un taxi, porque no hubiera podido llevarla en brazos a ninguna parte. En vez de dirigirnos a su casa, decidí ir al hospital. Pensé que estaba al borde del coma etílico.

»Pero en lugar de eso, lo que le ocurría era que alguien había echado escopolamina en su bebida —dijo, confirmando mis sospechas—. El personal de Urgencias avisó a la policía. No fue la única chica a la que drogaron en la fiesta. Y creo que alguna de ellas no tuvo la misma suerte que Carolina. Me interrogó la policía. Pero yo no sabía nada. Te lo juro, papá —insistió, volviéndose a mirarme por primera vez—. Yo no tuve nada que ver con aquello. Han detenido a varios chicos, entre ellos a los amigos de mi compañero. A mí solo me han dicho que esté localizable porque tendré que testificar.

»Desde entonces, mi compañero no hace más que llamarme para que intente encubrir a sus amigos. Yo no sé si lo hicieron. Creía que todas las mierdas que estuvieron diciendo no eran más que las típicas fanfarronadas entre tíos. He recibido alguna llamada de número desconocido diciendo que mantenga la boca cerrada. No podía seguir en aquel piso. Dejé las pocas cosas que no podía traerme en casa de una amiga y me vine. No sabía qué hacer —reconoció—. Pensé que aquí no me encontrarían porque yo nunca he contado dónde vivía mi padre. Solo a la policía le di tu dirección.

Me quedé unos segundos mirándole, sobrepasado por la historia que acababa de contarme, mientras él me observaba en espera de mi reacción.

—Has hecho bien en venir, Sergio —dije al fin—. Hablaremos con tu tío Carlos y nos encargaremos de que todo acabe bien.

—No quiero que lo sepa nadie más de la familia. Si mamá se entera..., o la abuela...

—Nadie más tiene que saberlo. El marido de tu tía sabrá aconsejarnos. Le pediré que nos recomiende a algún compañero de un bufete de Valencia para que se encargue de llevar el caso.

—Pero no necesito un abogado. La policía me dijo que solo tendría que ir como testigo —protestó.

—La policía podrá decir lo que quiera —le corté—. Pero te aseguro que los abogados de esos chicos van a tratar de hacer que te salpique su mierda. Así que mejor estar preparado. Y no te preocupes, le diré a Carlos que no se lo cuente a tu tía hasta que todo se haya solucionado —le tranquilicé—. Y, Sergio, hiciste lo correcto con esa chica.

—Pero las demás...

—No podías saber lo que ocurría. Estoy orgulloso de ti, hijo.

—Gracias —se limitó a decir con la mirada empañada por las lágrimas que llevaba un rato tratando de evitar.

—Voy a llamar a tu tío y luego vemos algo en la tele. Anda, tráete unas cervezas y busca algo que ver —le dije para quitar un poco de tensión.

Mientras él me hacía caso, cogí el móvil y marqué el número de mi cuñado. Me llevé un rato hablando con él, contándole lo ocurrido, y le pedí que no le dijera nada a mi familia. Cuanta

menos presión tuviera Sergio con aquel tema, mejor.

Carlos enseguida se hizo cargo de la situación. Iba a estudiar el caso esa misma noche. Recabaría toda la información de la policía y buscaría un compañero de Valencia para que se encargara de todo.

Bajé para reunirme con mi hijo lamentando haber tenido razón en que algo había más tras su repentina aparición en mi casa. Pero nunca me habría imaginado la dimensión de lo que ocultaba.

Apenas me había recuperado de la impresión de conocer la historia que me había contado Sergio, cuando unos días después, de madrugada, desperté solo en la cama de Sara. Me levanté a buscarla y la encontré en el baño. Estaba pálida. Acababa de vomitar.

—¿Qué te ocurre?

—Llévame al hospital —pidió con un hilo de voz.

—¿Qué pasa?

—La maldita piedra —respondió en un susurro.

—¿Estás segura? —insistí con una ceja levantada.

Por un instante, algunos recuerdos volvieron a mi cabeza. Ella solo pudo asentir, encogida por el dolor. Eso me hizo reaccionar y me vestí en un momento. La ayudé a ponerse la ropa y la llevé hasta el coche.

—Vete a casa —me pidió cuando paré en la puerta de Urgencias.

—De eso nada.

—Por favor, Martín. Aquí estaré bien y tú no puedes hacer nada —insistió—. No quiero que vuelvas a pasar el resto de la noche en la sala de espera.

—Pero...

—Tienes mucho trabajo que hacer antes de ir con Jesús a la reunión con los de Bellas Artes —me recordó—. Prometo llamarte en cuanto me den el alta. No tendré problemas para encontrar quien me lleve a casa. Por favor —dijo al ver que iba a seguir protestando.

Acepté de mala gana y me despedí de ella con un beso antes de que se la llevaran hacia adentro para atenderla. No sin antes hacerle prometerme que me estaría mandando wasaps todo el tiempo.

A mediodía, ya estaba de vuelta en casa. Me obligó a preparar la bolsa para salir de viaje al día siguiente a pesar de mis protestas. A cabezota no le ganaba nadie. Se negó en rotundo a que cambiara los planes e incluso amenazó con dejarme si no acudía a las reuniones que tenía concertadas para tratar de conseguir acuerdos para realizar en el pueblo actividades bajo el auspicio de la universidad. Insistía en que solo eran tres días y que ella estaría bien.

Así que no me quedó más remedio que marcharme, aunque antes le hice jurar a mi hijo que estaría pendiente de ella en todo momento. Y también le pedí a Flora que se diera alguna vuelta por su casa.

Me reuní con Jesús en la cafetería de la estación. Él tenía varias amistades en la universidad y se había ofrecido a ayudarme porque sabía lo importante que era para mí que el pueblo volviera a rebosar actividad.

Estábamos comprobando en las pantallas que nuestro tren llegara a su hora, cuando alguien que salía del andén en el que se encontraba el AVE que acababa de llegar de Madrid llamó mi atención.

—Vuelvo enseguida —le dije a Jesús, y lo dejé allí plantado con las dos bolsas de viaje.

—¿Lola? —pregunté cuando me acerqué a la pasajera que iba arrastrando un par de maletas.

—¡Oh! Hola, Martín —me saludó la amiga de Sara.

—¿Qué haces por aquí? —me interesé, después de darnos dos besos, extrañado porque no sabía que ella esperara visita ese fin de semana—. ¿Te ha pedido que vengas porque no se encuentra bien? Si es que tenía que haber aplazado la reunión hasta que se recuperara del cólico.

—No, no. Tranquilo —respondió—. No estoy aquí por ella, sino por mí. En realidad, no la he avisado de que venía.

—¿Por ti? ¿Estás bien?

—Necesito el hombro de una amiga sobre el que llorar un par de días —confesó—. Y como nos había dicho que ibas a estar fuera, pensé que sería un buen momento.

—Bueno, pues me alegro de que vayas a estar con ella porque no las tenía todas conmigo sobre dejarla sola —reconocí—. Te dejo, que mi tren sale en cinco minutos. ¿Nos vemos a mi vuelta?

—Claro. Buen viaje —me deseó.

Tras despedirnos, me quedé observando cómo se alejaba, preguntándome qué la había llevado a visitar a Sara por sorpresa.

—¿Quién es la pelirroja? —preguntó Jesús, llegando hasta mí con el equipaje de los dos.

—La amiga de una amiga —me limité a responder.

—Pues a ver cuándo me la presentas. Vaya mujer —agregó sin apartar la vista del lugar por el que se había alejado Lola—. No sabía que tenías ese tipo de amigas.

—Pero ¿tú no decías que a ti lo que te gustaba era lo de ligar con treintañeras que no querían compromiso?

—Joder, es que si se te pone una mujer así por delante, no hay color —admitió.

—Anda, donjuán, muévete, o al final vamos a perder el tren —dije, riéndome al recordar la última vez que salimos de marcha los dos, y Sara fue capaz de provocar en mí lo que aquellas dos treintañeras no habían logrado en toda la noche.

Conseguí controlar las ganas de fiesta de Jesús las noches que pasamos en Madrid. No hacía más que recriminarme que me había vuelto un viejo aburrido. Tuve que prometerle que cuando nos viéramos en la reunión que hacíamos todos los años algunos amigos de la universidad, nos desquitaríamos de las semanas que hacía que no salíamos juntos.

Después de tres días, regresaba a casa con varias propuestas interesantes de la universidad que estaba seguro de que aprobaría la comisión. Estaba deseando llegar a casa y ver a Sara. Pero, en mi corta ausencia, todo se había complicado más de lo que esperaba.



31

Y hazle caso a tu Ave Fénix.

Arde y luego ponte en pie.

Amaia Montero. Ave Fénix

Tuve que prometerle a Martín que llamaría a Sergio al mínimo dolor que sintiera, a Flora, a su amigo Juan... Ufff. Vamos, prácticamente, a todo el pueblo.

A veces me sentía abrumada. No estaba acostumbrada a que se preocuparan tanto por mí porque siempre había sido yo la que estaba pendiente de los demás. Aunque era algo a lo que estaba segura de que podría acostumbrarme.

Cuando se marchó para coger el tren, me senté a trabajar, pero tuve que dejarlo al cabo de una hora. Aunque el dolor estaba controlado por la medicación, me sentía cansada. No tenía ganas de subir la escalera, así que me acosté en el sofá dispuesta a dormir. Ya recuperaría las horas perdidas.

No sé cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando llamaron a la puerta. Me lie en la manta y fui a abrir.

—¡Lola!, ¿qué haces aquí? —pregunté sorprendida al ver a mi amiga con dos enormes maletas.

—Chiqui, necesito asilo el fin de semana —respondió antes de darme un abrazo.

—¿Asilo? ¿Qué ha ocurrido?

—Me divorcio, Sara —contestó mientras empujaba el equipaje y lo dejaba en medio del salón.

—Pero ¿qué ha pasado? —me interesé, plantada como una tonta en la puerta sin dar crédito a lo que oía.

—Lo que estaba cantado. Mi matrimonio iba sin rumbo, y ha terminado por irse a la mierda —dijo a la vez que se sentaba en el sofá.

—Anda, cuéntamelo todo —le pedí, sentándome a su lado.

—Ya sabes que últimamente no estábamos pasando una buena racha —comenzó a explicar—. No hacíamos más que discutir. La verdad es que la situación se hacía cada vez más insoportable. Creí que sería una buena idea darnos un tiempo para pensar cómo solucionar la situación. Me armé de valor y se lo dije. —Hizo una pausa para después suspirar—. Y cuál fue mi sorpresa que me respondió que él llevaba tiempo pensando que lo mejor era divorciarnos y seguir cada uno por su lado. El muy cabrón ya había consultado con un abogado y tenía hasta un borrador de convenio redactado —contó exaltada—. Antes de que me diera cuenta, empezó con los trámites

del divorcio.

—Pero ¿cómo que los trámites? ¿No te habrás vuelto loca y habrás firmado lo que te haya puesto por delante? —pregunté cada vez más sorprendida.

—Eso es lo que ese gilipollas quería. Pero le dije que se fuera a la mierda y me busqué un abogado. Bueno, abogada. Me la recomendó mi prima, que ya se ha divorciado dos veces.

—Menos mal. Ya pensé que en uno de tus arranques te habías precipitado.

—No te creas. A punto estuve. Pero pensé que no iba a ponérselo tan fácil —reconoció—. Aunque la verdad es que tampoco hay nada que negociar. La hipoteca está pagada, los niños son independientes, y como los dos trabajamos y ganamos más o menos igual, no hay jaleo de pensión. Se ha marchado a casa de sus padres y yo a la de mi hermana. Hemos puesto el piso en venta y repartiremos lo demás. Le he dicho a la abogada que pelee por el coche con uñas y dientes.

—Pero si tú hace años que no conduces. ¿Para qué lo quieres? —pregunté, entendiendo cada vez menos.

—Por joderle, pura y simplemente —reconoció—. He pasado la peor semana de mi vida. Así que, si le hago sudar por quedarme con ese coche al que ha cuidado más que a mí, eso que me llevo.

—¿Por qué no habías dicho nada?

—No quería preocuparos. Pensé que lo estaba llevando bien. Pero cuando ayer por la tarde firmamos el inventario para el reparto y salí del piso con mi ropa, se me vino el mundo encima —contó con las lágrimas empezando a desbordarse—. ¿Puedo quedarme aquí el fin de semana? El lunes me iré a casa de mi hermana. Tengo allí el resto de mis cosas. Pero solo pensar en que todos siguieran sacando el tema del divorcio y dando su opinión era superior a mí. Necesitaba al menos tres o cuatro días alejada de todo.

—Claro que puedes quedarte, tonta —le aseguré, abrazándola.

—Yo sintiéndome culpable porque nuestro matrimonio no funcionaba, y trataba de buscar cómo solucionarlo —consiguió decir entre hipidos—, y él muy hijo de puta ha aprovechado las primeras de cambio para darme la patada.

—Vamos, mujer. Quizá él también lo estará pasando mal —traté de animarla—. Son muchos años juntos.

—Hasta dijo que se había quitado un peso de encima —soltó antes de romper a llorar desconsoladamente.

—No te preocupes, cariño. Ahora todo parece una mierda. Pero cuando menos lo esperes, la vida te dará una sorpresa y nos iremos de esto —la tranquilicé—. ¿Sabes? Mi madre siempre dice que lo que sucede conviene.

—Y, ¿eso qué quiere decir? —sollozó.

—Que todo pasa por algo. Mírame a mí. Vine huyendo de todo, sin querer saber nada de ningún hombre, y me di de bruces con Martín.

—Pero como él seguro que no hay más.

—Quizá no haya otro Martín. Pero seguro que habrá alguien especial para ti y lo conocerás cuando menos lo esperes —le auguré—. Ahora lo que tienes que hacer es centrarte en hacer lo que te haga sentir bien a ti.

Nos quedamos en silencio, abrazadas en el sofá, hasta que Lola se calmó y dejó de llorar. Subimos como pudimos las maletas al dormitorio y bajamos a la cocina para preparar el almuerzo. Cuando calculamos que Esme habría salido de trabajar, la llamamos.

—Perras traidoras, no podéis hacerme eso —se quejó cuando se enteró de que Lola estaba en

mi casa.

—Joder. Que solo he venido el fin de semana —protestó.

—Verás como no. ¿Por qué no te viniste aquí? Yo estaba más cerca.

—Sí, claro. Para pasarme el día escuchándote en la cama con Manuel —le respondió.

—Es mejor oír a Sara con el vecino. No te jode —contestó enfadada.

—Bueno, ya está bien —corté aquella discusión—. ¿Acaso lo importante aquí es con cuál de las dos se ha ido? No se trata de una competición. Divorcio, Esme. Esa es la palabra clave.

—Ay, lo siento —se disculpó—. Es que estáis tan lejos las dos. Quiero achucharos y no puedo —se excusó con un par de lágrimas rodando por sus mejillas.

—Lo sabemos, cariño —traté de alentarla—. Venga, vamos a intentar animarnos un poco. Veréis cómo pronto nos reímos de su divorcio como lo hemos hecho con el mío. Pero a ti que no se te antoje —le advertí—. Sigue siendo la resistencia con un matrimonio estupendo. Danos esperanza de que algo así es posible.

—¡Ay, Dios! Si me veo como vosotras, me muero. ¿Qué haría yo sin mi Manuel?

—Anda, tonta. A ti no te va a pasar esto. Si él no respira si no es por ti —le aseguró Lola con pena—. No he visto a hombre más enamorado que él. Bueno, al de esta aún no he podido observarlo ejerciendo de pareja —dijo señalándose—. Aunque por el agobio que le entró cuando me vio en la estación y pensó que me habías llamado porque estabas mal, me hago la idea de que será igual de jodidamente empalagoso como tu Manuel.

—¿Os visteis esta mañana? No me ha dicho nada.

—Solo fue un momento. El tiempo de preguntarme si te había pasado algo. Luego se fue corriendo porque salía su tren y le estaban esperando —me contó.

—¿Quién le esperaba? ¿Lo viste? —le interrogó Esme.

—No sé. Un tipo. No me fijé. Estaba lejos.

—Esme, no empieces a divagar —le pedí—. Era Jesús. Un amigo de Martín de la facultad que va a ayudar para conseguir un acuerdo con Bellas Artes para lo que os conté del pueblo.

—Hay que asegurarse, mi reina. Que hoy día no te puedes fiar ni de tu sombra.

—Esme, por Dios. Lo que necesitamos es calma y buenos pensamientos —la reprendí.

—Vale. Vale. Buen rollo. Pero sigo pensando que sois unas perras traidoras.

—No tienes remedio —me rendí.

Seguimos un rato más desvariando. Tanto que, cuando nos dimos cuenta, ya era hora de quitarme el pijama con el que llevaba un par de días y vestirme para ir al club de lectura.

Lola me acompañó. No quería quedarse sola. Aquel rato de distracción le vino muy bien. Le gustó tanto que cuando llegamos de vuelta a casa, se puso a leer el libro al que le dedicábamos ese mes. Y así pasamos hasta altas horas de la noche. Ella leyendo y yo escribiendo.



A media mañana del sábado, estábamos sentadas en la cocina tratando de deshacernos del sueño que teníamos por traspasar a golpe de cafeína, cuando llamaron a la puerta de la cocina.

—Hola, Sara. ¿Cómo estás? —preguntó Sergio, que venía acompañado de Pablo.

—Hola, chicos —les saludé—. Estoy bien. Muchas gracias.

—No voy a estar en casa porque vamos a la de un amigo a comer y jugar a la Play. Si necesitas algo, me llamas, ¿vale?

—No te preocupes por mí. Estaré bien —le aseguré—. Además, tengo aquí a Lola, que cuidará de mí —dije, haciéndome a un lado y señalando a mi amiga, que les saludó con la mano—. Pasadlo bien.

—Que guapo el hijo de Martín. Y el amigo es muy mono también, con esas gafas y esa camiseta friki —añadió, haciendo referencia al dibujo de la serie *The Big Bang Theory* que llevaba Pablo.

—Siempre lleva camisetas de este tipo. Tiene algunas que se las pediría prestadas —reconoció.

—No sé si el clima de este pueblo hace que vea a los hombres más guapos, o es que todos los tíos buenos se esconden aquí —divagó Lola—. Si quieres atraer gente, ponlos en un anuncio y verás cómo hay cola para entrar.

—Estás loca —reí ante su ocurrencia.

—Sí, sí, loca, dice la que se ha encontrado aquí al profe más macizo de todos los institutos de España —respondió.

—Anda, ponte a leer, que tengo mucho trabajo. Como empecemos con las tonterías, no hago nada hoy, y ya llevo muchos días perdidos.

Apenas una hora después, sonó el timbre de la puerta principal. En aquella ocasión, era Flora quien venía a interesarse por cómo seguía. Estaba segura de que se lo había pedido su sobrino. Y no contenta con comprobar que me encontraba bien, no nos dejó opción a negarnos a su invitación a almorzar en su casa.

Ni el hecho de que estuviera Lola de visita, ni mi insistencia en que tenía mucho trabajo atrasado, la hicieron cambiar de opinión. Así que no nos quedó más remedio que aceptar y prometerle que en media hora estaríamos allí.



—Ay, chiqui. Qué suerte has tenido —comentó Lola cuando a media tarde regresábamos a casa. No sin antes haber merendado el delicioso bizcocho que había hecho Flora expresamente para nosotras—. Es una maravilla de sitio. No solo es bonito, sino que la gente es estupenda. Qué envidia me das. Esto es vida.

—¿Ahora entiendes por qué tengo tanto interés en ayudar a que el pueblo recupere su actividad? No es solo por Martín. Todos los vecinos lo merecen —aseguré mientras encendía el ordenador—. Pero con tantas distracciones esta semana, no doy abasto. Tengo tanto atrasado que no sé ni por dónde empezar —resoplé mientras me sentaba en mi escritorio dándole vuelta a las carpetas sin saber cuál elegir.

—¿Hay algo en lo que pueda echarle una mano? —se ofreció—. Salvo seguir leyendo, no tengo nada mejor que hacer.

Me quedé mirándola un momento, y le tendí una carpeta y mi *tablet*.

—¿Puedes ir pasando a limpio el programa del taller de Pepa? Cuando esté, lo imprimes con los demás PDF que hay en ese archivo.

—Oído cocina —soltó a la vez que cogía todo y se instalaba en la mesa de comedor.

Gracias a su ayuda, ese fin de semana pude dar un buen adelanto. Siempre había sido muy fácil trabajar con ella. Pero la rapidez con la que le cogió el truco a lo que estaba haciendo fue increíble. Y a mí me vino genial delegar algunas tareas.



El domingo a mediodía, se unió a nosotras Reme para terminar de preparar todo para el taller del siguiente fin de semana. Mientras dejaba las tazas vacías del café en el fregadero, vi a Martín bajarse del coche y dirigirse a su casa con la bolsa de viaje. Cuando llegaba a su puerta, Sergio salió a recibirlo. Después de charlar un momento, se marchó con Argos a pasear mientras su padre entraba. Un momento después, tenía un mensaje suyo diciéndome que había llegado y

proponiéndome cenar en su casa esa noche con su hijo y con Lola. Acepté sin preguntarle a mi amiga. No quería que Reme sospechara por la confianza entre nosotros.

Regresé al salón y durante un rato hice como que trabajaba. Cogí el móvil, y con la excusa de hacer una llamada, me fui a la cocina. Salí sin hacer ruido y recorrí en un abrir y cerrar de ojos la distancia con la casa de Martín, en la que entré con la llave que él había insistido en dejarme para emergencias.

Al no encontrarle, imaginé que estaría en el piso de arriba. Subí sin decir una palabra para darle una sorpresa. A mitad de la escalera, llegó a mí el inconfundible sonido del agua corriendo. Con cuidado, abrí un poco la puerta del baño. Por la pequeña abertura, pude verle bajo la ducha con los ojos cerrados y las manos apoyadas en la pared dejando que el agua cayera sobre su nuca y resbalara por su espalda.

Me quedé un momento admirando su anatomía antes de desnudarme sin hacer ruido. Debía estar perdido en sus pensamientos, porque no se percató de que entraba en la ducha. Me acerqué poco a poco hasta quedar a unos centímetros de su espalda. Iba a abrazarle cuando, de pronto, se irguió.

—Pero ¿quién...? —empezó a decir a la vez que se daba la vuelta muy rápido, y su brazo chocó conmigo, empujándome hacia atrás—. ¿¡Sara?!

Al retroceder para no perder el equilibrio, resbalé. Me agarré a lo que pude. Pero ni la mampara ni la pequeña estantería con los botes de gel y champú supusieron de gran ayuda. Afortunadamente, tras la sorpresa inicial, Martín reaccionó más rápido que yo y consiguió impedir que terminara en el suelo. Aunque el hecho de estar empapados lo complicó un poco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando pasó el peligro.

—Te he visto llegar. Sabía que estabas solo y quería darte una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Casi consigues que me dé un infarto.

—Que exagerado eres —le reproché.

—¿¡Exagerado?! —exclamó ofendido—. ¿Tienes idea del susto que me he llevado cuando he abierto los ojos y he visto en el suelo de la ducha más pies de los que debía haber? No sé ni lo que se me ha pasado por la cabeza en ese momento.

—Oh, vamos. No me digas que pensabas que era un asesino o algo así —me reí—. Si lo hubiera sido, ¿por qué iba a estar descalza?

—Y yo qué sé. No te rías —me reprendió—. No tiene gracia.

Pero yo no podía parar de reír al pensar en la situación tan ridícula en la que había terminado mi idea de sorprenderlo en la ducha con un encuentro erótico.

—Lo siento —dije entre risas—. Yo solo quería demostrarte las ganas que tenía de que estuvieras de vuelta. No pensé que te asustarías.

En ese momento, la estantería a la que había intentado agarrarme cayó con estrépito y los botes rodaron por el suelo de la ducha.

—¿Estás bien?

La voz de Sergio desde la puerta nos sobresaltó a los dos. Instintivamente, me escondí tras el cuerpo de Martín.

—¡Oh!, por favor. ¿No sabéis lo que es un dormitorio? Aquí vive más gente —protestó su hijo, cerrando los ojos.

—¿Tú no ibas a sacar a pasear a Argos? —le preguntó su padre.

—Sí, pero tu perro no tenía muchas ganas de hacerlo. Se ha limitado a mear dos calles más abajo y se ha dado la vuelta —se justificó—. Me voy a mi cuarto. No arméis mucho escándalo.

Antes de que Martín dijera nada, Sergio cerró la puerta del baño.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó después de volverse a hacia mí y acercarme a él.

—¡Qué vergüenza! Creo que es mejor que lo dejemos para otro momento.

—De eso nada —negó—. No vas a irte así como así, después del susto que me has dado.

No pude responder porque su boca reclamó la atención de la mía.

—Vamos al dormitorio —jadeé cuando sus besos empezaron a recorrer mi cuello.

Se separó de mí y salimos de la ducha. Envuelta en una toalla, recorrí con rapidez la distancia hasta su habitación seguida por él. Pero antes de entrar, se detuvo ante la de Sergio. La abrió sin llamar y asomó la cabeza.

—Yo de ti me pondría los auriculares con buen volumen —le oí.

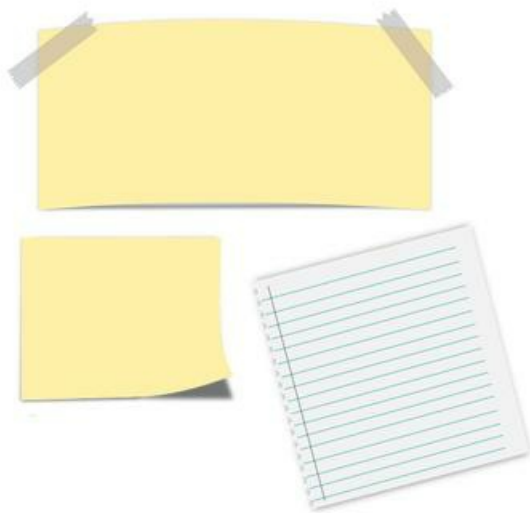
—Joder. Esta casa es peor que un piso de universitarios —resopló su hijo.

—Ya ves, chaval, no soy tan viejo como crees —le respondió antes de cerrar la puerta.

—Eres malo —le recriminé cuando entró con una sonrisa en la cara que demostraba cuanto le divertía la situación.

—La culpa la tiene él por llamarme viejo —se justificó—, cuando yo a tu lado me siento en una segunda juventud —dijo a la vez que me rodeaba con sus brazos.

—Doy fe de que tu cuerpo rebosa energía —ronroneé mientras sus labios devoraban mi cuello—. Echa el pestillo. No quiero más interrupciones.



32

*Lo inevitable rara vez sucede,
es lo inesperado lo que suele ocurrir.*

John Maynard Keynes

Después del susto, y de la interrupción, nada volvió a distraer nuestra atención de lo que no fuera disfrutar de un buen rato de sexo. ¡La había echado tanto de menos!

—Quédate un rato más. Duerme aquí esta noche —le pedí cuando, tras quedarnos un rato abrazados, se separó de mí para levantarse de la cama.

—No puedo. Reme está en casa. Lola se imaginará que estoy aquí, pero ella se extrañará de que haya desaparecido tanto rato.

—Quizá deberíamos ir pensando en hacerlo público de una vez —sugerí—. Ya no sé qué excusa darle a Jesús para no quedar para salir un sábado.

—¿Qué tal cuando ya esté todo el tema de los talleres y Bellas Artes en marcha?

—Pues dentro de tres semanas he quedado con él. ¿Por qué no me acompañas ese fin de semana y te lo presento?

—No sé...

—Vamos. Es un buen tío. Te caerá bien. Y así entenderá por qué hace meses que no voy de fiesta con él —traté de convencerla—. Y, de paso, salimos por ahí. Sin tener que escondernos. Una cena, unas copas, bailar... —continué mis argumentos para que aceptara mi plan—. Piénsatelo. Será como una celebración de San Valentín, aunque algo atrasada.

—Ibas bien, pero eso de celebrar San Valentín es una tontería —objetó, arrugando la nariz de aquella manera que conseguía acelerarme el corazón.

—¿Cómo que una tontería? No sabía que eras el Grinch de San Valentín. ¿Qué clase de escritora de romántica eres? —le reocriminé.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —protestó.

—Pensé que eras de las que se visten de rojo ese día y lo llena todo de corazones. ¿San Valentín no es vuestro patrón? —continué picándola sin poder aguantar la risa.

—Eres muy gracioso. Recuerda que sigo barajando la idea de cambiar de género. Según tú, he estado a punto de matarte de un infarto. ¿Cómo sabes que no estaba tratando de cometer un asesinato sin dejar pistas? —me preguntó trayendo a mi memoria las pesadillas que me provocó la vez que me amenazó con hacerme la víctima de su primer *thriller*.

Agité la cabeza un momento y volvía a atraerla hacia mí.

—Se me ocurren mejores formas para morir que de un infarto —le aseguré, haciendo que se tumbara en la cama de nuevo—. Por ejemplo, entre tus piernas.

Un jadeo salió de sus labios cuando mi mano alcanzó ese punto de su anatomía.

—¿Qué me dices? ¿Nos regalamos esa celebración de San Valentín? —le susurré al oído.

—Lo que tú quieras —se rindió mientras mis caricias se adueñaban de su voluntad.

Un rato después, la acompañé hasta la puerta de la cocina, donde nos despedimos con un largo beso que casi hizo que volviéramos al dormitorio.

No sabía qué era lo que tenía Sara que cada encuentro con ella, en lugar de aplacar mi deseo, lo avivaba aún más. Me había vuelto un adicto. Un yonqui de su cuerpo.

Después de verla regresar a su casa, me di la ducha que su sorpresa interrumpió y bajé a preparar la cena. Ya tenía todo listo cuando llegaron las chicas. Pasamos una velada muy agradable los cuatro. Y yo me sentí muy afortunado de tener a mi hijo sentado a un lado y a Sara al otro.

—Martín, he pensado una cosa —dijo cuando me disponía a darle un beso de despedida al quedarnos a solas, después de que Lola se marchara hacia la casa para concedernos un momento de intimidad.

—¿Tengo que adivinarlo? —pregunté ante su silencio.

—Verás..., me gustaría pedirle a Lola que se quedara unos días más —empezó a decir sin mirarme a la cara—. La verdad es que su ayuda este fin de semana me ha venido genial, y ella está pensando dejar su trabajo. Necesita replantearse la vida. Si yo le hiciera un contrato por un mes para quitarme todo el atraso que llevo, luego ella podría cobrar el paro mientras decide qué va a hacer, y...

—Y, ¿qué te lo impide? —interrumpí su verborrea.

—¿De verdad no te importa? —preguntó, levantando su mirada sorprendida—. Pensé que te

molestaría tenerla por mi casa.

—Bueno, preferiría tenerte para mí solo. Ya tenemos bastantes interrupciones con mi hijo —reconocí haciéndola sonreír—. Pero si tú la necesitas aquí, nos las apañaremos.

—Pobre Lola. La tendré que poner sobre aviso. No sabe la que le espera con vosotros si se queda —soltó Sergio desde la cocina, donde estaba metiendo los platos en el lavavajillas.

—Tampoco es para tanto —me quejé—. Es que tú siempre eres un inoportuno.

—Claro, claro. Ahora la culpa es mía y no vuestra, que no podéis despegaros —nos recriminó, arrancándome una carcajada—. Venga, despediros ya, que te estás escaqueando de recoger.

Le hice caso y le di a Sara un beso de despedida.

—Gracias —me dijo mientras me daba un abrazo.

—¿Por qué?

—Por ser como eres —respondió, dedicándome su preciosa sonrisa antes de marcharse hacia su casa.



Después de aquel estupendo domingo, me dispuse a afrontar una semana más intensa de lo normal. Los dos alumnos de bachillerato en los que más esfuerzo había invertido estaban empezando a tener problemas con un par de asignaturas. A pesar de estar hasta arriba con el trabajo, Protección Civil, el ayuntamiento, las clases a Nora y Marcial, y el primero de los talleres organizados por Sara, que tenía a todo el pueblo nervioso por la incertidumbre, me ofrecí a ayudarles. No podía dejarlos a su suerte cuando estaban tan cerca de conseguir graduarse y entrar en la universidad.

Para colmo, el lunes por la tarde recibí una llamada de mi cuñado. Sergio y yo debíamos estar en Valencia el viernes para reunirnos con el abogado e ir al juzgado.

Se lo estaba contando a Sara mientras volvíamos en mi coche de la reunión de la comisión en el Ayuntamiento, cuando las notas de la banda sonora de Frozen empezaron a sonar en su móvil.

—Hola, Laura... —contestó Sara enseguida—. Quieres tranquilizarte. No entiendo lo que estás diciendo —dijo a la vez que fruncía el ceño—. ¿Cómo? De eso acordamos que se encargaba tu padre —respondió—. Debe tratarse de un error. ¿Has hablado con él? Eso es mucho para mí, Laura. No gano lo suficiente para pagar ese dineral... —exclamó mientras negaba con la cabeza.—. Deja de llorar y tranquilízate —le pidió—. Voy a hablar con tu padre para saber qué ha ocurrido.

Colgó la llamada a la vez que resoplaba. Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara. No habló el resto del trayecto. Tampoco salí del coche cuando lo aparqué delante del garaje.

—¡Ay, Dios! Con el jaleo que tengo esta semana, ahora esto —se quejó unos segundos después de que apagara el motor.

—¿Qué ocurre? —me decidí a preguntar ante su silencio.

—Alfredo hace dos meses que no paga ni la residencia ni la universidad —respondió al cabo de un rato—. Le han dado esta semana a Laura para ponerse al corriente.

—¿Qué le ha dicho el padre?

—Algo de no sé qué contratiempo —bufó—. Como si dejar de pagar más de cinco mil euros fuera un simple contratiempo —contestó, haciendo que silbara.

—Cinco mil euros. Vaya. Es mucho dinero.

—Sí, mucho. Y mi hija pretende que lo pague yo hasta que el padre solucione su «contratiempo» —entrecomilló con los dedos la última palabra—. ¿Cómo voy a hacerlo? Un mes podría, pero ¿y si no arregla el problema que tenga hasta final de curso? ¿O hasta que acabe

el siguiente? Se llevaría lo que me quedó de la venta del piso. Me quedaría sin un euro, y los libros aún no me dan para vivir de ellos con holgura, y menos como para pagar unos estudios que mi hija ni siquiera está tratando de aprovechar. Y, encima, seré la mala por no sufragarlo todo. Pero es que...

—Sara, para —interrumpí su monólogo mientras le cogía una mano y la hacía volverse a mirarme—. Tienes que tranquilizarte y aclararlo todo con tu ex. Quizá sea solo un malentendido y estás alterándote por nada.

—Verás como no.

—No lo vas a saber hasta que no hables con él —afirmé, aunque en el fondo me jodía que tuviera que hablar con aquel estirado figurín.

Ni siquiera el hecho de que aquella conversación fuera a través del teléfono me tranquilizaba. Pero era inevitable que hablara con él para que solucionara aquel tema. Y cuanto antes, mejor.

—Venga. Baja y llámale para terminar este asunto —la animé.

—De acuerdo, pero lo hago desde aquí.

—Me voy fuera, ¿vale? Para que puedas hacerlo con tranquilidad —le dije.

Sara se me quedó mirando unos segundos, que parecieron eternos, antes de asentir. Le sonreí para infundirle ánimos y bajé del coche. Algo de lo que me arrepentí apenas cerré la puerta.

La verdad era que quería enterarme de la conversación, pero no soportaba la idea de estar oyéndola hablar con Alfredo. Sí, soy gilipollas, debí haberme quedado sentado en el coche para que me sintiera a su lado. Pero estaba convencido de que no iba a poder mantenerme callado. Me agobiaba la idea de que una palabra inoportuna por mi parte la acercara de alguna manera a aquel imbécil, que ya había hecho más de un intento por recuperarla.

Así que no me quedó más remedio que dar vueltas alrededor del coche, maldiciéndome por mi estupidez, mientras la observaba hablar con su exmarido. El único consuelo que me quedó fue comprobar que Sara estaba cada vez más enfadada según avanzaba la conversación.



33

Tengo en esta historia algo que confesar,

ya entendí muy bien qué fue lo que pasó.

Y aunque duela tanto, tengo que aceptar,

que tú no eres la mala, que el malo soy yo.

Luis Fonsi y Demi Lobato. *Échame la culpa*

—¿Por qué llevas dos meses sin pagar la residencia y la universidad de la niña? —solté a bocajarro tal y como Alfredo contestó al teléfono.

—Hola, Sara. Cuánto me alegro de oírte. ¿Cómo estás?

—Déjate de «hola, Sara», y responde a la pregunta —le exigí.

—He tenido algunos problemas de liquidez últimamente.

—Dos meses, Alfredo. Llevas sin pagar las cuotas dos meses. Acordamos que ibas a hacerte cargo de los estudios de Laura. Se supone que habías abierto una cuenta, según tú, con dinero para al menos cuatro años de universidad —le recordé—. Así que no me vengas con excusas.

—Las cosas se me han complicado. He tenido algunos problemas —se justificó.

—Pues soluciónalos ya, porque tu hija está al borde del ataque de nervios —le urgí—. Si esta semana no está al corriente de pago, la echan de la residencia y no sé si hasta de la universidad.

—No puedo pagarlo ahora mismo, Sara. Yo...

—Mira, Alfredo, déjate de excusas —le corté—. Si tienes problemas de liquidez, pídele a tu madre que te lo adelante. Ella no va a negarse siendo para su nieta.

—Mi madre ya me está ayudando bastante. No puedo pedirle más —respondió, dejándose sin palabras durante unos segundos.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué te está ayudando si la empresa siempre ha funcionado perfectamente?

—Verás..., es... que... —le escuché vacilar.

—Es que, ¿qué?

—Las cosas no han ido tan bien como solían hacerlo. Algunas de las inversiones han fallado y hemos perdido clientes importantes. Si no consigo evitar que otros les sigan, no sé cómo vamos a aguantar a flote —me confesó para mi asombro.

—Pero... Pero ¿cómo ha podido ocurrir eso? —pregunté incrédula porque, aunque en los últimos años como marido dejó mucho que desear, en el trabajo era de los mejores—. Tú nunca has tenido ese tipo de problemas. Siempre fuiste un inversor brillante.

—Bueno, es que... cogí unas semanas de descanso —empezó a contarme, haciendo que me quedara con la boca abierta—. Dejé a Iván a cargo de todo, y tomó decisiones bastante cuestionables. Ahora mismo estamos teniendo una auditoría y las cuentas están bloqueadas en espera del resultado.

—¿Cómo has podido dejar a ese estúpido de Morgado a cargo de todo? ¿Acaso te has vuelto loco? —pregunté, recordando al impresentable del socio de Alfredo, cuando me recuperé de la sorpresa—. ¿Y desde cuándo te coges descansos? Si hasta en nuestro viaje de novios estuviste pendiente de tus jodidos clientes —le reproché.

—Es que... Andrea insistió en que necesitábamos tiempo para nosotros. Se quejaba de que estaba pasando todo el embarazo muy sola.

—No me lo puedo creer. En más de veinticinco años de matrimonio, apenas fuiste capaz de desconectarte del trabajo un par de días seguidos, ¿y ahora lo has hecho durante semanas hasta el punto de hundir lo que tanto nos costó levantar? —le grité alterada.

—Yo quise hacer las cosas bien. Quería que ella estuviera contenta —se excusó, pero sus palabras solo consiguieron hacer que me enfadara aún más.

—¡Eres gilipollas! —le increpé—. No me puedo creer que hayas tirado por la borda lo que tanto esfuerzo nos supuso a los dos. Y todo por una mujer que te ha durado ¿cuánto?, ¿dos años?

—Yo... Yo no sé qué me pasó, Sara. Todo empezó a ir mal desde que te fuiste y...

—¡Yo no me marché! —le grité—. ¡Tú me dejaste! Me pusiste los cuernos, la dejaste embarazada y te casaste con ella. ¡Fue culpa tuya! Por liarte con una niña que tiene la edad de tu hija —le recriminé—. Si no te hubieras dejado guiar por tu polla, no estarías ahora así.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan malhablada?

—Desde que puedo hacer lo que me da la gana sin tener que darle explicaciones a nadie —respondí al límite de mi indignación.

—Ese tipo es una mala influencia.

—No te atrevas a hablar de él —le exigí a la vez que buscaba con la mirada a Martín, que permanecía junto al coche con los ojos fijos en mí y la incertidumbre reflejada en la cara—. ¿Me has oído bien? Lo que yo haga no es asunto tuyo. Lo único que tenemos en común es Laura. Así que arregla esto.

—Ahora no puedo. Si tú te hicieras cargo, yo más adelante podría...

—¿Con qué voy a pagarlo, Alfredo? ¿Con la pensión a la que renuncié a cambio de que te encargaras tú? ¿Con mi parte de la empresa que no acepté para que nuestra hija tuviera un futuro asegurado? —le recordé todo lo que no me había llevado tras el divorcio—. Yo gano lo justo para vivir.

—Si tú volvieras..., seguro que juntos podríamos levantar la empresa de nuevo. Todo se arreglaría contigo a mi lado. Volveríamos a ser una familia los tres. Sara, por favor, vuelve conmigo. Estoy perdido sin ti —me imploró con la desesperación desgarrando su voz.

Durante unos segundos, me quedé mirando el teléfono. ¿De verdad había oído eso? Sacudí la cabeza y cogí aire.

—Mira, Alfredo —repliqué con decisión—, me da igual cómo lo hagas, pero soluciona el tema de los atrasos, aunque sea con la universidad, y hablaré con Laura para que busque un alojamiento más barato que pueda pagar yo hasta que arregles el desastre que has causado en la empresa.

—Pero, Sara...

—Es lo único que tengo que hablar contigo. Adiós —dije y colgué antes de que pudiera seguir diciéndome aquella sarta de tonterías que estaban poniéndome nerviosa.

Me quedé un rato dentro del coche, porque no estaba segura de que mis piernas me sostuvieran si me bajaba.

Cuando me sentí con fuerzas para hacerlo, Martín acudió a mi lado antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta. Sin decir una palabra, se acercó y me envolvió con sus brazos, ofreciéndome el consuelo que necesitaba en aquel momento.

—¿Estás mejor? —me preguntó al cabo de un rato.

—A pesar de todo este tiempo, el simple hecho de hablar con él me sigue alterando —susurré mientras asentía ligeramente—. No te imaginas con qué me ha salido ahora.

—Me he hecho una idea. Oía tus gritos desde aquí.

Resoplé y me refugié aún más en su pecho. Oír los latidos de su corazón consiguió abstraerme de mis pensamientos y apaciguar la tormenta que se despertaba en mí cada vez que volvía a tener contacto con Alfredo.

—Todo va a salir bien —me aseguró mientras con un dedo en mi barbilla me obligaba a levantar la mirada para encontrarme con la suya.

Verme reflejada en aquellos ojos tan azules como el cielo en un soleado día de primavera alejaba de mi mente los nubarrones generados por la conversación telefónica hasta el punto de creer que todo podría arreglarse.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —me ofreció.

—No. Los dos tenemos mucho trabajo esta semana —respondí después de pensarlo un momento—. Y el jueves tienes que irte a Valencia con Sergio. Sigamos con nuestros planes de adelantar todo lo posible y el miércoles dormimos juntos como teníamos pensado.

—Bueno, no puedo asegurar que vaya a dejarte dormir mucho —me dijo al oído antes de darme un beso en el cuello.

—Me gusta la idea —suspiré a la vez que él volvía a abrazarme—. Ahora tengo que volver a llamar a mi hija. No va a ser una charla agradable —reconocí.

—Si cambias de idea, solo tienes que llamarme y vendré enseguida.

—¿Como la noche del *satisfyer*?

Sentí su pecho agitarse en una muda risa que podía notarse en su voz al responderme, y que puso una sonrisa en mi cara.

—Como la noche del *satisfyer* —confirmó.

—¿Por qué eres tan perfecto?

—No soy perfecto —negó, acercando su boca a la mía.

—Yo creo que sí lo eres —susurré.

—Será porque te tengo a mi lado —respondió antes de unir sus labios a los míos con suavidad.

Empezaba a cambiar de opinión sobre pasar la noche separados cuando mi móvil comenzó a sonar con las notas de la canción de *Frozen* devolviéndome a mi realidad como madre.

—Recuerda mi oferta —se despidió antes de darse la vuelta para marcharse a su casa.

—Lo tendré en cuenta.

Como ya había vaticinado, la conversación con mi hija no resultó agradable.

Laura protestó, gritó y pataleó cuando le comuniqué que, mientras su padre solucionaba sus problemas, debía dejar la residencia para buscar otro alojamiento más económico del que yo pudiera hacerme cargo. Era lo único a lo que yo podía comprometerme a pagar durante el indefinido periodo que iba a necesitar Alfredo para sanear la economía de la empresa.

La única alternativa que le quedaba, después de rechazar una y otra vez mi oferta, era mudarse a casa de su abuela, alias Bitelchús, algo que me gustaba tan poco como a ella. Estaba convencida de que aquello supondría perder para siempre a mi hija bajo la influencia de aquella horrible mujer.

Con esa desazón carcomiendo mi ánimo, mal dormí aquella noche. Aunque me sentí tentada a llamar a Martín, no lo hice. Los dos teníamos por delante una intensa semana. Él con el instituto, el ayuntamiento y el viaje a Valencia para reunirse con el abogado antes de que Sergio volviera a prestar declaración. Y yo, además de mis libros, tenía aquel fin de semana el primer taller de escritura organizado en el pueblo.

Menos mal que contaba con Lola y Reme para ayudarme. También todas las participantes del club de lectura estaban colaborando. Se encontraban entusiasmadas con la idea de recibir a escritores y futuros escritores. Todos los vecinos estaban expectantes ante la posibilidad de que con aquella iniciativa la localidad tuviera por fin un futuro, y aquello hacía que me pesara la responsabilidad de conseguir un buen resultado.

Apenas pude intercambiar con Martín más que algún mensaje antes de reunirnos en su casa para cenar el miércoles.

Fue una velada tranquila, a pesar de que todos teníamos nuestros motivos para estar preocupados. Sergio era el que más lo estaba con diferencia. Y todos pusimos de nuestra parte para que, al menos, durante un rato, se relajara. Algo que no resultó demasiado difícil al contar con Lola, quien, al contrario que yo, estaba entusiasmada con la que se nos venía encima el fin de semana.

Ella decía que era el clima especial de aquel pueblo. Pero yo sabía que el hecho de sentirse parte importante de aquel proyecto le había devuelto una ilusión que hacía mucho tiempo que no sentía. Hasta tal punto que ni parecía acordarse de lo que había sido hasta hacía unos pocos días su vida.

Después de un rato de conversación tras el postre, mi amiga se marchó para nuestra casa. Antes de que Sergio se fuera a su dormitorio, me despedí de él con dos besos y un abrazo mientras le deseaba lo mejor para el día siguiente. Cuando ya subía las escaleras, me volví hacia Martín y le rodeé el cuello con mis brazos.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también —dijo antes de darme un suave beso, cuando yo esperaba uno que fuera un anticipo de la noche que nos esperaba—. Sara, no quiero que te lo tomes a mal —comenzó a decirme, haciendo que inmediatamente frunciera el ceño a la defensiva—, pero esta noche lo único que me apetece es dormir.

No pude evitar que la expresión de mi rostro reflejara primero sorpresa y luego decepción. No esperaba que tan pronto empezara a apagarse aquella pasión que amenazó con consumirnos al principio.

—Te prometo que te lo compensaré el fin de semana. Estoy agotado y necesito descansar. Tengo dos días muy difíciles por delante —añadió al ver que yo guardaba silencio y seguía mirándolo sin decir nada.

—No te preocupes —acepté después de observar las ojeras que hacía días que no abandonaban su rostro y recordar cómo le había visto pasarse la mano por la cara en varias ocasiones durante la cena—. A partir del domingo, podremos tener unos días para nosotros solos. Pero tú deberías ir pensando en delegar en los demás —le sugerí—. No te imaginas cuánto me alegro de haberle pedido a Lola que me ayudara.

—¿A quién voy a pedirle ayuda?

—No sé. Quizá Sergio podría echarle una mano con Nora, con Marcial..., en Protección Civil. Seguro que a él también le viene bien la distracción.

—Me lo pensaré —se resistió.

—No lo pienses. Hazlo —le exigí a la vez que le dedicaba una sonrisa, y tras devolverle el beso, me giré dispuesta a marcharme.

—¿A dónde vas? —preguntó, impidiendo que me separara.

—Has dicho que querías dormir.

—Pero contigo —dijo, acercándose más a él—. Quiero abrazarte y dormir sintiéndote pegada a mí toda la noche.

—No me he traído pijama —traté de hacerme la interesante.

—No lo necesitas —respondió con sonrisa pícar.

—¿Tú no querías dormir? —le reproché—. Préstame una camiseta.

Así nos acostamos a dormir aquella noche, preludio de un intenso fin de semana en el que teníamos dos importantes frentes abiertos de cara al futuro. Reconozco que fue estupendo quedarme dormida acurrucada entre sus brazos mientras hablábamos entre susurros.

Pero mejor fue la manera en la que nos despedimos antes de salir de la cama por la mañana. Porque para mi tranquilidad, la pasión que sentíamos no había empezado a apagarse, sino que estaba mejor que nunca.



Tal como Martín y Sergio se marcharon en el coche rumbo a Valencia, me dirigí a casa. Pasé el día ultimando los detalles del taller e ignorando las llamadas de la madre de Alfredo. Lo que menos necesitaba era escuchar los más que seguros ataques que iba a dedicarme con el tema de mi hija.

Apenas pude intercambiar con Martín unos mensajes, ya que a media tarde llegó Pepa, una fantástica escritora sevillana y mejor mentora. Nos quedamos hasta tarde charlando y repasando todo lo que había programado para el fin de semana.

Cuando empezaron a llegar los participantes en el taller, todo estaba preparado. Según pasaban las horas, más me alegraba de haberle pedido a Lola que se quedara. Formábamos un gran equipo. Ella se descubrió como una relaciones públicas increíble. No como yo, que estaba más a gusto trabajando desde la soledad de mi escritorio.

No fue hasta esa noche que pude hablar un rato con Martín. Se le notaba feliz a través del teléfono. La reunión con el abogado y la declaración no podían haber ido mejor.

—Eso es estupendo —le dije cuando me contó que ya no volverían a llamar a su hijo—. Por aquí también va todo muy bien. El primer día superado con éxito. Qué ganas tengo de que estés de vuelta mañana.

—De eso tenía que hablar contigo. No vamos a regresar hasta el domingo por la tarde.

—¿Cómo?

—Tuve que llamar a Pilar y decirle que estábamos aquí. Si llega a enterarse de que habíamos estado en Valencia sin avisarla, te aseguro que nos mata a los dos —empezó a contarme—. Bueno, en realidad, casi lo hace cuando le he explicado el problema en el que se había visto envuelto Sergio. Ha insistido en que nos quedáramos en su casa.

—Pero prometiste estar aquí antes de que acabara el taller —protesté.

—Lo sé. Pero si dejo aquí al chaval, está convencido de que la madre va a obligarle a quedarse y volver a la universidad —explicó—. Sergio me ha pedido que no me vaya para asegurarse volver al pueblo conmigo. Quiere seguir viviendo allí hasta que decida qué hace el curso que

viene.

No pude evitar resoplar. La idea de que Martín se quedara en casa de su exmujer no me hacía ni pizca de gracia. Lo sé, lo sé. Era una tontería. Llevaban separados desde hacía doce años. Cada uno había rehecho su vida. Incluso su hijo me había contado que ella tenía un novio desde hacía varios años, aunque cada uno vivía en su propia casa. Pero la sola idea de que durmieran bajo el mismo techo me fastidiaba. En mi cabeza se coló la estúpida idea de que ahora que la relación padre hijo fluía, ellos pudieran recordar que una vez habían sido una familia feliz los tres.

—No puedo dejarlo aquí, Sara. Ahora que le he recuperado, no puedo dejar que vuelva a casa de su madre. Tú sabes que te quiero, ¿verdad? —dijo, como si incluso en la distancia y a través del teléfono pudiera leerme el pensamiento.

—Claro que sí. Es solo que te echo de menos —me justifiqué para no reconocer que en realidad estaba celosa.

—Yo también. Solo va a ser un día más. El domingo por la tarde seré todo tuyo —me aseguró de una manera que despertaba en mi imaginación muchas posibilidades.

—Eso espero. No aceptaré ninguna excusa —le avisé, arrancándole una carcajada.

Haciendo planes de lo que haríamos a su regreso, nos pasamos más de una hora al teléfono.

Afortunadamente, el resto del fin de semana pasó volando. Había tantas cosas de las que tenía que estar pendiente que cuando me di cuenta ya era domingo por la tarde y despedíamos a los alumnos del taller y a Pepa después de un fantástico almuerzo.

Traté de irme a casa, pero no me quedó más remedio que quedarme en el bar recibiendo las felicitaciones de algunos de los vecinos, que estaban muy contentos del desarrollo de aquella primera experiencia.

Cuando ya creía que podría volver a casa para esperar a Martín, llegó Flora con dos mujeres más, que supuse que serían vecinas de otra localidad que habían venido para curiosear cómo había transcurrido todo.

—Hola, cariño. ¡Qué bien ha ido el fin de semana! Tómate un café con nosotras —dijo a la vez que me daba dos efusivos besos—. ¿No te lo había dicho? —añadió, volviéndose hacia la más mayor de sus acompañantes, que se había quedado a su lado mirándome mientras la más joven se acercaba a la barra y pedía los cafés—. Esta vez el pueblo va a salir adelante gracias a ella.

—Bueno, Flora, aún no echemos las campanas al vuelo —traté de frenar su entusiasmo—. Se han ido muy contentos, pero necesitamos que se corra la voz y nos hagan buena publicidad.

En ese momento, me llegó un mensaje de Martín diciéndome que ya estaban cerca del pueblo. Le tuve que decir que estaba en el bar con su tía porque no parecía dispuesta a dejarme ir sin que le contara con pelos y señales qué habían dicho los escritores que acababan de marcharse.

Mientras lo hacía, su acompañante no me quitaba ojo con una sonrisa en la cara que me resultaba familiar y me estaba poniendo nerviosa sin saber por qué.

—Ay, qué tonta soy. Con la emoción no te he presentado a mi...

—Soy Rosario —la interrumpió y se acercó a darme dos besos—. Y ella es mi hija —añadió, señalando a la mujer más joven que esperaba a que le pusieran los cafés y me saludó con la mano con su misma sonrisa—. Así que tú eres la escritora. Me he leído todos tus libros. Si llego a saber que íbamos a encontrarte aquí, me hubiera traído uno para que me lo firmaras.

—Te lo puede firmar mañana o pasado —aseguró Flora—. Te quedarás unos días, ¿no?

—Claro que sí. Os echaba mucho de menos. Yo vivía aquí, pero tuve que irme a casa de mi hija —me contó mientras yo miraba el móvil de reojo para leer en las notificaciones que Martín me daría el encuentro en el bar.

—Entonces, tendrán mucho de qué ponerse al día —dije en un intento de marcharme.

—No tanto. Hablamos a menudo por teléfono —aseguró a la vez que me cogía de la mano y hacía que me acercara a una de las sillas libres que había en la mesa que teníamos al lado—. Anda, siéntate un ratito con nosotras. Nunca he conocido a una escritora. ¿Cuál era tu nombre de verdad?, ¿o quieres que te llame Violette?

—Sara, puede llamarme Sara —respondí resignada a retrasar el encuentro con el dueño de mis pensamientos.

Apenas había contestado a un par de sus preguntas, vi por la ventana llegar a Martín y una tonta sonrisa de felicidad se me dibujó en la cara.

—Hola, tía. Sara —nos saludó sin apartar la vista de mí desde detrás de la silla de Rosario, que no se había vuelto a mirar al recién llegado—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Por supuesto —respondí, levantándome en seguida—. Si me disculpan. Mañana continuaremos charlando —me despedí.

Martín se hizo a un lado para dejarme pasar sin dejar de mirarme de aquella manera que solo él sabía. Pero antes de que pudiéramos alejarnos más que un par de pasos, Rosario se volvió hacia él.

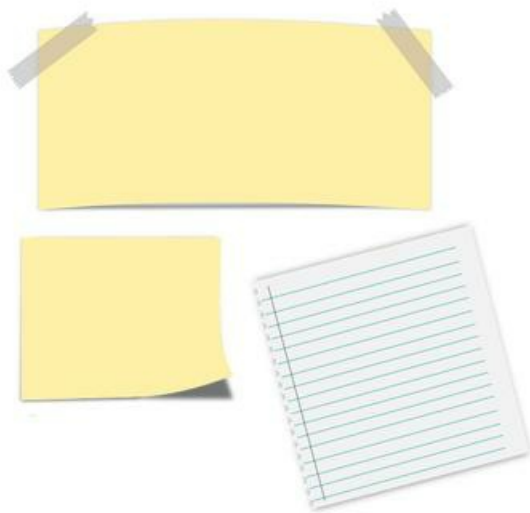
—Parece que solo tienes ojos para Sara, hijo —me sorprendió diciéndole—. ¿Es que no vas a saludarme?

Antes de volverse a mirarla, la cara de Martín palideció.

—¡¿Mamá?! —exclamó, haciendo que mi rostro también se pusiera blanco.

—Nosotras también nos alegramos de verte —dijo la más joven, que se había acercado a él sin que se diera cuenta.

—¡¿Carmen?! ¿Qué-qué estáis haciendo aquí?



34

De perdidos, al río.

Refrán español

Si en aquel momento alguien llega a pincharme, te aseguro que no sale ni una gota de sangre.

No veía la hora de reunirme con Sara y ponernos al día del fin de semana. Quería escucharla contarme todos los detalles del taller de escritura viendo en sus ojos la alegría que se intuía en su voz por teléfono.

Acudí al bar a buscarla. No negaré que, en cuanto la vi entre todos los vecinos que en aquel momento abarrotaban el lugar, una sonrisa se me dibujó en la cara. ¡Estaba tan bonita! Con el rostro radiante de felicidad mientras hablaba con tía Flora y otras mujeres. No podía quitarle la vista de encima.

Traté de llevármela de allí con la excusa de hablar con ella para informar a la comisión sobre cómo había transcurrido el fin de semana. Tuve que hacer un esfuerzo para no acercarme y abrazarla, que era lo que de verdad me apetecía en aquel momento. Sobre todo, cuando, al cederle el paso, apoyé mi mano en la parte baja de su espalda. Sentir el calor de su cuerpo provocó que aquella conocida corriente eléctrica se extendiera por mi brazo alcanzando todo mi cuerpo.

Pero apenas pude dar un paso para salir de allí, cuando una voz demasiado familiar me dejó clavado en el sitio. Tuve que parpadear varias veces para convencerme de que la que estaba sentada en aquella mesa era mi madre.

Por si aquello fuera poco, un segundo después, era mi hermana la que se encontraba a mi lado.

—¿Así es como vas a saludar a tu madre? Cualquiera diría que no te alegras de verme —me soltó mientras se ponía en pie y se acercaba a mí antes de que pudiera reaccionar.

—Claro que me alegro de verte. Qué tontería —respondí antes de que siguiera recriminándome—. No esperaba encontrarte aquí por sorpresa —seguí después de darle un par de besos a ella y a mi hermana—. ¿Por qué habéis venido? ¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que quería venir a comprobar con mis propios ojos si era verdad que te habías echado novia —contestó con una amplia sonrisa—. Mira que tener que enterarme por tu hijo que Sara y tú sois pareja —me recriminó con voz lo suficientemente alta como para que la oyeran todos los vecinos que en ese momento estaban en el bar.

Mientras tragaba saliva, dirigí una mirada alrededor, donde habían cesado todas las conversaciones, y los presentes nos miraban alternativamente a los dos esperando una confirmación o negativa de la noticia.

Observé cómo en el rostro de Sara empezaba a dibujarse el agobio que debía crecer en su interior ante la inesperada situación de vernos al descubierto. No me lo pensé dos veces. La agarré de la cintura y la pegué a mí antes de que fuera a salir corriendo. Lo mejor era sacar a todos de dudas y darle normalidad a la situación.

—Sí. Sara y yo somos novios. Ya podéis seguir todos a lo vuestro —dije, mirando alrededor para ver cómo más de una sonrisa se dibujaba en las caras de mis vecinos, mientras cruzaba los dedos mentalmente para que Sara no entrara en pánico al escucharme ponernos la etiqueta de pareja en público—. No te había dicho nada porque queríamos ir a Santander a decírtelo en persona y presentaros —mentí descaradamente.

—¡Lo sabía! —exclamó satisfecha mi tía dando una palmada—. Había algo entre vosotros dos que no era una relación de vecinos normal. Ya era hora de que dejaras esa tontería de empeñarte en estar solo, Martincito. Cuanto me alegro de que hayas sido tú la que le haya echado el guante al soltero de oro de la comarca —prosiguió Flora, ignorando mi resoplido, y se acercó a darle dos besos a Sara, que aún no había abierto la boca.

—Siento haberte pillado antes sin darte opción a irte —empezó a decirle mi madre—. Pero tenía tantas ganas de conocer a la mujer que por fin ha sido capaz de ablandar el corazón de este cabezota —dijo, señalándome—. Me alegro mucho de que formes parte de la familia, cariño. Bienvenida.

—Muchas gracias. No se preocupe... —empezó a decir Sara, que por fin parecía reaccionar.

—Charo, llámame Charo —le pidió mi madre antes de darle dos besos—. Que este pasmarote no es capaz de presentarnos en condiciones.

—¡Mamá! —protesté.

—Es verdad, Martincito. Has guardado tan bien el secreto que hasta había llegado a pensar que habías cambiado de gustos y por eso nunca traías a ninguna mujer por aquí —me recriminó mi

tía, haciéndome resoplar de nuevo.

—Ya vale, tía. Y deja de llamarme así.

—Uy, qué susceptible estás desde que tienes novia —se mofó.

—No protestes más, hijo. Qué va a pensar Sara. No querrás que salga huyendo —le siguió el juego mi madre.

—¿Cuánto tiempo has dicho que os quedabais? —pregunté, tratando de hacerlas cambiar de tema.

—Solo un par de días. Tenemos el vuelo de vuelta el miércoles —respondió mi hermana—. No puedo dejar a mis fierecillas tanto tiempo solos con el padre. Sabe Dios cómo me encontraría la casa al volver. Pero no podía resistir la curiosidad de conocer a mi nueva cuñada.

—Como sigáis así, vais a ser vosotras las que la espantéis —protesté, provocando las risas de las tres mujeres de mi familia.

Para colmo, Sara también empezó a reír con ganas por la situación. No sabía si serían los nervios. Aunque en el fondo me sentí aliviado de que no hubiera sucumbido al agobio ante el repentino encuentro familiar.

—¿Dónde tenéis el equipaje? —le pregunté a mi hermana cuando dejaron de reírse.

—En casa de Flora. No nos ha dado tiempo de llevarlas a casa. Queríamos encontrarnos con Sara antes de que llegaras y nos descubrieras —respondió Carmen, reconociendo la encerrona.

—Hace mucho que nadie vive allí. Mejor os quedáis conmigo.

—Hijo, no queremos molestaros —negó mi madre—. Con ventilarla un poco, nos apañaremos. Tú ya tienes al niño allí.

—Vamos, mamá, para una vez que vienes, tienes que quedarte en mi casa. Además, no he decidido aún si voy a matar, o solo a mandar con su madre, a ese chivato que tienes por nieto. Así tenéis más sitio —la avisé, haciéndola reír.

—No seas duro con él. Me apetece mucho veros a los dos juntos. Hacía tanto tiempo que deseaba que todo se arreglara entre vosotros —comentó sin poder evitar que la emoción se le reflejara en la voz.

—Tranquila. Solo le echaré un rapapolvo —le aseguré, abrazándola—. Anda, vamos por el equipaje para que podáis instalaros. Tengo el coche en la esquina.

—Preferiría ir dando un paseo. Quiero empaparme del ambiente del pueblo antes de irme —añadió antes de un largo suspiro.

—Pues paseemos hasta mi casa y cenamos todos allí —propuso mi tía—. Para una vez que os tengo aquí, no voy a aceptar un no por respuesta —exigió apenas me vio abrir la boca para negarme—. Qué pena que no te hayas traído a los niños y a tu marido, Carmen.

—No te preocupes, tía. En cuanto podamos, venimos todos a pasar un puente al pueblo —le aseguró mi hermana.

—Entonces, no hay más que hablar. Vamos a casa —dijo Flora, emprendiendo el camino.

—¿Me acompañas, cariño? —le preguntó mi madre a Sara a la vez que se agarraba de su brazo.

—Es que Lola está en casa. No puedo dejarla sola. Estará esperándome para cenar —trató de excusarse.

—¿Quién es Lola? —se interesó Carmen.

—Una amiga de Sara que está pasando una temporada en su casa y la está ayudando con el trabajo —le expliqué.

—Llámalas y que se venga —dijo Flora sin dudar—. Es un encanto de mujer. Y muy simpática —les contó, pues la pelirroja también se había ganado el cariño de todos desde que llegó.

—Me paso a recoger a Lola y a Sergio y los llevo a casa de mi tía. ¿Te parece? —me ofrecí sin estar seguro de que aquello no fuera más que una excusa para salir huyendo.

Durante unos segundos, Sara alternó su mirada entre mi madre y yo. Finalmente, accedió, para felicidad de mi progenitora.

Sin tenerlas todas conmigo, las vi salir a las cuatro del bar. Cuando las perdí de vista, me monté en el coche sin perder un segundo y fui a por mi hijo y a por Lola. Argos tampoco perdió la oportunidad de unirse a la improvisada cena.

—¿Cómo es que la abuela está aquí? —preguntó Sergio cuando emprendimos el camino a casa de Flora.

—Dímelo tú, bocazas —le respondí—. ¿Qué parte de no digas nada aún es la que no entendiste?

—Yo... Yo... Joder, no fue queriendo —confesó—. Me preguntó cómo me sentía viviendo contigo después de tanto tiempo y se me escapó que era muy divertido cuando te encontraba en situación cariñosa con tu novia. No me quedó más remedio que contárselo.

—Pues a ver cómo salimos de esta. Si Sara decide romper conmigo por culpa de esto, te juro que te vas a Valencia con tu madre en ese mismo instante.

—Venga, papá —protestó—, ya era hora de que lo hicierais público, joder. Que no sois unos jovencitos.

—Te lo digo en serio. A Valencia te largo sin miramientos.

—Deja ya a tu hijo. Tiene razón el chico —se puso Lola de su parte.

—Pues eso díselo a tu amiga, que es la de las dudas —respondí.

—Sara es tonta. Si yo tuviera lo que vosotros, anda que no lo iba a gritar a los cuatro vientos —añadió con un suspiro.

—Bueno, a ver cómo salimos de esta prueba —dije antes de bajarme del coche en la misma puerta de mi tía.

No sabía qué situación me encontraría al llegar a casa de Flora. Ni tenía idea de cómo iba a transcurrir aquel encuentro familiar. Sabíamos que iba llegando la hora de hacerlo público. No teníamos edad para estar escondiéndonos. Y la verdad, yo estaba deseando no tener que estar midiendo nuestros gestos delante de todos. Pero no estaba seguro de que aquella repentina salida a la luz de nuestra relación no fuera contraproducente. Después de todo, a Sara aún le costaba admitir que lo nuestro iba en serio. Aunque no dudaba de sus sentimientos hacia mí, ella no era capaz de verbalizarlo, mientras que yo le había dicho más de una vez lo que sentía por ella.

Para mi sorpresa, el ambiente que me encontré en casa de mi tía no pudo ser mejor. Sara, Carmen y mi madre reían mientras Nora se vanagloriaba de haber sido la primera en descubrirnos. Su abuela la reprendía porque por primera vez había guardado el secreto cuando nunca era capaz de contener su lengua.

Aquella complicidad tuvo su parte negativa. Para mi desgracia, todas las mujeres de mi familia se dedicaron a contarle a Sara mil y una anécdotas más, alentadas por Lola y mi hijo. Y ella se mostraba encantada de mi desesperación, haciendo que Carmen no mantuviera su boca cerrada ni cuando estaba comiendo.

—No cabemos todos en el coche —observó mi hermana al abandonar la casa de mi tía.

—Nosotras podemos irnos andando. No está tan lejos —alegó Sara.

—De eso nada. Llévalas, Sergio —me negué y le lancé las llaves a mi hijo, que las cogió al vuelo—. Tú y yo nos vamos dando un paseo, que necesito un respiro de tanta familia —dije, y la agarré de la mano para llevármela por la acera en dirección a su calle.

—Pasadlo bien, parejita —nos despidió Carmen.

—Buenas noches —respondí, ignorando su comentario.

—No quiero verte de vuelta hasta mañana por la mañana, jovencito —añadió mi hijo, arrancando las risas de mi madre y mi hermana.

—No te pases de listillo, que todavía no he decidido qué voy a hacer contigo, chivato —le amenacé después de resoplar.

Mientras que todos se montaban en el coche, menos Argos, que decidió que era un buen momento para dar un paseo junto a nosotros, comenzamos a andar en silencio.

Cuando nos cruzamos con un par de vecinos, que nos dieron las buenas noches con una sonrisa, Sara tuvo el acto reflejo de soltar mi mano. Algo que no le permití.

—No vamos a escondernos más —afirmé con decisión.

Después de observarme unos segundos, terminó asintiendo con una sonrisa y continuamos andando.

—Así que tuviste tu época de melenudo con chupa de cuero —recordó uno de los comentarios de mi hermana cuando ya enfilábamos su calle—. Quiero ver esas fotos.

—Ni de coña. Ya he aguantado bastantes risitas vuestras —me negué.

—Oh, venga ya. Quiero verte con esas pintas —pidió, acercándose a mí y poniéndome unos morritos que no dudé en atrapar con mi boca.

—De eso nada —dije después de liberar sus labios.

—Te convenceré —aseguró.

—Pues tendrás que currártelo mucho más —la reté antes de volver a besarla.

—Antes de que amanezca te habré convencido —respondió mientras recorría mi cuello con sus labios, haciendo que el suave roce de su cálido aliento erizara mi piel.

—Debo entender que estás invitándome a pasar la noche contigo —le susurré al oído mientras la apretaba contra mí para que sintiera el efecto que su cuerpo estaba provocando en el mío.

—¿Acaso tenías intención de irte a tu casa?

—Abre ya la puerta y vámonos al dormitorio. O Lola nos va a encontrar en una situación comprometida porque no sé cuánto voy a poder aguantar antes de hacerte mía —la urgí al ver que aún no había luz dentro.

La hice volverse hacia la puerta, y mientras ella buscaba las llaves en el bolso, la abracé, pegándome a ella para que sintiera en la parte baja de su espalda la erección que palpitaba en mis pantalones, a la vez que devoraba su cuello en un anticipo de lo que nos esperaba el resto de la noche.

—Si sigues haciendo eso, no voy a poder encontrar las llaves —gimió, incrementando aún más mi excitación.

Entonces, en el silencio de la noche, solo roto por nuestras jadeantes respiraciones, oímos el sonido de un fuerte portazo que nos hizo girarnos hacia el coche que estaba aparcado cerca de casa de Sara y en el que no habíamos reparado.

—¡Ya era hora! —espetó la joven que había salido de un impecable Audi cruzándose de brazos—. No sé ni cuánto tiempo llevo esperando que te dignes aparecer por tu casa —le recriminó a Sara, que la miraba boquiabierta—. Y tú ocupada metiéndote mano con este en medio de la calle en lugar de coger mis llamadas —siguió, dedicándome una despectiva mirada de arriba abajo.

—¿Laura? Yo-yo tenía el móvil en silencio y no-no lo he oído —balbuceó como justificación.

—Sí, claro, pero a este bien que le estabas oyendo. ¿Vas a abrir la puerta, o tenemos que pasar la noche aquí fuera? —exigió.

—Voy. Ahora mismo abro —dijo Sara antes de volverse hacia la puerta mientras su hija empezaba a sacar maletas del coche.

—Y tú podrías hacer algo útil y entrar mi equipaje, ¿o lo único que sabes hacer es follarte a mi madre? —me soltó, dejándome sin palabras.

—¡Laura! Un respeto —exigió su madre, reaccionando por fin.

—¿Acaso no era eso lo que se disponía a hacer hace un momento? —se justificó—. Por eso estás en esta mierda de pueblo en el culo del mundo.

—Lo que haga yo aquí no es asunto tuyo. Y, para tu información, unas veces me folla él, otras me lo follo yo, y las demás nos follamos mutuamente. No tengo que darte explicaciones de mi vida. ¿Te ha quedado claro?

—Lo que tú digas —respondió con desgana antes de entrar en la casa sin mirarme ni despedirse—. ¿Así que este es el agujero al que has decidido venirte a malvivir? —la oí decir desde el salón.

Sara y yo nos miramos unos instantes, asumiendo que nuestro fantástico plan para aquella noche se había hecho añicos por la inesperada aparición de Laura.

—No sé qué hace aquí, ni a qué ha venido su comportamiento —susurró, visiblemente agobiada por la actitud de su hija.

—Ánimo. Quizá sea la oportunidad de arreglar las cosas entre vosotras —le dije, esforzándome en infundirle el valor que parecía faltarle en ese momento.

—Va a ser una noche larga —reconoció resignada.

—Tú puedes con eso y con más —le aseguré—. Me voy a casa —le susurré después de acercarme y darle un beso.

—Cruza por aquí —me sugirió.

—Me vendrá bien el paseo —rechacé el ofrecimiento—. No puedo llegar a casa en este estado —afirmé, señalando la erección que había visto frustrada su desahogo con una buena ración de sexo—. ¿Qué pensaría mi madre de mí? —le pregunté, arrancándole una sonrisa—. Si necesitas hablar, luego tendré a mano el móvil. Llámame. Sea la hora que sea.

Sara asintió con una sonrisa antes de entrar en su casa y cerrar la puerta tras ella.

Me dirigí hacia la mía, acompañado por Argos, que no se había separado de mi lado desde que Laura hiciera aparición. Fui paseando tranquilamente mientras le daba vueltas a lo ocurrido en las últimas horas.

—¿Qué haces aquí, hijo? —preguntó mi madre, sorprendida de verme aparecer en el salón.

—Me estás decepcionando. Qué poco has durado, viejo —se mofó Sergio, al que dediqué una mirada asesina.

—No estás para columpiarte. Aún no me he olvidado de que te fuiste de la lengua —le advertí, señalándole con el índice.

—¿Qué ha pasado con Sara? —se interesó mi hermana, que salía de la cocina en ese momento—. Se os veía de maravilla a los dos.

—Su hija estaba esperando en la puerta cuando hemos llegado a su casa. Y por el equipaje que traía, juraría que ha venido para quedarse una temporada —dije, y me senté en el sofá resoplando.

—Y, ¿cómo es? ¿Se parece a su madre? —quiso saber Sergio.

—Ufff. Mejor no te acerques mucho, que muerde —le advertí.

—Qué exagerado eres, hijo —me reprendió mi madre.

—Sí, sí. Exagerado. No quisiera estar en el pellejo de Sara ahora mismo —asegué antes de ponerles en antecedentes de la relación de mi novia con su hija—. Bueno, lo mejor será que nos vayamos a descansar.

—Sí. Vámonos a dormir —aceptó mi madre.

—Aunque no creo que pueda hacerlo hasta que hable con Sara y sepa cómo se encuentra —
reconocí.



35

Yo que nunca encontraba el descanso en ti, mi guerrero.

La rueda de sueños nos hizo parar.

Vanesa Martín. *Salto mortal*

Aquel portazo no solo rompió el silencio de una noche que prometía ser tan intensa como lo había sido el fin de semana. Resquebrajó toda la calma que sentía en aquel momento.

Descubrir que aquella mujer tan agradable que acompañaba a Flora no era otra que la madre de Martín, y que había querido hacer tantos kilómetros solo para conocerme en persona, me dejó en *shock*. Aún no me sentía preparada para dar el paso de conocer a mi suegra. Suegra. ¡Aaaj! Socorro.

Pero Charo, como me insistió que la llamara, no tenía nada que ver con la odiada Bitelchús. Yo tenía pánico de volver a repetir la mala experiencia que aún seguía soportando, y ella, en cambio, no tuvo conmigo más que palabras cariñosas, haciendo que me sintiera muy cómoda. Y su hija Carmen era una mujer resuelta y muy divertida que disfrutó todo el tiempo pinchando a su hermano, contándome muchas historias de la niñez y juventud de Martín.

De un plumazo, conocí a su familia y nuestra relación se hizo pública para todo el pueblo. Una situación por la que me agobiaba pasar quedó resuelta gracias a una indiscreción de Sergio.

Y cuando parecía que el día acabaría con una apoteósica noche de sexo entre las sábanas de mi cama, de esas que solo había disfrutado enredada en el cuerpo de Martín, la persona que menos esperaba encontrar ante mi puerta hizo una aparición estelar.

Como surgida de ninguna parte, Laura se plantó ante nosotros repartiendo sus desagradables comentarios de niña consentida a diestro y siniestro.

Durante unos momentos, ninguno de los dos reaccionamos. Bueno, yo fui incapaz de contrarrestar la mala educación de mi hija, porque estoy convencida de que lo de Martín fue un extraordinario ejercicio de contención. Años de tratar con adolescentes en el instituto tenía sus ventajas.

Precisamente, el hecho de que dirigiera su ataque hacia él fue lo que me hizo saltar para exigirle respeto con la persona que me había devuelto la ilusión, y que lo único que hacía era esforzarse cada día en hacerme feliz.

Me sorprendí a mí misma contestándole de aquella manera. Creo que en mi vida había dicho

tantas veces seguida el verbo follar, y menos en una conversación con mi hija. La cosa no mejoró dentro de casa.

—¿Así que este es el agujero al que has decidido venirte a malvivir? —la oí decir cuando aún estaba en la acera, al lado de Martín.

Al entrar, Laura estaba en medio del salón con los brazos cruzados mirando a todos lados con evidente disgusto. En ese mismo momento, Lola salía de la cocina. Al parecer, se había entretenido hablando con la familia de Martín.

—¿Laura? —dijo con cara de asombro.

—¿Esta también está aquí? Lo que faltaba —protestó.

Mi amiga abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla a un gesto mío.

—Lola vive aquí. Trabaja para mí —le aclaré, consiguiendo que su expresión de asco cambiara por una de extrañeza.

—¿Desde cuándo tienes gente trabajando para ti? —quiso saber.

—Ese no es el tema a tratar ahora. ¿No se supone que ibas a quedarte en casa de tu abuela porque no aceptabas el piso compartido que yo podía pagar? ¿Qué haces aquí?

—En esa casa no se puede vivir —soltó después de resoplar—. Esa mujer se cree que como es la que paga, los demás tienen que obedecerle. Se empeña en meterse en todo lo que hago o dejo de hacer. No me deja respirar. Y papá le da la razón en todo —se quejó.

—Normal. A él también está teniendo que pagarle todo.

—Pues no la aguanto. Es insoportable.

—Así que por fin te has dado cuenta de cómo es tu abuela. Tú que siempre la has defendido y que tanto te molestaba que la llamara Bitelchús —dije, esforzándome porque no se me dibujara una sonrisa en la cara.

—Conmigo siempre se portaba bien —se justificó.

—Claro. Porque se limitaba a pagar todos tus caprichos solo para llevarme la contraria a mí y hacerme quedar como la mala ante tus ojos.

—No es justo. Ahora solo sabe meterse en mi vida —protestó, enfurruñada, como cuando tenía cinco años—. No hace más que empeñarse en que la acompañe a todos esos estúpidos actos que se organizan en su club de campo para meterme por los ojos del hijo mayor de los Villaresme.

—Vaya, parece que la vieja tiene la aspiración de añadir un título nobiliario a su árbol genealógico —exclamé—. ¿Ese no es el que destrozó el coche de su padre contra una rotonda en la graduación de bachillerato?

—Sí. Ese salido imbécil que cree que porque su padre es marqués voy a dejarme manosear por él —dijo despectivamente—. Va a llevar la cara hinchada unos cuantos días el gilipollas.

—¿Qué?! —atiné a exclamar.

—Lo que has oído. Y mi abuela quiere que le pida perdón y me comprometa con él. ¡Qué asco, por Dios! Bueno, ¿dónde está mi habitación? —preguntó, volviéndose hacia mí con los brazos en jarra—. Porque yo a casa de Bitelchús no vuelvo.

—Pues la habitación que compartirás con Lola, si ella acepta, está arriba —respondí.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera tendré habitación propia? —se quejó.

—Yo puedo dormir en el sofá —se ofreció Lola.

—De eso nada —me negué—. Yo te ofrecí ese dormitorio para que te quedaras aquí a trabajar conmigo. Esta situación no va a cambiar eso.

—Podría buscar un alquiler baratito...

—Este tema no es negociable —corté a mi amiga.

—Lo estás haciendo a propósito para fastidiarme —me acusó Laura—. Es un castigo.

—No. Es la cruda realidad de la vida. Llevo meses aquí y no te has dignado a venir a verme. Ni me has llamado para nada que no sea pedirme dinero o criticar mi nueva vida —le recriminé—. No te has preocupado por cómo estoy, ni te has interesado por saber en qué trabajo ahora o si estoy en paro. Y apareces cargada de maletas en mi puerta sin avisar, comportándote como la niña malcriada en la que te han convertido tu padre y tu abuela. Me faltas al respeto. Se lo faltas a Martín, que ha tenido la educación de no responderte como merecías. Insultas el pueblo al que he decidido mudarme. Menosprecias mi casa y a mi amiga —tuve que hacer una pausa para coger aire—. Y, encima, ¿tienes la desfachatez de venir con exigencias?

—Mira, si no quieres que viva contigo, me lo dices y me largo —respondió elevando el mentón orgullosa, como si yo no supiera que estaba allí porque era su último recurso.

—Claro que no me importa que vengas a vivir aquí. En mi casa nunca te faltará una cama, comida, o con qué vestirte. Pero no puedo financiar caprichos sin sentido. Y una cosa tiene que quedarte clara desde este mismo momento —empecé a decirle mientras ella me miraba con la mandíbula apretada—. Mi época de ser la criada que te lo daba todo en bandeja se acabó. Somos tres, y las tareas se reparten entre todas. Nosotras trabajamos. Así que te aconsejo que empieces a estudiar de una vez para buscarte un futuro si no quieres que te pase como a tu padre y tengas que terminar aceptando ser la futura marquesa de Villaresme y pariendo al heredero del salido de su hijo. Tú decides —la reté, mientras me esforzaba por aparentar ser fuerte cuando por dentro estaba temblando.

Durante los segundos que Laura estuvo aguantándome la mirada, fui incapaz de respirar. Si llega a tardar un poco más en responder, creo que hubiera terminado por perder el conocimiento por falta de oxígeno.

—De acuerdo —murmuró entre dientes.

—¿Qué has dicho? —le pregunté después de que el aire volviera a mis pulmones.

—Que lo intentaré, ¿vale? —dijo en voz alta.

—Bien. ¿Has cenado? —me interesé, empezando a relajarme, a lo que ella se limitó a responder negando con la cabeza—. Entonces, vamos arriba para que puedas empezar a instalarte. Subamos una maleta cada una y mañana nos encargamos del resto del equipaje —sugerí—. Después, te prepararé algo de comer.

Y así emprendimos en silencio el camino al piso superior para que la recién llegada conociera el que sería su nuevo hogar.

Tengo que reconocer que Laura hizo un gran esfuerzo por no soltar ninguno de sus comentarios desagradables cuando entró en el dormitorio, aunque su cara evidenciaba lo que la contrariaba la situación.

—Mientras dejas tus cosas en el baño, voy a ponerme el pijama —me disculpé y entré en mi habitación.

Cuando cerré la puerta, tuve que apoyarme en la madera. Estaba convencida de que mis piernas me iban a fallar en cualquier momento. Extendí mis manos ante mí y observé cómo temblaban visiblemente a causa de los nervios que había estado conteniendo. Aún no daba crédito a lo que había ocurrido en el piso inferior. O, más bien, a lo que había hecho. Le había plantado cara a mi hija y me había mantenido firme a pesar de saber que podía perderla para siempre.

Me concentré en respirar. Debía volver a salir y seguir aguantando el tipo. Había ganado la primera batalla, pero sabía que aún quedaba mucho que andar antes de poder cantar victoria. La convivencia iba a ser una dura prueba para las tres.

Cuando comprobé que mis manos habían dejado de temblar, tomé aire y me reuní con Laura y

Lola en su habitación. Una vez estuvieron las cosas redistribuidas, bajamos a la cocina. Le preparé a mi hija una tortilla, que devoró con ganas, mientras mi amiga y yo nos tomamos un té Rooibos viendo una en la mirada de la otra la incertidumbre por la nueva incorporación a la casa.

Antes de volver a subir a los dormitorios, reorganizamos el salón para dejarle a Laura un lugar donde poder poner su ordenador para estudiar.

Nos dimos las buenas noches en el pasillo sin la efusividad que hubiera deseado. Pero, después del tenso enfrentamiento, tampoco podía pedir mucho más.

Me senté en la cama agotada por la tensión vivida en las últimas horas. En aquel momento, deseé sentirme envuelta por los brazos de Martín. El lugar del mundo donde me sentía a salvo de todo. Estuve tentada a llamarle, pero hacía ya rato que había pasado la media noche, y él debía madrugar al día siguiente. Aun así, cogí el móvil para escribirle que todo había ido bien. Sonreí al leer el mensaje que me había escrito apenas unos minutos antes.

Sea la hora que sea.

—Deberías estar durmiendo —le dije cuando respondió.

—Estaba esperando tu llamada —contestó, provocando que se ensanchara mi sonrisa.

—Pues he estado a punto de no llamarte —reconocí—. Pensaba que estarías dormido.

—Pues hubieras sido la culpable de que no lo hiciera en toda la noche. Y no precisamente de la manera que tenía pensado cuando estábamos ante tu puerta.

—No me lo recuerdes —suspiré—. Vaya domingo de sorpresas.

—¿Qué tal con tu hija? —se interesó.

Durante un rato, escuchó atentamente mi narración de lo ocurrido después de que se fuera a su casa.

—Entonces, no ha ido tan mal como parecía por su forma de llegar.

—Martín, lamento cómo se ha portado Laura contigo —empecé a decirle—. Por favor, perdona...

—No te disculpes. Tú no has hecho nada —me cortó.

—Lo sé, pero no debió hablarte así. Gracias por no responderle como merecía.

—La verdad es que a punto estuve de hacerlo —reconoció—. Pero en el último momento pensé que no te hacía un favor si me enfrentaba con ella.

—Gracias por pensar en mí.

—Yo siempre pienso en ti —dijo, haciendo que volviera a sonreír—. Y, ¿cómo te sientes después de las otras sorpresas que hemos tenido hoy? —cambió de tema.

—Aliviada —declaré tras un suspiro—. Aunque al principio a punto estuve de salir corriendo cuando supe que era tu madre.

—Por eso te agarré y te pegué a mí antes de que pudieras hacerlo.

—Me daba miedo que fuera como la madre de Alfredo —confesé—. No podría soportar otra suegra igual. Aún estoy padeciéndola. Estaba convencida de que no le caería bien.

—Mira que eres tonta. Te dije que mi madre te adoraría —me recordó.

—Me alegra haberme equivocado.

—Y ya no tendremos que escondernos.

—Menos mal, porque, con nuestras casas llenas de gente, no sé cómo vamos a poder estar un rato nosotros solos —bromeé, arrancándole una risa.

—Seguro que encontramos la manera.

Aún continuamos hablando un rato más antes de despedirnos. Cuando por fin me acosté, me quedé dormida enseguida después de tantas emociones.



A la mañana siguiente, decidí darle a Laura unas horas de margen antes de enfrentarse a su nueva vida. Tampoco me apetecía lidiar con su más que probable malhumor si la hacía madrugar. Mejor empezar los cambios con prudencia porque el carácter de mi hija prendía con facilidad, y yo tenía demasiadas cosas de las que estar pendiente aquella semana como para empezarla con mal pie.

Pero la tranquilidad apenas nos duró a Lola y a mí el tiempo de sentarnos en la cocina a tomarnos un café mientras organizábamos el trabajo.

—Buenos días —saludó mi amiga a Laura, que nos miraba plantada en la puerta con el ceño fruncido mientras se frotaba los ojos.

—Vaya mierda de cama más pequeña —se quejó después de dedicarnos un gruñido como respuesta a su saludo.

—Si quieres unas tostadas, el panadero vino hace un momento —le dije, señalando la bolsa sobre la encimera—. Y el café está recién hecho.

Laura miró la barra de pan, negó con la cabeza y se dirigió a la nevera.

—¿No tienes leche de soja? ¿O sin lactosa? —preguntó después de un rato mirando su interior.

—No.

—Al menos, tendrás chía. ¿Trigo sarraceno? ¿Avena? —fue enumerando según íbamos negando con la cabeza—. Por Dios, ¿es que en esta casa no se puede hacer un desayuno en condiciones? —protestó mientras yo tomaba aire, tratando de mantener la calma.

—Más sano que aquí no vas a comer en ningún sitio. El pan es artesano. La leche y los huevos vienen directamente de la granja. Igual que las frutas y verduras —empecé a decirle—. Así que te aseguro que no tienen ni punto de comparación con cualquiera de esas porquerías de supermercado de la ciudad.

—Sí, claro —contestó mientras se sentaba junto a nosotras con los brazos cruzados y los labios fruncidos.

—Luego iremos a la tienda de Juani. A ver si puede traerte alguna de esas cosas para el desayuno —le prometí para que se relajara.

Abría la boca para contestarme cuando sonaron unos golpes en la puerta de la cocina. Lola y yo nos miramos extrañadas unos segundos antes de levantarme a abrir. Martín se había marchado al instituto antes de que nos despertáramos.

—Buenos días —saludó Sergio con una sonrisa—. Mi abuela os ha hecho esto para desayunar —anunció, enseñándome la bandeja que llevaba en las manos envuelta en papel de aluminio.

—¡Oh! Gracias. No tenía que haberse molestado —dije mientras me hacía a un lado para dejarle pasar.

Lola no pudo aguantar la curiosidad. Tal como Sergio la puso sobre la mesa, la abrió haciendo que el delicioso aroma del bizcocho inundara la cocina haciéndonos salivar.

—A este paso, nos vamos a poner redondas —aseguró mi amiga—. Esto huele que alimenta. Anda, siéntate y te sirvo un café —le ofreció.

—Y este, ¿quién es? —preguntó Laura con disgusto.

—Es Sergio, el hijo de...

—Así que tú eres la hija de Sara. Encantado de conocerte, hermanita —me cortó con una enorme sonrisa a la vez que se dirigía hacia Laura.

—¿Qué dices de hermanita, imbécil? Yo no tengo ningún hermano, y menos tú.

Antes de que mi hija pudiera seguir mostrando sus buenos modales, Sergio se acercó a saludarla con un par de besos. Laura trató de evitarlo, haciendo la cobra. Pero él fue más rápido, y cogiéndola por los brazos, la obligó a volver a acercarse y le plantó un beso en cada mejilla que

indignaron a mi hija.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le recriminó mientras que se levantaba de la silla hecha una furia y se limpiaba la cara con la manga del pijama.

—Saludarte como te mereces. Después de todo, es como si fuéramos hermanos, ¿no? —le respondió Sergio con tranquilidad, y la misma sonrisa que ponía su padre cuando se dedicaba a pincharme.

—¿De qué hablas, gilipollas?

—Ah, ¿no lo sabes? —exclamó divertido—. Tenía entendido que anoche les cortaste el rollo cuando apareciste por sorpresa. Tu madre y mi padre son... ¿cómo decirlo? —se preguntó, haciéndose el interesante—. Vamos, que no se pueden quitar las manos de encima cuando están juntos.

—¡Sergio! —le reprendí, arrancándole una carcajada que sonó igual que la risa de Martín.

—Bueno, quizá no tanto. Pero que están enamorados como dos adolescentes te lo aseguro.

—¿Y encima voy a tener que aguantar a este payaso? —soltó Laura con las mejillas encendidas por el enfado—. Es lo que me faltaba. Papá y tú habéis convertido mi vida en un infierno —espetó antes de abandonar la cocina hecha una furia.

—¡Joder con la reina del drama! —exclamó Sergio—. Tampoco es para tanto.

—No te preocupes —suspíré—. Pero la próxima vez suéltale las cosas con más delicadeza. Tiene mucho que asimilar.

—Tranquila. Lo haré —aceptó—. Me voy, que mi abuela quiere que las acompañe a darle una vuelta a su casa.

—Sergio, ¿ha hablado tu padre contigo? —le pregunté después de acompañarle a la puerta.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No. Es que últimamente está sobrepasado con todo. Como si no tuviera bastante con el trabajo, el ayuntamiento y Protección Civil —empecé a enumerar—, está el tema de los talleres de escritura y Bellas Artes...

—Sí. No me explico cómo aguanta el ritmo —reconoció.

—Le sugerí que te pidiera ayuda —empecé a contarle—. Si pudieras echarle un cable con las clases particulares de Nora, Marcial y los chicos, sería estupendo.

—Claro que sí. Así tengo una excusa para no estudiar —rio con ganas—. No te preocupes. Me encargaré de ayudarles para que no esté tan cansado por las noches —dijo a la vez que me guiñaba un ojo—. Es broma. Es broma —añadió, levantando las manos al ver que me había puesto colorada por su insinuación.

—Anda, vete con tu abuela y no sigas liándola —le despedí y fui en busca de mi hija.

La encontré sentada en el sofá del salón con su iPhone en la mano.

—Tienes una cobertura de mierda. ¿Cuál es la clave del wifi?

Al parecer, la preocupación por estar conectada a internet le había hecho olvidar el encuentro con Sergio. Pero al cabo de un rato, la conexión empezó a ralentizarse. Demasiados dispositivos en la misma red para lo que yo tenía contratado.

—De verdad. No puedo creerme que seas feliz viviendo en este agujero. La conexión es pésima. No consigo que se cargue la página de la universidad —protestó desesperada.

—¿Quieres hacer el favor de tomarte las cosas con calma? —le pedí—. En todo este tiempo, no he tenido problemas con internet. ¿Por qué no te das una ducha mientras yo llamo al técnico? Si hay suerte, estará aquí en un rato y lo deja listo antes de que hayas terminado —le aseguré, recordando la afición de mi hija a pasarse horas en el cuarto de baño.

Refunfuñando, Laura se marchó hacia la escalera mientras yo marcaba el número de Pablo. Un

cuarto de hora después, el nieto de Flora llamaba a la puerta. Llevaba una de sus camisetas friki. En esa ocasión, una negra con los dos robots de *Star Wars* en la parte delantera.

Como las veces anteriores, enseguida se hizo cargo de la situación y se puso manos a la obra para solucionarlo. Estaba comprobando que el Mac de Laura tuviera conexión cuando esta regresó al salón.

—¿Qué haces tocando mi portátil? —le increpó sin miramientos la agradable de mi hija.

—Comprobar si tenías acceso a internet. Soy el técnico —respondió Pablo.

—¿Tú? Pero si tendrás... ¿Cuántos?, ¿dieciocho años? —dijo, mirándolo de arriba abajo con desdén—. En este pueblo contratan a cualquiera.

—Veintitrés —respondió el chico, molesto con la actitud de mi hija—. Y para tu información, no estoy contratado, soy el dueño de la empresa. Así que, si no te importa, déjame trabajar, que tengo más clientes que atender —le soltó con el ceño fruncido sin volverse a mirarla—. Todo arreglado —me informó al cabo de unos minutos, después de comprobar que todo funcionara correctamente.

—Muchas gracias, Pablo. ¿Qué haríamos sin ti? Mándame la factura y te hago un *bizum* —añadí mientras le acompañaba a la puerta.

—Adiós, Lola. Sara —se despidió, ignorando descaradamente a Laura, a la cual no había vuelto a mirar.

—Pero ¿qué se habrá creído ese niño? —soltó indignada—. ¿Cómo se atreve a ignorarme?

—Estás cubriéndote de gloria, cariño. A este paso, te enemistas con todo el pueblo antes de que termine el día.

—Pero...

—Pero nada, Laura, menos mal que Pablo es un buen chico y no te ha contestado como te merecías —le justifiqué—. Has sido muy desagradable con él. Igual que lo fuiste antes con Sergio, y anoche con Martín y con Lola. Sigue así y te vas a quedar más sola que la una —le advertí.



36

*La honradez es siempre digna de elogios,
aunque no reporte utilidad, ni recompensa, ni provecho.*

Cicerón

Durante toda la mañana, una sensación mezcla de felicidad e incertidumbre me impedía concentrarme en el trabajo.

Cuando me levanté, mi madre se había hecho dueña y señora de mi cocina y estaba esperándome para desayunar juntos. Aunque yo le había dicho que no era necesario que madrugara, ella alegó que no iba a desaprovechar durmiendo ni un minuto del poco tiempo que estaría en el pueblo.

A nosotros se unieron mi hermana y mi hijo. Así que, por primera vez en mucho tiempo, me fui al instituto después de compartir un estupendo rato en familia. Solo faltaba a mi lado una persona para que hubiera sido perfecto.

Aun con ese buen comienzo, no pude concentrarme en toda la mañana. Y menos a partir de la hora del recreo, en la que recibí una llamada de la Consejería de Educación para comunicarme que en unos días recibiría a un supervisor. Este debía elaborar un informe sobre la viabilidad de mantener las dos líneas en el centro. Sabía muy bien que aquello no era más que un paripé para justificar la reducción y posterior cierre.

Para no preocupar a mis compañeros con mi desánimo, puse la excusa de la inesperada visita de mi madre y mi hermana para irme antes de tiempo. Necesitaba distracción.

Llamé a Carmen, que me dijo que ella se había ido a recoger algunas provisiones que había encargado a Juani para preparar el almuerzo, pero nuestra madre y mi hijo se habían quedado en la que había sido nuestra casa familiar.

Apenas crucé la puerta, me extrañó el silencio que envolvía el lugar. Desde la entrada, pude ver a mi madre sentada en el patio. No había rastro de Sergio por ningún lado. No me hizo gracia que estuviera sola. Desde que sufriera el ictus, no me quitaba de la cabeza que si yo no hubiera estado con ella en ese momento, podría no haberlo superado tan bien como lo hizo.

Me quedé observando en silencio cómo ojeaba viejos álbumes de fotos. Aquella imagen trajo a mi memoria cuando Carmen y yo volvíamos a casa del colegio por las tardes y ella nos esperaba allí.

Se volvió a mirarme y me dedicó una sonrisa que me recordó a la que se le dibujaba en la cara cuando veía llegar a mi padre del trabajo mientras nosotros devorábamos la merienda que nos había preparado.

Por un momento, tuve la impresión de que, si me volvía a mirar, él aparecería por la puerta como entonces. Pero nadie más atravesó el umbral.

—Hola, cariño —me saludó.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunté después de acercarme a su sillón y darle un beso en la frente.

—Mirar recuerdos —dijo, mostrándome una página del álbum con varias fotografías amarillentas de los cuatro en un cumpleaños de Carmen—. Qué felices éramos aquí, ¿verdad? —comentó con nostalgia.

—Mucho, mamá —reconocí, sentándome a su lado y cogiéndole la mano—. Eh, no te pongas triste. No deberías estar aquí sola —la regañé.

—No me va a pasar nada, hijo. A Sergio le ha llamado Pablo —me explicó—. El pobre se ha pasado toda la mañana ayudándonos a airear todas las habitaciones. Le he dicho que se fuera un rato.

—Pues vámonos ya para mi casa. Podemos ir dando un paseo si te apetece —le ofrecí—. Recogeré luego el coche.

—Antes quiero darte una cosa. Espérame aquí —me pidió antes de perderse por el pasillo hacia su antiguo dormitorio sin haber esperado mi respuesta.

Al cabo de un par de minutos, regresó con una pequeña cajita marrón entre sus manos. Se quitó la cadena que llevaba al cuello, sacó la alianza de mi padre que colgaba de ella junto a la medalla de la patrona y la colocó dentro.

—Esto es para ti —dijo a la vez que me la tendía.

—Mamá, no. No puedes darme esto —atiné a decirle.

—Claro que puedo. Quiero que las tengas tú —aseguró a la vez que se quitaba la suya y la

dejaba junto a la otra—. Para cuando te cases con Sara.

—Para, para, para, mamá —le pedí—. Vas muy deprisa.

—Ay, hijo, que no eres ningún jovencito. No estáis para un noviazgo largo —insistió.

—No te precipites. Sara no está ahora mismo para pensar en boda, mamá. Ya te dije que hace poco que se divorció —le recordé—. Y está el tema de su hija. Estamos bien así.

—Lo sabía —proclamó con una gran sonrisa.

—¿Qué sabías? Te he dicho que no va a haber boda.

—Por ahora. Has dicho que Sara no está para pensar en bodas, por ahora.

—¿Y qué? ¿Acaso necesitas más para convencerte de que no hay matrimonio a la vista?

—Pero por ti te casarías. ¿A que sí? —declaró satisfecha—. Siempre que te hablaba de buscarte una novia, me contestabas que no querías pareja, ni boda ni nada de nada. En cambio, ahora has dicho que no es el momento para ella.

—No me lées más, mamá. Estás tergiversando mis palabras —protesté.

—De eso nada, Martín. Reconócelo, hijo —insistió—. Al fin has encontrado a esa persona especial. Se te nota cuando la miras —continuó sin esperar que se lo confirmara—. Antes de que a Sergio se le escapara nada por teléfono, sabía que algo había cambiado en tu vida. Estabas feliz, Martín.

—Bueno, sí —terminé reconociendo al cabo de unos segundos aguantándole la mirada—. Sara es muy importante para mí, mamá. Pero no es tan fácil. Ella aún debe superar las heridas del divorcio. Y yo le prometí que iríamos al ritmo que necesitara. No quiero presiones que hagan que se marche.

—Tranquilo, cariño. No le diré nada. Te lo prometo —me aseguró, dándome una palmadita en la mano que aún sostenía la cajita de las alianzas—. Pero cuando llegue el momento, me gustaría que las utilizarais.

Asentí mientras miraba de nuevo los anillos. Luego, los guardé en el bolsillo de la cazadora antes de volver la vista a mi madre.

—Anda, vámonos antes de que sigamos poniéndonos sentimentales y acabemos llorando.

Después de asegurarnos de dejar todo cerrado, mi madre echó la llave del portón y comenzamos a pasear hacia mi casa.

—Cómo echaba de menos esto —dijo mientras caminaba agarrada de mi brazo—. Qué verdad es que como en casa en ningún sitio.

—Pero si en Santander estás muy bien, mamá.

—Sí, hijo. Pero no es lo mismo. Echo de menos mi casa. Al resto de la familia. A la gente...

—Lo hablaré con Carmen. Podrías venir de vez en cuando unos días —le sugerí—. Pero solo si aceptas quedarte en mi casa. Nada de estar sola en la tuya.

—Pero, Martín, tú estás ahora empezando una nueva vida con Sara. ¿Cómo voy yo a estar estorbando?

—Mamá, tú no estorbas —protesté.

—Ya me entiendes, hijo.

Iba a seguir contradiciéndola cuando sonó mi teléfono.

—Dime, Carmen —respondí.

—Martín, ¿tardas mucho?

—¿Qué ocurre? —le pregunté, alertado por su tono preocupado.

—Hay dos personas en la puerta buscándote a ti y a tu hijo.

—Voy... Voy para allá. Avisa a Sergio y dile que vaya a casa de Sara hasta que le llame —le pedí antes de colgar.

Dimos media vuelta para buscar mi coche, y en apenas un par de minutos, aparcaba en la puerta trasera. Me bajé en cuanto apagué el motor y, sin esperar a mi madre, entré en casa.

Un hombre alto, con un traje azul oscuro que parecía bastante caro, se encontraba en medio de mi salón. Se volvió hacia mí en cuanto me oyó entrar.

—¿Señor Castro? —preguntó el desconocido antes de que Carmen dijera nada—. ¿Es usted el padre de Sergio Castro?

—Y, ¿usted es? —pregunté a mi vez.

—Soy Javier Estrada —se presentó, tendiéndome la mano—. El padre de Carolina —explicó mientras me miraba fijamente en espera de que yo procesara aquella información—. La chica a la que...

—Sé de quién se trata —lo corté a la vez que respondía a su saludo y estrechaba la mano que me ofrecía—. Pero no sé qué hace aquí —añadí, mostrando mi disgusto por su presencia allí.

—Disculpe que nos hayamos tomado la libertad de venir sin avisar —empezó a decir mientras yo continuaba observándolo con el ceño fruncido—. Nuestra intención no era importunarles. Solo queríamos...

—Tampoco sé quién les ha facilitado esta dirección —interrumpí su explicación.

—Tengo mis contactos en el juzgado —se limitó a responder—. Solo hemos venido porque mi hija así me lo ha pedido.

—Señor Castro —dijo la joven que se encontraba junto a la ventana y en la que hasta ese momento no había reparado—, solo quería hablar con Sergio —añadió a la vez que se apartaba del rostro un mechón de pelo rubio y lo colocaba tras la oreja—. No recibe mis llamadas ni mis mensajes.

—Ha tenido que restringir el teléfono. Desde lo ocurrido, estaba recibiendo muchas presiones. Solo tiene activos los números de la familia y poco más —les expliqué.

—Estamos al tanto de todo por mi abogado, señor Castro —me informó el padre—. Lamentamos que su hijo esté pasando por esta situación. Solo hemos venido para darle las gracias por haber salvado a mi hija.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió desviando mi atención hacia ella.

—¡¿Carolina?! —exclamó Sergio.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te habían dicho que te quedaras en casa de Sara? —le espeté enfadado por su aparición.

—Necesitaba saber qué ocurría —se justificó—. ¿Por qué estáis aquí? —preguntó después de mirar a la chica y a su padre para volver a fijar la vista en ella.

—No he podido hablar contigo desde aquella noche. Le pedí que te buscara.

—No tienes que hacerlo —le ofrecí como salida al verle dudar.

Sergio me miró durante unos segundos para luego volver a mirar a la chica, que le contemplaba expectante.

—Está bien, papá. No hay problema —dijo al fin.

Carolina sonrió al oírle. El rostro de mi hijo dibujó una sonrisa como respuesta, cambiando mi ceño fruncido por una elevación de ceja derecha mientras trataba de evitar que mi boca se curvara hacia arriba.

—Creo que lo mejor será que salgamos —le sugirió Sergio después de observar que todos estábamos pendientes de ellos.

—¿Qué está pasando, Martín? —preguntó mi madre en cuanto salieron de la casa—. ¿Qué le ha ocurrido al niño?

—Tranquila, mamá. Está todo controlado —respondí al ver las caras de preocupación de mi

madre y mi hermana—. ¿Quiere tomar algo mientras esperamos que los chicos hablen? —le ofrecí al padre de Carolina, haciéndole un gesto para que tomara asiento.

Durante un rato, estuvimos poniéndolas al día de lo ocurrido la noche de Fin de Año.

—¿Por qué no nos habías contado nada? —preguntó Carmen, que pareció recuperarse de la impresión antes que nuestra madre—. Carlos podía haberos ayudado.

—Él es quien se ha encargado de todo el tema legal junto a un compañero de Valencia.

—¿¿Cómo?! ¿Mi marido estaba al tanto de todo esto y no me ha dicho nada? —preguntó, llevándose la mano a la frente.

—Le pedí insistentemente que no lo contara —justifiqué a mi cuñado en un intento, que sabía que sería inútil, de evitarle una discusión conyugal—. No queríamos preocuparos. Y yo tampoco quería que estuvierais preguntándonos cada dos por tres sobre ese asunto.

—Pero teníamos derecho a saberlo.

—Carmen, tu hermano tiene razón. Bastante complicada ha debido resultarles la situación a los dos —nos defendió mi madre.

Afortunadamente, en ese momento, Sergio y Carolina regresaban, centrando la atención de todos.

—Creo que ya hemos abusado bastante de su tiempo —dijo el padre de la chica poniéndose en pie.

—Quédense a almorzar con nosotros —le ofreció mi madre—. No pueden marcharse de viaje sin comer a estas horas. ¿Verdad, Martín?

—No queremos seguir molestando, señora —rehusó.

Miré a mi hijo en espera de su conformidad con aquella invitación que no tardó en darme asintiendo ligeramente.

—No es ninguna molestia —les aseguré.

Poco después, nos sentábamos todos a la mesa para compartir aquel improvisado almuerzo. Relajado el ambiente, y una vez que todos empezamos a tutearnos, la conversación fluyó durante la comida.

Así nos enteramos de que Carolina también se había recluso en casa de sus padres desde que abandonó el hospital y asistía a la universidad *online*. No conseguía superar el agobio que le suponía estar en sitios concurridos con muchos desconocidos.

La sobremesa se alargó hasta media tarde con un café y un bizcocho que mi madre había hecho por la mañana. Luego salimos todos a la acera a despedirles.

—Si en algún momento te apetece pasar unos días tranquilos, no dudes en venir. Aquí nos conocemos todos. Mi casa está vacía. Sería estupendo que alguien le diera uso de vez en cuando —le ofreció mi madre—. Y seguro que mis chicos estarán encantados de hacerte la estancia agradable.

—Es usted muy amable, Charo. Parece un sitio precioso —le agradeció Carolina.

Se despidió de mi madre, de Carmen y de mí y se dirigió hacia el coche acompañada de mi hijo.

—Sergio es un gran chico. Siento por lo que ha tenido que pasar estas semanas por ayudar a mi hija —dijo Javier sin quitarle la vista de encima a los dos—. No todos hubieran resistido esa presión por hacer lo correcto. Debe estar muy orgulloso de él.

—Lo estoy —reconocí—. Aunque me temo que el mérito es de su madre. Desde que nos divorciamos, ha sido poco el tiempo que he podido estar con él.

—Y, a pesar de eso, ha sido aquí donde se ha refugiado en esta situación —comentó mientras le acompañaba hasta su coche—. De nuevo, muchas gracias por haber salvado a mi hija.

Cualquier cosa que necesitéis y esté en mi mano solucionar, no dudéis en llamarme. Estoy en deuda con vosotros —insistió mientras nos estrechábamos la mano antes de que se montara en el automóvil.

Me quedé mirando cómo Carolina y mi hijo se despedían. No pude evitar sonreír al verle la cara después de que ella le dijera algo al oído y le diera un tímido beso en la mejilla. Aún tenía una estúpida expresión de felicidad en el rostro cuando se volvió hacia mí.

—¿Qué? —espetó, cambiando la expresión al verme mirarlo aguantando la risa.

—Eso digo yo. ¿Qué? —le respondí.

—Me voy, que Nora me está esperando para la clase —se escabulló después de resoplar.

—Puedes huir ahora, pero no te quepa duda de que vamos a hablar de esto —le aseguré mientras le veía entrar en casa ignorando a su abuela y a su tía, que lo miraban divertidas.

Cogí el móvil y le escribí a Sara para preguntarle si disponía de un rato libre. Tenía muchas ganas de verla y contarle lo sucedido. Y sentía curiosidad por saber cómo estaba yendo el primer día con su hija en casa.



37

Me mantendré

firme en mis convicciones.

Reforzaré mis posiciones.

Mi destino es el que yo decido,

el que yo elijo para mí.

Alaska y Dinarama. A quién le importa

La mañana fue larga. Larga y agotadora. Y no porque me la pasara trabajando, que era lo que debía haber hecho. Con Laura en casa, no había manera de concentrarse. Primero el desayuno. Luego Sergio. Después el wifi y Pablo. Aunque lo peor fue ver su cara cuando se enteró de que era escritora.

Por una vez, se quedó sin palabras. Pero su cara reflejaba que pensaba que me había vuelto loca. Reconozco que yo también lo hacía de vez en cuando. Aun así, no estaba dispuesta a mostrar ninguna duda sobre la decisión que había tomado. Iba a defender lo acertado del camino que había elegido contra viento y marea. Y no iba a admitir que me había equivocado hasta que me hubiera estrellado. Algo por lo que rezaba cada día para que no ocurriera.

Recuperada de la impresión inicial, mi hija se dedicó a criticarme sin piedad. Que si aquello no era un trabajo serio, sino un *hobby*. Que si así iba a terminar viviendo de la caridad. Que si no entendía por qué me empeñaba en esconderme en aquel pueblo a jugar a ser escritora cuando podía volver a trabajar en la empresa de su padre y vivir bien... Ninguno de mis argumentos conseguía parar sus ataques.

—¿Por qué no te lees uno de sus libros y así te callas la boca un rato, bonita? —soltó Lola—. ¿Qué? No me mires así, chiqui —dijo ante mi cara de sorpresa—. Ya estoy harta de tantas tonterías. En vez de criticarte tanto, que compruebe por sí misma lo bien que lo haces. Tu madre ya es mayorcita para hacer lo que le dé la gana —le soltó a mi hija.

—Pero es que...

—De «pero es que» nada. Cierra la boca y lee —le ordenó, poniéndole en las manos el primero de mis libros que encontró mientras le dedicaba una mirada que le dejaba claro que no aceptaba un no por respuesta.

Laura me observó durante unos segundos en espera de un comentario que la hiciera continuar sus réplicas. Pero yo me limité a mirarla sin decir nada. A la vista de que la discusión no iba a continuar, se sentó con desgana en el sofá y abrió el libro con gesto de disgusto. Estaba convencida de que hacía años que mi hija no había leído nada que no fuera obligatorio por sus estudios. Y teniendo en cuenta su expediente académico, tampoco es que eso lo hiciera mucho.

Pero la tranquilidad nos duró poco. Apenas habíamos tenido una hora de calma, la música de *Tubular Bells* rompió la serenidad reinante en el salón. Cual posesión demoniaca en toda regla, escuché la voz de mi exsuegra al descolgar.

—Estarás contenta —atacó en cuanto descolgué.

—Pues la verdad es que no me puedo quejar de mi vida últimamente —respondí después de coger aire para templar mis nervios.

—Encima tómatelo a broma —bufó—. No sé por qué me sorprende tu comportamiento. Siempre fuiste una decepción. No entiendo cómo puede ser que mi hijo siga pensando en ti.

Uno, dos. Respira, Sara.

—Mira, Teresa, no pienso aguantarte ni un desprecio más. ¿Para qué has llamado? —la corté.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —prosiguió—. ¿Qué te has creído?

Tres, cuatro. Inspira, expira.

—¿Qué es lo que quieres? Si tengo que volver a repetírtelo, cuelgo —amenacé.

—¿Qué le has prometido a la niña para que se marche de mi casa?

Cinco, seis. Aguanta, Sara.

—Nada. Ha sido decisión de Laura.

—Eso no me lo creo. ¿Cómo iba a preferir vivir en ese pueblucho tuyo antes que aquí?

—A mí también me sorprendió encontrármela anoche ante mi puerta —admití—. Pero ya ves, ha sido ella quien lo ha querido.

—¿Qué le vas a dar tú que yo no pueda darle?

Siete, ocho, nueve. Joder, esto no funciona.

—No me confundas contigo. Yo no voy comprando a la gente —respondí—. Quizá sea precisamente eso lo que juega a mi favor. ¿O acaso te crees que Alfredo estaría ahí aguantándote si no fuera por tu dinero?

—No te atrevas a hablarme así —chilló, haciendo que tuviera que retirarme el teléfono de la oreja—. No eres más que una destroza familias.

Diez...

—La experta en eso eres tú —la acusé—. Y, ahora, lo que no soportas es que mi hija prefiera venirse aquí antes que seguir tus planes de convertirla en la marquesa de Villaresme. Eso es lo que te jode —exploté finalmente.

—No me hables así —exigió—. No eres nadie.

—Te hablo como me da la gana. Tú sí que ya no eres nadie para mí —le solté, sintiéndome liberada por fin—. Y no vuelvas a olvidarte de que soy su madre. No debería extrañarte tanto que quiera estar conmigo, a pesar de tus intentos de arrebatármela.

—Pero tú no puedes darle lo mismo que yo.

—Exacto. Yo le doy una educación para que pueda enfrentar el futuro. Siempre tendrá mi amor incondicional. Estaré a su lado cuando tome sus propias decisiones, aunque no me gusten. Eso es lo que hace una madre. No extender un cheque —le solté del tirón.

—Pues a ver cómo se las apaña sin mi dinero —escupió al cabo de unos segundos—. Voy a cancelar su tarjeta. No habrá más dinero en su cuenta para caprichos. ¡Ah! Y el Audi está a mi nombre. Lo quiero de vuelta.

—Por mí, puedes hacer con el coche lo que te dé la gana. Mientras que no tenga que verte la cara cuando lo recojas, me doy por satisfecha —contesté, dejándola otra vez sin palabras—. Y, ahora, déjame en paz. No quiero volver a oír tu voz. Si vuelves a llamarnos a cualquiera de los dos, bloquearemos tú número. Buenos días.

Colgué antes de que se recuperara de la impresión de haber recibido la respuesta que merecía. Cuando levanté la vista, Laura y Lola me miraban boquiabiertas.

—Lo siento, cariño. Tu abuela quiere el coche de vuelta —dije.

—No... No importa, mamá —balbuceó sin dejar de mirarme asombrada.

No estaba segura de si en sus ojos había sorpresa, incertidumbre por el futuro o admiración por haberme enfrentado a mi exsuegra en lugar de mostrar la actitud conciliadora que siempre me había esforzado por tener.

Yo no sabía de dónde había salido la fuerza para hacerle frente a aquella horrible mujer. Pero, por primera vez en los años que hacía que había tenido la desgracia de conocerla, le había plantado cara como merecía. Sentí una maravillosa mezcla de alivio y satisfacción. Estaba orgullosa de mí misma, a pesar de que mi mano temblaba de tal manera que el teléfono, que aún sostenía, corría el riesgo de terminar en el suelo.

—Bueno, vamos a preparar el almuerzo —dije al fin—. No creo que ahora mismo pueda centrarme en el trabajo.

—Abramos una botella de vino —propuso Lola mientras nos dirigíamos a la cocina—. Esto hay que celebrarlo.

Mientras yo llenaba las tres copas, mi amiga cogió el teléfono para hacer una videollamada.

—Ay, ¡no es justo! Quiero estar ahí. Me lo estoy perdiendo todo —protestó Esme cuando la pusimos al día de las novedades.

—Escápate un fin de semana —le sugerí.

—Pues como no duerma en el sofá, no sé dónde se va a meter —protestó Laura, que se había recuperado de la impresión de mi enfrentamiento con su abuela.

—Por favor, no empieces —le pedí—. Ya nos las apañaremos.

—Ya veré cómo lo hago. Pero el próximo fin de semana no puede ser. Tengo escapada de San Valentín —nos informó, recordándonos que en un par de días era 14 de febrero—. Manuel me ha prometido que este año será muy especial.

—Vaya. La parejita de enamorados en su salsa —protestó Lola—. Qué asquito dais los dos.

—Envidia cochina que tienes —contraatacó Esme, provocando que Lola hiciera una mueca—. Seguro que a Sara no le das tanta caña como a mí, y eso que a ella la tienes al lado con su Martincito todo el día dale que te pego.

—¡Esme! ¿Qué estás diciendo? —la reprendí—. Yo no hago eso.

—Anda que no. ¿A quién quieres engañar, mi reina? Se te caen las bragas solo con que Martín te sonría. Con razón, porque el vecinito está como quiere —continuó, haciendo que Lola soltara una carcajada.

—Deja de decir esas cosas —le pedí, mirando de reojo a Laura mientras sentía que mis mejillas ardían.

—Mamá, que no soy una niña pequeña —protestó mi hija—. Aquí todas somos adultas.

—Pero...

—Además, Esme tiene razón. Tu novio está muy bueno.

Entonces fui yo quien se quedó mirándola sorprendida.

—¿Qué? Es verdad. No estoy ciega —me soltó tan tranquila—. Espero que en la cama dé la talla y no se quede todo en una bonita fachada.

—¡Laura! ¿Cómo puedes hablar así?

—Vamos, chiqui, relájate —me dijo Lola—. Tu hija ya es una mujer. Asúmelo.

—Esto es lo que me faltaba. Otra más para seguimos el juego —me quejé antes de vaciar mi copa de un trago y volver a rellenarla mientras las tres se reían con ganas de mi desesperación.

Continuamos aquella improvisada charla de chicas hasta que Esme tuvo que dejarnos. Luego almorzamos mientras planeábamos la semana que teníamos por delante. Y, con ánimo renovado, volvimos a nuestras ocupaciones.

Era ya media tarde cuando recibí un mensaje de Martín diciéndome que tenía un rato libre antes de ir a una reunión con el alcalde. Un minuto después, estaba ante la puerta de la cocina.

—¿Cómo está mi escritora favorita? —me saludó, provocando una sonrisa inmediata en mi rostro.

—Viniedo de un profe de Literatura, eso es todo un halago —ronroneé encantada mientras él me rodeara con sus brazos antes de darme un beso en los labios.

—Es la pura verdad —afirmó y volvió a besarme.

—Y, ¿no tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros? —le pregunté cuando después de varios besos apoyó su frente en la mía.

—No —aseguré decidido—. Eres mi Jane Austen. Es más, a tu lado, ella es una simple junta letras.

—Exagerado —reí complacida a la vez que él me daba un beso en la nariz.

—¿Cómo te ha ido el día? —se interesó, y le hice un escueto resumen de lo ocurrido durante la mañana—. Bueno, podía haber sido peor. Nosotros también hemos tenido una visita sorpresa.

—¿Por qué no pasas un rato y tomamos un café? —le ofrecí después de que me contara lo ocurrido en su casa.

—No puedo.

—Laura ha prometido comportarse —le aseguré—. Aunque si lo prefieres, lo tomamos aquí fuera.

—No es por ella. Ramón me ha pedido que vaya antes. Parece que, de nuevo, quieren reducir las horas del consultorio médico —me explicó con pesar—. Si siguen quitándonos servicios, están condenando al pueblo a desaparecer.

—¡Ey!, lo conseguiremos —traté de animarle mientras le acariciaba una mejilla—. Pepa me ha dicho que los alumnos han estado encantados aquí. Tiene varios más interesados. Está buscando cuadrar fechas para dos talleres más.

—Eso es estupendo. A ver si tenemos suerte con los de Bellas Artes.

—¿Quieres cenar con nosotras?

—No sé a qué hora voy a terminar. Promete ser una reunión larga, también hay noticias de que están quitando los cajeros en otros pueblos —comentó apesadumbrado—. Mañana os esperamos a las tres para almorzar —dijo después de suspirar—. Mi madre quiere hacer una comida familiar antes de regresar a Santander. Vendrán también Flora, mi prima y sus hijos. Tendré que pedirle a mi tía una de las mesas plegables que pone en el porche para que no estemos apretados en la del salón.

—¿Por qué no la hacemos aquí en mi patio? Dan buen tiempo para mañana —le ofrecí.

—¿Estás segura?

—Claro.

—De acuerdo. Luego aviso a todos. Le diré a Sergio que vaya mañana por la mañana a por la mesa y te ayude a montarlo todo.

Martín volvió a besarme. Y, durante no sé cuánto tiempo, nuestras bocas se resistieron a

separarse.

—Nos vemos mañana —jadeó con voz entrecortada cuando conseguimos poner fin a los besos.

—Hasta mañana —respondí, recuperando el aliento mientras lo veía alejarse.

Cuando entré en la cocina, mis dos compañeras de casa estaban junto a la ventana mirándome con expresión divertida.

—¿Qué hacéis aquí?

—Disfrutar del espectáculo —respondió Lola—. No te lo he dicho, Laura, tu madre está enamorada del vecinito como una colegiala —dijo, empezando a lanzar besos al aire—. Muac, muac, muac.

—Qué poca gracia tienes —le reproché a mi amiga—. Quitaos de en medio y dejadme pasar —exigí de malos modos.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —quiso saber Lola.

—A darme una ducha fría, porque tengo dos okupas en mi casa que están haciéndome muy complicado tener momentos de intimidad —les solté a la vez que me marchaba hacia la escalera, dejándolas a las dos riendo con ganas en la cocina.

No. No me di una ducha fría. Aunque reconozco que tampoco me hubiera venido mal después del rato deshaciéndome con los besos de Martín sin poder ponerle el final que la situación merecía.

Me limité a tumbarme en la cama, con la vista fija en el techo mientras maldecía la mala suerte de que los dos tuviéramos nuestras casas llenas de gente. Añoraba aquellos días en los que solo estábamos nosotros y podíamos dar rienda suelta a nuestra pasión sin otra preocupación que decidir en qué lugar de nuestras casas amarnos.

Afortunadamente, cuando bajé para cenar, las dos se comportaron y se abstuvieron de hacerme comentarios al respecto.

Aquella noche tuve que quedarme trabajando hasta tarde para compensar el tiempo que había perdido durante el día. Llevaba todo atrasado, y aunque siempre me fue bien cuando estaba bajo presión, empezaba a agobiarme no cumplir los plazos y echar por tierra toda la planificación del año.

A la mañana siguiente, estaba en la cocina ingiriendo una ración doble de cafeína que me despertara cuando llegaron Sergio y su primo con un par de mesas y varias sillas para colocarlas en el patio.

Tal como ocurriera el día anterior, Sergio hizo rabiar a Laura, llamándola hermanita, logrando que le respondiera con la misma simpatía de aquella ocasión. Pablo apenas le dijo un hola, y evitó dirigirle la mirada. Algo que la hizo enfadar aún más y se marchó hacia el salón refunfuñando.

La noche anterior, me había encargado de leerle la cartilla a mi hija para que se comportara durante el almuerzo. Le rogué encarecidamente que mantuviera la compostura, porque era importante para mí que todo fuera bien con la familia de Martín.

Pero el hecho de que poco antes de que empezaran a llegar hubieran venido a llevarse su coche no ayudó. Su abuela, tan inoportuna como siempre, no había perdido el tiempo en recuperar el vehículo. Le faltó poco para llorar cuando vio desaparecer su descapotable por la calle. Estaba convencida de que había ordenado que se lo llevaran tal y como le colgué el teléfono. Si no habían aparecido a por él la noche anterior, debió ser porque les resultó imposible organizar la recogida tan rápido.

—Siéntate a mi lado, hermanita —le dijo Sergio con una sonrisa, señalando la silla vacía junto a él.

—Sí, hombre. Que te lo has creído —resopló.

Se volvió buscando otro asiento libre. El único que quedaba era al lado de Pablo. Cuando este se dio cuenta, no pudo evitar fruncir el ceño mientras ponía una mueca de desagrado. Algo que enfadó aún más a Laura, que llevaba muy mal que el nieto de Flora la quisiera lejos de él. Aun así, apretó los labios, alzó la barbilla y se sentó a su lado con una expresión que decía claramente «no quieres sopa, dos platos».

Crucé los dedos mentalmente, implorando a todos los santos del cielo para que la comida transcurriera en paz. Y durante la mayor parte del tiempo así fue. Laura mantuvo la boca cerrada y solo la abrió para comer y para responder a alguna pregunta de la familia de Martín interesándose por ella.

Pero, como suele decirse, ¡qué poco dura la alegría en la casa del pobre! Estábamos terminando de tomar el delicioso postre elaborado por mi suegra cuando Laura no pudo evitar hacer uno de sus comentarios impertinentes.

—Sara, ¿puedes leer el relato que he preparado para la clase de lengua? —me había preguntado Nora—. Tiene que estar perfecto. Quiero un diez.

—Claro que sí. Tráetelo luego y le echo un vistazo.

—De mayor quiero ser escritora como tu madre —le comentó a mi hija, que no se molestó en ocultar su cara de disgusto antes de contestar.

—Bueno, tienes la mitad del trabajo hecho. Ya vives en el culo del mundo como ella. Solo te falta publicar tus cuentos —le soltó.

—Anda, igual que tú, que también te has venido a vivir aquí. Además de gruñir, ¿a qué te vas a dedicar? —le respondió con soltura, provocando que su hermano no pudiera aguantar una carcajada que se apresuró a tapar con la mano.

—Y tú, ¿de qué te estás riendo, imbécil? —bufó Laura, más indignada por la risa de Pablo que por el comentario de la niña.

—Laura, por favor. Compórtate —le pedí.

—Pero ¿no has visto cómo me ha hablado y cómo este se ha reído de mí? —protestó.

—Ha empezado ella —se defendió Nora, apuntándola con el dedo mientras su hermano trataba sin éxito de recobrar la compostura.

—Venga, chicos, tengamos la fiesta en paz —pidió Charo—. No hagáis que me vaya del pueblo con un mal recuerdo de esta comida familiar.

—No se preocupe —dijo mi hija—. Me voy adentro para ponerme a estudiar.

—De eso nada, hermanita. No vas a salir huyendo —intervino Sergio, y la agarró de la mano cuando pasó por su lado.

—¿Quieres dejar de llamarme así, gilipollas? —le espetó, soltándose de malos modos—. Tú y yo no somos ni seremos hermanos nunca.

—No seas tan arisca. Después de todo, es como si fuéramos familia.

—Y una mierda. Déjame en paz.

—Venga ya. Deja de ser una borde —insistió Sergio, a quien la situación parecía divertirle—. Ven con nosotros. Vamos a pasar el rato en el ensayo de unos amigos que tienen un grupo.

—¡¿Qué?! —exclamó Pablo con disgusto.

—Vamos, primo, le demostraremos a esta pija de ciudad que aquí sabemos pasarlo bien —trató Sergio de convencerlo.

—Yo no soy una pija de ciudad —protestó Laura.

—Por supuesto que lo eres. Se ve a lo lejos, hermanita.

—¡Que no me llames así, idiota! —le exigió.

—Pues vente con nosotros y demuestra que no eres una pija estirada —la retó.

—Está bien. Si con eso consigo que no me llames así, iré con vosotros —terminó accediendo, provocando que Pablo resoplara con desagrado.

Un par de minutos después, los tres se marchaban, dejándome con la incertidumbre de cómo iba a resultar aquella excursión.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté a Martín cuando advertí su cara divertida al ver a nuestros hijos irse juntos.

—Porque es como vernos a nosotros las primeras semanas. Tu hija es igualita a ti.

—¡Qué dices! Laura se parece a su padre —negué.

—Pero tiene tu carácter. Así te ponías cada vez que yo te decía algo —rio.

—Y Sergio sabe chincharla para que salte igual que hacías tú —admití al darme cuenta de que Martín tenía razón—. Pero... no querrás decir que entre estos dos hay algo, ¿no? —le pregunté agobiada de pensar que la historia se repitiera.

—No, ahí no hay nada de eso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Ya te contaré.

El resto de la sobremesa transcurrió sin más incidentes. Pero yo no podía quitarme aquella idea de la cabeza. Lo que me faltaba era que ocurriera algo entre nuestros hijos que pudiera interponerse entre nosotros.



38

*El vínculo que une a tu auténtica familia no es de sangre,
sino de respeto y alegría mutua.*

Richard Bach

No las tenía todas conmigo con aquella reunión familiar estando la hija de Sara. Pero mi madre insistió, y yo no quise negarle ese deseo el día antes de regresar a Santander.

Tengo que reconocer que la chica puso de su parte, a pesar de que Sergio empezó a pincharla en cuanto ella salió al patio. Todo pareció que terminaría saltando cuando Nora pidió ayuda con su trabajo de Lengua y Laura mostró su desprecio por el pueblo. Pero la pequeña terremoto de la familia no se amilanó ante las palabras de la joven, por muy hija de su admirada Sara que fuera,

y le respondió poniéndola en su sitio. Por un momento, parecía que se desataría el apocalipsis cuando Pablo soltó una carcajada, encendiendo aún más el enfado de Laura.

Finalmente, cuando se batía en retirada, Sergio consiguió convencerla para que los acompañara a él y a su primo al ensayo del grupo de sus amigos. Algo a lo que accedió no sé si para callarle la boca a mi hijo, o por fastidiar a Pablo, quien dejó claro que no quería que eso ocurriera. Aunque a mí no me habían pasado desapercibidas las miradas furtivas que le estuvo dedicando a la hija de Sara durante todo el almuerzo, que contradecían su pose de estudiada indiferencia.

Una vez los tres se hubieron marchado, el resto de la tarde se desarrolló en muy buen ambiente. Dejé a todas las mujeres de mi familia disfrutando de una agradable conversación y me marché hacia el ayuntamiento. Por muy a gusto que estuviera con ellas, tenía la mayoría de mis obligaciones abandonadas desde hacía unos días. Cuando regresé a casa por la noche, acababan de terminar de cenar.

—Ay, hijo. Cuando leímos tu mensaje de que no te esperáramos, creí que no iba a poder pasar un último rato contigo —se quejó—. Trabajas demasiado, cariño. Tienes que disfrutar más de la vida. Que son dos días y uno de ellos está nublado. Venga, siéntate y te preparo algo.

—Tranquila, mamá. La verdad es que no tengo mucha hambre —le aseguré mientras me sentaba a su lado y acariciaba la cabeza de Argos, que había acudido a saludarme—. Almorcé mucho.

—Debes cuidarte —me aconsejó—. Ahora tienes una mujer a la que atender. Tienes que estar a la altura.

—Mamá, por favor —protesté.

—Tranquila, abuela. Estos días porque hay demasiada gente pendiente de ellos, pero papá cuida muy bien de las necesidades de su novia. Te lo garantizo —dijo mi hijo, entrando en la cocina, ganándose una mirada asesina de mi parte.

—Eso es estupendo, hijo —me felicitó, dándome unas palmaditas en la mano que yo tenía apoyada en la mesa—. Pero no debes confiarte.

—¿Queréis dejar de meteros en mis asuntos? Soy mayorcito para saber lo que hago con mi vida sentimental —me quejé.

—Bueno, estos últimos años has dejado mucho que desear en ese aspecto —declaró mi madre para diversión de mi hijo—. Menos mal que Sara ha llegado hasta tu puerta, si no, hubieras terminado solo en este pueblo como un viejo gruñón. Así que no la dejes escapar.

—Mamá, ya está bien.

—Ay, Martín, es que se os ve tan bien juntos —suspiró, cogiéndome la mano—. Me gusta mucho Sara. Es justo la persona que necesitabas en tu vida.

—¿Te crees que no lo sé? Pero deja ya el tema. Por cierto —añadí, volviéndome hacia mi hijo—, ¿por qué no hablamos mejor de una tal Carolina? —propuse—. Hay alguien por aquí que lleva desde ayer con cara de tonto.

—¿De qué hablas? No inventes historias para desviar la atención —me acusó Sergio.

—Donde las dan, las toman —sentencié—. A ver si te crees que no vimos cómo la mirabas. No pienses que me voy a olvidar del tema porque salgas huyendo —le solté cuando, después de resoplar, se marchó de la cocina, donde nos dejó riendo.

—Bueno, hijo, será mejor que me vaya a dormir. Mañana tenemos que madrugar para ir al aeropuerto —dijo mi madre, poniéndose en pie—. Ha sido estupendo volver a estar aquí —añadió mientras yo también me levantaba y acudía a su lado.

Se dejó envolver por mi abrazo y apoyó la cabeza en mi pecho.

—A mí también me ha gustado tenerte aquí, mamá —le aseguré—. Aunque te empeñes en

meterte en mi vida —continuó, arrancándole una sonrisa.

Se pasó las manos por la cara para evitar que brotaran las lágrimas de sus ojos, que en aquel momento lucían melancólicos. La tomé de las manos para evitar que se alejara.

—Si quieres, podrías quedarte unos días más —le ofrecí, dirigiendo la mirada a mi hermana en busca de su aprobación—. Sara tiene este fin de semana otro taller de escritura y estará muy liada. Así que seré todo tuyo. Y luego te acompaño a Santander antes de marcharme el siguiente viernes para la reunión anual.

—Si prometéis olvidar el temita de Carolina, yo vuelo contigo a Santander y así veo a los primos el fin de semana —escuchamos la voz de Sergio desde el salón.

—¿Qué dices, Carmen? —pregunté a mi hermana.

—Si ella quiere.

—Claro que quiero —respondió mi madre emocionada.

—Eh. Pero nada de lágrimas —le advertí—. Y menos aún de meterte en nuestras vidas amorosas.

—Vale. Trato hecho —aceptó.

Poco después, todos nos retiramos a nuestros dormitorios. Me di una ducha, y cuando me senté en la cama, de pronto, sentí el vacío. Nunca me había importado vivir solo. De hecho, los últimos años me había encontrado muy a gusto en mi casa con la sola compañía de mi perro. Pero en aquel momento echaba de menos a Sara a mi lado. Hacía muchos días que apenas encontrábamos un rato para nosotros solos. Y yo acababa de volver a complicar la situación con mi ocurrencia de que mi madre se quedara unos días más.

Por suerte para mí, tenía a la mujer más extraordinaria del mundo y comprendió por qué lo había hecho. Tal como ella me recordó, tendría mucho trabajo en los siguientes días, y su hija aún debía adaptarse a su nueva realidad. Estaba convencida de que, en poco tiempo, todo volvería a ser como antes.



La tarde del jueves siguiente, me pasé por la tienda de Juani antes de que cerrara a recogerle un pedido que me había dejado allí la empresa de mensajería, y le pedí a Sara que saliera un momento a su patio para hablar con ella.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando puse en sus manos el paquete.

—Hoy es San Valentín —le recordé mientras quitaba nerviosa el papel de regalo para descubrir un ejemplar ilustrado de *Orgullo y prejuicio*. Uno de sus libros favoritos.

—No tenías que regalarme nada —dijo sin levantar la vista del libro mientras iba pasando páginas.

—Ya sé que eres el Grinch de San Valentín. Pero yo soy un romántico y no iba a dejar pasar el día sin darte una pequeña muestra de mi afecto.

Ella levantó la mirada hacia mí a la vez que su boca dibujaba una enorme sonrisa. Una que me apetecía saborear con la mía.

—Pero yo no te he comprado ningún regalo. No tengo nada para ti —protestó.

—Bueno, eso no es exactamente así. Ahora mismo estoy viendo todo lo que quiero para mí —dije con mi expresión más seductora y recorrí su cuerpo de arriba abajo para volver a subir de nuevo hasta sus ojos, arrancándole una risita coqueta que me hizo arder la sangre.

—Pero ese «regalo» tendrá que esperar a que podamos estar solos —añadió mientras yo me acercaba lentamente a sus labios.

—Cuento los días para el próximo fin de semana en la ciudad —le susurré al oído después de

darle un largo beso.

—Yo también —respondió con un suspiro.

—Aunque estoy valorando la posibilidad de montarte en el coche y perdernos por el monte. A esta hora no creo que haya nadie en el Llano de los Enamorados.

—¿Qué sitio es ese? —quiso saber.

—El lugar en el que, desde hace años, los jóvenes de la zona van en busca de intimidad —le conté.

—¿Quieres llevarme allí y hacerlo en el coche? —preguntó con sorpresa.

—Ahora mismo, cualquier opción para poder estar contigo me parece buena —respondí antes de volver a besarla—. No me digas que nunca te has dejado llevar en un asiento trasero.

—Ni en el delantero —respondió con la respiración entrecortada—. Parece que tu vida ha sido mucho más emocionante que la mía.

—Pero no tanto como lo es desde que tú estás en ella.

Esa vez fue Sara la que me besó. La estreché entre mis brazos. Nuestras bocas parecían incapaces de separarse. Ni siquiera el libro, interponiéndose entre su pecho y el mío, suponía un obstáculo para sentir cómo el ritmo del corazón del otro se aceleraba por momentos.

—Sara, te llaman de la editorial.

La voz de Lola evitó que la intensidad siguiera apoderándose de nosotros.

—Tengo que entrar —dijo mientras yo apoyaba un momento mi frente en la suya.

—El próximo fin de semana no habrá interrupciones —le prometí—. Solo tú y yo.

—Solo tú y yo —repitió, dedicándome su preciosa sonrisa antes de entrar en la cocina.

Me quedé unos segundos allí plantado. Tratando de recuperar el aliento antes de marcharme hacia mi casa. En el estado en el que estaba, no iba a poder dormir en toda la noche, a menos que encontrara algún tipo de alivio. Así que me cambié de ropa y bajé al garaje. Nada mejor que volcar la energía que recorría mi cuerpo en aquel momento golpeando el saco. Necesitaba una buena sesión de ejercicio físico que me hiciera llegar agotado a la cama. Y eso decidí aquellos días mientras Sara estaba ocupada con el nuevo taller de escritura.

El sábado por la tarde, después de que Sergio terminara de ayudar a Marcial con sus estudios, nos quedamos los tres tirando unas canastas. Al rato, Pablo se unió a nosotros.

—Hagamos un descanso —pidió mi hijo sin aliento.

—Mira qué juventud, Marcial —reí mientras Sergio apoyaba la espalda en la pared del garaje con la mano en el costado—. A nosotros nos iban a ganar un par de viejos con la edad de estos —me jacté.

—Se nota que es un señorito de ciudad y no está acostumbrado al trabajo duro —rio mi amigo con ganas—. Y este mucho dominar las maquinitas, pero a la hora de la verdad, es muy blandito.

—Iros los dos a la mierda —respondió mi hijo entre resuellos, provocando que me riera a carcajadas.

Marcial me pasó la pelota y tiré a canasta. El balón entró limpio sin tocar tablero.

—¿Carolina sabe el poco aguante que tienes? —me mofé de él.

—¿Quién es Carolina? —preguntó Marcial a la vez que recuperaba el balón.

—Nadie —respondió mi hijo con el ceño fruncido—. Vamos a seguir jugando.

—Es la chica con la que se pasa horas hablando por teléfono —le conté a mi amigo—. No me mires así. ¿Te crees que no veo la cara de tonto que se te pone cuando te llama? ¿O que no me llega el murmullo de tu voz desde tu cuarto todas las noches? Espero que tengas llamadas ilimitadas, o te va a salir por un pico tantas horas de ligoteo.

—Es solo una amiga —protestó indignado—. Dame —dijo, dándole un manotazo a la pelota

que yo sostenía.

—«Carolina, trátame bien, no te rías de mí, no me arranques la piel» —empecé a canturrear el tema de M-Clan, haciendo que mi hijo se volviera hacia mí enfadado.

—Para —me exigió.

Pero yo no pensaba desaprovechar la oportunidad de devolverle alguna de las muchas bromas que había tenido que soportarle desde que apareció por sorpresa en casa.

—«Carolina, trátame bien, o al final te tendré que comer» —continué.

—Yo soy más de clásicos. Me gusta más la de Nino Bravo. «Carolina, al no tenerte junto a mí. Carolina, mi vida es nada ya sin ti» —se unió Marcial a la broma, entonando la canción del fallecido cantante valenciano.

—Joder. ¿Vamos a jugar de una vez, o vais a seguir ensayando para participar en *Operación Triunfo*? —preguntó Sergio enfadado a la vez que me tiraba la pelota con tantas ganas que apenas me dio tiempo de reaccionar para evitar que me diera de lleno en el estómago.

—¿Qué pasa? Te gusta gastar bromas, pero no recibirlas, ¿eh? —me reí de él mientras votaba la pelota varias veces antes de volver a tirar a canasta.

—Para ti también tengo canción, Martín —me indicó Marcial después de beber agua—. ¿Cómo era el tono? Ah, ¡ya! «Sara, Sara, dulce Sara» —tarareó la canción de El Último de la fila.

—Creo que Manolo García te pondrá una denuncia por desafinar tanto —me reí de mi amigo—. Parece que te estás divirtiendo con el recital —le dije a Pablo, que nos miraba en silencio a los tres con una sonrisa en la cara—. Tú tampoco te vas a librar. «Laura no está, Laura se fue. Laura se escapa de mi vida».

Al escuchar la canción de Nek, la cara del hijo de mi prima se quedó pálida durante un segundo para volver a encenderse con la sorpresa marcando sus rasgos.

—No sé de qué hablas —consiguí decir.

—Hablo de que te gusta la hija de Sara, chaval —respondí—. He visto cómo la miras.

—A mí no...

—Espera, espera. Tengo otra —interrumpió Marcial, y empezó a emular a Roberto Carlos—. «*Lady Laura, abrázame fuerte, lady Laura. Y llévame a casa, lady Laura*»

—Marcial, vas a tener que renovar tu repertorio —se sumó Sergio—. A este le va mejor: «*Amo a Laura, pero esperaré hasta el matrimonio*».

La imagen de mi hijo imitando el baile de Los Happiness con las dos manos sobre el pecho me hizo romper a carcajadas para indignación de Pablo, que, con el rostro congestionado de rabia, era incapaz de hablar.

—«Amo a Laura...»

—No sabía que hoy teníamos recital —escuchamos por sorpresa la voz de Lola—. ¿Se pueden hacer peticiones?

Los cuatro nos volvimos a mirar para ver cómo la amiga de Sara se sentaba en su patio con una taza en la mano.

—¿No deberías estar con el taller de escritura? —le pregunté sorprendido de encontrarla allí cuando pensaba que no había nadie en casa de Sara.

—Es la hora de los escritores. Me he tomado un descanso para un café —explicó, levantando la taza—. Y, ya de paso, voy a recrearme con las inesperadas vistas —añadió señalándonos—. Así que continuad con lo vuestro mientras yo disfruto del espectáculo.

—Venga, chicos, no defraudemos a la señorita —dijo Marcial divertido por la situación.

Durante una hora más, estuvimos jugando a baloncesto. Y, en esa ocasión, todos nos

empleamos a fondo. Nada mejor para el ego masculino que tener un público tan entregado aplaudiendo cada canasta.

Aquellos ratos de intenso ejercicio físico me ayudaron a sobrellevar la abstinencia forzosa a la que nos habíamos visto abocados. Al menos, desde que era Sergio el que se encargaba de las clases particulares, podía encontrar cada día algún momento en el que coincidir con Sara. Aunque la pobre estaba desbordada por el trabajo, a pesar de la ayuda de Lola.

—Qué ganas tengo de que llegue el sábado —exclamé mientras sacábamos a Argos de paseo juntos el miércoles al anochecer—. Te prometo que vamos a pasarlo genial en la ciudad.

—De eso tenía que hablar contigo —dijo, haciendo que instintivamente frunciera el ceño a la espera de malas noticias.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una presentación de la nueva novela el sábado por la mañana.

—Bueno, no importa. He quedado con Jesús para cenar.

—En Madrid —me informó, haciendo que me detuviera—. No puedo negarme, Martín. La editorial me ha dicho que es importante que empiece a hacer ese tipo de cosas antes de que ellos me publiquen la otra.

—Bueno, había hecho planes para almorzar los dos solos —reconocí—. Pero podemos hacerlo en Madrid. Luego cogemos el AVE de regreso y llegamos a la cena.

Sara agachó la mirada al suelo.

—¿Qué pasa?

—Preferiría que no vinieras conmigo —me soltó sin mirarme—. ¿No vas a decir nada? —preguntó al cabo de un rato, levantando los ojos hacia mí al ver que me había quedado callado.

—¿A qué viene eso? ¿Por qué no quieres que vaya? —pregunté dolido—. ¿No quieres que te vean conmigo?

—No es eso. No es por ti, es por mí. Joder, ha sonado a frase hecha.

—Y de las malas.

—Es que... Es que... voy a estar muy agobiada. Nunca he hecho ninguna presentación. Ni siquiera *online* —empezó a explicar—. Me da mucha vergüenza hasta hacer un directo en Instagram. Y si tú estás allí, mirándome..., yo... yo... me pondré más nerviosa al pensar que estás viéndome hacer el ridículo.

—No me jodas, Sara. Yo nunca voy a pensar eso de ti. Quiero apoyarte —insistí.

—Por favor, Martín, no te enfades. A la siguiente presentación, me acompañas. Te lo prometo. Pero ahora deja que sea Lola la que venga conmigo.

—¿Lola? Entonces, ¿tampoco vas a venir a la cena? —pregunté decepcionado.

—A la cena sí. ¿Podría venir ella también? Necesita salir de aquí. Y así tu amigo tendrá compañía.

—No. Si a Jesús no le va a faltar compañía —aseguré.

—Venga. Será divertido —trató de convencerme—. Te lo compensaré —añadió, mirándome de una manera que anticipaba lo que nos esperaba en breve.

—Vale. Llamaré al restaurante para añadir un cubierto y al hotel para reservarle una habitación —acepté—. Pero que te quede claro que la noche del sábado eres solo mía.

—Seré toda tuya —aseguró antes de sellar aquel pacto con un largo beso.



No tuve problemas para incorporar a Lola a la cena, ni para encontrarle alojamiento en nuestro hotel. Y el viernes a mediodía recogí las bolsas de viaje de las dos, que yo me encargaría de dejar

en el hotel para que no tuvieran que entretenerse al volver de Madrid.

Llevé a Sergio y a mi madre al aeropuerto y me quedé en la ciudad a dormir. No le había dicho nada a Jesús. Si lo hubiera sabido, habría insistido en salir, y yo prefería descansar.

Aproveché la mañana del sábado para hacer algunas compras. Cuando llegó la hora de la presentación de Sara, la vi a través del móvil en el directo que hizo la librería en su perfil. Por mucho que ella aseguró que estaría muy nerviosa, se la veía estupenda y desenvuelta. Me hubiera gustado estar a su lado, pero no tuve más opción que respetar su decisión.

Quedé temprano con Jesús para charlar un rato. Como esperaba, me echó la bronca por no alojarme en su casa. Pero no podía explicarle mis planes para esa noche con Sara. Aún no.

—¿Quieres dejar de estar pendiente del móvil? —me recriminó la enésima vez que miré los mensajes para ver si mi chica y su amiga venían ya en camino.

Se habían empeñado en pasar por el hotel antes. Temía que llegaran tarde y tener que empezar a dar explicaciones.

—Cuando quieran, pueden pasar a su reservado —nos informó el metre.

—Anda, vamos pasando —dije a la vez que miraba el mensaje entrante en el móvil que me anunciaba que mis dos invitadas sorpresa acababan de bajarse del taxi en la puerta del restaurante.

—Te has equivocado con la reserva —declaró Jesús cuando, al traspasar la puerta del reservado, vio la mesa preparada para nosotros—. Aquí hay más sillas de la cuenta.

—Hemos preparado todo siguiendo las indicaciones del señor —argumentó el metre.

—La mesa está bien. No se preocupe —le dije.

—Pero somos diez. Y aquí hay doce sillas —prosiguió.

—Dejad estas tres libres —les indiqué a los demás mientras miraba hacia la sala del restaurante desde la puerta del reservado.

—¿Quién viene? —preguntó Jesús, pero yo, en ese momento, estaba distraído mirando a una espectacular Sara que se acercaba con cara sonriente—. Martín, responde. ¿A quién más esperamos?

Jesús no insistió en pedirme explicaciones. Se quedó sin palabras cuando las chicas llegaron hasta nosotros y Sara me saludó con un beso en los labios.

—Siento llegar tarde. Hemos pillado un atasco —se disculpó.

—La espera ha merecido la pena —le aseguré, mirándola de arriba abajo embobado—. Solo espero que me perdones por no decirte nada.

—¿Nada de qué?

—De esto —le mostré, apartándome de la puerta para que pudiera ver cómo en el interior del reservado varios pares de ojos nos miraban sorprendidos a los dos.



39

Ya puede caernos encima un diluvio de estrellas.

Quiero bailar slow with you.

Duncan Dhu. *Slowly* (Tributo a Luis Eduardo Aute)

Me bajé del taxi deseando encontrarme con Martín. Había pasado una mañana buenísima con Lola y Esme. Incluso fuimos de tiendas para comprarnos un modelito especial para la cena. Después de todo, ni recordaba la última vez que había tenido algo ni remotamente parecido a una cita. Porque eso es lo que él me había dicho que era aquello: una cena, unas copas, bailar y toda la noche para nosotros. Incluso me había comprado un conjunto de lencería que estaba segura de que iba a durarme muy poco tiempo puesto. Aun así, estaba deseando ver su cara cuando se lo enseñara.

Pero en vez de encontrarnos con Martín y Jesús para una cena a cuatro, en aquel momento tenía a más de media docena de personas que me miraban con la misma cara de sorpresa que yo a ellos.

—Hola, Sara. Me alegro mucho de que estés aquí —dijo una mujer que me resultaba familiar, pero que en aquel momento no podía ubicar, a la vez que se levantaba y se acercaba para darme dos besos—. Soy Nuria, la madre de Valeria. No sé si te acordarás de mí. De mi hija seguro que sí.

—Sí, claro que la recuerdo —respondí, reconociendo aquella visita que me causó tantos celos.

—Perdona el recibimiento. No sabíamos que venías. Bueno, los demás ni siquiera sabían de ti. Soy la única que estaba al tanto —explicó con una sonrisa a la vez que pasaba una mano por mi cintura—. Tranquila, solo somos un grupo de amigos que desde los tiempos de la universidad se reúne una vez al año. Chicos, ella es Sara. La novia de Martín.

Todas las miradas se volvieron hacia el aludido, que no había abierto la boca.

—¿Qué? No me miréis así —se defendió—. Si os lo hubiera contado, me hubierais estado dando el coñazo hasta que ella llegara.

—¿Y a mí por qué no me habías avisado? —pregunté, volviéndome hacia él.

—Para no darte la oportunidad de negarte —respondió, encogiéndose de hombros mientras esbozaba su arma más peligrosa. Una de esas sonrisas que calentaban mi corazón.

Entonces reparé en él. En mi llegada, apenas había podido desviar la mirada de sus ojos. Llevaba un traje azul noche, con una camisa blanca, sin corbata y los dos primeros botones

abiertos, que le daba un aire elegante e informal a la vez.

—Así que ella es la amiga de aquella amiga —interrumpió mi escrutinio el hombre que estaba al lado de Martín—. Y la razón por la que hace semanas que no quieres salir conmigo ningún fin de semana.

—Él es Jesús —nos presentó—. No hagas caso a nada de lo que te cuente.

Su amigo se acercó a saludarme. Era tan alto como él, pero de complexión más delgada. Con todo el pelo canoso un poco largo, y el tono de piel ligeramente tostado para esa época del año de quien gusta de pasar tiempo al aire libre.

—Y tú eres aquella chica de la estación —comentó a la vez que daba un paso hacia Lola, que había permanecido callada a mi lado, ajena a la situación.

—Sí, soy aquella «chica» —respondió a su saludo, encantada de que la recordara y que se refiriera a ella de esa forma.

—Pues ven y siéntate a mi lado —le pidió, dejando caer una mano al final de la espalda de mi amiga mientras con la otra le indicaba un par de sillas libres—. Así me cuentas los detalles de esta noticia que nos ha pillado a todos por sorpresa.

—Vamos a sentarnos ya, y pidamos de una vez —dijo Martín, y retiró uno de los asientos para que me sentara y luego hacerlo él a mi lado.

Después de que el camarero tomara nota, tuvimos que contar nuestra historia. Por supuesto, evitamos los detalles más jugosos. Esos quedaban para nosotros dos y mis amigas. Aunque por las sonrisas y las elevaciones de ceja que Nuria nos dedicaba, apostarí a que ella también estaba al tanto.

Tuve que responder más de una pregunta cuando supieron a qué me dedicaba. Les pareció irónico que el profe de Literatura tuviera una novia escritora. Como era de esperar, Nuria me pidió un ejemplar de la novela que acababa de publicar para Valeria.

Una vez satisfecha la curiosidad de sus amigos, la conversación fue dirigiéndose hacia las inevitables anécdotas de juventud del grupo. Lógicamente, la mayoría giraban en torno a Martín, que aguantaba el tirón con cara de circunstancias.

—Dios mío, me lo estoy pasando tan bien como en la cena donde tu hermana nos contaba batallitas de vuestra infancia —rio Lola después de escucharle resoplar por enésima vez.

—¿Ya conoce a tu hermana? —preguntó Jesús sorprendido.

—Y a su madre —añadió ella.

—Tío, esto es más serio de lo que imaginaba —soltó su amigo entre risas—. Has caído con todo el equipo. Por Sara —elevó su copa en el centro de la mesa—, la mujer capaz de rendir las defensas de Martín con su preciosa sonrisa —propuso, dedicándome una mirada que hizo que me sonrojara.

—Por Sara —dijeron los demás al unísono, inundando el lugar de múltiples chinchines.

—Por Sara —repitió Martín, con su mirada fija en mí a la vez que levantaba ligeramente su copa hacia mí.

Aceptando su invitación al brindis, acerqué la mía hasta la suya. Luego bebimos sin apartar la vista de nuestros ojos, y durante unos instantes solo existimos nosotros en aquel reservado.

—¿Qué tal si nos marchamos a algún sitio en el que poder empezar la fiesta? —propuso Jesús.

No hizo falta que lo repitiera. Al cabo de un rato, entrábamos en un local cercano. Ocupamos un lugar libre en la barra e inauguramos la noche de copas con una ronda de chupitos.

Tal como Martín me había asegurado, la velada estaba siendo muy divertida. Sus amigos nos habían acogido encantados a Lola y a mí. Sobre todo, Jesús, que no se había separado de ella ni un momento.

Era un grupo variopinto. Además de los dos profesores, había dos arquitectos, una doctora, un informático, una diseñadora gráfica, una funcionaria de Justicia y un par de pequeños empresarios.

—Bueno, ¿cuándo vamos a empezar a mover el esqueleto en la pista? —preguntó la doctora—. Para una vez que estoy sin niños, tengo que aprovechar cada minuto de esta noche.

—Voy primero al baño —dijo Nuria.

—Yo también. ¿Vienes? —le pregunté a Lola, quien se apuntó a acompañarnos.

Serpenteamos entre la gente que abarrotaba el local y, tras esperar la cola, accedimos a los baños.

—¡Mierda! —exclamó Lola desde su cubículo mientras Nuria y yo nos retocábamos el maquillaje y el peinado en el espejo después de salir de los nuestros.

—¿Qué te ocurre?

—Joder, el cierre del *body* se ha descosido —protestó.

—¿No será que te estás pasando con las copas y no atinas a cerrarlo? —le pregunté.

—No. No. Ya está solucionado, chiqui —aseguró, y poco después salió alisándose el vestido—. Estoy bien.

Pero tal como lo dijo, tropezó, y si no hubiéramos estado al lado, habría caído al suelo.

—¿Seguro?

—Que sí, que sí. Solo han sido estos tacones, que hace tiempo que no me pongo unos tan altos —respondió.

—Vale. Pero baja el ritmo que también hace mucho que no bebes tanto —le pedí cuando salíamos del baño.

Encontramos al grupo en la pista, donde habían formado un pequeño círculo. Al cabo de un rato, Martín y Jesús se acercaron a la barra a por unas copas para los cuatro. Cuando regresaron, cogí la mía. Me disponía a beber de ella, pero la cara de Jesús me llamó la atención. Su expresión alegre había cambiado por una de estupefacción mientras observaba algo detrás de mí. Me giré buscando el motivo. Pero allí solo estaba Lola, riendo de algo que le había dicho la doctora. Iba a volverme hacia Jesús para preguntarle por qué tenía esa cara cuando al bajar la mirada descubrí la causa de su espanto.

—Perdonadme un momento —dije, dándole mi copa a Martín, agarré a mi amiga por un brazo y la arrastré hacia el baño a pesar de sus protestas.

—¿Qué coño haces? —preguntó indignada.

—Eso digo yo. Mírate —le ordené, señalando el espejo.

—¿Qué? Estoy divina de la muerte.

—¿Estás segura? Fíjate en esto —le indiqué a la vez que la hacía colocarse frente al espejo y, detrás de ella, encendí la linterna del móvil y apunté a su entrepierna para que se viera al trasluz.

Antes de que mi amiga pudiera dar una explicación, se abrió la puerta del baño.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Nuria al ver el bulto alargado que no debía estar entre las piernas de mi amiga.

—He tenido que hacerle un nudo al *body* —respondió Lola, encogiéndose de hombros—. No iba a dejármelo suelto —prosiguió su explicación, haciendo que estalláramos de risa.

—Pues el pobre de Jesús se ha llevado un susto enorme al darse cuenta de que ahí abajo había más de lo que él creía —le conté sin poder aguantar que se me saltaran las lágrimas al recordar la expresión del amigo de Martín.

Tardamos un rato en recomponernos de las risas y poder volver a la pista de baile. La cara de Jesús aún no había recuperado todo su color.

—Tranquilo, ha sido un malentendido —le aclaré, aguantando la risa.

Pero a él no parecía convencerle mis palabras. No me quedó más remedio que explicarle lo ocurrido.

Una copa y dos chupitos después, necesitaba un descanso. Nuria y la doctora me acompañaron a buscar un sitio alejado de la pista donde poder sentarnos un rato. Desde allí podía observar a Martín, que aún continuaba riéndose de Jesús por lo ocurrido.

—Qué bien que Martín se haya decidido a traerte —dijo la doctora al ocupar uno de los sillones—. Debes ser muy importante para él si ha dado ese paso.

—Te aseguro que lo es —afirmó Nuria.

—Tú siempre tienes información privilegiada de él —protestó, haciéndose la ofendida—. Pero ahora en serio. Me alegro de que estés aquí. Pensaba que nunca iba a superar aquello. ¡Oh, vaya! Ni un día puedo tener para mí. ¿Qué habéis hecho? —preguntó, contestando al móvil que apenas había dado un par de tonos de llamada.

—El tiempo todo lo cura. Aunque ha necesitado mucho —añadió Nuria—. No tienes ni idea de lo que hablamos, ¿verdad? —comentó al ver mi expresión.

—Sé que tuvo una relación que acabó muy mal. Al principio, él no quiso hablar de ello, y luego no ha salido nunca la conversación —reconocí.

—Pero a ti te gustaría saber qué ocurrió —afirmó.

Miré unos segundos al lugar en el que seguía el grupo y le observé hablando con Jesús y Lola antes de asentir.

—Martín llevaba ya bastante tiempo divorciado cuando conoció a Olga. Al principio, no parecía nada serio. Se divertían juntos. Ella era joven, alegre, y muy bonita. Vamos, todo lo que un hombre puede querer. Y quien no es un hombre. Ya me entiendes —dijo, haciéndome sonreír—. Luego, la pareja se fue consolidando y empezaron a vivir juntos. Por aquel entonces, la relación de Martín con su hijo era muy complicada. Ya sabes cómo son los adolescentes.

—Qué me vas a contar —reconocí.

—Durante un tiempo, todo parecía irles bien. Entonces, Olga empezó a soltarle indirectas sobre casarse y formar una familia, a pesar de que él le había dejado claro desde el principio que no quería tener más hijos. Pero ella solo pensaba en una gran boda y no paraba de insistir. Empezó a mostrarse celosa —siguió contando después de dar un sorbo a su copa—. Le llamaba al instituto por las tardes para comprobar que era verdad que tenía tutorías o claustro. O aparecía por allí sin avisar. O por la Consejería cuando él tenía alguna reunión. Aún no entiendo por qué no la dejó en aquel momento. No pienso que estuviera tan enamorado de ella, sino que era algo con lo que aliviar el dolor que la situación con Sergio le provocaba, aunque nunca me lo reconociera —me hizo participe de su teoría—. Mejor una mala compañía que la soledad. Incluso creo que se hubiera casado con ella si no hubiera insistido tanto con el tema de los hijos, a pesar de que las peleas eran continuas. Entonces, Olga fue más allá. Buscó la forma de quedarse embarazada a pesar de las precauciones que él tomaba —contó, dejándome sin palabras al pensar que había otro hijo de Martín del que yo no sabía nada. Me bebí de un par de tragos la media copa que me quedaba antes de que Nuria prosiguiera—. Pensó que se había salido con la suya. Que le tenía pillado y aceptaría sus exigencias de boda. Pero a Martín aquello le hizo abrir los ojos. No podía continuar con una mujer que había provocado aquella situación a pesar de saber cuánto daño le hacía no tener relación con su hijo. Cuando le dijo que habían terminado y que se marchaba, montó en cólera. Le amenazó con dejarle sin un euro, obligarle a pagar una elevada manutención y no dejarle ver nunca al niño.

»Lejos de achantarse con aquello, Martín le respondió que pelearía por la custodia de la

criatura. Pero ella le despidió con un «Te doy una semana para que cambies de opinión. Si sigues negándote a que nos casemos, no le verás nunca». Y cumplió su palabra. —Nuria hizo una pequeña pausa para dar otro sorbo. Las palabras parecían atascarse en su garganta llegados a ese punto—. Unos días después de que se cumpliera el plazo de su ultimátum, Martín recibió una carta, con una ecografía donde había escrito con rotulador rojo «Ha sido culpa tuya». Con ella, un informe de una clínica donde se comunicaba que el día anterior habían llevado a cabo la interrupción del embarazo.

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Aquella mujer había abortado por el simple hecho de no conseguir celebrar la boda que ansiaba.

—Aquello destrozó a Martín. Podría estar ahora dirigiendo el instituto que quisiera aquí. Incluso le habían ofrecido un puesto en la Consejería. Pero renunció a todo eso. Pidió el traslado y se refugió en el pueblo, donde ha procurado mantenerse lo más ocupado posible para no pensar que tenía un hijo que no quería hablar con él a pesar de que el divorcio fue amistoso, y otro que no llegó a nacer porque no había aceptado casarse con Olga —terminó de contarme.

—Eso es... es... —en aquel momento me encontraba sin palabras.

Me volví a mirar a Martín, que, ajeno a nuestra conversación, continuaba hablando con sus amigos en la barra. Era incapaz de imaginar el dolor que se había visto obligado a soportar por aquella mujer tan egoísta.

—Pero todo eso quedó atrás desde el momento en el que te cruzaste en su vida —me aseguró—. Hasta ha recuperado la relación con su hijo. Eres lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo.

—Yo no diría tanto. También tuvimos nuestros más y nuestros menos al principio.

—Algo he oído —rio—. Le traías de cabeza. Creo que deberíamos volver al grupo —añadió, señalando hacia la barra.

Allí, Martín me miraba con cara de preocupación. Le dediqué una sonrisa y seguí a Nuria hasta llegar a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó, rodeándome la cintura con un brazo para pegarme a él—. ¿Seguro? —insistió, mirándome con una ceja levantada a pesar de que había asentido.

Con un beso, evité que siguiera interrogándome. No quería que supiera lo que acababa de contarme Nuria sobre su pasado.

—¿Vamos a la pista?

—Contigo, voy al fin del mundo —me susurró al oído, haciendo que se me erizara la piel.

De la mano, nos unimos a los demás y nos dejamos llevar por la música. Aunque muy pronto fue otro el ritmo que seguían nuestros cuerpos. El que marcaba el creciente deseo que se adueñaba de nosotros.

No tardamos mucho en despedirnos de sus amigos, y dirigirnos a la puerta seguidos de Jesús y Lola, que parecían decididos a continuar la fiesta en otro local, lejos de las miradas de los demás.

Pero apenas cruzamos el umbral, nos vimos sorprendidos en la acera por una discusión de pareja, que terminó convertida en una pelea entre varios jóvenes. Uno de ellos, al ser empujado por otro, chocó con Lola, que tropezó y cayó al suelo al torcerse un tobillo. Y lo mismo estuvo a punto de ocurrir conmigo al verme impulsada hacia ellos por el cuerpo de uno de los porteros que acudían a parar la pelea. Si Martín no me hubiera agarrado y pegado a su pecho para protegerme, no sé qué me hubiera pasado.

El que peor escapó fue Jesús al acudir en auxilio de Lola. Al apartar a uno de los jóvenes para evitar que cayera sobre ella, este se revolvió y le propinó un puñetazo que le provocó una fuerte hemorragia nasal. Menos mal que la doctora aún no se había marchado y pudo atender a los dos hasta que llegó una ambulancia.

Lo que prometía ser una noche de pasión, terminó pasando varias horas en unos abarrotados servicios de Urgencias donde, afortunadamente, comprobaron que Jesús no había sufrido ninguna rotura, aunque pasaría varios días con la zona muy inflamada y amoratada. A Lola le administraron analgésicos para el esguince de tobillo que había sufrido, y le colocaron una venda elástica.

Comenzaba a amanecer cuando llegábamos de vuelta al hotel. Pero la sucesión de contratiempos parecía que no había llegado a su final. Apenas nos habíamos bajado del taxi y nos despedíamos de Jesús, que continuaría en él hasta su casa, sonó el teléfono de Martín.

—Dime, Ramón, ¿qué ocurre? —respondió, extrañado de una llamada a esas horas—. ¿Cómo? Salgo ahora mismo para allá —dijo al cabo de unos segundos de escuchar atentamente al alcalde—. Tenemos que irnos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté nerviosa al pensar que pudiera haberle ocurrido algo a Laura.

—Se ha declarado un incendio en el monte. Están desalojando una localidad cercana —nos informó.

—¿El pueblo corre peligro? —quise saber.

—No. No estamos en la zona de propagación del incendio —me tranquilizó—. Pero se ha movilizado a Protección Civil para hacerse cargo de atender a los desplazados. Me necesitan allí. Esperadme aquí, no tardaré en recoger nuestras cosas y dejar las habitaciones. Dame tu llave —le pidió a Lola, que se la tendió al momento—. Ahora vengo.

Apenas dio un par de pasos en dirección a la entrada, se volvió llevándose la mano a la frente.

—Joder, me había olvidado de Sergio. Llega a mediodía de Santander. Teníamos que recogerle antes de volver a casa.

—Vete tranquilo, que yo me encargo de ir a por él y acercártelo al pueblo —se ofreció Jesús.

—Tú no estás para conducir —objetó Martín.

—Le pediré a mi hermana que me acompañe. O puede conducir él. Necesitaré unos días de baja para recuperarme. Si me invitas, puedo quedarme con vosotros —dijo, dedicándole una mirada a Lola que indicaba que el tipo de recuperación en el que estaba pensando solo podía practicarla con ella.

Antes de que nos diéramos cuenta, estábamos bajándonos del coche en el pueblo. Mientras ayudaba a Lola a llegar a casa dando saltitos para no apoyar el pie, Martín cogió su equipo de Protección Civil del garaje y lo dejó en el asiento del copiloto. Nos despedimos con un rápido beso, después del cual solo me dio tiempo de pedirle que tuviera cuidado antes de que se volviera a montar y se marchara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura al abrirnos la puerta de la cocina.

—Un mal tropiezo —respondió Lola.

—Trae el equipaje, por favor —le pedí mientras ayudaba a mi amiga a llegar al sofá—. Creo que lo mejor será que te quedes aquí hasta que se haya curado el tobillo —le comenté mientras que colocaba bien los cojines y quitaba una prenda que había dejado Laura.

Antes de que pudiera ver qué era, mi hija se apresuró a dar un tirón de la tela para arrebatármela.

—¿Qué es? —pregunté extrañada por su actitud.

—Eh. Nada. Una camiseta —respondió y se dispuso a irse, pero ya había descubierto lo que ocurría y por qué no había puesto ninguna objeción a quedarse sola en el pueblo.

Antes de que se alejara más, di un paso hacia ella y me hice con la prenda.

—¿Cómo ha llegado esto aquí, Laura? —dije, extendiendo delante de sus narices una conocida camiseta negra con el dibujo de Mazinger Z en la parte delantera—. No eres tú quien usa estas

prendas.

—Vale. Eres muy lista. Se la ha dejado Pablo —reconoció—. ¿Estás contenta?

—Y, ¿qué estabais haciendo para que se la olvidara aquí?

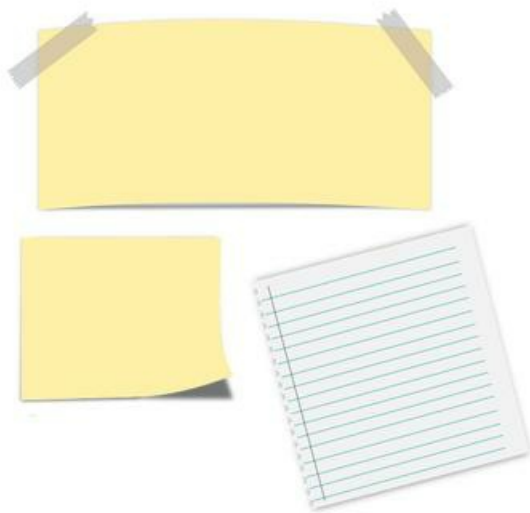
—Ay, mamá, no te hagas la tonta. ¿De verdad hace falta que te explique lo que hemos estado haciendo el fin de semana?

—¿Que tú y Pablo...? ¿Que vosotros...? ¿Que tú y él... os habéis acostado?

—Por favor, mamá, que tengo veintiún años. No creerías que era virgen —me soltó tan fresca.

—Sara, que tu hija ya es adulta —intercedió Lola.

Pero yo no era capaz de procesar que mi hija, mi niña pequeña, había aprovechado mi ausencia para hacer con Pablo lo que yo no había podido hacer desde hacía días con Martín.



40

¿Qué soledad es más solitaria que la desconfianza?

George Eliot

Tres días tardó el incendio en estar controlado. Otros cuatro más en considerarse extinguido completamente. Viví entre el instituto y el punto de coordinación de Protección Civil. Durante todo ese tiempo, apenas me permití descansar más que cuando mi cuerpo, al borde del agotamiento, exigía unas horas de sueño.

Y ni, aun así, mi cabeza podía alejar por un momento las imágenes de las hectáreas de bosque consumidas por el fuego. De las familias desalojadas que se agolpaban en los dos lugares habilitados para acogerlos, con la angustia de no saber si tendrían un hogar al que regresar

dibujada en la cara. La mayoría de ellos conocidos de toda la vida, y que en aquel momento no sabían qué les depararía el futuro.

—Martín, deberías irte a casa —me pidió Ramón, que junto a los demás alcaldes de la comarca se habían turnado día y noche en el centro de operaciones—. Aquí está todo bajo control.

—No puedo. Todavía hay mucho por hacer —negué después de pasarme la mano por la cara.

—Tú ya has hecho suficiente, hijo —dijo, dándome una palmada en el hombro—. Es hora de que descanses o caerás enfermo. Y, entonces, ¿qué haría yo sin ti? —bromeó—. Vete a casa.

Lo hice después de que me insistiera un poco más. Arrastrando los pies, caminé hasta donde tenía aparcado el coche. A mi paso podía ver la desolación de aquellos que habían perdido su forma de vida.

Mi único consuelo era comprobar cómo se habían volcado todos los vecinos de los alrededores para ayudar a los damnificados. Ellos no los abandonarían a su suerte, como harían los políticos que habían acudido a hacerse las fotos que inundaban esos días los telediarios, mientras prometían unas ayudas que nunca llegarían. Nosotros volveríamos a levantar cada casa, cada explotación agrícola arrasada por el fuego, aunque las jodidas administraciones se empeñaran en asfixiarnos.

Con esa certeza, recorrí el domingo a medio día los kilómetros que me separaban de mi hogar. Una semana después, volví a aparcar el coche en la parte trasera. No había vuelto a hacerlo desde que dejara a las chicas allí al regresar de la ciudad. Sergio se había encargado de acercarme al instituto lo necesario para cambiarme de ropa y asearme esos días. Tal como cerré la puerta del coche, Sara apareció en su patio y corrió a abrazarme.

—Estoy sucio —alegué mientras cerraba por un momento los ojos y me dejaba llevar por la sensación de encontrarme en casa que su presencia me proporcionaba.

—Me da igual. Estás aquí —respondió sin separarse ni un milímetro—. Estaba preocupada por ti.

—No soy bombero —le recordé—. Mi labor era trasladar a las familias desplazadas y ayudar a que estuvieran atendidas.

—Pero estabas demasiado cerca. Y con esas cosas nunca se sabe —insistió a la vez que levantaba la mirada hacía mí—. Tienes mala cara. Debes estar agotado —dijo a la vez que apoyaba una de sus manos en mis mejillas y recorría con su pulgar la más que probable ojera que debía lucir.

—Anda, vamos dentro —le pedí, dándole un beso en la palma—. Necesito quitarme esta ropa y darme una ducha.

Sin separarnos, entramos en casa. Apenas lo hicimos, Argos acudió a saludarme. En el sofá del salón, Sergio veía una película con Jesús, quien llevaba toda la semana en el pueblo. Su presencia allí aquellos días me había dado la tranquilidad de saber que alguien velaba por mi hijo y por las chicas.

Sí, ya sé que me dirás que eran capaces de cuidarse solas. Pero una tenía un tobillo vendado y no debía poner un pie en el suelo más de lo estrictamente necesario. Otra estaba acostumbrada a que el dinero le solucionara todos los problemas. Y la más importante para mí, podía volver a sufrir uno de esos cólicos que daban con ella en el hospital. Me sentía más tranquilo sabiendo que mi amigo podía acudir en su auxilio si lo necesitaban. Además, sabía que el interés de Jesús aquellos días de baja estaba puesto en cierta pelirroja que vivía en casa de Sara.

Tras hacerles un pequeño resumen de la situación, me dispuse a subir al piso superior.

—Te estaré esperando para almorzar contigo —me dijo Sara después de que le diera un ligero beso en los labios.

—Si no estuviera tan cansado, te haría subir para ducharnos juntos —le aseguré, bajando el tono de mi voz para que solo ella me oyera.

—Si no estuvieras tan cansado, ya hace rato que habríamos subido, y no a la ducha precisamente —me respondió al oído, arrancándome una sonrisa.

Con esfuerzo, subí todos los escalones y entré en el cuarto de baño. Me desnudé y me metí en la ducha, donde dejé que durante un rato el agua caliente relajara mis extenuados músculos. Pero al salir de allí, me encontraba más agotado, aunque no me imaginaba que fuera posible. Me puse un chándal para estar cómodo y me senté al borde de la cama para coger un par de calcetines del cajón inferior de la mesa de noche.

A pesar de mis esfuerzos por no cerrar los ojos, me quedé dormido sin darme cuenta y caí sobre el colchón. No sé si fue Sara o mi hijo quien me arropó. O quizá fueran los dos quienes subieran a buscarme al ver mi tardanza en bajar. El caso es que no volví a despertar hasta que la alarma me obligó a hacerlo el lunes por la mañana para ir a trabajar.

Prácticamente recuperado del cansancio y tras dar cuenta de un copioso desayuno, me marché hacia el instituto maldiciendo no haber podido pasar ni siquiera un rato con Sara, pues sabía que aquel lunes tampoco lo íbamos a tener fácil para vernos entre clases y reuniones del ayuntamiento y de Protección Civil.

No dispuesto a pasar otro día alejado de ella, la insté a acercarse al instituto esa mañana. Con la excusa de que teníamos que preparar la actividad de escritura del segundo trimestre con los chicos, pude hacer un descanso en mis ocupaciones.

Mientras tomábamos un café en la sala de profesores, me puso al tanto de la presunta relación entre su hija y Pablo. No pude evitar reírme al oírla decir que no se lo había visto venir cuando yo había tenido muy claro desde aquel almuerzo familiar que se estaba cociendo algo.

También me confirmó que el interés de Jesús por Lola no había disminuido. Aunque, conociendo a mi amigo, temía que aquello solo fuera fruto de querer conseguir aquella conquista a toda costa.

Antes de que sonara el timbre que anunciaba la hora del recreo, nos despedimos en la puerta de mi despacho con un beso rápido. Sabíamos que no podíamos ir más allá por el lugar en el que nos encontrábamos.

—Vaya, vaya. Qué sorpresa —llamó mi atención la voz de una mujer que avanzaba hacia mí y en la que no había reparado con toda mi atención centrada en observar cómo Sara empezaba a recorrer el pasillo—. No sabía que eras tú el director de este instituto, Martín.

Antes de que pudiera reaccionar, la recién llegada avanzó hacia mí y me plantó un beso en los labios.

—Cuánto tiempo. Después de lo bien que lo pasamos, me quedé esperando tu llamada —prosiguió sin apenas apartarse unos centímetros de mí, mientras yo trataba de acordarme de su nombre.

—¿Qué haces aquí...? —Por más que lo intentaba, no conseguía recordar cómo se llamaba—. ¿Tenías concertada alguna cita en el centro?

—¿De verdad no te acuerdas de mí? No lo puedo creer. Me decepcionas, Martín, Pensé que habíamos pasado una noche apoteósica —dijo, frunciendo los labios en un gesto que era más sexy que de pena—. Soy la supervisora de Educación. ¿No te han avisado de la Consejería de que venía para preparar el informe? Vas a tenerme por aquí esta semana para hacer la valoración. Espero que me trates bien si quieres que sea muy buena contigo.

Sin esperar a que la invitara a pasar, se colgó de mi brazo y me obligó a entrar en el despacho.

—Sara, espera —la llamé inútilmente.

La expresión furibunda de su cara al darse la vuelta y marcharse con paso rápido, después de presenciar mi reencuentro con la que fuera mi amante ocasional una noche de fiesta en la ciudad, me dejó claro que aquella inesperada visita me iba a causar muchos problemas.

—Martín, Martín, vaya casualidad —exclamó la supervisora mientras cerraba la puerta. Se sentó sobre el lateral de mi mesa y cruzó las piernas haciendo que su diminuto vestido dejara a la vista más de lo que resultaba conveniente en aquella situación—. Después de tanto tiempo esperando tu llamada, nos encontramos aquí. Debe ser el destino.

«Mas que el destino, es una putada», pensé mientras rodeaba el escritorio, procurando pasar lo más alejado posible de ella, y me senté en mi sillón.

—Menuda casualidad..., Lorena —recordé por fin su nombre—. Volvemos a coincidir. Y, dime, ¿qué necesitas para el informe?

—Ya habrá tiempo para hablar de trabajo. Hasta el viernes no tengo que marcharme. A menos que me des un buen motivo para quedarme también el fin de semana —dijo a la vez que se volvía hacia mí, recostándose en la mesa y dejando su escote a la altura de mis ojos—. Si llego a saber que eras tú el director, no hubiera reservado habitación en ese hotel a diez kilómetros de aquí, que me obligará a coger el coche todos los días por una carretera con tantas curvas. Aunque si me invitas a tu casa, puedo anularla.

—Lorena, tengo una clase en cinco minutos —anuncié, poniéndome de pie después de dirigir la vista hacia mi reloj.

—No has contestado, Martín. ¿Vas a invitarme a pasar en tu casa estos días? —insistió—. Me lo debes por no haberme llamado después de aquella noche.

—Yo también tengo que coger el coche todos los días para venir aquí —le conté mientras me dirigía hacia la puerta.

—Pero al menos lo haríamos juntos. Venir en el coche quiero decir —dijo con una sonrisa insinuante.

—Mira, no quiero ser descortés. Tu proposición es halagadora, pero no puedes venirte a mi casa. Lo que pasó aquella noche estuvo muy bien, pero no va a volver a repetirse —le aclaré con la esperanza de cortar el tema de raíz.

—¿Es por ella? La que se despedía de ti antes, ¿es tu mujercita? —preguntó con desdén mientras se ponía en pie y alisaba su vestido—. No creía que fueras de los que va a la ciudad buscando sexo mientras su esposa permanece en casita ajena a sus correrías. Dijiste que estabas soltero y que solo buscabas divertirte.

—Y no te mentí —respondí molesto por su insinuación—. No estoy casado ni lo estaba entonces. Pero ahora sí tengo una relación que antes no tenía. Así que te agradecería que nos mantuviéramos estos días en el ámbito profesional.

—Está bien. Discúlpame —aceptó—. Al menos, me invitarás a almorzar. Una estricta comida de trabajo. Lo prometo —aseguró, elevando las manos a modo de rendición.

—De acuerdo —accedí después de pensarlo unos segundos—. Espérame a la una en la puerta del instituto. Ahora, acompáñame y te presento a la jefa de estudios para que puedas explicarle qué necesitas mientras doy una clase.

Ni que decir tiene que no me pude concentrar para hablarle a los chicos sobre Cervantes y los orígenes de la novela moderna. No podía quitarme de la cabeza la expresión de Sara antes de cerrar la puerta de mi despacho.

Por si me quedaba alguna duda de que algo iba mal, no recibí respuesta al par de mensajes que le envié prometiéndole una explicación de lo ocurrido. Aunque el almuerzo discurrió por cauces de lo estrictamente profesional y sin más insinuaciones por parte de Lorena, yo no podía

quitarme de la cabeza el doble *check* azul que indicaba que Sara los había leído y no se había molestado en contestar.

Anulé todo lo que tenía para esa tarde. No podía dejar pasar ni un minuto más para aclarar lo sucedido.

Cuando llegué a su casa, Laura me dijo que su madre estaría ocupada toda la tarde haciendo directos por la promoción de la novela. No me quedó más remedio que volverme a casa y esperar que terminara. Pero mi paciencia desapareció cuando miré el móvil mientras me preparaba un café, y no vi que estuviera conectada a Instagram. Aun así, me obligué a esperar a la hora de la cena para intentar aclarar la situación con ella.

—¿No piensas dejarme entrar? —pregunté cuando finalmente nos encontramos frente a frente en la puerta de su cocina y ella se limitó a mirarme fijamente con los brazos cruzados.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo sobre lo ocurrido esta mañana, como llevo tratando de hacer todo el día sin obtener respuesta de tu parte.

—He estado muy ocupada. Así que abrevia, que tengo que seguir trabajando —me exigió.

—¿Por qué estás tan cabreada conmigo si no sabes exactamente lo que ha pasado? —le pregunté después de respirar hondo un par de veces.

—¡¿Que por qué?! —exclamó con el ceño fruncido—. ¿Te parece poco haber visto cómo te morreabas con esa... esa...?

—Sara, yo no me he morreado con nadie. Ella me dio un beso que no me esperaba y al que no respondí —le recordé—. Mira, entiendo que te molestara, pero te aseguro que no fue más allá de eso. Nosotros tuvimos un lío una noche hace meses y no volvimos a vernos —le expliqué—. Pero está todo aclarado y lo de esta mañana no se repetirá.

—Claro. Y yo voy a creérmelo sin más —respondió sin cambiar ni su pose ni su expresión enfadada.

—Te he contado la verdad. ¿Es que no confías en mí?

—No te conozco tanto como para estar segura —respondió, dejándome asombrado.

—¿Lo estás diciendo en serio? —le pregunté, obteniendo un encogimiento de hombros como respuesta.

—Dices que no va a volver a pasar nada entre vosotros, pero te has ido a comer con ella.

Aquella jodida costumbre de los pueblos pequeños de que cualquier chisme corriera como la pólvora de boca en boca era lo que menos me gustaba de vivir allí. Echaba de menos el anonimato de la ciudad.

—Se trataba de un simple almuerzo de trabajo. Es la supervisora que ha enviado la Consejería. Fue simple cortesía profesional. Voy a tener que trabajar con ella durante toda la semana. Habría hecho lo mismo si hubiera sido otra persona la que hubiera venido —le expliqué.

—Así que vas a tenerla a tu disposición estos días. Mira qué suerte tienes. Así podrás...

—Sara, ya está bien —la corté, empezando a cabrearme—. ¿No te parece que si hubiera sido algo más no iba a ser tan gilipollas de llevarla a comer justo al lado del instituto donde me conoce todo el mundo?

—No lo sé. Quizá que pusiera sus tetas tan pegadas a ti hizo que no pensaras bien —soltó sin más.

—Mira, ya te he contado lo que ha pasado. Conocí a Lorena hace unos meses una noche que salí en la ciudad y nos acostamos. Solo fue eso, sexo de una noche. No sabía que trabajaba en Educación y menos que iba a ser la persona encargada de realizar el informe para la Consejería —le volví a explicar, harto de sus celos infundados—. Sabes de sobra lo que siento por ti. Esto

es trabajo y nada más. Si no eres capaz de asumirlo, es problema tuyo. No voy a seguir dándote explicaciones sobre este asunto. Y menos voy a pedir disculpas por algo que ocurrió antes de conocerte. Somos lo bastante mayorcitos para aceptar que los dos tenemos un pasado. Así que tómatelo como te dé la gana. Cuando te des cuenta de lo absurdo de tu comportamiento, házmelo saber.

Antes de que me respondiera, me di la vuelta y me marché de su patio. Aún no había recorrido la mitad del camino cuando escuché cómo cerraba dando un portazo, el cual fue contestado por otro mío cuando llegué a casa.

Ignoré las preguntas de Sergio sobre lo ocurrido y me fui a mi dormitorio, de donde no volví a salir hasta el día siguiente. No me fue fácil conciliar el sueño. Cada dos por tres miraba el móvil por si Sara había recapacitado. Pero no fue así esa noche. Ni los siguientes días, en los que tuve que aguantar alguna que otra insinuación de Lorena, que no desaprovechaba ningún momento para acercarse a mí más de lo necesario.

El jueves por la tarde, la situación resultaba ya insostenible. Los dos nos manteníamos en nuestras posiciones y ninguno de los intentos de los demás para que nos acercáramos tuvo éxito.

Me disponía a marcharme de mi despacho a media tarde, después de pasar allí con Lorena desde la hora de comer, cuando me agarró del brazo antes de que abriera la puerta. Me volví y se plantó delante de mí.

—Martín, la situación del instituto es muy precaria —empezó a decir sin mirarme a los ojos mientras colocaba una mano sobre mi pecho—. Los números son muy claros. Este centro no es rentable con dos líneas para los resultados que se obtienen con esa cantidad de alumnos —continuó después de humedecerse lentamente los labios—. No me queda más remedio que indicar en el informe mi recomendación de eliminar una de ellas. A menos que... —se insinuó, dando el paso que nos separaba a la vez que levantaba la mirada hacia mí— tenga un buen motivo para aconsejar lo contrario. Ya sabes lo que quiero decir.

—Lorena, no...

—Shhh —siseó, poniendo un dedo en mis labios—. Piénsatelo bien, Martín. Si tan importante es para ti obtener un informe favorable, no debería suponerte un problema lo que te pido. Podrías haber olvidado mi nombre, pero no creo que olvidaras lo bien que lo pasamos. Sabes dónde me alojo —dijo, separándose de mí para coger su bolso—. Te estaré esperando esta noche para que me convenzas de que este centro debe continuar funcionando como hasta ahora.

Salió del despacho y recorrió el pasillo con la seguridad de que yo estaría mirando cómo caminaba, acentuando el contoneo de sus caderas. Algo que pudo comprobar ella misma al volver la cara hacia mí con una seductora sonrisa. Me lanzó un beso y se marchó, dejándome allí plantado y asimilando la proposición que acababa de hacerme.

Me fui a casa enfadado conmigo mismo porque Lorena hubiera conseguido excitarme con tanta facilidad. Llevaba muchos días sin sexo. Y que ella fuera una mujer tan exuberante no facilitaba resistirse a unos encantos de los que ya había disfrutado en el pasado.

Al llegar a casa, me tragué mi orgullo y fui a buscar a Sara. Ella continuaba en sus trece.

—¿Quieres dejar de esconderte detrás de tu trabajo? Solucionemos esto de una vez —le reclamé cuando trató de largarme con la excusa de estar muy ocupada.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que tenga una carrera de la que ocuparme y no esté disponible para cuando a ti te da la gana venir a buscarme? No sabes qué pena me das.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté sin entender a qué venía aquello—. Sabes perfectamente que apoyo lo que estás haciendo. Y guarda el sarcasmo para tus seguidores. Esos que no están viendo todos esos directos que me has puesto esta semana como excusa para no

aclarar las cosas conmigo, porque no los estás haciendo.

—Sí estoy haciéndolos. Tengo muchos *bookstagramers* a los que atender con la promoción del libro —se defendió.

—Deja de mentirme —le exigí—. No has hecho ni uno solo. Lo único que tienes anunciado es una presentación el sábado y dos directos para la semana que viene.

—¿Desde cuándo estás en Instagram? —preguntó sorprendida.

—Desde que no me dejaste ir a la presentación del libro —le solté enfadado—. Fue la única manera de poder verte.

—No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo si no haces más que ponerme las cosas difíciles? —le reproché—. Me he puesto a tu merced. He abierto en canal mi corazón para ti. Te he dicho mil veces que te quiero. Te prometí darte todo el tiempo que necesitaras sin pedirte nada a cambio. ¿Por qué eso no es suficiente para ti?

—No lo sé —reconoció, bajando la mirada.

Me limité a negar con la cabeza, incapaz de continuar la discusión. Me di la vuelta y caminé hacia el coche, esperando oír de su boca una simple palabra que hiciera que me detuviera. Decepcionado por su silencio, arranqué y me marché de allí.

Durante un rato, conduje sin rumbo. Me detuve en el borde de uno de los caminos que daba a la zona que había sido arrasada por las llamas días antes. Así era como me sentía en aquel momento. Consumido por un fuego que lejos de conseguir apagar solo parecía avivarse a cada paso que daba para acabar con todas mis esperanzas de futuro.

Apagué los faros. Al coger el móvil para silenciarlo, tenía un mensaje de Lorena: «La decisión es solo tuya». Lo solté en el asiento del copiloto con la pantalla hacia abajo para no ver las continuas notificaciones que la encendían, y me quedé en la oscuridad tratando de decidir qué hacer.

Durante una hora, estuve dándole vueltas a la oferta de Lorena. Solo tenía que aceptar su proposición y la supervivencia del instituto estaría garantizada, como mínimo, por un par de cursos. Al menos, uno de los problemas que me traían de cabeza en los últimos meses tenía fácil solución. Decidido a asegurarme de que el informe beneficiara a los intereses de todos mis vecinos, conduje hasta el hotel. Después de todo, ¿por qué iba a tener que privarme de una noche de buen sexo por alguien incapaz de creer en mí a pesar de lo que hiciera?

Todos saldríamos ganando: la comarca conservaría el instituto, Lorena lograría lo que había pedido por activa y por pasiva, yo acabaría con mi abstinencia sexual, y Sara confirmaría su teoría de que no era de fiar y no tendría que reconocer que se equivocaba y que el problema lo tenía ella.

A pesar de que todo eran ventajas, no fui capaz de bajarme del coche. Mi mano se resistía a abrir la puerta porque sabía que aquello iba en contra de mis principios. Y aunque la desesperación me había llevado hasta aquel aparcamiento, en lo más profundo de mí me negaba a rendirme a las circunstancias.

Cogí el teléfono y respondí al mensaje de Lorena convencido de que estaba condenando a mis vecinos a perder el instituto por el que llevaba cinco años luchando.

Haz lo que creas que debes hacer respecto al informe. No puedo acceder a lo que me pides.

También le escribí a mi hijo, del que tenía varios mensajes preocupándose por mi paradero, para decirle que necesitaba estar solo y que le llamaría por la mañana.



—Martín, la supervisora ha llamado mientras estabas en clase —me informó la jefa de estudios al día siguiente cuando pasaba por la sala de profesores, provocando que se me hiciera un nudo en el estómago—. Dice que tiene todo lo que necesita para el informe y que tendrás noticias de la Consejería. ¿Crees que será favorable? —preguntó la pobre mujer, que no imaginaba que el centro ya estaba sentenciado porque yo no había cedido a los deseos de una antigua amante.

—Seguro que sí —le mentí y me quedé en mi despacho el resto de la mañana, sintiéndome culpable por no haber hecho lo que me había propuesto Lorena.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —dije al ver a Sergio y Jesús apoyados en mi coche cuando llegué al *parking*.

—Te vas a la ciudad a pasar el fin de semana —respondió mi hijo, señalando una bolsa de viaje.

—Yo no voy a ir a ninguna parte —me negué.

—Tú sí vas a venirte —insistió Jesús—. Te has pasado cabreado los días que he estado en tu casa. Me lo debes. Además, este tiene que recoger esta tarde en el aeropuerto a cierta jovencita que viene a pasar el fin de semana —me contó a la vez que mi hijo sonreía feliz—. Así que te vienes conmigo y te distraes en vez de estar incordiando a la parejita. Te prometo que estaremos en plan tranquilo. Sé cómo las gastan tus vecinas y no quiero problemas con la pelirroja.

—¿Vas en serio con ella?

—Digamos que estoy dispuesto a replantearme mi vida. Quita esa sonrisa de la cara —me advirtió—. Es solo una posibilidad.

—Por cierto, ¿dónde te metiste anoche, papá?

—En la sede de Protección Civil.

—Y, ¿qué hacías allí? —quiso saber mi amigo.

—Mantenerme ocupado para evitar hacer una estupidez —me limité a responder mientras emprendíamos el camino hacia la ciudad, sin imaginar lo que se escondía tras aquella inocente excursión de fin de semana entre amigos.



41

Me quemas con la punta de tus dedos.

Tus manos hacen llagas en mi piel.

Me abraso con tu lengua que es de fuego.

La sangre hierve o no lo ves.

Amistades Peligrosas. Me haces tanto bien

La imagen de aquella mujer comiéndole la boca a Martín... Vale, solo fue un beso al que él no respondió. Pero el efecto en mí fue el mismo. Se parecía tanto a la que fuera amante y luego esposa de Alfredo, con aquella juventud y seguridad de saberse deseada por cualquier hombre a su paso, que se reabrieron todas las heridas que arrastraba desde los últimos meses de matrimonio.

Estaba enfadada y era incapaz de razonar. Intenté evitar hablar con él, pero insistió en verme y terminamos peleándonos. No soportaba pensar que aquella mujer iba a estar más tiempo con Martín del que yo había disfrutado las semanas anteriores.

Daba igual lo que Laura y Lola me dijeran, ya me fastidiaba bastante ver a las dos ilusionadas con sus chicos como para darles la razón. Porque, aunque mi amiga lo negara y se hiciera la dura, le gustaba Jesús, y mucho.

Después de dos días sin noticias de Martín, me había propuesto tener con él una conversación como dos personas adultas y explicarle el porqué de mi salida de tono. Pasé toda la mañana del jueves mentalizándome para mantener la calma.

Pero todo se disolvió en cuanto los compases de la *Marcha Fúnebre*, de Chopin, sonaron en mi móvil.

—¿Qué quieres, Alfredo?

—Hola, Sara. Me gustaría hablar con Laura, pero no me coge el teléfono.

—Aún está enfadada contigo —le conté.

Era extraño cómo habían cambiado nuestros papeles en apenas tres semanas.

—Estoy tratando de solucionarlo —me aseguró.

—Se lo diré de tu parte, pero no garantizo que responda a tus llamadas.

—No entiendo por qué se ha marchado ahí —dijo cuando ya iba a colgar—. Ni qué está

haciendo en ese pueblo.

—Pues como ha tenido que dejar esa universidad de pijos ricos en la que la matriculaste porque has dejado de pagar, se ha apuntado a un curso *online* de Diseño web y Marketing digital, o algo así —le expliqué, y obvié el tema de su madre porque sabía que no iba a contener mi lengua con aquella bruja—. Al menos, está haciendo algo de provecho y el próximo curso ya veremos qué quiere hacer que yo pueda pagar —le dejé caer.

—¿Desde cuándo le gustan esas cosas? —preguntó extrañado.

—Ya ves. Ahora le van los ordenadores —respondí, evitando contarle que ese repentino interés tenía que ver con cierto joven informático que vivía en el pueblo y que parecía haber domado a la fiera por el momento—. Tengo que dejarte. Estaba trabajando.

—¿Alguna vez piensas en mí, Sara?

—Por favor, Alfredo. No empieces —le pedí.

—Te necesito a mi lado, Sara. ¿Por qué no vuelves? Tú y yo podríamos ser felices de nuevo, como lo éramos al principio —insistió—. Levantaríamos de nuevo la empresa, y Laura podría recuperar su vida.

—Yo estoy bien con mi nueva vida. He empezado una carrera que me hace muy feliz. Y aunque te cueste creerlo, pienso que a Laura le conviene este cambio de aires.

—¿Qué carrera puedes estar haciendo en ese pueblo? —puso en duda.

—Soy escritora.

—¿Estás de broma? ¿En eso estás perdiendo tu tiempo? —preguntó después de soltar una carcajada—. Te estoy pidiendo que volvamos a ser una familia. Que levantemos de nuevo una empresa que daba miles de euros al mes. Y tú, ¿prefieres escribir cuentos?

—Yo no escribo cuentos. Escribo novelas —bufé.

—Eso no es un trabajo, Sara. Es una pérdida de tiempo —continuó, enfadándose más con cada palabra que decía—. ¿Qué harás cuando gastes tus ahorros? ¿O es que crees que vas a llegar a ser *best seller*? ¿Acaso te va a mantener el tipo ese? Yo te estoy ofreciendo que creemos un futuro juntos.

—El derecho a pedirme explicaciones lo perdiste en el momento en el que te metiste entre las piernas de tu amante —le solté—. No vuelvas a cuestionar mis decisiones —le dije antes de colgarle el teléfono.

Entonces, Martín tuvo la puntería de venir a hablar conmigo, pero yo estaba muy alterada por la conversación con Alfredo. Pagué con él todo mi enfado sin darme cuenta de que tenía razón en todo lo que me decía.

Él sí me había apoyado en todo momento. Había valorado mis ideas tanto para las actividades con los chicos como para ayudar a devolver la vida al pueblo. Me había declarado su amor incondicional. Y yo, a cambio, ni siquiera había sido capaz de aceptar sus explicaciones y decirle que confiaba en él.

De nuevo, mi pasado se interponía entre los dos porque yo no era capaz de superar el daño que me había hecho la traición de Alfredo.

—De verdad que no te entiendo, Sara —me recriminó Lola cuando llegué al salón después de cerrar con un portazo al ver cómo se alejaba su coche—. Vas a conseguir que Martín no quiera saber nada de ti.

—Déjame en paz. No estoy para aguantar sermones. Vete a reírle las gracias a tu amiguito, que es lo que llevas haciendo toda la semana —le solté enfadada.

—Mira, conmigo no lo pagues —se defendió—. Yo no tengo la culpa de que no seas capaz de superar lo que te hizo Alfredo, y menos aún la tiene Martín. O espabilas, o va a terminar hasta

los cojones de ti.

No fui capaz ni siquiera de responderle porque en el fondo no había hecho más que decir en voz alta lo que yo misma pensaba de mí. Me limité a subir corriendo por la escalera hacia mi cuarto y me derrumbé en la cama entre lágrimas.

—¿Se puede? —escuché la voz de Laura al cabo de un rato.

No esperó a que le respondiera para entrar. Abrió la puerta, rodeó el colchón y se tumbó a mi espalda, abrazándome.

Aquel gesto solo consiguió que llorara con más intensidad. No recordaba la última vez que mi hija había tenido un desinteresado gesto de cariño conmigo.

—Esta noche te permito que llores todo lo que quieras —me dijo cuando empezaba a tranquilizarme—. Pero mañana quiero de vuelta a la mujer fuerte en la que te has convertido desde que estás aquí. ¿Me has oído?

—Sí —conseguí decir entre hipidos.

Laura se quedó a mi lado hasta que dejé de llorar y me quedé adormilada.

A la mañana siguiente, era incapaz de abrir los ojos, hinchados de tanto llanto. Me había propuesto hacerle caso a mi hija. Y también a Lola. Debía disculparme con Martín. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Traté de mantenerme ocupada con el trabajo hasta que él volviera del instituto. Cuando empecé a agobiarme con la espera, salí a dar un paseo y aprovechar para hacer la compra. Estaba un poco harta de tener de fondo las risitas de Lola con Jesús. Menos mal que Laura había ido a casa de Pablo para ver no sé qué del ordenador. Una excusa como otra cualquiera para darle rienda suelta a lo que estaban empezando los dos sin escandalizar a su madre, que aún no asumía que su niña era una mujer adulta y disfrutaba de su vida sexual sin problema.

Después de dar una vuelta y pasar un rato en la plaza hablando con la señora Maruja sobre el libro que estábamos leyendo en el club, me encaminé hacia la tienda de Juani. Estaba a unos metros del comercio cuando recordé que no había cogido la lista de la compra de la puerta de la nevera.

Regresé a casa y entré por la cocina para no ver a los tortolitos. Iba a preguntarle a Lola si necesitaba alguna cosa más aparte de lo que estaba apuntado, pero la imagen que apareció ante mí al ir a cruzar la puerta del salón me dejó muda. Un primer plano del culo desnudo de Jesús moviéndose entre las piernas de mi amiga, que a juzgar por el volumen de sus gemidos, parecía estar disfrutando de lo lindo.

Antes de que ninguno de los dos pudiera reparar en mi presencia, algo poco probable dado lo entusiasmados que estaban, di un paso atrás y me refugié en la cocina. Cerré los ojos con fuerza, pero no conseguía borrar de mi mente aquellos glúteos ligeramente bronceados, contrayéndose en cada embestida.

Sofocada por la vergüenza de haberme encontrado con aquella escena erótica en mi propio salón, salí de allí haciendo el menor ruido posible.

Apenas recorrí el camino, me encontré con el coche de Pablo aparcado en la esquina. Él y mi hija se estaban dando tal beso de despedida que parecía que se iba a acabar el mundo, cuando seguro que se habían pasado las dos últimas horas con los mismos ejercicios que Jesús y Lola hacían en aquel momento.

En esa ocasión, no pude pasar tan desapercibida como en casa. En cuanto el nieto de Flora se dio cuenta de que andaba por allí, paró en seco y se sentó muy derecho con el rostro avergonzado. Mi hija, en cambio, se limitó a ponerse bien el pelo y salió del vehículo con una enorme sonrisa en la cara.

—Hasta luego, Pablo —se despidió antes de cerrar la puerta—. Solo era un besito de nada, mamá.

—Sí, claro. Un besito sin más —respondí—. Ahora no puedes entrar en casa, así que acompáñame a la tienda de Juani.

—¿Por qué no? ¿Qué ha pasado?

—Nada, que Lola también está dándole un «besito de despedida» a Jesús. Y si entras, lo vas a encontrar en el sofá con el culo al aire.

—No me puedo creer que los hayas pillado —dijo Laura entre carcajadas.

—Ellos no me han visto, pero, Dios, ¡no voy a quitarme esa imagen de la cabeza el resto de mi vida! —reconocí, empezando a reírme de la situación—. Démosles un rato más mientras que hacemos la compra.

Cuando regresamos a casa, los dos estaban sentados tan tranquilos como si nada hubiera pasado.

Antes del almuerzo, Jesús se despidió de nosotras. Debía acudir aquella tarde a la consulta de su médico para ver si le daban el alta, pero le prometió a Lola regresar el sábado por la tarde para pasar con ella el resto del fin de semana. Tendría que leerle la cartilla a mi amiga sobre la necesidad de que aquellos encuentros sexuales los llevaran a cabo en el dormitorio.

Desde que recogimos la cocina, estuve pendiente de la casa de Martín. Parecía que aquel viernes se estaba retrasando más de lo normal en regresar del instituto. Traté de mantenerme lo más ocupada posible, pero no podía evitar asomarme por la cocina cada media hora para ver si le veía llegar.

No fue hasta regresar de la reunión del club de lectura que por fin vi su coche aparcado. No me lo pensé. Atravesé el camino y llamé a su puerta. Tuve que insistir. No pensaba marcharme de allí hasta aclarar las cosas. Pero el que me abrió fue Sergio, con el rostro sofocado a la vez que se ponía una camiseta.

—¿Ocurre algo?

—No. Yo... ¿Está tu padre? Quería hablar con él.

—No está. Hoy llegará tarde.

—¿Quién es, Sergio? —dijo una joven en ropa interior mientras se cubría con un jersey.

—¡Oh, vaya! Siento haberos interrumpido.

—No pasa nada, Sara. Ella es Carolina —me contó con una sonrisa de felicidad—. Es Sara, la novia de mi padre —le explicó.

—Bueno, ahora mismo no estoy segura de en qué situación estamos —reconocí.

—Seguro que, en cuanto podáis hablar, todo se arregla —dijo con más convencimiento del que tenía yo—. Le diré que has venido a buscarle. Verás que mañana estará todo solucionado.

—No os entretengo más, chicos. Buenas noches.

Entré en el salón como un alma en pena a lo justo para ver a mi hija salir al encuentro de Pablo. Me senté al lado de Lola, que me pasó un brazo alrededor de los hombros e hizo que apoyara la cabeza en el suyo.

—Venga, ánimo, chiqui. Vamos a ver una peli —sugirió.

—No, gracias. Como tenga que ver hoy otra pareja feliz y enamorada, vomito.

—Qué exagerada eres —rio.

—De exagerada nada. Aquí folla todo el mundo menos yo —me quejé—. Sergio y Carolina ahora mismo. De Laura y Pablo prefiero ni pensarlo. Y tú esta mañana ya podías haberte ido al dormitorio y ahorrarme el espectáculo, bonita.

—Y yo cómo iba a saber que volverías tan pronto. Este hombre me tiene revuelta, Sara —me

confesó—. Me mira y me pongo cachonda. Yo que creía que con la menopausia me había vuelto frígida, y lo que pasaba es que no tenía al lado la compañía adecuada. Llevaba resistiéndome toda la semana, pero cuando me contó que tenía que volver a la ciudad para ir al médico, me dije: no seas tonta y aprovecha, no vaya a ser que no vuelva y te quedes con las ganas.

—Tú sabes que se lo voy a contar a Esme, ¿verdad? Va a flipar.

—Sí, pero mejor mañana, cuando hayas podido hablar con Martín y hayáis echado un par de polvos de reconciliación que te animen esa cara. Vas a tener que esmerarte con el maquillaje para que se te vea bien en la presentación.

—Muchas gracias por los ánimos, amiga.

Terminó convenciéndome y nos quedamos viendo una película. Al menos, nos divertimos criticando sin piedad a los protagonistas.



Al día siguiente, nos montamos las dos en el coche después de desayunar e hicimos el trayecto hasta el lugar donde tendría lugar la presentación de mi libro. No era un local muy grande, una librería de barrio especializada en novela romántica.

Mientras la dueña colocaba en un trípode su móvil para retransmitir el directo, me pregunté si Martín también lo vería a pesar de estar enfadado conmigo. Y debía estarlo mucho para no haber dado señales de vida a pesar de que Sergio le habría dicho que había ido a buscarle.

Tuve que hacer un esfuerzo por sonreír cuando la mujer se sentó a mi lado y me presentó a las asistentes. Sorprendentemente, había más de treinta personas allí para verme. Tengo que reconocer que era un público entregado que escuchó atentamente lo que decíamos.

Estuve respondiendo todas las preguntas que me hicieron sin dejar de observar a Lola. Estaba poniéndome nerviosa verla pendiente del móvil. Ni se molestaba en simular que le interesaba la charla. Inesperadamente, levantó la mano.

—Me pregunto dónde encuentras la inspiración para tus personajes.

—No sabría decirte con exactitud, pero la inspiración puede estar en cualquier parte.

—Pierre es un personaje maravilloso. ¿Has conocido alguna vez un hombre así? ¿O solo existen en los libros? —preguntó a la vez que miraba el móvil.

En ese momento, mi amiga se giró hacia la puerta, por la que entraban dos personas. Mi desconcierto fue mayúsculo al descubrir a Martín, que se había quedado parado en la puerta mirándome con cara de sorpresa, mientras Jesús, a su lado, dedicaba un guiño a Lola.

—Violette, ¿no has oído la pregunta? ¿Existen hombres como Pierre? —repitió mi amiga volviéndose hacia mí.

—Sí. Sí existen —balbuceé, mirando justo al que había inspirado algunas escenas de mi novela, las más ardientes.

Estaba tan guapo, con un pantalón negro, una camiseta de manga larga de igual color y unas zapatillas deportivas a juego.

—¿Tienes un Pierre en tu vida? —preguntó alguien mientras yo no podía apartar la vista de Martín, quien también tenía sus ojos clavados en mí.

—Yo... —hice una pausa sin saber qué responder—. ¿Lo tengo? —susurré para mí, dedicándole una mirada interrogante al hombre que no se había movido de la puerta—. Lo tengo —admití cuando le vi asentir ligeramente, haciendo que le dedicara la mejor de mis sonrisas—. Lo tengo. Y está aquí conmigo —afirmé para sorpresa de todas las asistentes, que se volvieron a mirar a los dos amigos que seguían clavados en la entrada de la librería.

—Es este —dijo Jesús, señalando a Martín, que levantó la mano a modo de saludo y aguantó lo

mejor que pudo las miradas de arriba abajo que le dedicaron.

Admito que me gustó ver la admiración en las caras de mis lectoras. Sus comentarios al respecto cuando les firmaba el libro me hicieron salir los colores en más de una ocasión.

Sin darnos cuenta, llegó la hora de cerrar. Y aunque no había podido cruzar más que un par de palabras con Martín, no se me quitaba la sonrisa tonta de la cara. A él también se le veía feliz.

Después de despedirnos de la librería, nos fuimos a un restaurante cercano en el que Jesús había reservado mesa. A esas alturas, los dos tuvimos claro que todo había sido una conspiración de nuestros amigos e hijos. Algo que agradecemos.

Mientras esperábamos el postre, Martín fue al baño. Aproveché para ir también y poder hablar un momento a solas.

—Quiero disculparme cont...

No pude terminar la frase. Sus manos cogieron mi cara y sus labios se posaron sobre los míos a la vez que su lengua se adueñaba de mi voluntad.

—Se acabaron las peleas y las disculpas. No vamos a perder más el tiempo con eso —aseguró para después seguir devorando mi boca.

Mi conformidad salió de mi garganta en forma de gemido. Otro más siguió al primero cuando sus labios bajaron por mi cuello.

—Si sigues haciendo ese sonido, no voy a poder contenerme —susurró en mi oído con voz ronca.

—No lo hagas —dije después de echar un rápido vistazo a ambos lados del pasillo.

Abrí la puerta del baño de señoras y tiré de él hacia dentro. Era un lugar amplio y limpio que, afortunadamente, estaba vacío en aquel momento.

Rodeé su cuello con mis brazos para pegarle a mí y le di un beso que le demostrara las ganas que tenía de él.

—Para, si continuamos, nos va a ver alguien —jadeó contra mi boca.

—Me da igual —me quejé a la vez que bajaba una mano para acariciar su entrepierna, aumentando la erección que aquella situación había provocado.

—¿Estás segura?

En vez de responderle, me separé un par de pasos de él, metí las manos bajo mi vestido y me quité la ropa interior mientras me mordía el labio inferior.

Continué caminando de espaldas a la vez que tiraba de él, y entré en el cubículo más cercano. Cerré el pestillo y sus manos acariciaron mis muslos a la vez que subían mi vestido para situarse sobre mis glúteos y pegarme a él. Empezaba a desabrocharle el pantalón cuando detuvo mi mano.

—No. Para —frenó entre jadeos—. ¡Joder! No tengo condones. No sabía que iba a encontrarme contigo —se justificó.

—Me da igual —aseguré después de mirarle durante un par de segundos a los ojos—. Cuando salgamos de aquí, vamos a una farmacia a por una caja de preservativos y una pastilla del día después. Además, hace muchos meses que no tengo la regla —le tranquilicé, terminando de liberar su erección de la ropa.

No necesitó más argumentos. Deslizó una de sus manos por mi pierna, y la colocó alrededor de su cadera para facilitarse la entrada. A esas alturas, le deseaba tanto que mi sexo estaba más que preparado para recibirlo en su interior. Algo que ocurrió con una profunda embestida que acompañé de un largo gemido.

Continuó moviéndose entre mis piernas a la vez que su boca devoraba ahora la mía, ahora mi cuello. Después de tantos días sin ningún tipo de desahogo, el orgasmo no tardó en llegar,

sorprendiéndonos con su intensidad.

Tardamos un rato en recuperarnos lo suficiente para separarnos. Nos colocamos la ropa bien, y antes de abandonar el cubículo, nos dedicamos un interminable beso.

Cuando volvimos a la mesa, nuestros amigos ya habían dado cuenta del postre. Del suyo y del nuestro, ya que habíamos tardado en regresar más de lo esperado.

Las sorpresas parecían que no habían acabado. Nos habían reservado una habitación para esa noche.

—Para que hagáis las paces en condiciones, chiqui. Nos vemos mañana para volver a casa — dijo Lola cuando nos acompañaron hasta la puerta del hotel después de pasar por una farmacia.

Nada más entrar en la habitación, las manos de Martín bajaron la cremallera de mi vestido haciendo que este cayera al suelo.

—Ahora voy a saborearte con calma —me susurró al oído a la vez que empezaba a deshacerse de mi ropa interior.

Me dejé desnudar, disfrutando de cada caricia y cada beso que fueron recorriendo todo mi cuerpo cuando me dejó sobre la cama.

Estuvimos despiertos casi toda la noche. Habían sido demasiados días que recuperar, demasiados contratiempos y obstáculos que superar. Al amanecer, estábamos abrazados, vencidos por el agotamiento fruto de la pasión que sentíamos el uno por el otro.

Apenas dormimos un par de horas antes de abandonar aquella cama en la que nos habíamos amado hasta la extenuación. Fuimos a por mi coche sin poder quitar la sonrisa de nuestras caras.

Martín estaba metiendo nuestras bolsas en mi maletero cuando una llamada de teléfono consiguió borrar de un plumazo la felicidad que sentía.



42

¿En qué hondonada esconderé mi alma para que no vea tu ausencia

que, como un sol terrible, sin ocaso,

brilla definitiva y despiadada?

Jorge Luis Borges

El trayecto hacia el hospital fue peor que el de aquella primera vez que tuve que llevar a Sara a urgencias por un cólico. En apenas unos segundos, su expresión alegre desapareció al saber que Laura y Pablo habían tenido un accidente de tráfico. Su rostro palideció en un instante. Solo fue capaz de balbucear lo ocurrido mientras el teléfono resbalaba de su mano temblorosa para

estrellarse contra la acera, donde cayó sobre una esquina provocando que se resquebrajara la pantalla y se pusiera en negro.

La abracé y llamé a un taxi para no tener que separarme de ella. Lágrimas silenciosas resbalaban por sus mejillas sin parar. Avisé a Jesús y me pasé todo el viaje tratando de reconfortarla para que saliera del estado de *shock* en el que se encontraba.

Entramos en el hospital por la puerta de Urgencias. Antes de que llegáramos al mostrador, se nos acercó Alfredo. Al verlo, Sara se abrazó a él, derrumbándose en un mar de lágrimas.

—Tranquila. Está en el quirófano —le dijo con dulzura mientras su mano acariciaba su espalda—. Laura saldrá de esta y volverá con nosotros.

Pronunció la última palabra dedicándome una dura mirada. Aquel nosotros me hizo más daño que observar cómo en las siguientes horas no se separaron el uno del otro sin dejarme más opción que quedarme a unos metros de ellos como mudo espectador del dolor de Sara por su hija.

Nuestros amigos llegaron una media hora más tarde. Lola se acercó a consolarla mientras Jesús se quedó conmigo. No le hizo falta preguntarme nada para saber lo que sentía en aquel momento.

—Es normal que esté con él —se limitó a decir, poniéndome por unos segundos una mano en el hombro.

—Lo sé.

Pero eso no aliviaba la sensación de pérdida que tenía en aquel momento. No podía reprocharle a Sara que en aquella situación quisiera estar al lado de Alfredo. Si fuera Sergio el que hubiera sufrido el accidente, yo estaría junto a Pilar sin lugar a duda. Con la diferencia de que ni ella ni yo teníamos ningún interés en recuperar nuestra relación. Y las miradas que Alfredo me dedicaba de vez en cuando, mientras se deshacía en gestos cariñosos con su exmujer, me decían que eso era justo lo que él iba a aprovechar para hacer.

Llevábamos un par de horas allí cuando llegó Sergio. Había llevado a Carolina al aeropuerto para coger su vuelo de regreso. Apenas unos minutos después, llamaron a los familiares de Pablo. Como sus padres aún no habían llegado, acudí junto con mi hijo y nos dejaron verle.

Sus lesiones no parecían graves: un brazo roto y varias contusiones. Aun así, debía quedarse veinticuatro horas en observación. Pregunté sobre el estado de Laura, que era quien se había llevado la peor parte en la colisión con el vehículo que se había incorporado a la autovía sin respetar las señales de tráfico, pero el médico se negó a darnos información alguna alegando que no éramos familiares.

Llamé a mi prima para tranquilizarla y decirle que no hacía falta que se desplazara hasta allí. Pablo estaba bien y solo debía pasar la noche ingresado como precaución. Yo no iba a moverme del hospital, y ellos tenían una hija y una suegra enferma de las que ocuparse.

A primera hora de la tarde, llamaron a los familiares de Laura. Los minutos que tardaron en regresar a la sala de espera me resultaron eternos. Aunque me acerqué junto a los demás para tener noticias, Alfredo se encargó de interponerse entre los dos a la vez que volvía a dirigir a Sara a los asientos que habían estado ocupando hasta poco antes. No había ninguno libre cerca.

Laura parecía estar fuera de peligro, pero hasta que no recuperara el conocimiento, no sería posible evaluar el alcance de las lesiones. Algo que tardaría en suceder, pues debían mantenerla sedada.

La tarde transcurrió con la misma lentitud que todo el día. Era curioso cómo da igual en la sala de espera de qué hospital te encuentres. El tiempo siempre transcurre a una velocidad diferente. Ralentizando su paso hasta el punto de resultar asfixiante.

Al final del día, volvieron a llamarlos para darle el último parte médico. Laura se encontraba

estable. La noche prometía ser larga, así que le pedí a Jesús que se llevara a Lola y Sergio a su casa. Allí no podían hacer nada. Y aunque la amiga de Sara se resistió a marcharse, terminó aceptando que era mejor descansar para poder estar en condiciones de atenderla al día siguiente.

Yo no me moví del hospital, a pesar de ser consciente de que lo más probable era que ella ni siquiera reparara en mi presencia, a unos metros de distancia, cuando en alguna ocasión su mirada perdida vagaba por la sala de espera.

La mañana comenzó con una nueva llamada a los familiares de los pacientes que se encontraban en la UCI para darles el correspondiente parte médico. Desde donde me encontraba, podía sentir el nerviosismo de Sara esperando que nombraran a su hija.

Un ligero alivio se notó en su rostro cuando salieron de la consulta tras ser informados de que evolucionaba favorablemente. Aun así, no quería alejarse de aquel asiento en el que llevaba desde el día anterior más que lo necesario para ir al baño. Allí se la había llevado Lola a refrescarse un poco cuando salía Pablo tras haber recibido el alta.

—¿Cómo está Laura? —nos preguntó en cuanto nos acercamos a él.

Pero aquella era una pregunta para la que apenas teníamos respuesta. Vio de lejos regresar a Sara y su amiga por el pasillo. Apenas hizo intención de ir hacia ella, Alfredo le cortó el paso.

—Aléjate de mi familia —le exigió—. Ya has hecho suficiente trayendo a mi hija aquí.

—Yo... Yo no... —balbuceó Pablo ante el tono de su suegro.

—No te quiero cerca de ella —prosiguió amenazante.

—Deja al chico —espeté, interponiéndome entre los dos—. Él no tiene la culpa de lo que ha pasado.

—No. Todo esto es culpa tuya. Has roto una familia —dijo, enfrentándose a mí—. Si mi hija hubiera estado en su casa, no estaría ahora al borde de la muerte.

—Yo no he roto nada. Solo he sabido valorar lo que tú despreciaste —respondí, dando el paso que nos separaba con los puños apretados, esforzándome por no darle el golpe que merecía—. Laura estaba donde siempre debió estar, en casa de su madre, y no viviendo de la caridad de su abuela.

—No te atrevas a hablar de mi familia. Tú no eres nadie —escupió Alfredo con la cara tan cerca de la mía que podía sentir su aliento.

—Eres tú quien tiene que asumir que ya no eres nadie para ella —respondí sin dejarme amedrentar por aquel gilipollas incapaz de asimilar que él solito se había llevado a aquella situación.

—Basta —exigió mi hijo, acercándose a los dos para tratar de parar aquella escalada que solo podía tener un final posible.

—No te metas, Sergio. Encárgate de tu primo —le ordené sin apartar la mirada de Alfredo.

—¡Pablo! —exclamó a mi espalda Sara, de quien nos habíamos olvidado.

Afortunadamente, el estado en el que se encontraba hizo que no se percatara de que acababa de parar un enfrentamiento que estaba a una sola frase de resolverse a puñetazos.

En lo más profundo de mi alma, lamenté que no hubiera sido así, porque en aquel momento no deseaba otra cosa más que partirle la cara a aquel gilipollas que tanto daño le había hecho, y que se empeñaba en volver a su vida.

No me siento orgulloso de tal pensamiento. De hecho, nunca he sido una persona violenta. Pero después de todo lo que había pasado en los últimos días, necesitaba sacar fuera lo que llevaba acumulado.

Pablo fue al encuentro de Sara y se fundieron en un abrazo que provocó que a ambos se le saltaran las lágrimas.

—Lo siento mucho —dijo el chico cuando se separaron, agachando la cabeza.

—No es culpa tuya —respondió Sara, acariciándole la mejilla, demostrando una comprensión en aquel momento tan duro para ella que disolvió la rabia que había sentido instantes antes—. Me alegro de que estés bien —pudo decirle antes de que Alfredo volviera a acapararla para llevarla a los asientos que se habían convertido en su baluarte.

Me quedé mirándola unos instantes, muriéndome por abrazarla. Aquella era mi chica. La mujer más extraordinaria que había conocido nunca. Pero el destino parecía empeñado en ponernos las cosas difíciles a los dos.

—No tienes buena cara —me comentó Lola, poniéndome una mano en el brazo para llamar mi atención—. ¿Por qué no aprovecháis para desayunar? Yo te aviso si hay noticias.

—Sí, será mejor que nos alejemos un poco de aquí para calmarnos —reconocí.

Preferí salir con los chicos del hospital y buscar un lugar cerca. A pocos metros, en frente, había un hotel en cuya cafetería pude reconocer algunas caras que llevaba horas viendo en la sala de espera.

A regañadientes, Pablo aceptó regresar al pueblo para que sus padres pudieran tranquilizarse al ver con sus propios ojos que se encontraba bien. Más trabajo me costó convencer a mi hijo de que se quedara en casa una vez que llevara a su primo. No se fiaba de que volviera a repetirse el enfrentamiento con Alfredo. Tuve que prometerle varias veces que no pelearía con él por más que me provocara. Aunque yo no estaba convencido de poder cumplirlo. Y por su cara al montarse en mi coche, él tampoco.

A media tarde, vi a Alfredo levantarse y acudir hacia la persona que acababa de entrar y abrazarla. Enseguida supe de quien se trataba. La descripción hecha por Sara era exacta, aunque en aquella ocasión pensé que era una exageración. Pero no. Aquella mujer era, sin duda, hermana gemela de Bitelchús.

Por si tenía alguna duda de lo mal que se debía encontrar Sara, que aceptara el abrazo de su exsuegra a la vez que esta le dedicaba un «hola, querida» poco creíble las despejó todas.

La madre de Alfredo se dedicó a parlotear con su hijo, que le había cedido su sitio, poniéndole faltas a todo lo que podía. Nada era de su agrado: ni aquel hospital público, ni los médicos, ni por supuesto la cantidad de «gente vulgar», según sus propias palabras, que nos encontrábamos allí.

Después de recibir el último parte del estado de Laura, Bitelchús exigió a su hijo que la llevara a cenar a algún sitio que no fuera la cafetería del hospital. Sí, lo reconozco, después de ver a aquella horrible mujer, yo también empecé a llamarla así hasta en mis pensamientos.

Sara se negó a acompañarlos. Nada más lejos de su intención que abandonar el hospital. A Alfredo no le quedó más remedio que complacer a su madre. Después de todo, era la que pagaba sus facturas. Así que, tras dedicarme una mirada cargada de intención, se marchó con ella.

—Hola, cariño —le dije a Sara, agachándome frente a su asiento, a lo que ella respondió con el esbozo de una sonrisa en su agotado rostro.

—Sácala de aquí, Martín —me pidió Lola—. Tiene que descansar.

—No voy a ir a ninguna parte —negó Sara con un hilo de voz.

—Escúchame —le pedí, cogiendo su cara con mis manos para obligarla a mirarme—. Tienes que dormir un rato.

—No. No voy a dejar sola a mi niña.

—Sara, por favor. No puedes hacer nada por ella aquí sentada toda la noche —traté de hacerla recapacitar—. Enfrente hay un hotel. Vámonos. Toma una ducha y duerme unas horas. Lo necesitas. Si caes enferma, no vas a poder ayudar a Laura —le supliqué al ver que iba a seguir negándose—. Te necesitará fuerte cuando despierte. Anda, ven conmigo.

—Pero... ¿y si pasa algo?

—Estaremos a solo unos pasos de aquí.

—Les daré el número de teléfono de Martín para que os llamen si hay novedades —intervino Lola, consiguiendo que Sara aceptara por fin.

Me puse de pie y la ayudé a levantarse. Con nuestras bolsas en una mano y un brazo alrededor de sus hombros, abandonamos por unas horas el hospital.

Una vez en la habitación, la obligué a comer algo de lo que había pedido al servicio de habitaciones mientras ella se duchaba. Luego conseguí que se acostara. Algo que hizo no sin antes asegurarse de que tenía el teléfono cerca. Creo que se quedó dormida antes de que yo me tumbara a su lado y la abrazara.

Cuando iba a abandonar la habitación horas después, la detuve en la puerta.

—Sara, espera. Deja eso aquí —la detuve, le quité su bolsa de viaje y la solté en el banco para el equipaje que había junto a la entrada—. Escúchame, esta noche tengo que volver al pueblo. No puedo seguir faltando al trabajo. Prométeme que vendrás aquí a descansar —le pedí—. Por favor, Sara —insistí cuando ella empezaba a negar con la cabeza—. No puedes quedarte todo el tiempo allí. Te pondrás enferma. Aquí tienes la tarjeta para entrar —dije a la vez que la metía en el bolsillo interior de su bolso—. Por favor.

Ella se limitó a asentir y abandonó la habitación. Con paso rápido, hicimos el corto trayecto hacia el hospital. Apenas llegamos a la sala de espera, nos topamos con Alfredo y su madre. Si bien el primero la recibió con un abrazo cariñoso, su exsuegra no se cortó en recriminarle que no hubiera pasado allí la noche. Algo que dudé que hubiera hecho ella. No la veía mal durmiendo en aquellas sillas de plástico.

En aquel momento, me pareció estar viendo al poli bueno y al poli malo de las películas. Cuanto más le echaba la una en cara su ausencia, más buscaba Sara el refugio en brazos de Alfredo.

Estaba a punto de intervenir para alejarla de los dos cuando el nombre de Laura se escuchó por el altavoz. Sus padres acudieron rápido hacia la puerta de la consulta, dejándonos a Bitelchús y a mí dedicándonos miradas de hostilidad.

Antes de que volvieran a la sala de espera, llegó Lola. Gracias a ella pude tener información de primera mano, pues ni Alfredo ni su madre estaban por la labor de facilitarme el acceso a Sara.

Me despedí de ella después de que salieran de recibir el último parte, y realicé el camino a casa en el coche de Jesús, quien se había empeñado en que me lo llevara para que no tuviera que coger un taxi o buscar a un vecino que hiciera el mismo trayecto.

Después de aquellos dos días de ausencia en el instituto, tenía mucho trabajo pendiente. Algo que me ayudaba a tener la cabeza ocupada. No podía estar más agradecido a mis compañeros por cubrirme. Aunque legalmente no tenía derecho a aquel permiso, ninguno me lo recriminó. Y eso hacía que me sintiera más culpable aún de lo que me sentía por no haber accedido a la exigencia de Lorena para salvar al instituto. Sobre todo, cuando leí el email que me había enviado:

Valoro que te mantuvieras fiel a tus principios, pero los datos objetivos no me dejan margen para otro veredicto que no sea la eliminación de una línea. En unos días, recibirás el informe y la resolución de la Consejería.

Todos achacaron mi mala cara a la situación de Laura cuando salí de mi despacho. Y yo me sentía incapaz de adelantarles la noticia. Preferí esperar a la comunicación oficial. No tenía sentido agobiarles antes de lo necesario. Pero a Sergio no pude engañarle cuando me encontró en mitad de la noche sentado a oscuras en la cocina.

—No es culpa tuya.

—Eso no lo tengo tan claro. Si hubiera accedido...

—Si hubieras accedido, ahora te sentirías mal por traicionar a Sara, y, ¿quién te garantiza que ella fuera a cumplir su palabra? Papá, has hecho todo lo que has podido. Ramón me ha dicho que la semana que viene firma el acuerdo con Bellas Artes. Vamos, ánimo —me pidió—. Seguro que cuando vean dentro de unos meses cómo estáis reviviendo la comarca, cambian de idea.

Aunque aquello pudiera resultar esperanzador, me faltaba Sara al lado para sentir que había un atisbo de futuro.



El viernes por la tarde llegué al hospital, pero no pude ver a Sara en todo el fin de semana. Según me contó Lola, antes de marcharse al pueblo para poder poner al día la agenda de su amiga, después de un par de operaciones, habían pasado a Laura a una habitación a la que no tuve acceso. Estaba convencido de que era cosa de Alfredo y que ella ni siquiera sabía que yo estaba allí, pero no pude hacer más que montar guardia en las sillas que había en la entrada con la esperanza de que saliera. Aquello fue lo único que pude responder a los continuos mensajes de Pablo preguntándome por su chica.

Agotado, el sábado por la noche me fui a dormir al hotel, donde me informaron de que Sara no había aparecido por allí desde la noche que fuimos juntos.

A final de la tarde del domingo, regresé a casa sin haber podido hablar con ella, ya que las veces que llamé a la habitación fue Alfredo el que se encargó de coger el teléfono y colgarme sin decir nada.

Estaba desesperado. Sobre todo, cuando el miércoles siguiente me llamó Lola y me contó que trasladaban a Laura a un hospital en Madrid. Al parecer, Bitelchús había invocado a todas sus influencias en el infierno para llevársela a una clínica privada, a la cual no iban a permiternos el acceso a ninguno de los dos. A esas alturas, tenía bastante claro que la estrategia de Alfredo era aislarla de nosotros.

De nada nos sirvió desplazarnos allí el fin de semana. No pudimos ver ni hablar con Sara. Con su teléfono roto y restringida la entrada en el hospital, tuvimos que volvernos derrotados al pueblo.

Me sentía incapaz de afrontar lo que tenía por delante. Los días siguientes desatendí muchas de mis otras obligaciones, algo que entendieron tanto Ramón, que acudió a firmar los acuerdos con Bellas Artes acompañado de Jesús, como Juan, que me sustituyó en Protección Civil con la ayuda de Sergio. Nadie me recriminó aquel abandono.

Por las mañanas, iba por el instituto como un autómata, temiendo que en cualquier momento llegara la resolución de la Consejería anunciando la eliminación de la línea.

Una vez en casa, pasaba las horas muertas sentado en la cocina, mirando en dirección a aquella casa que estaba más vacía que nunca. Sobre todo, el fin de semana, al marcharse Lola a la ciudad con Jesús.

No podía apartar los ojos de sus ventanas, esperando ver en algún momento una luz que me anunciara que ella había vuelto. Deseaba volver a verla salir a su patio para sentarse a leer, como hacía aquellas tardes cuando yo regresaba con Argos y sabía que la encontraría allí antes de llegar a su altura.

Pero nada cambiaba. Su casa seguía a oscuras. Y el silencio a mi alrededor solo conseguí acentuar la sensación de ahogo. Maldecía para mí un destino que había puesto a mi alcance la felicidad para arrancármela de cuajo por un desgraciado accidente de tráfico, dejándome como única opción esperar que se produjera un milagro, que a cada hora que pasaba se antojaba más

lejano.

Apenas faltaban unos minutos para la media noche, cuando el sonido del móvil rompió el silencio. Ver un número desconocido en la pantalla me hizo fruncir el ceño. Descolgué rezando porque no fueran malas noticias desde Santander. Por un instante, pensé que aquello sería más de lo que podría soportar en aquel momento.

El lacónico «hola» de una voz conocida me atravesó el pecho dejándome sin respiración.



43

¿Por qué nunca admití estar enamorada?

Siempre lo supe y no dije nada.

Mi corazón se quiso esconder.

Aitana. Vas a quedarte

Aún hoy, aquellos días están confusos en mi memoria. Pasar de la felicidad que sentí al reconciliarnos, disfrutando al fin de unas horas para nosotros, a la angustia por saber que Laura había sufrido un grave accidente, fue como caer por un precipicio en cuyo fondo no había más que tinieblas que hicieron desaparecer todo a mi alrededor.

Apenas recuerdo el trayecto hacia el hospital. Conservo las imágenes borrosas por mis lágrimas. Oía la voz de Martín a mi lado, pero no entendía lo que me decía.

Encontrar a Alfredo en el hospital hizo que terminara de derrumbarme. Nuestra niña había estado a punto de perder la vida en un accidente, y yo no podía soportar la idea de que aquello ocurriera. No sé cuántas horas pasé allí sentada junto a él, aferrada a su mano. Como si el hecho de tenerlas unidas pudiera multiplicar nuestro deseo de que Laura sobreviviera hasta tal punto que se hiciera realidad.

El tiempo parecía burlarse de nosotros pasando lentamente, consumiendo mis fuerzas hasta el punto de que solo el ansia de ver a mi hija me mantenía en pie. Pero cuando por fin pude hacerlo, después de innumerables horas en la sala de espera, fue peor que la incertidumbre. A punto estuve de necesitar que me atendieran por un ataque de ansiedad cuando estuve junto a ella.

Nunca olvidaré su imagen. Tan indefensa y vulnerable, rodeada de cables y máquinas, y un par de vías en su brazo. En su rostro, competían la palidez con moratones por los golpes recibidos cuando el coche recibió el impacto.

Aunque los médicos nos repetían que, a pesar de su aparatoso estado, estaba fuera de peligro, yo no encontraba la manera de superar el dolor que me abrumaba. Me sentía culpable de que Laura se encontrara así. Si no hubiera estado conmigo en el pueblo. Si yo hubiera accedido a gastar mis ahorros en seguir pagando la universidad y la residencia... Ideas que fomentaba mi exsuegra, aunque su hijo en todo momento fuera mi mayor apoyo.

Durante aquellos días, Alfredo volvió a ser aquel hombre del que me enamoré perdidamente en

mi juventud. El brazo que me sostenía y el pecho en el que me refugiaba cuando me fallaban las fuerzas. Ni siquiera era consciente de la presencia de Martín. Del dolor en su mirada por mi lejanía a pesar de estar a solo unos metros. Ni de cómo Alfredo creó una burbuja a mi alrededor en la que no permitía entrar a nadie más.

Por eso no puse objeción al traslado de Laura a otro hospital, a pesar de no recomendarlo el equipo médico. Las promesas de que estaría mejor atendida en la clínica privada, consiguiendo que se recuperara más rápido, sonaban como irresistibles cantos de sirena. Y yo hubiera hecho cualquier cosa que ayudara a volver a tener a mi hija conmigo cuanto antes.

Cuando dos días después del traslado Laura recuperó el conocimiento y abrió los ojos apenas unos segundos, ya tenía asumido que no había nada más fuera de las paredes del hospital. Era como si el accidente lo hubiera sufrido yo y Violette se hubiera perdido en el asfalto de aquella carretera. Con ella, una parte de mi corazón.

Afortunadamente, mi exsuegra tenía muchos compromisos sociales a los que no estaba dispuesta a renunciar. Eso nos dejaba la mayor parte del tiempo a Alfredo y a mí solos. Siempre tenía una palabra amable, una sonrisa, un abrazo... o todo a la vez.

En aquel momento no me daba cuenta, pero todos sus comentarios se dirigían hacia la misma idea: volver a estar los tres juntos. Repitió más de una vez que aquello debía servir para recuperar nuestra familia. Y yo, con tal de que mi hija saliera de allí, estaba dispuesta a replantearme cualquier cosa sin cuestionar nada.

Una tarde de unos días después, o quizá solo fueran unas horas, Laura despertó con fuerzas para hablar.

—Mamá, ¿por qué no está aquí Pablo? ¿Qué le ha pasado? —preguntó cuando nos quedamos solas.

—Él... Él está en su casa, cariño —respondí.

—Dime la verdad, mamá —me cuestionó—. Si estuviera bien, estaría aquí conmigo —dijo, convencida de los sentimientos del chico.

—Te estoy diciendo la verdad, Laura. A él le dieron el alta al día siguiente.

—Si estuviera bien, estaría aquí —repitió con insistencia—. Quiero hablar con él. Quiero que venga.

—Cariño, estamos en Madrid.

—¿Y qué? Quiero verlo, mamá. Tengo que saber si es verdad que está bien —pidió al borde de las lágrimas.

—No llores, mi vida. Tienes que estar tranquila. Intentaré localizarlo, ¿vale? Voy a buscar tu teléfono. El mío se rompió —le expliqué—. Trata de dormir, por favor.

Busqué su móvil en la bolsa que nos entregaron con sus pertenencias, pero no lo encontré. Cogí mi bolso, por si, por una casualidad del destino, mi teléfono diera señales de vida. Pero no tuve suerte.

Cuando volvía a meterlo en el bolsillo en el que llevaba días, una cartulina azul llamó mi atención. Dentro de ella, había la llave de una puerta de hotel. «Martín», susurré mientras acariciaba aquel trozo de plástico, recordando cómo había llegado allí.

Caí en la cuenta de que la bolsa de viaje que había llevado Lola para mí cuando fuimos a la presentación a la ciudad aún debía estar allí. No había cumplido mi palabra de ir a descansar.

«La presentación», recordé. No sabía cuántos días había tenido abandonado el trabajo. O más bien, cuánto tiempo hacía que me había olvidado de que tenía uno del que ocuparme. Y de Martín. Sobre todo, me había olvidado de él.

Por unos momentos, no supe qué hacer ante la cantidad de pensamientos que aquel

descubrimiento había provocado.

Decidí empezar llamando al hotel para cancelar la habitación, pagar la factura y concertar la manera de recuperar mi equipaje. Cogí el teléfono de la habitación y marqué el número que venía en aquella tarjeta, y por un instante me quedé sin palabras cuando la recepcionista me informó de que todos los gastos de la habitación habían sido cubiertos por el hombre que me acompañó la primera noche. Martín dejó su número de tarjeta para que se cobraran todo lo que yo pudiera necesitar, y les pidió que se hicieran cargo del envío de mi equipaje a donde yo les indicara.

A pesar de que yo solo había estado al lado de Alfredo y centrada en mi hija, él continuó pendiente de todo lo que me hiciera falta. Pero ¿por qué no se había puesto en contacto conmigo? ¿Por qué hacía tantos días que no sabía de él?

—Me han dicho que Laura ha estado un rato despierta —oí a mi espalda la voz de Alfredo.

—Sí. Va recuperando las fuerzas poco a poco —le informé después de que me saludara con un beso en la mejilla—. Quiere su teléfono. ¿Sabes dónde está? No lo he encontrado entre sus cosas.

—No lo sé. Quizá se perdiera en la carretera.

—Pues necesita uno con un duplicado de su tarjeta.

—¿Para qué? Ahora lo que tiene que estar es tranquila, y no pendiente del móvil.

—Quiere hablar con alguien —me limité a decir—. Y yo también. Necesito hacer algunas llamadas.

—Creía que ese asunto lo habíamos superado —dijo a la vez que se acercaba a mí y me rodeaba con sus brazos haciendo que su olor me envolviera—. Sara, estos días hemos vuelto a ser una familia. Nosotros tenemos algo muy especial. Sé que tú también has debido sentirlo este tiempo juntos. Solo tienes que olvidar lo sucedido estos meses.

—Pero... yo... no puedo dejar todo atrás —traté de resistirme.

—Podemos volver a ser felices juntos —me susurró al oído, haciendo que los recuerdos que su voz evocaba erizaran la piel—. Dime que te quedarás conmigo.

Durante unos segundos, vi mi reflejo en sus ojos antes de que sus labios se posaran sobre los míos, llevando una marea de conocidas sensaciones en mi mente.

El sabor de sus besos que tan bien recordaba. El calor de su cuerpo envolviéndome me hacía evocar imágenes de tiempos felices. Sus manos recorriendo mi espalda en una suave caricia. Todo aquello hizo que respondiera a su beso, dejándome llevar a un lugar conocido en el que hacía mucho tiempo que no nos encontrábamos.

—Piénsalo, Sara —me pidió, acariciando mi mejilla cuando nuestras bocas se separaron.

No pude contestarle, porque, en aquel momento, la enfermera entró para hacer su última ronda del día. Antes de que terminara, Alfredo se marchó a dormir a otra habitación que había en aquella especie de *suite* que teníamos, dejándome sola para velar el sueño de mi hija. Desde luego, el dinero hacía que la estancia allí no tuviera nada que envidiar a un hotel de lujo.

Con un millón de sensaciones y sentimientos contradictorios, me resultó imposible permanecer sentada. Era alrededor de medianoche cuando, tras dar un millón de vueltas por la habitación, tomé la decisión de hablar con Martín. El beso de Alfredo me había dejado claro qué debía hacer, y lo mejor era solucionar la situación cuanto antes.

Con el teléfono roto, tuve que ingeniármelas para ponerme en contacto con él. Maldije aquella dependencia de la tecnología a causa de la cual no aprendíamos ni los números de las personas más cercanas.

Utilicé el de la habitación y, a través del hospital comarcal, pude dar con el compañero de Martín en Protección Civil y conseguir su número de teléfono. Marqué sin saber qué me encontraría cuando respondiera. No sabía si él estaría enfadado por mi desaparición sin dar

señales de vida. O si aún esperaba mi llamada.

Cuando le oí contestar al teléfono, mi garganta, seca por los nervios, apenas fue capaz de pronunciar un «hola».

—¿Sara?! —preguntó unos segundos después ante mi silencio.



44

Me gusta la gente capaz de entender

que el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza

aquello que no sale del corazón.

Mario Benedetti

—¿Eres tú? ¿Estás bien? —pregunté, preocupado por su silencio.

—Sí. Solo estoy cansada —respondió al cabo de un momento—. Siento no haberte llamado antes. Mi teléfono se rompió. Y estaba demasiado preocupada por Laura para pensar con claridad —se disculpó.

—No te preocupes por eso. A mí me hubiera pasado lo mismo —la tranquilicé—. ¿Cómo está?

—Las operaciones de la pierna han ido muy bien. Necesitará mucha rehabilitación, pero los médicos están convencidos de que no tendrá problemas para recuperarse completamente —explicó—. Martín, Laura... tiene que estar aquí una temporada. Debo quedarme con ella. Todos dicen que un buen ambiente familiar sería muy favorable durante el proceso. —Hizo una pausa por unos segundos en los que empecé a sentir al miedo apoderándose de mí. Puse en altavoz el móvil y lo dejé sobre la mesa antes de que el temblor de manos que me estaba provocando aquella conversación hiciera que se me cayera—. Alfredo me ha pedido que me quede con él, que volvamos a ser una familia. Y yo... yo...

Ahí estaba la razón por la que estaba llamándome a aquella hora intempestiva.

—Y tú..., ¿qué? —atiné a preguntar con el poco aire que en aquellos momentos me quedaba en los pulmones.

—Yo... no sé qué debo hacer —reconoció.

—No se trata de lo que debas hacer, Sara, sino de lo que de verdad quieres hacer.

De nuevo se hizo el silencio. Si no hubiera estado viendo en la pantalla del teléfono cómo pasaban los segundos de duración de la llamada, hubiera pensado que había colgado.

—Lo que yo quiero... es... —de nuevo se quedó callada, alargando aquella tortura hasta el límite de mi aguante—. Martín, esto debí habértelo dicho cara a cara. Hubiera sido lo justo para ti, pero necesito decírtelo ahora. Yo... yo... te quiero —dijo después de suspirar.

En aquel instante fui incapaz de decir nada. No estaba seguro de no habérmelo imaginado.

—Martín, ¿me has oído? —preguntó ante mi silencio—. Debí decírtelo hace tiempo, pero fui una idiota a la que le daba miedo volver a sufrir. Te quiero. Y lo que de verdad deseo es volver a casa, contigo. ¿Me oyes?

—Sí —conseguí decir en apenas un susurro mientras me tapaba la cara con una mano para tratar de contener el torrente de emociones que sentía y que amenazaba con salir en forma de lágrimas.

—Por favor, perdóname. Nunca quise hacerte daño.

—No tienes que pedirme perdón —le aseguré después de sorber por la nariz—. Necesitabas pasar el duelo del divorcio.

—Pero ahora que me he dado cuenta de lo que siento, no puedo estar ahí contigo. Tengo que quedarme aquí con Laura.

—Te dije que esperarías por ti lo que hiciera falta —le recordé—. Puedo esperar unas semanas a que vuelvas. Pero tendrás que repetirme todos los días que me quieres para hacérmelo soportable —le pedí, haciéndola reír.

¡Cómo había echado de menos el sonido de su risa!

—Eso está hecho. Te quiero, te quiero, te quiero —repitió, consiguiendo que con cada vez que lo hacía se hiciera más grande mi sonrisa. Yo también llevaba muchos días sin sonreír.

—Esas palabras suenan de una manera especial en tus labios.

—Me gustan más cómo suenan en los tuyos —dijo mimosa.

—¿Estás queriendo decirme algo con eso? —me hice el tonto.

—¿Vas a hacer que te suplique? Porque haré lo que haga falta para oírte —me aseguré.

—Eso no eres capaz de decírmelo a la cara —la reté.

—Por supuesto que sí, y lo sabes —respondió—. Deja de hacerte el interesante.

—Te quiero, Sara. No te imaginas cuánto he echado de menos oír tu voz.

—Lo siento, Martín.

—No vuelvas a disculparte —le pedí—. Cambia esas dos palabras por las otras dos que me

hacen olvidar todo y sonreír como un bobo.

—Te quiero.

—Mejor así. Porque no me ves, pero tengo tal cara de idiota ahora mismo que te reirías de mí.

—Pues en cuanto tenga un móvil, te hago una videollamada para verla, porque no voy a parar de decírtelas —me aseguró, mientras yo me imaginaba su cara con una gran sonrisa en ese instante.

Sin darnos cuenta, los minutos fueron pasando. Teníamos tanto que decirnos después de aquellos días. Pero todo se resumía en dos palabras: te quiero. Nunca hubiera podido imaginar que escucharlas pudiera tener el poder de borrar en un instante todo lo que había supuesto la repentina desaparición de Sara de mi vida.

Y así, con una indescriptible sensación de felicidad, me fui a dormir. Porque aquella noche sí que lo hice. Dormí como no lo había hecho en días. Y soñé con ella. Con la mujer que había vuelto mi existencia patas arriba y sin la que me sentía incapaz de vivir. La necesitaba a mi lado. Necesitaba su sonrisa, su mirada, sus abrazos..., hasta sus enfados. Lo sé, lo sé. Menudo gilipollas cursi y moñas estaba hecho. Pero después de aquellos días tan malos que había pasado, necesitaba una sobredosis de romanticismo.

—Has hablado con Sara —dedujo Sergio solo con verme la cara cuando bajé a desayunar al día siguiente antes de irme al instituto.

Asentí, ampliando aún más la ya enorme sonrisa que tenía desde que la escuché decirme te quiero.

—Y supongo, por la expresión de idiota que llevas, que todo ha ido bien —rio mientras yo volvía a asentir—. ¿Y Laura?

—Preguntando desesperada por Pablo —le conté—. Así que llama a tu primo y díselo para que también le cambie la cara. Dile que no han podido llamarle porque a Sara se le rompió el teléfono y el de Laura no aparece. En cuanto consigan uno nuevo, hablará con ella —le aseguré—. Aún tendrá que quedarse una temporada en Madrid para la rehabilitación, pero en cuanto se organicen, podrá ir a verla.

—Joder, menos mal. Porque vaya la que he tenido que aguantar con vosotros dos —se quejó.

—Anda, mártir, ponte a estudiar un rato —me despedí de él.

Por el camino al instituto, le mandé un mensaje de voz a Lola para contarle la llamada de Sara. Bueno, no toda. Solo la parte que no se refería solo a nosotros dos.

Sabía que la pelirroja se alegraría mucho de saber que todo estaba bien y que pronto tendría ella misma noticias de su amiga.

Debo reconocer que su presencia en el pueblo había supuesto una gran ayuda, ya que al no tener mucho que hacer, más que mantener activas las redes sociales de Sara y estar en contacto con la editorial, se volcó en ayudar en el ayuntamiento con el tema del convenio de Bellas Artes.

Tenía muchas ideas para hacer que el pueblo resultara atractivo a los visitantes. Pero, sobre todo, nos había señalado la necesidad de disponer de algún tipo de alojamiento turístico. Para los talleres de escritura, se habían aprovechado un par de casas de vecinos que solo venían en vacaciones y las habían prestado al Ayuntamiento para el experimento.

Aquellos días se había dedicado a estudiar con Ramón las distintas posibilidades. Lo malo era que, después de haber encontrado un par de opciones, y a pesar de que se podían adquirir a un precio razonable, había que realizar una inversión importante para poder adecuarlas a ese uso. Y los presupuestos municipales no andaban precisamente en las mejores condiciones para llevarlas a cabo. Aun así, continuaban valorando opciones.

La semana se me pasó muy lenta. Aliviada con las conversaciones telefónicas nocturnas con

Sara. Todos los vecinos se alegraron de tener noticias de ella, pues no solo era mi vida la que había cambiado desde que ella viniera aquí a vivir. Hasta los chicos del instituto estaban deseando que volviera por allí con sus charlas de escritura.

Mientras yo volvía a todas mis ocupaciones abandonadas, Sara y Laura lograron imponer su voluntad a Alfredo y a su madre, que debieron aceptar la derrota. No les quedó más remedio que consentir que Pablo acudiera el fin de semana y se reuniera con su novia. Reconozco que sentí una envidia enorme del chico, porque mi presencia en la clínica seguía vetada. Esa fue la venganza de Alfredo. Aunque aquello no le serviría de mucho. En unos días, a Laura le darían el alta y se instalarían en casa de Esme, que se había ofrecido a alojarlas mientras durara la rehabilitación. Se negaba a volver a casa de su abuela. Así que tuve que conformarme con verla a través de la pantalla del móvil unos días más. No veía el momento en que pudiera tenerla en mis brazos.



El viernes por la tarde, volvía en el coche mientras hablábamos por teléfono. Iba distraído, riéndome de la escena que me describía del rencuentro de su hija y Pablo aquella mañana, cuando giré para entrar en el camino a casa. No esperaba encontrarme un obstáculo cortándome el paso. Tuve que pisar el freno a fondo. Aun así, los neumáticos derraparon unos metros sobre la tierra y a punto estuve de estamparme contra él.

Me quedé unos instantes mirando al frente con las manos tan apretadas en el volante que estaba convencido de que habría dejado la huella de mis dedos sobre él.

No daba crédito. A un metro de mi coche, había un conocido Citroën azul. Era incapaz de moverme. Trataba de adivinar si realmente lo tenía frente a mí o si me lo estaba imaginando, cuando la puerta del conductor se abrió y bajó una persona que se quedó mirándome con una sonrisa.

Te juro que por unos segundos pensé que me había estrellado contra el coche y me había dado tal golpe en la cabeza que estaba teniendo una alucinación. Una increíble, porque Sara estaba a unos metros de mí, en lugar de en Madrid con su hija.

Empezó a caminar hacia mi coche mientras yo bajaba sin apartar la vista de ella.

—¿Esta vez no vas a gritarme por aparcar aquí? —dijo cuando estuvimos frente a frente.

Como respuesta, puse mis manos en sus mejillas, acercando su boca a la mía a la vez que negaba con la cabeza, para darle el beso que tanto necesitaba. En aquel momento, no existía para mí más que sus brazos rodeando mi cintura, su cuerpo pegado al mío y su boca respondiendo con la misma ansia que la mía.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has dicho que venías? —pregunté, apoyando mi frente en la suya cuando pude separar mis labios de los suyos.

—Fue todo repentino —respondió—. Laura insistió en que no esperara más para venir. Bueno, sus palabras textuales fueron: «¿Quieres dejar de ser gilipollas de una vez y bajar a verle el fin de semana? Estaré bien. No voy a irme a ningún lado con esta jodida pierna así» —imitó a su hija, haciéndome reír. Aquello demostraba que, a pesar del accidente, seguía siendo la misma.

—Pues me alegro de que te convenciera —dije, volviendo a besarla a la vez que bajaba mis manos por sus glúteos y la izaba haciendo que rodeara mis caderas con sus piernas.

—¿Qué haces? —jadeó cuando empecé a andar por el camino.

—Llevarte a la cama.

—Pero el equipaje... —protestó sin poner resistencia.

—No le pasará nada —le aseguré antes de adueñarme de nuevo de su boca.

Sin dejar de besarnos, recorrí la distancia hasta mi casa.

—Vaya. Veo que volvéis a ser los de siempre. Hola, Sara —saludó Sergio cuando atravesamos la puerta.

—Hola —respondió, sofocada por la intensidad de nuestros besos.

—Encárgate de aparcar los coches. Las llaves están puestas —me limité a decirle a mi hijo mientras me llevaba a Sara hacia las escaleras—. Y lárgate un rato. O mejor todo el fin de semana —le aconsejé antes de perderme de nuevo en aquella boca que me volvía loco.



A pesar de que mi intención era no abandonar el dormitorio más que lo imprescindible para comer hasta que Sara tuviera que regresar a Madrid, no me quedó más remedio que aceptar que saliéramos de casa el sábado por la tarde.

Ella debía poner al día varias cosas del trabajo para poder retomarlo después de tantos días abandonado. Aquel descanso nos vino bien, porque, aunque me pese, tengo que aceptar que no éramos unos niños, y no era fácil que el cuerpo aguantara el ritmo por muchas ganas que tuviéramos.

Mientras Sara y su amiga reorganizaban el trabajo, llamé a Sergio. Preparamos la cena y nos sentamos los cuatro a comer.

—¿Cómo es que Jesús no ha venido este fin de semana? —preguntó mi hijo.

—Por lo visto, tenía cosas que hacer —se limitó a contestar Lola, que estaba más callada de lo habitual.

—Hace unos días que no hablo con él —admití cuando Sara se volvió a mirarme—. Le llamaré luego.

—No importa, ¿vale? Solo fue una aventura. No voy a darle más importancia a alguien con quien solo he tenido cuatro polvos —dijo, adoptando una expresión que pretendía parecer despreocupada, pero que no consiguió engañarnos a ninguno de los tres—. Olvidemos el tema, por favor —nos pidió—. Me ha dicho Ramón que la propuesta de Bellas Artes para este verano está teniendo mucho éxito. Parece que se van a cubrir todas las plazas.

—Sí. Vamos a tener mucho trabajo. Los vecinos están muy ilusionados —comenté—. Aunque lo de no contar con un hotel nos va a traer de cabeza.

—Estoy esperando la respuesta del banco para el préstamo —contó Lola.

—¿Préstamo? —preguntó Sara sorprendida.

—Quiero abrir un alojamiento rural en la casa que hay en el camino del molino. Tengo que pensar en algo. El paro no me va a durar siempre. Y mientras no seas *best seller*, no puedes pagarme un gran sueldo —añadió, encogiéndose de hombros—. Me lo he pasado genial haciendo de relaciones públicas durante los talleres, así que he pensado que sería una buena idea. Y lo puedo compatibilizar con lo que hago para ti. Nada pretencioso. Ocho o diez habitaciones. Pero con mis ahorros no tengo suficiente para comprarla y hacer las reformas.

—Eso es estupendo, Lola. ¿Esa es la casa que hace esquina? ¿La del jardín donde siempre hemos dicho que sería genial poner un merendero para disfrutar de las vistas? —preguntó Sara entusiasmada—. Si puedo ayudarte, dímelo. Podríamos ser socias.

—Tú tienes que centrarte en hacer despegar tu carrera de escritora para que yo pueda ofertar el alojamiento poniéndote en la publicidad —dijo Lola, sonriendo al fin.

—Hablaré con Ramón por si el Ayuntamiento puede interceder ante el banco —le ofrecí—. Cuenta con que todos en el pueblo aportarán su ayuda en las reformas.

—Lo sé. La señora Maruja se ha ofrecido para que en la carta no falte repostería de la buena.

—Entonces, brindemos por ese estupendo alojamiento rural que va a tener el pueblo —propuso Sergio, levantando su copa—. ¿Has pensado ya el nombre que vas a ponerle?

—No. No quiero hacerme ilusiones antes de tiempo —reconoció Lola.

—Bueno, pues, entonces, porque se cumplan los sueños —brindó, y todos chocamos nuestras copas con él.

Al día siguiente, nos pasamos más de media hora dedicándonos besos de despedida junto a su coche. Ninguno de los dos quería separarse del otro. A partir de entonces, alternaríamos los fines de semana en los que viajaríamos hasta que las dos pudieran regresar al pueblo. Pero cuando apenas habían pasado un par de semanas, tuvimos que volver a cambiar todos nuestros planes.



45

Y ahora lo sé.

El universo me gritó tu nombre.

Y ahora lo sé.

Brillamos juntos mucho más que el sol.

Manuel Carrasco. Y ahora lo sé

Solo me hizo falta abrir los ojos después de aquel beso de Alfredo para confirmar lo que mi cuerpo me había gritado. A pesar de los recuerdos de aquellos buenos tiempos compartidos que vinieron a mi mente, aquel gesto no provocó en mí más sensación que la agradable evocación de una época en la que fuimos felices.

Eran otros los labios que hacían latir mi corazón. Otras, las manos capaces de erizar mi piel con un simple roce. Y no eran sus ojos los que yo esperaba ver al abrir los míos después de aquel momento íntimo.

Me había hecho falta enfrentarme a aquella situación para darme cuenta de que el pasado había quedado atrás, y que lo único que me había frenado era el miedo. Algo que no iba a permitir que volviera a suceder.

Llamé a Martín con la esperanza de que no fuera tarde. De no haberle hecho demasiado daño y pudiera perdonar mi ausencia. Tal y como me prometió en su día, estaba ahí para mí, arrancándome una sonrisa a pesar de todo.

Los siguientes días no fueron fáciles. Laura y yo no veíamos la hora de salir de aquella clínica y alejarnos de Bitelchús, que trató por todos los medios de hacernos «entrar en razón», según ella, para volver a ser una familia «como antes de que me diera por huir».

Afortunadamente, Laura había abierto los ojos respecto a su abuela. O quizá fuera que por fin había una conexión madre hija. O puede que todo estuviera relacionado con cierto joven, fan de las camisetas frikis, que había despertado algo en ella más fuerte de lo que yo imaginaba.

El caso fue que las dos teníamos claro que nuestro futuro estaba en aquel pequeño pueblo y no íbamos a permitir que nos alejaran de él.

El día que Pablo por fin pudo ir a visitarla, fue mi propia hija la que me animó a reunirme con Martín. Lo hice por sorpresa. Recuperé mi coche, que llevaba semanas en el mismo lugar donde

lo dejamos el día de la presentación. Le esperé con él aparcado en el mismo lugar que provocó aquel primer encuentro. El beso que me dio cuando volvimos a estar juntos sí despertó el deseo en lo más profundo de mí ser con una intensidad que era imposible resistirse. Aquella mirada azul, en la que era capaz de perderme, era en la que quería verme reflejada el resto de mi vida.

Volví a Madrid con fuerzas renovadas y la maleta repleta de tanto trabajo pendiente que llegué a pensar que no iba a poder dormir en semanas para ponerme al día. Pero me sentía tan feliz que ni siquiera eso me quitaba la sonrisa.

En cuanto le dieron a Laura el alta, nos mudamos a casa de Esme. Mi amiga estaba encantada de tenernos allí. En cambio, la pobre de Lola no llevaba bien mi ausencia. Aunque trataba de disimular, no conseguía ocultar su malestar porque Jesús estaba haciendo un *ghosting* en toda regla. Llevaba varios días desaparecido, y ni Martín había conseguido darnos una pista de aquel cambio.

El siguiente fin de semana que bajé al pueblo, vino Laura conmigo. A pesar de insistirle en que a su pierna no le convenía aquel viaje, no hubo manera de convencerla. Hicimos el trayecto en tren para que, al menos, pudiera levantarse de vez en cuando y estirarse. En la estación nos esperaban Pablo y Martín. Apenas nos bajamos de su coche en la puerta de casa, Sergio salió a recibirnos.

—Qué alegría verte, hermanita —le dijo a Laura a la vez que iba hacia ella con una gran sonrisa.

—¿Todavía sigue este gilipollas por aquí? —resopló mi hija para diversión del chico.

—Oh, venga, hermanita. Dame un abrazo —le pidió, y se acercó sin darle tiempo a Laura a retroceder.

—Que no me llames así. No soy tu hermana —protestó entre los brazos de Sergio.

—Por mucho que te quejes, vamos a ser familia. Eres como una hermana, y si eso no fuera suficiente, eres la novia de mi primo. No te vas a librar de mí —le dijo después de soltar una carcajada.

—Vámonos dentro, por favor —le pidió Laura a Pablo, comenzando a caminar hacia casa.

—Si quieres, te llevo a caballito —le ofreció Sergio entre risas, acercándose a ella.

—Como me toques, te parto la muleta en la cabeza, idiota —lo amenazó para asombro de todos.

—Sergio, para ya —intercedió su primo, consiguiendo que el hijo de Martín se callara, pero no que dejara de reírse.

—No sé cómo te atreves a gastarle bromas. Cualquier día te pega de verdad —le dijo su padre cuando mi hija y su novio estaban ya en la puerta de casa.

—Bah. No es para tanto. En el fondo me quiere.

—Y una mierda —le gritó Laura sin volverse a mirar, haciendo que Sergio volviera a reír a carcajadas.

—Lo siento. No puedo evitarlo —se disculpó al verme mirarlo seria.

—Vamos dentro —les pedí—. Necesito tomarme una manzanilla. Algo no me ha sentado bien esta mañana. He pasado el viaje con el estómago revuelto.

—Siéntate aquí, te la preparo —se ofreció Martín—. Yo voy a hacerme un café. ¿Qué queréis vosotros?

—Café —dijeron al unísono Sergio y mi amiga.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —le pregunté a Lola después de observarla alicaída mientras nos poníamos al día del trabajo.

—Ayer me llamaron del banco, chiqui. No me dan el puto préstamo. Aún no se lo he dicho a

Ramón. No me encontraba con ánimo —reconoció.

—Pero eso no puede ser. Tiene que haber algo que podamos hacer —protesté—. Martín, di algo —le reclamé al verle pendiente del teléfono.

—Perdonadme. Me estaban escribiendo del Ayuntamiento. Necesitan tus datos para el tema de la licencia de obras —le comentó a Lola—. Creo que lo mejor será que vayamos a contarle a Ramón lo del banco. Quizá entre todos podamos dar con la solución.

A regañadientes, Lola accedió. Nos montamos en el coche de Martín y emprendimos el camino en silencio.

—Por aquí no se va al ayuntamiento —dije al ver que nos habíamos pasado la calle que daba al consistorio.

—No está allí —se limitó a responder.

Un par de minutos después, llegábamos a la casa que daba al camino del molino.

—¿Este qué hace aquí? —siseó Lola al ver a Jesús al lado del alcalde.

—Hola —nos saludó Ramón—. El papeleo está preparado a falta de un par de datos. La semana que viene podrán empezar las reformas —contó entusiasmado—. Todos han prometido que trabajarán día y noche si hace falta para que estén terminadas a tiempo.

—Ramón, no hay reformas que hacer. No he conseguido el préstamo —afirmó Lola con pesar.

—Pero eso ya no es necesario. Jesús se ha ofrecido como inversor para el proyecto —respondió el alcalde, dejándonos boquiabiertas—. Entre los dos conseguireis sacar el alojamiento rural adelante.

—De eso nada. Yo no me asocio con este, para que luego desaparezca sin decir nada —soltó mi amiga.

—Pero, Lola, es justo lo que necesitabas —dijo Ramón sin entender el comportamiento de mi amiga—. No hacías más que repetir la ilusión que te hacía el proyecto.

—He cambiado de idea. De hecho, en cuanto Sara regrese a casa para quedarse, me volveré a Madrid. No se me ha perdido nada aquí —respondió, alzando la barbilla antes de darse la vuelta dispuesta a marcharse.

—Para, Lola —le pidió Jesús, agarrándola por el brazo—. No seas tan orgullosa. Tú querías este alojamiento rural. Te estoy ofreciendo la posibilidad de hacerlo juntos.

—Mira, no sé qué te has creído conmigo —lo enfrentó—, pero no voy a quedarme aquí esperando a que te dé la gana venir cuando no tengas trabajo o una diversión mejor en la ciudad. No soy el plan de repuesto de nadie.

—¿Y si no tuviera que regresar a la ciudad? —le preguntó.

—No digas tonterías. Tú no vas a dejar tu trabajo para venirte a dirigir un alojamiento rural.

—No he dicho que vaya a dejarlo. Pero hay un instituto cerca de aquí, cuyo director me ha prometido la jefatura de estudios si pido el traslado.

—Y... Y, ¿por qué ibas tú a querer... cambiar tu plaza en la ciudad por esa? —atinó a preguntar.

—Oh, vamos. Ya lo sabes, Lola. Por cierta pelirroja que no consigo quitarme del pensamiento.

—Pero desapareciste. Hace días que no sé nada de ti —le recriminó.

—¿Qué quieres que te diga? Soy gilipollas. Me estaba colgando demasiado de ti, por eso me alejé —reconoció—. Pero me he dado cuenta de que eres mucho más que un capricho. Hasta he llegado a entender por qué este dejó de ser mi compañero de fiestas —añadió, señalando a Martín—. Yo también quiero contigo lo que ellos dos tienen. ¿Qué me dices? ¿Levantamos juntos El Mirador de Lola?

—¿El Mirador de Lola? —preguntó mi amiga, que parecía incapaz de asimilar la declaración

de Jesús.

—Con las vistas que hay desde el jardín, le viene muy bien. Pero si no te gusta el nombre, lo cambiamos.

—Me lo pensaré.

—¿Lo del nombre, o lo nuestro?

—Las dos cosas —se resistió, aunque la sonrisa que no conseguía evitar que se le dibujara no diera lugar a dudas sobre cuál sería su respuesta.

—Me lo vas a poner difícil, ¿a que sí? —dijo, avanzando hacia Lola hasta quedar sus rostros muy juntos.

—Por supuesto —reconoció antes de eliminar la distancia que la separaba de sus labios.

—Tú sabías esto y no me habías dicho nada —le reproché a Martín en voz baja.

—No eres la única que sabe dar sorpresas —respondió, encogiéndose de hombros—. Creo que es mejor que nos vayamos y los dejemos solos.

—Sí. Además, estoy cansada del viaje. Necesito dormir un rato.

—¿Dormir? —preguntó, levantando una ceja.

—Sí, dormir. Estoy muerta. No pongas esa cara. Te prometo que será una siesta cortita.



El sábado por la tarde también necesité acostarme un rato. Seguía sin encontrarme bien. Habíamos ido a almorzar a casa de Flora, pero apenas pude probar un par de bocados. Mi estómago seguía revuelto, y la sensación de fatiga era continua. Empezó a agobiarme la idea de sufrir un nuevo cólico.

—Anda, siéntate, que te preparo una manzanilla —dijo Lola cuando entré en la cocina.

Estaba dándole vueltas a la cucharilla para remover el poco de azúcar que le había echado cuando llegó a mí el olor del café que estaba preparándose mi amiga.

La arcada fue inmediata. Apenas me dio tiempo de salir disparada hacia el baño, como el día que Martín interrumpió mi fiesta de chupitos.

—¿Qué te ha pasado, chiqui? —preguntó Lola.

—No lo sé —respondí mientras me echaba agua en la cara después de vomitar—. Ha sido oler el café y revolvérseme el estómago.

—Mamá, Martín y tú tomáis precauciones, ¿verdad? —preguntó Laura desde el sofá.

—No digas tonterías, Laura, si además de usar condones estamos las dos con la menopausia —respondió Lola.

—¡Ay, Dios! No puede ser —exclamé, y salí del baño.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hija.

Sin responderle, me fui al perchero donde colgaban mis bolsos. Después de rebuscar en uno de ellos, encontré la bolsita de la farmacia con la pastilla del día después que tuve que comprar tras nuestro polvo en el restaurante.

—Me olvidé de tomarla —confesé, enseñándoles la caja.

—¡No puedes estar embarazada! —negó Lola—. Además de la menopausia, siempre usáis condones, ¿no? Si hasta fuimos a comprarlos el día que os preparamos el encuentro en la presentación.

—Sí, los usamos. Pero aquel día en el restaurante no teníamos. Me olvidé de tomar la pastilla cuando llegamos al hotel y luego pasó lo del accidente y el hospital —conté.

—¡¿Echasteis un polvo en el restaurante?! —exclamó Laura, haciendo que me pusiera roja de la vergüenza que sentía.

—¿Desde cuándo vas tú follando en cualquier parte? —preguntó Lola divertida.

—Ha sido la única vez. Le había echado tanto de menos..., y quería hacer algo emocionante por una vez —confesé a la vez que empezaba a llorar.

—Pues vaya puntería. Venga, lo primero es asegurarnos de que estás embarazada —dijo Laura—. Lola, trae la caja con la prueba de embarazo que hay en el primer cajón de mi mesa de noche.

—¿Por qué tienes tú eso? —quiso saber Lola—. ¿No pensaréis convertir esto en una guardería?

—Yo voy preparada por la vida. No como mi madre —respondió, haciéndome sentir una idiota—. Ve al baño y moja el palito para que salgamos de dudas —me ordenó mi hija en lo que parecía un intercambio de papeles.

Porque así era como me sentía en aquella situación. Ella estaba mucho más tranquila y parecía saber lo que había que hacer, a pesar de que la madre era yo.

—Joder, mamá, ya te vale. Ahora voy a tener que compartir un hermano con el gilipollas de Sergio. Menudos espermatozoides los de tu novio para de un solo disparo dar en la diana dejándote preñada, a pesar de estar premenopáusica —me espetó cuando comprobó el resultado de la prueba, provocando que otra cascada de lágrimas cayeran por mis mejillas.

—No seas bruta, niña —le recriminó Lola—. Tranquilízate, Sara —me pidió en vano—. Voy a llamar a Martín.

—No. No. No. Se va a enfadar cuando se entere —dije entre hipidos, horrorizada por la idea.

—Perdona, chiqui, pero esto lo habéis hecho entre los dos. A lo mejor la que tenía que enfadarse eras tú, que será quien pase por el embarazo y el parto.

—No lo entendéis —contesté, sorbiendo por la nariz—. Su anterior novia se quedó embarazada queriendo a pesar de que sabía que él no quería tener más hijos. —Tuve que hacer una pausa para sonarme los mocos—. Y cuando Martín no quiso casarse, abortó echándole la culpa a él. Se va a pensar que lo he hecho a propósito y me va a odiar por eso —continué, deshaciéndome en un mar de lágrimas que me impidió seguir hablando. En aquel momento, era evidente que las hormonas corrían desbocadas por mi cuerpo.

—Vamos, cariño, tienes que decírselo. Se terminará notando, Sara. Cuanto antes lo hagas, mejor —insistió Lola.

Una nueva arcada evitó que continuara negándome. A esta le siguió otra. Y luego otra.

Tardé una hora en poder salir del baño. Cuando lo hice, estaba empapada en sudor y me sentía floja. No sabía si el dolor que sentía en el costado era provocado por el esfuerzo de vomitar o si mi piedra había decidido unirse a la fiesta.

Sin fuerzas para oponer resistencia, me vi montada en el coche rumbo al hospital, donde antes de que yo pudiera abrir la boca, mi hija ya había informado al hacer mi ingreso que acababa de dar positivo en un test de embarazo. Estaba segura de que la noticia estaría en boca de todos antes de que regresara a casa.



46

No fuiste antes... ni después... fuiste a tiempo.

A tiempo de que me enamorara de ti...

Jaime Sabines. Como pájaros perdidos

Me sorprendió que no hubiera nadie en casa de Sara cuando Jesús y yo regresamos de ultimar con Ramón todo el papeleo del futuro «El Mirador de Lola». Su Citroën tampoco se encontraba aparcado donde lo dejé al marcharme. Empecé a preocuparme cuando la llamé por teléfono y no respondió.

Estaba a punto de volver a montarme en mi coche para salir en su busca cuando oí a Jesús hablar por el móvil.

—¿Cómo que estáis en el hospital, Lola? ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntaba sin parar.

—¿Qué pasa? —lo interrogué mientras él asentía a las explicaciones que la pelirroja le daba—. Dime algo, joder —le exigí al ver que me miraba serio.

—No es nada. Solo un simple malestar. Pero sin importancia. No te preocupes —divagó, apartando la vista de mí.

—Lola, ¿qué le ha pasado a Sara? Cuéntame la verdad —le pedí después de quitarle el teléfono a Jesús sin miramientos.

—Está bien, Martín. No te preocupes —me aseguró—. Es solo que no se encontraba bien y empezó a vomitar. Así que la trajimos por si le daba otro cólico. Pero ya ha pasado todo. Falsa alarma. Quédate tranquilo, ¿vale? Me han dicho que en un rato le dan el alta y puede regresar a casa. Espéranos ahí.

Pero a mí tanta explicación no me daba buena espina. Y la cara que tenía Jesús me confirmaba que algo más ocurría.

Convencido de que no iba a sacar nada de él, me fui al piso de arriba con la excusa de darme una ducha mientras las chicas regresaban. Tal como entré en mi dormitorio, telefoneé a Juan, que estaba de turno en el hospital, y le pedí que se enterara de lo ocurrido. Sabía que aquello podía meterlo en un lío por todo el rollo de la protección de datos y demás, pero no podía soportar la idea de que algo malo pudiera pasarle a Sara y me lo estuvieran ocultando.

Cuando unos minutos después me devolvió la llamada, la noticia que me dio me dejó sentado en la cama sin palabras. Con esfuerzo, pude hilar unas palabras para pedirle que no la dejaran salir de allí hasta que yo llegara.

Permanecí un rato sentado con el móvil en la mano. Un cúmulo de pensamientos y emociones me impedían reaccionar mientras mi cabeza trataba de asimilar la idea de que Sara estuviera embarazada.

Me levanté, saqué del primer cajón de la cómoda una caja azul y la puse sobre la cama, donde le quité la tapa. Pasé la mirada por los recuerdos que guardaba en la misma y los fui dejando sobre la colcha.

Los patucos celestes y la tarjeta con la que Pilar me hizo saber que íbamos a ser padres. La ecografía que me envió Nuria cuando acepté ser el padrino de su hija. Junto a esos recuerdos de momentos muy felices, había otro cuyas letras rojas volvieron a clavarse en mi pecho, oprimiéndolo hasta dificultarme respirar cuando lo miré. Pero el aire volvió a los pulmones cuando reparé en el pequeño objeto que se encontraba en una esquina, y que había sido el último en llegar a la caja.

Lo cogí y salí de allí hacia el hospital sin molestarme en recoger. No quería perder más tiempo.

—Será mejor que los dejemos solos —oí a Lola decirle a Laura cuando me vio entrar en el box en el que Juan había hecho trasladar a Sara y donde había dejado que las chicas la acompañaran.

—Lo siento, lo siento mucho —balbuceó entre hipidos mientras yo la miraba fijamente—. Me olvidé de tomar la pastilla. Ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de quedarme embarazada —se defendió mientras me acercaba lentamente a la camilla—. De verdad pensaba que ya tenía la menopausia. Te juro que no ha sido a propósito. Por favor, Martín, no me odies por esto.

—Sara, tranquilízate —dije a la vez que llegaba junto a ella—. ¿Cómo voy a odiarte por esto? —le pregunté, apartando de su frente un mechón del flequillo que se había quedado pegado con el sudor.

—¿No estás enfadado? —preguntó después de sorber por la nariz.

—No. Todo está bien.

—¿Bien? ¿Cómo va a estar bien? Estoy embarazada y me odias —gimoteó.

—No te odio. Ni siquiera estoy enfadado. Solo sorprendido —le aseguré, cogiendo sus manos, que no paraban quietas.

—Pero tú no querías tener hijos —afirmó a la vez que una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla para caer sobre su regazo.

—Yo nunca te he dicho eso. Es verdad que no pensaba que fuera una opción para nosotros —añadí con una sonrisa mientras borraba el húmedo surco de su rostro—. No estaba en mis planes. Aunque tú tampoco lo estabas, y ya no me imagino viviendo sin ti.

—Pero, pero... Nuria me contó lo de Olga... y yo... yo no estaba intentando lo mismo. Martín, tienes que creerme. No sabía que iba a pasar esto...

—Tú no eres ella —la corté—. Y lo que siento por ti no lo sentí nunca por ella. Sara, no se me ocurre nadie mejor con quien volver a ser padre que contigo. Por eso he pensado que es el momento perfecto para decidir cuándo daremos uso a esto —dije a la vez que sacaba de un bolsillo una pequeña cajita y la ponía en una de sus manos.

—¿Qué-qué...? ¿De dónde has sacado esto? —preguntó perpleja cuando descubrió los dos anillos en su interior.

—Son las alianzas de mis padres. Quiero que las usemos en nuestra boda.

—¿Boda? ¿Qué boda? ¡Aquí nadie ha hablado de boda! —exclamó sorprendida—. ¿Y qué crees que va a pensar tu madre si utilizas sus anillos para casarte con tu novia que se ha quedado embarazada por un polvo en un baño?

—¿No quieres casarte conmigo, Sara?

—Yo... Yo..., sí. Pero...

—Entonces no hay peros —la interrumpí—. A mi madre no creo que haga falta darle todos los detalles de cómo te has quedado embarazada, ¿no te parece? Además, estará encantada de que las usemos porque fue ella misma quien me las dio cuando vino a conocerte. Me hizo prometerle que las utilizaríamos cuando nos casáramos.

—¿Tú hablaste con tu madre sobre casarte conmigo hace semanas?

—Algo así.

—Entonces, ¿esto no es por haberme quedado embarazada? —preguntó, señalando los anillos.

—No. Es porque te quiero.

La cogí por las mejillas, y sin importarme que fuera una mezcla de lágrimas, mocos y babas por culpa del llanto, la besé con dulzura hasta que ella se rindió a sus sentimientos y su boca suspiró en la mía. Luego la envolví con mis brazos y nos quedamos en silencio mientras su respiración se calmaba.

—Estoy asustada, Martín. Tengo cincuenta y dos años. No tengo edad para un embarazo —confesó, acurrucándose en su pecho.

—Todo va a ir bien —le aseguré.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la vida nos lo debe, Sara. Nos debe poder ser felices de una vez —respondí con decisión cuando ella levantó su rostro hacia mí.

En su mirada vi que me creyó. Como si el simple hecho de pronunciar esas palabras en voz alta tuviera el poder de alejar cualquier obstáculo de nosotros.



Ven a dormir conmigo. No haremos el amor,

el amor nos hará.

Julio Cortázar

UNAS SEMANAS DESPUÉS

El pueblo amaneció engalanado como si fuera a celebrarse una boda real, y no la de unos vecinos. Como ya le había advertido a Sara, aunque fuera nuestra boda, no íbamos a poder evitar que Ramón la convirtiera en un acontecimiento municipal. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien se casaba en el pueblo. No quería ni imaginar lo que sería capaz de organizar cuando naciera el bebé pocos meses después.

La verdad era que había mucho que celebrar. Desde que Sara llegara al pueblo, el número de habitantes había empezado a crecer. No solo Lola, Laura y Jesús se habían dado de alta en el censo municipal. Mi madre también decidió regresar, con la excusa de que íbamos a necesitar ayuda cuando naciera el bebé. Y mi hermana con su marido y los niños habían prometido visitarnos a menudo.

La colaboración con Bellas Artes había tenido tanto éxito que no solo se habían cubierto todas las plazas de las actividades anunciadas para el verano, sino que hubo que ampliarlas.

Atraídos por la oferta de empleo que sacó el Ayuntamiento, que incluía el alojamiento, un par de familias con niños se instalaron en el pueblo. A nadie de la comarca le faltaría trabajo en los siguientes meses para emprender todas las reformas que haría falta realizar.

Jesús y Lola decidieron arriesgarse y poner en marcha un segundo alojamiento rural, ya que todo hacía prever que con El Mirador de Lola no sería suficiente.

Pero la mayor sorpresa me la llevé dos semanas antes de la boda, cuando recibí una notificación de la Consejería y nos comunicaban que no se eliminaría ninguna línea del instituto.

Como yo le había asegurado a Sara, la vida nos debía ser felices. O tal vez fuera el karma, que por fin nos devolvía algo de todo lo bueno que había tratado de hacer.

El hecho es que, por una de esas casualidades del destino, el padre de Carolina estaba muy bien relacionado a nivel político, y cuando Sergio le comentó a su hija lo sucedido con Lorena, hizo uso de sus influencias y se cobró algún que otro favor que le debían para conseguir que el instituto continuara funcionando con normalidad como hasta ahora.



Después de darnos el «sí, quiero» en una emotiva ceremonia oficiada por el alcalde, salimos del ayuntamiento para la celebración.

Menos mal que el tiempo acompañó, porque prácticamente todo el pueblo y parte de los alrededores se había autoinvitado a festejar nuestro matrimonio, haciendo imposible encontrar un lugar lo suficientemente grande para todos. Así que se montaron carpas y mesas en la plaza del pueblo. En lugar de un banquete nupcial, parecía una verbena.

Reconozco que no pudo haber mejor manera de pasar aquel día que rodeado de nuestras familias y amigos, y recibiendo el cariño de nuestros vecinos.

A media tarde, me tomaba una cerveza en una de las barras colocadas para la ocasión mientras observaba de lejos cómo Sara repartía unos detalles entre los asistentes. Nora, que había ejercido de dama de honor, la acompañaba con Argos revoloteando alrededor de la niña.

Me preguntaba de quién había sido la idea de colocarle en el collar una pajarita a juego con mi corbata cuando Sergio se acercó y pidió otro botellín.

—Papá, ¿puedo hablar un momento contigo? Hay algo que quiero decirte antes de que os vayáis de viaje de novios.

Bueno, lo de llamarlo viaje de novios le quedaba un poco grande a los cuatro días que íbamos a cogernos. Los dos teníamos mucho trabajo para irnos durante más tiempo. Y Sara tampoco se encontraba para viajes largos.

—Claro, hijo. ¿Qué ocurre?

—Verás... He hablado con mamá por teléfono y le he dicho qué es lo que quiero hacer el curso que viene. No le ha hecho mucha gracia —me contó—. Dice que como ingeniero tendría más futuro.

—Es normal. Ella quiere que sigas sus pasos.

—Ya. Pero yo quiero seguir los tuyos.

—¿Qué? ¿Los míos? —pregunté sorprendido.

—Sí. Después de ver lo que haces en el instituto con los chicos, y de ayudarte con las clases particulares, he decidido que quiero ser profesor —aseguró.

—¿Quieres dedicarte a la enseñanza?

—Sí. Pero me gusta más la rama de ciencias. No esperes que sea profe de Literatura —dijo con una sonrisa.

—Y tu chica, ¿qué piensa de esa decisión?

—Le parece bien. A ella no le importa en qué quiera trabajar siempre que tenga todo esto en exclusividad para su disfrute —fanfarroneó, señalándose de arriba abajo—. No, en serio. Carolina sabe que esto es importante para mí, y me apoya —aseguró—. ¿Tú qué dices?

—Que estoy muy orgulloso de ti, Sergio. Vas a ser un gran profesor —dije antes de darle un abrazo.

—Una cosa sí que te aseguro. Voy a ser mejor ejemplo para los chicos que tú —me soltó—. Mira que hacerle un bombo a tu novia en unos lavabos. Esa no es la educación que te he dado, jovencito —se cachondeó de mí.

—No me faltes al respeto, niñato —le espeté mientras él se partía de risa.

—Me voy a meterme un rato con Laura. Si la oyes gritar, no te preocupes, será a mí —me avisó mientras se alejaba hacia la mesa donde estaba la hija de Sara.

—¿De qué te ríes? —preguntó mi mujer, a la que no había visto acercarse.

—El suicida de mi hijo va en busca de la tuya para hacerla rabiar —le conté.

—Son peores que si fueran hermanos de verdad —rio cansadamente.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo agotada. Me siento pesada como un elefante. Necesito sentarme un rato. O mejor irme a casa a descansar.

—Cuando quieras, nos vamos —le ofrecí mientras rodeaba su cintura y la acercaba a mí.

—Quédate tú más tiempo, cariño. Disfruta un rato más de la fiesta.

—Prefiero empezar contigo la noche de bodas —le susurré al oído antes de darle un beso en el cuello que la hizo estremecer—. Me gusta que estés así de sensible a mis caricias. Te voy a hacer disfrutar como nunca en cuanto cruce el umbral contigo en brazos. Llevo todo el día deseando llevarte a la cama. Me tienes loco —le confesé mientras dejaba pequeños besos a lo largo del arco de su cuello hacia su hombro.

—No puedes hablar en serio. ¿Cómo voy a ponerte así? Mírame. Parezco un tonel —se quejó.

¡Qué mal estaba llevando el embarazo!

—Desde luego que sí. Compruébalo tú misma —dije a la vez que la pegaba a mí para que pudiera sentir cómo me excitaba tenerla tan cerca—. Tu embarazo es la excusa perfecta para marcharnos a casa. ¿Qué me dices, escritora?, ¿nos vamos a casa a consumir el matrimonio y nos montamos la mejor escena erótica de la historia? —le propuse, arrancándole una risita tonta que me decía que estaba deseando que lo hiciéramos.

Y así, a media tarde, con el pretexto de que Sara no se encontraba bien para seguir la fiesta, cruzamos la puerta de casa como marido y mujer.



EPÍLOGO

Y a mitad de un baile, y a mitad de una canción,

el miró a los ojos, ella le sonrió.

No me sueltes nunca. Quédate a vivir conmigo.

Por siempre bailando en esta canción.

El Arrebato y Miguel Poveda. *Primaveras en el pelo*

CINCO AÑOS DESPUES

Voy tarde. Muy tarde. El AVE se ha retrasado más de media hora, y el hecho de que vayan a devolverme el dinero del billete no evitará que llegue tarde al cumpleaños de mi hijo. Espero no haberme ganado una multa por exceso de velocidad en el trayecto de la estación a casa.

Después de unos días en Madrid con la promoción de mi última novela, estoy deseando llegar y darle un achuchón a mi pequeño. Y también al padre de la criatura, que sigue despertando en mí la misma pasión que el primer día.

Saco del maletero el equipaje, dos bolsas, el regalo y la caja con la tarta, a por la que he tenido que desviarme al pueblo vecino, mientras llega a mí la voz de Laura.

—Ya te vale, mamá —me reprocha—. Eres la madre del cumpleaños y llegas tarde.

—Calla y ayúdame —le digo—. Échale la bronca a Renfe. No tengo culpa del retraso.

—Martín ha tenido que llevárselo a pasear con Argos porque nos estaba poniendo de los nervios preguntando por ti.

—¿Está todo listo en casa de la abuela?

—Sí. Están todos allí esperando a que llegues. El enano se va a llevar una sorpresa —dice entusiasmada—. Le dijimos que la fiesta tendría que ser la semana que viene. ¿Le compraste lo que te pedí?

—Sí. Traigo todo. No sé cómo no me han hecho pagar el doble en el tren con tanto paquete.

—Venga. Date prisa o nos va a pillar —me urge mi hija—. Luego me cuentas qué te han dicho en la editorial de los bocetos.

—Les ha encantado —le adelanto mientras salimos las dos hacia la casa de mi suegra con los regalos y la tarta.

—¿En serio? ¿Les gusta? —pregunta, deteniéndose en seco.

—Sí. Vamos. Luego te lo cuento.

Me había propuesto hacerla sufrir un poco por lo borde que sigue siendo de vez en cuando. Menos con Pablo, no sé qué le da ese chico para que con él se deshaga en sonrisas. Y con su hermano, por quien tiene debilidad, cosa que no ocurre con la otra hija de su padre, a la que apenas ve. Pero estoy tan orgullosa de ella que no puedo guardarlo en secreto.

Laura ha resultado ser una gran diseñadora gráfica. Tiene una capacidad maravillosa de plasmar en una imagen lo que se le pide. Suyas habían sido todas las portadas de mis libros de los últimos cinco años. Y es el artífice de que mi Instagram luzca con una imagen fantástica. Algo que nunca hubiera conseguido por mí misma.

A cada una lo suyo. Yo hago magia con las palabras y ella con las imágenes. Juntas hacemos un gran equipo. ¡Quién me lo hubiera dicho cuando llegué al pueblo!

Mientras llegamos a casa de Charo y ponemos la tarta y los regalos en su sitio, Laura avisa a Martín para que traiga al niño. Dedico un saludo general a todos mientras me echo un vistazo en el espejo de la entrada para comprobar que estoy bien.

Salgo con mi suegra a la puerta para simular que nos hemos encontrado por casualidad allí cuando mis chicos doblan la esquina. El primero que corre hacia mí es Argos.

—¡Mamá! —grita Hugo cuando ve hacia dónde se dirige su inseparable compañero de juegos.

Da una carrera hacia mí y salta a mis brazos.

—Ay, mi niño, ¡cuánto te he echado de menos! —lo achucho y le dedico mil besos.

—Yo también, mami —me dice, derritiendo mi corazón.

—Un pajarito me ha dicho que hoy es el cumpleaños del niño más guapo del mundo —dice la madre de Martín después de darle un beso al más pequeño de sus nietos, y por el que sé que siente un cariño especial—. Tengo una cosita para ti en el patio. ¿Quieres verla?

—¿Puedo, mami? —pregunta nervioso cuando su padre llega hasta nosotros.

—Claro que sí, cariño. Ve con la abuela. Ahora vamos nosotros.

—¿Para mí no hay un recibimiento así? ¿No me has echado de menos?

Antes de poder contestarle, me da un beso de los que dejan sin aliento.

—A ti ya te demostraré esta noche cuánto te he extrañado —le digo con un guiño—. Ahora vamos dentro o nos lo perderemos.

Apenas nos asomamos al patio, escuchamos a todos gritar «Feliz cumpleaños» para alegría de nuestro hijo, que observa perplejo los globos y adornos de sus dibujos animados favoritos, los mismos que adornan su tarta. Está tan nervioso que no sabe adónde acudir primero, seguido en todo momento de un Argos que mueve el rabo con la misma agitación que demuestra el niño.

—Hugo, ¿soplamos las velas para que puedas abrir los regalos? —le dice Laura a su hermano, a lo que él asiente sin dudar.

—Esperad un momento —pide Martín, que acaba de leer un mensaje en el móvil.

—¿Dónde está mi canijo preferido? —pregunta uno de los dos invitados rezagados desde la puerta.

—¡Sergio! —exclama Hugo y sale corriendo hacia su hermano.

—¡Oh! ¿Este año tampoco nos vamos a librar de ti? —le suelta Laura al hijo de Martín con cara de fastidio.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —le responde—. No me perdería el cumpleaños de este canijo por nada del mundo —añade mientras revuelve los rubios mechones del niño, haciéndole reír—. Hemos tenido que hacer más de una parada durante el viaje.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—Nada. Es que Carolina necesita ir al baño con cierta frecuencia —me responde a la vez que

me guiña un ojo.

—¿Qué?! ¿De verdad? —digo, volviéndome hacia ella, que asiente con una gran sonrisa—. Felicidades.

—¿La felicitas por ir al baño?

—No seas tonto, Martín —le recrimino—. Está embarazada.

—Vas a ser abuelo, viejo —le suelta Sergio, riendo—. Ahora ya te lo puedo llamar.

—Tenías que ser el centro de atención, ¿verdad? No te bastaba con hacer una entrada fuera de tiempo que tienes que dar la noticia del día —le reprocha Laura.

—Deja de quejarte, hermanita. Aún no entiendo cómo mi primo sigue soportándote. Aunque no pierdo la esperanza de que se canse de ti —le devuelve.

—Gilipollas —le responde, apretando los labios.

—¡Laura! Tengamos la fiesta en paz —riño a mi hija—. Y tú no la pinches más. Hoy es el día de vuestro hermano.

—Eso. No os peleéis más —interviene Hugo, y agarra a cada uno de una mano para llevárselos hacia la tarta—. Las velas, mami.

Las enciendo mientras su padre se encarga de grabar el momento con el móvil. Las sopla entre risas después de que todos le canten el cumpleaños feliz. Laura le dice algo al oído y, ni corto ni perezoso, mete dos dedos en el merengue y se lo planta a su hermano en la cara. Este finge enfadarse y amenaza al niño con torturarlo con cosquillas. Hugo se esconde detrás de su hermana sin parar de reírse, y Sergio se quita el merengue de la mejilla y se lo pone a mi hija en la nariz. Pero ella le da un beso antes de que se aparte y vuelve a mancharle la cara, provocando las carcajadas del pequeño. Él es el único capaz de unirlos a los dos.

Martín se acerca hasta mí por detrás y me rodea con sus brazos mientras los dos observamos a nuestros hijos, disfrutando del momento de tener a toda la familia reunida.

—Este niño tiene a sus hermanos comiendo en la palma de la mano —dice después de darme un beso en el cuello—. Se parece a su madre.

—¿A mí? Pero si es igualito a ti. Tiene tu pelo, tus ojos... Es un minitú —protesto.

—Pero sabe ganarse a todo el mundo igual que tú. Vamos a darle los regalos antes de que entre los tres terminen destrozando la tarta. Cuanto antes terminemos aquí, antes podremos tú y yo tener nuestra propia fiesta —añade pegado a mi oído, haciendo que me estremezca.

—Yo también traía un regalito para ti. Uno hecho con raso y encaje negro. Pero creo que lo mejor será devolverlo.

—¿Cómo que devolverlo?

—Es que eso de acostarme con un abuelo no me apetece nada. De pensarlo, se me va toda la libido —bromeo.

—Muy graciosa —dice a la vez que me hace girar y me estrecha contra él—. Este abuelo aún tiene mucha guerra que dar. A ver si eres capaz de seguirme el ritmo, jovencita —me reta, y antes de que pueda responderle, su boca devora la mía.

—Vaya. Veo que por aquí todo sigue igual que siempre —escuchamos decir a Sergio, riendo—. Gracias por tu genética, papá.

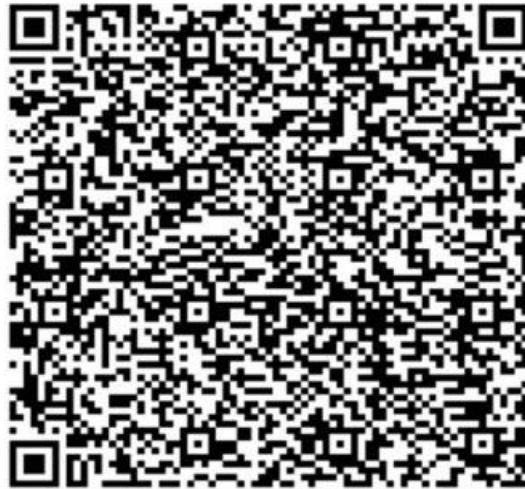
Cuando Martín libera mis labios, nos quedamos mirando jadeantes. No puedo apartar la vista de sus ojos. Quiero quedarme así, perdida en esos iris azules capaces de hacerme olvidar todo lo demás. Porque como escribiera esa parte de mí que era Violette Dumont mucho antes de conocerle, en el reflejo que podía contemplar en ellos era en el único lugar donde me sentía capaz de encontrarme a mí misma.



Si te gustó esta novela, te estaría muy agradecida si dejaras una reseña en Amazon. Para los escritores independientes, es una gran ayuda para animar a otros lectores a leer nuestros libros. Puedes hacerlo [AQUÍ](#).

PLAYLIST de LA TENTACION VIVE ENFRENTA

En esta lista encontrarás las canciones con las que comienzan los capítulos que narra Sara, y alguna que otra más que aparecen en la historia. ¡Disfrútalas!



La tentación vive enfrente

Edine Connors



1:04



SOBRE EL LIBRO

No siempre es fácil saber el momento exacto en el que surge una historia. En este caso, sí lo fue. Verano de 2022 y dos películas de Netflix: Amor en obras y Tal para cual. Son dos típicas comedias románticas en las que una chica de ciudad se muda a un lugar perdido en la otra punta del planeta. Aun siendo totalmente previsible, reconozco que las he visto más de una vez, y que el actor protagonista también tuvo que ver con eso. Adam Demos se convirtió en el muso para crear a Martín desde el primer momento.

Después de ver las películas por primera vez, pensé: «¿Y si la chica a donde viaja es a un pequeño pueblecito español?, ¿y si, por una vez, los protagonistas rondan los cincuenta?». Solo tuve que añadir un par de «Y si» más y la novela tomó forma.

Esta historia es mi pequeño homenaje a todas aquellas personas que empiezan su andadura en el mundo de la escritura a pesar de los prejuicios. También a los lectores cero, esos que te acompañan desde el primer capítulo y te obligan a escribir pidiéndote el siguiente capítulo.

Y, por último, he querido reivindicar que las historias románticas no solo las pueden protagonizar veinteañeros o treintañeros. El amor y la pasión también se vive a los cincuenta.



AGRADECIMIENTOS

Como siempre, en primer lugar, gracias a mi familia, por seguir soportando mis ausencias cuando estoy delante del teclado, sin las que esto no sería posible.

A mis tres lectoras cero incondicionales. Mi madre, Charo y Mari Paz. Por hacerlas sufrir cuando las circunstancias no me permiten escribir capítulos tan rápido como me gustaría. Ellas forman parte de esta historia. Espero que os hayáis reconocido en las páginas de este libro.

Gracias a Mari Carmen (@maricarmenhaga), por haberse sumado como lectora cero cuando tuve el borrador terminado. Espero que siga colaborando conmigo en las siguientes historias.

A Verónica Sevilla (@Vsevilla_mybooks), compañera de letra y amiga siempre dispuesta a leer los borradores de mis historias, aunque nuestros géneros literarios no se parezcan.

A las Nanomágicas, un estupendo grupo de escritoras en el que cada día nos reímos, nos apoyamos y nos ayudamos a partes iguales.

De nuevo, gracias a Noni García y a Rachel RP, que se han encargado de la corrección, maquetación y portada. Por hacer que mis historias luzcan tan bonitas cuando llegan a los lectores.

Y gracias a todos los lectores que le disteis una oportunidad a mis anteriores novelas, y a los que me habéis leído por primera vez en esta. A los que me hacéis llegar vuestros comentarios con reseñas, mensajes o de palabra. Gracias por ayudarme a seguir avanzando en mi camino como escritora.

Os espero en la próxima.

También puedes hacerme llegar tus comentarios a través de correo electrónico, mis redes sociales o mi página web, donde podrás estar al tanto de mis próximos proyectos.

Instagram: [@edine.connors](https://www.instagram.com/@edine.connors)

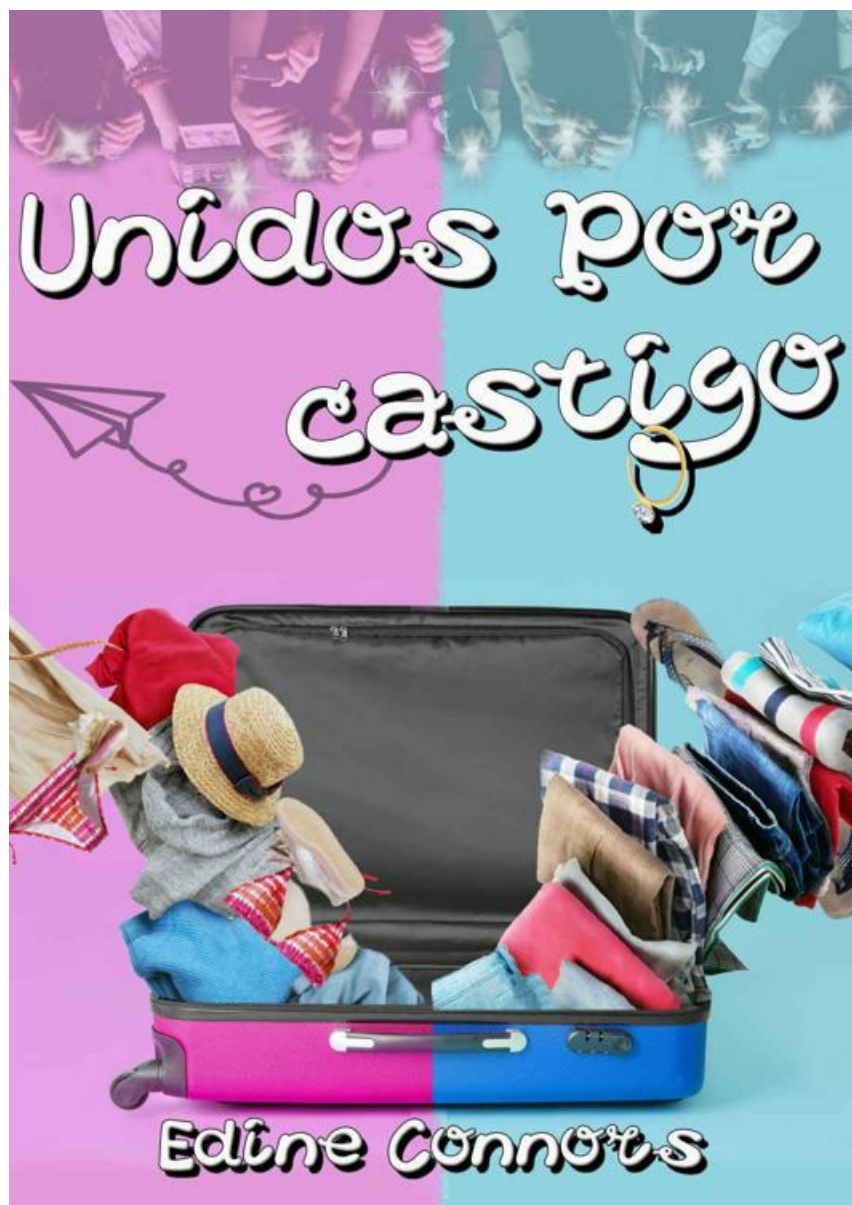
Facebook: [Edine Connors](https://www.facebook.com/EdineConnors)

Twitter: [@ConnorsEdine](https://twitter.com/@ConnorsEdine)

Email: edineconnors@gmail.com

Web: www.edineconnors.com

Otros libros de la autora



Si un guapísimo desconocido te pidiera matrimonio,
¿qué le responderías?

Así es como comienza la historia de Héctor y Gabriela. Él es rico y famoso. El típico rompecorazones de las portadas de revista por el que suspiran la mitad de las mujeres del país. Ella, una chica normal que vive completamente al margen de los focos y la prensa del corazón.

El destino tiene sus propios planes y les hace coincidir en un aeropuerto justo al regreso de un viaje que, sin duda alguna, cambiará sus vidas.

Una prueba a superar, un familiar muy cruel y un favor muy personal son los ingredientes de una trama en la que te reirás y llorarás a partes iguales porque Héctor y Gabriela son mucho más de lo que aparentan. Más incluso de lo que ambos están dispuestos a admitir.

La cuestión es: ¿Tendrán el valor suficiente para afrontar sus verdaderos sentimientos? ¿Su

unión será solo un mero contrato de trabajo o acabará convirtiéndose en una apasionante historia de amor?

¡Descúbrelo en “Unidos por castigo”!

[Empieza a leerla gratis aquí](#)



Si durante un viaje a Escocia hubieras vivido los cinco días más intensos de amor y pasión de tu vida, ¿podrías volver a casa como si no hubiera sucedido?

En esa situación se encuentran Álvaro y Cris después de que, empujados por sus respectivos amigos, coincidan en un viaje.

Ninguno buscaba una aventura. Solo iban a tomarse un respiro ante un mal momento

sentimental que atravesaban cada uno. Incluso se ignoraron durante los primeros días.

Pero un accidentado crucero por un lago, una noche de fiesta en las Highlands degustando whisky escocés y con la música de las gaitas envolviendo el ambiente hacen saltar todo por los aires.

Rendidos a unos sentimientos más fuertes que ellos mismos, han vivido unos inolvidables días disfrutando juntos de la magia de Edimburgo. El final del viaje les obliga a coger sus vuelos de regreso.

¿Qué ocurrirá al llegar a sus respectivos hogares cada uno en una punta de España? ¿Serán capaces de olvidar que se amaron en Escocia, o los sentimientos que se forjaron en aquellos días de verano serán más fuertes que el sentido común?

¡Descúbrelo en Lo que ha unido Escocia... que no lo separe una arpía! Una novela romántica contemporánea con toques de humor.

[Empieza a leerla gratis aquí](#)